


Accessions
11616 2
Shelf No.
D. 150. 34
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI MDCCCLXXI.
BOSTON PUBLIC LIBRARY
BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Rec'd. Apr. 26th 1877.

From the Author
June. 1863

POESÍAS

DE

DON GASPAR BONO SERRANO.

POESÍAS

DE

DON GASPAR BONO SERRANO,

ENTRE LOS ARCADES DE ROMA

ARGIRO LATMIO.

SEGUNDA EDICION CORREGIDA Y AUMENTADA.



MADRID.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE D. EUSEBIO AGUADO. — PONTEJOS, 8.

1863.

Hei mihi quod nostro est parvus in ore sonus!
Sed tamen exiguo quodcumque è pectore rivi
Fluxerit, hoc Patriæ serviet omne meæ.

(PROPERT., LIB. 5, ELEG. 1.ª)

PRÓLOGO.

Confieso que raros son los libros que tan poco tienten mi curiosidad (y sospecho que la del público todo) como una *coleccion de poesías publicada por el autor.* No es el repetido escarmiento la principal razon de una prevencion tan arraigada; no es el recordar que los mejores poetas antiguos y modernos han aguardado á que la posteridad les haga la coleccion, despues de ser muy deseada y solicitada; la razon está en la naturaleza misma de las cosas; nadie es buen juez de sus propias obras, y hasta en los defectos de nuestros hijos solemos encontrar gracia.

. . . . Strabonem
Appellat pætum pater; et pullum, malè parvus
Si cui filius est.

El curioso que se dedicase á reunir las colecciones de poesías publicadas en España por sus autores de un siglo á esta parte, necesitaría un buen estante para darles colocacion; y si luego se imponia la penitencia de leerlas todas, ó se volveria loco, buscando como Quevedo

Una cabeza en tanta pepitoria,

ó renegando de su aficion, se encontraria muy inclinado á quemar lo bueno con lo malo por deshacerse de tanto fárrago.

Concluyo de tan triviales antecedentes: Que el Sr. Don Gaspar Bono Serrano acomete una empresa arriesgada, pu-

apetece el suave manjar de la sustanciosa poesía didáctica: entonces, y es blasfemia suponer la venida de ese *entonces*, podrá pensar el Sr. D. Gaspar Bono en apagar el fuego de su musa, poniéndola á la pobre á la puerta de la calle.

Poesía sagrada, poesía patriótica, poesía didáctica: he aquí clasificadas, sin pensarlo, las que me llaman particularmente la atencion en la coleccion de que me han propuesto decir algo. Hay otra seccion miscelánea, y muy notable, que no puede quedar en justicia olvidada; y tambien le llegará su vez, si Dios me ayuda.

«A que no sabe V. , amigo, cuál es el punto en que se »me despiden mas *amados oyentes mios* en mis sermones? me »decia un predicador de buen humor.—Al acabar de esta»blecer los puntos de mi discurso. Dias he tenido en que al »llegar á ese crítico momento me he quedado solo con las »beatas suspiradoras. Y parecia que me decia cada uno »al irse: Para tiempo la toma el Padre. Tanto que he dado »en darles sin partir el sermon desde que lo observé.» Lo digo porque amenaza con ser muy largo este prólogo. ¡Buen ánimo! que ha de concluirse mucho antes de lo que se piensa.

En general no he visto poesías mas limadas y castigadas que estas. Impecable la versificacion, y eso que asi como comprenden todos los tonos, se espresan en casi todos los metros que conocemos; castísimo el lenguaje, y otro tanto propio y adecuado; buenos períodos poéticos; sabor clásico; rectísimo juicio para contenerse dentro del límite de lo poético, sin tocar en los de lo estravagante y estremado; y sobre todo buen corte y proporciones en las composiciones todas. He aquí el caracter particular de estas obras. En los giros, en ese mismo corte de que hablaba, en las frecuentes imitaciones, en la riqueza del lenguaje, en ciertas trasposiciones atrevidas y otro tanto felices, se conoce desde luego que, no por maestros, por ídolos ha tenido el autor á Leon, Herrera, Rioja y sus dos insignes paisanos los Argensolas entre los antiguos, á Melendez, Quintana, Gallego, Burgos y

Lista entre los que han sido nuestros contemporáneos. El que busque creaciones fantásticas, paradojas brillantes, pensamientos temerarios, frases de nuevo cuño, delirios, no pase adelante, conténtese con los del prólogo.

En tan abultado tomo de poesías desafío al mas escrupuloso á que señale un solo ripio, una sola idea arrastrada por el consonante, un epíteto impropio, un concepto sutil ú oscuro, un resabio de gongorismo antiguo ó moderno, una sola escursion á esa esfera vaporosa y vaga, en que se pierde el sentimiento á fuerza de quererlo alambicar y tritutar químicamente, de lo que no se hallan libres nuestros clásicos al hablar del amor, y muchos poetas modernos al hablar de cualquier cosa. ¿Qué le falta, pues, á un escritor así para serlo muy distinguido, y otro tanto digno de imitacion?—Acerquémonos en busca de bellezas; porque dicho se está que un poeta, como un héroe, exije cualidades mas positivas, no bastándole las negativas para serlo. Del colorido hemos hablado, pero falta decir de la composicion y del dibujo.

Poesias á lo divino. Nuestra Señora del Pilar, canto sagrado. Para mi gusto es el mejor poemita corto, con entonacion épica, que tenemos en castellano. ¿Y por qué?—Por todo, para no gastar tiempo. Muestras: el Angel Custodio de España profetiza los favores y predileccion de la Vírgen María, que aguardan á la nacion en edades venideras; y lo hace en octavas verdaderamente angelicales, por el estilo de estas.

»Allá en siglo de crímenes lejano,
»En que Luzbel sus esperanzas funda,
»Despues de sojuzgar cruel tirano
»Un hemisferio con servil coyunda;
»Querrá del pueblo doblegar hispano
»La fe y la fortaleza sin segunda:
»Mas llorará en Augusta de despecho,
»Al ver en humo su poder deshecho.

Hablando de los gloriosos mártires aragoneses, dice, al referirse al niño Dominguito, bárbaramente sacrificado por los judíos:

»En el cuadro de atletas aparece
»Por la hebrea impiedad rotas las venas
»El niño Dominguito; cual florece
»De la rosa el capullo entre azucenas.
»Mientras del Ebro atónito enrojece
»Con su inocente sangre las arenas;
»Sonrie á su verdugo y le perdona,
»Jugando con la palma y la corona.

La proteccion de la Virgen María á los navegantes atribulados, se esplica en la siguiente preciosa octava.

»Agradecido náufrago piloto,
»Que al invocar la Estrella de los mares
»Vió enmudecer al irritado Noto,
»Y á saludar volvió sus pátrios lares;
»Cual pia ofrenda colgará devoto
»La salvadora tabla en los altares
»De su divina Madre y Protectora,
»Que le tendió la diestra bienhechora.

Solo por temor á las leyes protectoras de la propiedad literaria, si de cita en cita me voy convirtiendo en editor disimulado del canto á la Virgen del Pilar, me contengo aquí, concluyendo como él concluye:

»Ara privilegiada, que saluda
»Angelical melodïoso coro,
»Donde la Iberia de respeto muda
»Contempla ufana su mejor tesoro:
»Sólio de gracias que el Señor escuda,
»Prosternado en el polvo yo te adoro;

»Lleno de amor y fe la lira mia
»Ofreciendo á las plantas de María.»

O se quiere que las octavas sean tales que abrasen el papel y deslumbren cual centellas los ojos del lector, ó habrá que confesar que no pueden hacerse mejores.

Y porque parecerá un tanto apasionado esto que digo del Canto de la Virgen del Pilar, he de trasladar aquí, porque viene al caso, íntegra desde la cruz á la firma (sí Señor, *cruz*, y muy grande por cierto), una carta del Sr. D. Alberto Lista, que era, me parece, voto en la materia; y no se apasionaba tan facilmente. Dice así:

«Sevilla 7 de julio de 1846.=Muy Señor mio: recibí á su tiempo el Canto de *Nuestra Señora del Pilar;* pero mis numerosas ocupaciones me obligaron á remitir á las vacaciones de este verano la lectura de la composicion, y la respuesta á su apreciable del 15 de mayo.

»El tono de la obra es el que corresponde á la poesía cristiana, robusto, y lleno de riqueza y de pensamientos bíblicos. Mucho me ha agradado ver que el harpa de Herrera y los acentos enérgicos de Argensola se oigan todavía en nuestro Parnaso, profanado tanto tiempo por el furor del nuevo romanticismo, último regalo que la Francia ha hecho á la Europa.

»Deseo, pues, y aconsejo á V. que continúe cultivando la musa de Sion, tan propia por otra parte de su estado de V. y del mio, y la mas noble de todas: y si valen algo los presagios de los vates, le pronostico una abundante cosecha de laureles, cuando emplee su rica vena en asuntos religiosos y morales. Queda suyo, aprovechando esta ocasion de ofrecerse á sus órdenes, afectísimo servidor y Capellan Q. S. M. B.=*Alberto Lista.*»

La Elegia á Nuestra Señora al pie de la Cruz, página 288, es una perla, que engastarán en sus Colecciones, con el tiempo, cuantos se propongan recojer lo mas precioso que produjo nuestra edad en punto á poesía sagrada. Pequeña muestrae:

De alados paraninfos esos coros,
Que del dulce Jesus el nacimiento
Celebraron sonoros,
Con cánticos de júbilo y contento;
Hoy su rostro cubierto con las alas,
Por no ver horror tanto,
Del divino cadaver sin consuelo
Vagan en torno derramando llanto;
Y su amoroso duelo
Y su dolor prolijo
Las lágrimas sin término acrecientan
Con que el cuerpo bañais de vuestro Hijo.
Madre del infortunio,
De la inmortal Sion Virgen sagrada,
Todo arrecia la horrisona tormenta
Do fluctüar os veo consternada.
La creacion lamenta
La muerte de Jesus. El sol fallece,
Y la noche enlutada se presenta.
La tierra con espanto se estremece;
Reluchan los furiosos aquilones,
Sacudiendo en su empuje las montañas,
Que servian de techo á sus prisiones.
Brama el mar iracundo,
Abrense los sepulcros; los peñascos
Con fragor se quebrantan; hoy el mundo
A su caos primero
De grado volver quiere,
El gemido escuchando postrimero
Del Redentor, que por el hombre muere.

Fertilísimo campo es el de la poesía religiosa, quiero decir, cristiana; pero como apenas hay poeta español, que no lo haya esquilmado, se necesita génio para hacerle producir frutos que se distingan de la cosecha comun. Las dos obritas que tan solo he citado, bastan para acreditar al autor

en este género. Brotan viva fe, piedad sincera, ternura y suavísima poesía. No hay en toda la coleccion una sola palabra que desdiga de un buen Sacerdote, como que en lo divino y en lo humano reina en ella una pureza de sentimientos, una rectitud de intencion, una moderacion, una hombría de bien, que hacen inocente, sabrosa y otro tanto provechosa su lectura. ¡Feliz el poeta que, lejos de tener que arrepentirse de sus versos, puede cuando llega la calma de la ancianidad, repasarlos tranquilo y satisfecho como de otras tantas buenas obras!

Poesías patrióticas. Aquí me vuelvo á sentir atacado del mal humor; cosa rara, porque apenas lo conozco.

There have been heroes, before Agamemnon

dice Biron, despues de muchos otros; pues yo digo que despues de generalizada la pólvora no hay héroes, quiero decir *héroes cantables.* ¿Y por qué?—Dale con pedir la razon de los hechos. «¿No basta que yo lo diga?» me contestaba mi maestro de filosofía escolástica á todas mis, algo traviesas, objeciones y dificultades.

No hay laureles *menos inmarchitables* (palabras que he visto impresas) que los que se alcanzan en las guerras puramente civiles. Las Farsalias nunca parecerán sublimes. Vaya V. á convertir en Hector á Zumalacárregui y en Aquiles á..... Ese es un imposible poético, que tambien los hay. Los pormenores de los encuentros, batallas, sitios y asaltos de las guerras intestinas, trascienden á disensiones de familia, á quimeras de vecindad; queman cuando recientes, mueren luego que por fortuna se enfrian.

Por eso nada digo en este lugar de los versos al Capitan Barona, ni al Convenio de Vergara, y eso que son escelentes, ni del Sitio de Bilbao, que no carece de mérito. Pasaron las circunstancias para que se compuso todo eso. Lo que merece observarse por lo raro, es que el Sr. Serrano, á pesar de pertenecer al *genus irritabile vatum*, nunca se exalta, nunca se desmanda contra el enemigo, nunca pierde la serenidad de la tolerancia, siempre conserva la ternura para

con todo lo español, en que consiste el verdadero patriotismo.

Poesía didáctica. «La Poética de Marco Gerónimo Vida, traducida en romance heróico español.» Con esta grande obra termina la Coleccion. Preciso es verlo para creerlo; desde que Jáuregui hizo española, españolisima la Aminta, no se ha publicado ninguna otra version tan feliz. Yo, á tener mas influjo, y si hubiese sido consultado, la habria puesto al frente del libro. El código de la poesía y del buen gusto en ella, hubiera sentado muy bien al principio, y en seguida las muestras, los ejemplos; resultando así unos escelentes elementos con su aplicacion práctica, y generalmente muy acertada, en casi todos los géneros. De todos modos esta obra y muchas de las originales del Sr. Serrano, yo se lo aseguro, no morirán.

Miscelánea. Al llegar aqui he perdido mi querida libertad. Por una parte el impresor pide original, por otra el autor, casi enternecido, me suplica que contenga mi palabrería, y que concluya de cualquier modo, menos haciendo un prólogo desproporcionado, mas largo que el libro. En semejante apuro he tomado mi partido. Al leer la coleccion en las capillas, con lapicero en mano, habia ido apuntando en una sola frase, mi juicio acerca de las principales: unas cuantas entre estas frases formarán los postres despues de tan fastidiosa colacion.

Romances. El Guadalope; á Dalmiro; á la muerte del Capitan Barona: muy notables.

Odas. En la muerte de la Reina Doña Josefa Amalia de Sajonia: buena entonacion, intencion clásica. La Esperanza, muy buen tono. A la Paz, que es la 4.ª, y á la Cruz, la 6.ª, son escelentes, y lo apunté con varios signos de admiracion. La 9.ª al Convenio de Vergara, aunque por su estension algo se salga de su género, es muy bella. La 14: En la muerte de Abenamar; muy notable. La 15: A mi musa; lindísima, digna de Melendez y acaso de Gallego. La 16: A un Santuario; felicísima. 17: A D. Juan Guillen Buzarán: muy tierna y bien

sentida. Las demás no tienen nota alguna. Este es el género especialísimo del Sr. Serrano; en él sobresale casi siempre. Habia yo dicho, qué sé yo dónde, *la Oda es imposible;* despues de estas lecturas, añado: *para mí*, hallándome muy tentado de hacer una solemne retractacion.

Epístolas. 1.ª A D. Juan Guillen Buzarán; felicísima versificacion. 3.ª A los Arcades de Roma; «esta es muy buena (dice la nota), digno apéndice del Canto á la Vírgen del Pilar.»

. . . .

No me dejan proseguir. «Llévenselo VV.»

Francisco Cutanda.

Al Excmo. Sr.

DON JOAQUIN GOMEZ DE LA CORTINA,

MARQUES DE MORANTE,

Doctor en ambos Derechos, antiguo Catedrático de la Universidad de Alcalá de Henáres y Rector que ha sido de la Universidad Central, Individuo de la Academia Greco-Latina Matritense, Consejero de Instruccion pública, Vocal de la extinguida Cámara Eclesiástica, Caballero profeso del Hábito de Santiago, Caballero Gran Cruz de la Real y distinguida Orden Española de Carlos III y de la Americana de Isabel la Católica, Gentil-Hombre de Cámara de S. M. con ejercicio, Senador del Reino, etc.

A ti, querido Marqués,
Que en apacible retiro
Feliz tus horas divides
Con la amistad y los libros;
  Cual pura y sencilla ofrenda
De gratitud y cariño,
Mis españoles cantares
No sin temor te dirijo.
  Quisiera la rica vena
Tener del facil Ovidio,
Del filosófico Horacio,
O del sublime Virgilio;

Para suspender tu mente,
Y regalar tus oidos
Con hermosísimos versos,
De tu inteligencia dignos.
Mas el melodioso Númen,
Que el mar calma embravecido,
Y arrastra cielos y tierra
Con la magia de sus himnos;
Inflexible negó siempre
A esfuerzos y votos mios
La inspiracion creadora,
Y el noble y grandioso estilo,
Que prodigó á los poetas,
Gloria del dorado siglo,
En cuya amena lectura
Te arrobas embebecido.
Dichoso tú, que olvidando
El bárbaro prosaismo,
Que en la época presente
Reina con pleno dominio:
Cultivas el dulce trato
De cien ingenios antiguos,
Escuchando su doctrina
En admirables escritos,
Que al par que el ánimo elevan,
Los corazones mas frios
Con el santo fuego encienden
De virtud y patriotismo.
De la region encumbrada,
En que vuelan atrevidos,
Conduciendo aquellos Cisnes
A sus lectores consigo,

Desciende, Marqués amable,
Si oir te place benigno
Los acentos de armonía,
Con que te brinda tu Argiro.
La inimitable elegancia,
El delicado aticismo,
Que en las inmortales obras
Admiras de los latinos,
No encontrarás por desgracia
En este pequeño libro,
Que á tu amistad indulgente,
Caro Mecenas, dedico.
Pero en sus páginas arde
Acendrado españolismo,
Con toda su pura llama,
Con todo su hermoso brillo.
¿A quién ofrecerlas puedo
Mejor que á ti, dulce amigo,
Que entre tus blasones cuentas
Por el mas esclarecido,
Haber dorado tu cuna
La misma luz, el sol mismo,
Que sonrió al nacimiento
De Cervantes y Jovino?
La fe de nuestros mayores,
Manantial de su heroismo
En el Salado y Otumba,
En Lepanto y en Clavijo,
Mi pecho inflama, y humilde
Canto del Verbo divino
La Cruz, que venció al averno,
Redimiendo sus cautivos;

O la Virgen sin mancilla,
Que en manos de ángeles vino
A visitar en el Ebro
Sus Celtíberos queridos.
Glorias de la madre patria
Al recordar cual buen hijo,
Hago repetir al eco
El renombre numantino.
Celebro de Covadonga
Al valeroso Caudillo,
Y á Zaragoza, y trofeos
Allá en Tetuan adquiridos.
Al hablar de Castellote,
Y del pueblo bilbaíno,
Cual de tan famosos hechos
Admirador y testigo,
En sangre ¡ay Dios! española
Viendo sus lauros teñidos,
Mis cánticos interrumpo
Con lágrimas y suspiros.
Mas enmudece de guerra
El horrísono alarido,
Y el Español ya respira
De la paz en el abrigo.
La trompa bélica entonces
Dejo en venturoso olvido
Abandonada, y pendiente
De sauce triste y sombrío.
Los nombres luego invocando
De Garcilaso y Batilo,
Blando en mi boca resuena
El pastoril caramillo.

Y en solitaria ribera,
A la sombra de los pinos,
Que frondosos á la márgen
Crecen del undoso rio;
Canto la envidiable dicha
De las cabañas y apriscos,
Donde el pastor inocente,
Vive feliz y tranquilo.
Las imágenes en suma,
Paisajes y colorido,
Grata variedad ofrecen
En los metros que te envio.
Así Flora en sus guirnaldas
Enlaza los blancos lirios
Con las moradas violetas,
Con el clavel purpurino.
Dichoso yo, buen Marqués,
Si con mis cantos consigo,
Cuando pesares te aflijan,
Darte consuelo y alivio.

OBJETO DE MIS VERSOS.

SONETO 1.°

Hallar es facil clásicos poetas,
Con hidrópica sed de plata y oro,
Que el favor piden del castalio coro,
Para henchir sus bolsillos y gavetas.
No codicia el romántico pesetas,
Mas pulsa flébil su laud sonoro,
Para ablandar el pecho con su lloro
A la mayor quizá de las coquetas.
Suele por fin la docta grey de Apolo
Soñar despierta dulces ilusiones,
Que desparecen como sombra vana.
Escepcion de la regla yo tan solo,
Olvidando el amor, gloria y doblones,
Quiero cantar porque me da la gana.

A PELAYO.

SONETO 2.°

Domina al Godo funeral desmayo
Del Guadalete en la sangrienta arena,
Aunque á la raza contrastó agarena,
De su valor con el terrible ensayo.
Mas la voz del magnánimo Pelayo
Tras la pelea varonil resuena,
Cual súbito fragor, que bronco atruena,
Al estallar el tremebundo rayo.

A los ecos de gloria y esperanza,
Templa la Patria su dolor profundo,
Y al Caudillo confía la venganza.
Combate y ciñe lauro sin segundo,
Y el imperio español ve en lontananza,
Que abarca al nuevo y al antiguo mundo.

EN LA PROCLAMACION DE S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

SONETO 3.º

De negro mármol en capilla oscura
Isabela yacia solitaria,
Su mansion presidiendo funeraria
Del dulce Redentor sacra figura.
Cuando hieren la regia sepultura
Acentos de alegría extraordinaria,
En lugar de la mística plegaria,
Con que sonaba en torno el aura pura.
«¡Quién la paz y el silencio no respeta
De mudo panteon!» Dijo, y la frente
Alzó la Reina de inmortal memoria:
Mas coronada contempló á su Nieta,
Y enternecida exclama: «Dios clemente,
Cercad su trono de virtud y gloria.»

AL SR. D. ALBERTO LISTA.

SONETO 4.º

Tú, que en el dulce y apacible asilo
De la santa virtud y de Sofía,
Gozoso en la dorada medianía,
Resbalarse tus horas ves tranquilo;

Digno alumno del ínclito Batilo,
Cuya muerte deploran todavía
Del Ebro y Tormes la ribera umbría,
El Sena y Tiber, el Danubio y Nilo;
Vive feliz en tus postreros años,
No enturbiados jamás por los pesares,
El dolor, ni los tristes desengaños.
Y al Betis y sus bosques y olivares,
Y florestas y sotos y rebaños;
Embelesen tus mágicos cantares.

A LA MUERTE DE JESUS.

(*Imitacion de Onofre Minzoni.*)

SONETO 5.º

Del Redentor el postrimer lamento
Abre las tumbas y estremece el mundo,
Mientras el astro, manantial fecundo
De vida y luz, se apaga macilento.
Adan en su olvidado monumento
Alza los ojos con horror profundo,
Y al buen Jesus contempla moribundo,
Pendiente de patíbulo sangriento.
El padre de la raza pecadora
Gime, como gimió, de la alegría
Al dejar la mansion encantadora.
Y dice entre sollozos de agonía
A su esposa infeliz, que tambien llora:
«Nuestra culpa al Señor da muerte impía.»

EN LOOR DE MELENDEZ.

SONETO 6.°

Con mal seguro y vacilante paso
En vano el Español ciego corria
Tras la verde guirnalda, que algun dia
Decoraba la sien de Garcilaso.
Las huellas, que su planta en el Parnaso
Impresas nos dejó, borrado habia
De la audaz ignorancia la osadía,
Que espantó con graznidos al Pegaso.
Cubrieron desde entonces el asilo,
Que entre flores brotó délfica rama,
Con su lóbrego horror nieblas confusas.
Nace y brilla cual sol el gran Batilo,
Orna Cintio su frente, y lo proclama
«Restaurador de las iberas Musas.»

A ZARAGOZA.

SONETO 7.°

Modelo de valor y de constancia,
Otro tiempo ciudad, ruinas ahora,
Tu diestra no domada, aterradora
Aun estremece á la orgullosa Francia.
Sus ínclitas victorias, su arrogancia
A tu planta enmudecen triunfadora,
Al ver tu nombre, que el laurel decora,
A par del de Sagunto y de Numancia.

El yugo de estrangera tiranía
A rechazar aprendan las naciones
Con tu heroismo, Augusta, sin segundo.
Pues la fiera pujanza y osadía
Estrellándose aqui de cien legiones,
Tú sola hollaste al opresor del mundo.

A MI MADRE.

SONETO 8.°

Anciana venerable, Madre mia,
Tú que inflamada en el divino fuego,
A la santa plegaria, al blando ruego
Consagras tu existencia noche y dia;
Al hijo tierno, que abrazarte ansía,
En tu seno de amor estrecha luego,
Y la paz, el dulcísimo sosiego
A tu afligido corazon sonría.
Un lustro y otro lustro en larga ausencia,
A pesar de mi pena y de tu lloro,
Nos alejó cruel contraria suerte.
Restitúyame el cielo á tu presencia;
Y solo pueda con su espada de oro
Separarnos el ángel de la muerte.

EL DESEO FRUSTRADO.

SONETO 9.°

Mandarte la aleluya en un soneto
Esta mañana resolví galante
Mas como soy poeta principiante,
Combinar no he logrado ni un cuarteto.

En vano, amiga, en tan cruel aprieto
Con el Rengifo me brindó mi estante;
Pues encontrar no supe un consonante,
Que pudiera servir para mi objeto.
Acometí la superior empresa
Por milésima vez, y digo poco,
Y el éxito fue tal, que estoy en ascuas.
Desisto á mi pesar. Perdon, Marquesa,
Si á tu grandeza, aunque me vuelva loco,
No puedo en un soneto dar las Pascuas.

AL EXCMO. SR. D. BERNARDINO FERNANDEZ DE VELASCO,

DUQUE DE FRIAS,

por haber trasladado los restos de Melendez á un monumento mas digno en el cementerio de Montpeller.

SONETO 10.

El Poeta del Tormes cristalino
Yacia en olvidado apartamiento,
Lejos del patrio rio, cuyo acento
De su Cisne infeliz lloró el destino.
Mas ilustre y piadoso peregrino,
Que visitó el humilde enterramiento,
Erigió suntüoso monumento
A las cenizas del Cantor divino,
El buen Batilo con amor sonrie
Al dulce alumno, que en filial ternura
El mausoléo con su llanto sella.
La guirnalda inmortal con que se engrie
Desciñe de su sien cándida y pura,
Y al digno Prócer adornó con ella.

A LA MUERTE DE PORCIA.

SONETO 11.

Oye Porcia tranquila, que su esposo
Feneció herido por su propia mano,
Por no sufrir del vencedor tirano
El yugo de opresion ignominioso.
Del consorte queriendo generoso
Imitar el ejemplo sobrehumano,
Pide mil veces el puñal en vano,
Que le oculta liberto cariñoso.
«¡Vivir esclava la muger de Bruto!
»¡La sangre de Caton! ¡Jamás! Primero
»Que servidumbre, funeraria pira.»
Calla, ruega otra vez, busca sin fruto
La daga por do quier, corre al brasero,
Come sus ascuas y con calma espira.

EN UN INFORTUNIO.

SONETO 12.

Coronado de nubes el Moncayo,
Descubre apenas la erizada frente,
Do el peso grave de la nieve siente,
Que resiste del sol al tibio rayo.
El austro proceloso haciendo ensayo
De su fiero poder, tala inclemente
En los campos, el bosque y la pendiente
Rústicas galas, que ostentaba mayo.

El Ebro yace sepultado en hielo;
La voz de los arroyos enmudece,
Y solitaria la corneja llora.
Todo es tristeza, y afliccion y duelo:
Todo á mi enferma fantasía ofrece
La imágen del dolor, que me devora.

A LA SEÑORITA
DOÑA DOLORES CABRERA Y HEREDIA
CUANDO PUBLICÓ
SU COLECCION DE POESIAS TITULADA LAS VIOLETAS.

SONETO 13.

Con violetas de abril, modestas flores
De tanta suavidad, como frescura,
Tu dorado cabello y frente pura
Supiste realzar, bella Dolores.
Guirnalda de alto prez, que los loores
Cuando reciba de la edad futura,
El orgullo será de la hermosura,
Y noble emulacion de trovadores.
Sí: que los ecos acallar en vano
De tu lira patriótica, española,
Osará el tiempo con furor insano.
Feliz, feliz mil veces tu aureóla,
Que ostentará sin fin, de gloria ufano,
El suelo de Luzan y de Argensola.

A ZARAGOZA

EN LA PROCLAMACION

DE S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

SONETO 14.

Es terror el leon de la campaña,
Cuando al herirle volador acero,
Sacude su melena, ruge fiero,
Y la sangre se lame, que le baña.
Olvida empero su violenta saña,
Ya transformado en cándido cordero,
Si al quejido responde lastimero
Su leona asomando en la montaña.
Zaragoza inmortal, no de otra suerte
El audaz triunfador tembló de Jena,
Al querer domeñarte á su coyunda.
Mas tu ruda fiereza se convierte
En ternura y amor, desde que suena
El dulce nombre de Isabel segunda.

EL CONSUELO.

SONETO 15.

Cuando el ángel del sueño á la natura
Rocía con su bálsamo divino,
Lloraba yo el rigor de mi destino,
Sin esperar alivio en la amargura.

Cual solo cercan en tormenta oscura
Escollos por de quier á frágil pino,
A mis ojos mostraba de contino
Mi mortal ansiedad la sepultura.
Al presentir mi próxima rüina,
Desciende un paraninfo en raudo vuelo,
Que mi sombrío espíritu ilumina.
Y señalando con su diestra al cielo,
«Allí, dijo su boca peregrina,
»Allí, infeliz, encontrarás consuelo.»

EL PASO DEL PO.

(*Traduccion del Bondi.*)

SONETO 16.

Del Pó surcaba la corriente fria
En humilde batel el marinero,
Y yo en la travesía compañero,
Al caudaloso rio así decia:
«Tú resonaste venturoso un dia
»Con dos ínclitos Cisnes altanero;
»Aqui cantaba el ferrarés Homero,
»Allí Virgilio de alta nombradía.»
De tan ilustres nombres con la historia
Inflamada mi mente, embebecida,
Quiso elevarse al templo de la gloria.
Cuando de Faeton despavorida
Vi la sombra fatal, que á la memoria
Me recordó su vuelo y su caida.

AL EXCMO. SR. D. BERNARDINO FERNANDEZ DE VELASCO,

DUQUE DE FRIAS,

remitiéndole algunas composiciones poéticas.

SONETO 17.

Por fin es tiempo remonteis el vuelo,
Dejando, acentos mios, la ribera,
Donde Cervantes vió la luz primera,
Para honor y delicias de este suelo.
Al noble Prócer, de bondad modelo,
Que entre sus bardos la nacion venera,
Dad el abrazo de amistad sincera,
Ya que á mis votos lo deniega el Cielo.
Si al saludarle, amables cantilenas,
Os dispensa benévolo, indulgente
El espléndido lauro de la gloria;
De gratitud y de entusiasmo llenas,
Ornad, ornad con él su docta frente,
Harto mas digna de inmortal memoria.

A MI MUSA.

SONETO 18.

A la sombra dichosa de la paz,
Bajo cielo mas puro que la luz,
En el eden bellísimo andaluz,
De trovadores tantos á la faz;

Dulce Musa, mi gloria, mi solaz,
Mas grata que en desierto el arcaduz,
Que me digas te ruego por la Cruz,
Por qué en silencio duermes pertinaz.
Mis penas calme tu sonora voz,
En que se cifran mi delicia y prez;
Basta por fin de tu modorra atroz.
No bien despiertas, roncas ya pardiez?
Si he de sufrir, villana, tanta coz,
Cargue contigo el diablo de una vez.

AL SEPULCRO DE UN JOVEN POETA.

SONETO 19.

Por la Parca inmolado aquí reposa
El amable doncel, que feneciera
En el brillo de verde primavera,
Como cortada en flor muere la rosa.
Ni el amor triste, ni amistad llorosa,
Ni súplica de Cintio lastimera,
Ni raro ingenio, ni virtud sincera
Bastaron á templar la impía Diosa.
Desde Edeta á los montes mas lejanos
La muerte de su Cisne prematura
Anuncia el Turia en funeral acento.
Solloza el padre, gimen los hermanos;
Y á su memoria en prueba de ternura
Consagran este negro monumento.

AL EBRO.

SONETO 20.

Magestüoso y celebrado rio,
Que diste nombre á la inmortal España,
Y riegas hoy ufano la campaña,
Tumba inmensa del galo poderío;
Las lágrimas, que vierte el dolor mio,
Con plañideras voces acompaña;
Así perpétuas flores y espadaña
Solemnicen tu regio señorío.
Muévate á compasion mi triste duelo,
Que de tu márgen van por la espesura
Publicando los ecos de mi avena.
Solo á ti es dado dispensar consuelo
Al infeliz, que en tanta desventura
No tiene á quien fiar su ruda pena.

AL SR. D. JUAN NICASIO GALLEGO.

SONETO 21.

Pues ya canta la alondra parlerilla,
Del rubicundo Febo precursora,
Regocijando con su voz canora
Del manso Turia la feliz orilla;
En tanto fausta por oriente brilla
Perlas vertiendo la gentil aurora,
Que allá tu cuna iluminó en Zamora,
Esclarecido vate de Castilla;

Celebra el venturoso natalicio,
De tu alumno á la par, que se extasía,
Al contemplar su lumbre y arreboles.
A tus ojos abril ria propicio,
Hasta aclamarte el entusiasmo un dia
«Nestor de los Poetas españoles.»

A LOS TERREMOTOS DE ORIHUELA.

SONETO 22.

Cielos, ¡qué horror! La vista inquieta gira,
Por no ver de rüinas tal conjunto,
Pues do quiera se fija, el fiel trasunto
De la desolacion tan solo mira.
A una seña de Dios, abrió con ira
Sus abismos el báratro, y al punto
Lares, templos, vivientes, todo junto,
Se ha confundido en desastrosa pira.
De los pueblos, que fueron hermosura
De esta llanada convertida en lago,
Mañana apenas quedará ni el nombre.
Y ante el cuadro de tétrica negrura,
Que sobrevive al funeral estrago,
¡Su patria celestial olvida el hombre!

AL SR. D. JUAN GUILLEN BUZARAN.

SONETO 23.

Querido vate, ya que nunca duro
Conmigo se mostró tu noble pecho,
Contémplame bogando en tal estrecho,
Que el naufragio fatal es ya seguro.

Por la amistad mas tierna te conjuro,
A nombre del amor, por aquel techo,
Donde, al nacer en venturoso lecho,
Apolo te infundió su aliento puro.
Un soneto me piden; y es preciso,
Ya que me niegan su favor las Musas,
Que tú me libres del cruel aprieto.
Para poder salir del compromiso
(Guillen, me matas alegando escusas),
Préstame copia de cualquier soneto.

AL NACIMIENTO DE UN NIÑO.

SONETO 24.

Angel de paz, que por la vez primera
Abres tus ojos á la luz del cielo,
En la estacion de escarchas y de hielo,
Cuando el airado vendabal impera.
Crece feliz, cual crece en la ribera,
A la márgen de límpido arroyuelo,
Grata y fecunda vid, que inclina al suelo
Sus frutos y pomposa cabellera.
El destructor invierno, que al presente,
O vástago de amor, la selva umbría
Y vegas y pensil tala inclemente;
Perdone tu verdor y lozanía,
Y serás al erguir la hermosa frente,
Orgullo de tus padres y alegría.

AL SR. D. MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE,

DEDICANDOLE EL CANTO DEL PILAR.

SONETO 25.

Tú, cuya cuna defendió María
Con su augusta Columna protectora
Desde el feliz momento, que la aurora
A tu primer vagido sonreía;
Oye, querido amigo, la voz mia,
Al recordar con júbilo la hora,
En que del Cielo quiso la Señora
Visitar á sus hijos algun dia:
Pues al sublime trovador, que tanto
Con orlado laud al pátrio Ebro
Envanece glorioso y alboroza,
Debe tan solo dedicarse el canto,
En que con labio tímido celébro
El mas alto blason de Zaragoza.

A LA PUBLICACION

DE LA POÉTICA

DEL SR. MARTINEZ DE LA ROSA.

SONETO 26.

O tú, que estraviado hasta el presente,
Buscaste en vano la mansion de Apolo,
Tras la hiedra inmortal, que riega solo
Del Permeso la diáfana corriente;

Con tu constancia y tu valor ardiente
Conquistarás un prez de polo á polo,
Mas digno que la arena del Pactólo,
Adornando por fin tu docta frente.
Pues el Cantor del Dauro cristalino
Sentado con el Dios en su alta cumbre,
A la par de Luzan y Garcilaso,
Te facilita el áspero camino,
Con mil destellos de celeste lumbre
La senda iluminando del Parnaso.

A LA TRANQUILIDAD DEL JUSTO.

SONETO 27.

Ya tranquila reposa la natura
En el regazo de la Paz divina,
Mientras derrama fúlgida Lucina
Destellos gratos de su lumbre pura.
Yace el leon en su caverna oscura,
El cárabo enmudece en la colina,
Cobija el sueño á la ciudad vecina,
Y el mar adormecido no murmura.
Recogidas las alas de los vientos,
No se mueven las hojas de la palma,
Ni las flexibles ramas del arbusto.
O noche, á quien los mudos elementos
Halagan á la par con dulce calma,
Tú eres imagen fiel del varon justo.

LA BONANZA.

SONETO 28.

Rebramando no ha mucho turbulento
El hondo mar con ímpetu sañudo,
Estremecer en sus furores pudo
Las bóvedas del alto firmamento.
Sosegado su raudo movimiento,
Sobre la arena se adormece mudo,
Y tras del huracan el silbo agudo,
Riza las olas apacible viento.
Así calmó la insólita violencia
De infortunio cruel, que me afligia,
Apenas invoqué la Providencia.
Y en pos de negra noche, luce el dia
De brillante esplendor, que á mi existencia
Restituye la paz y la alegría.

AL SEPULCRO DE MOR DE FUENTES.

SONETO 29.

Descansa en paz, Poeta sin ventura [1].
Honor del Cinca, respetable anciano,
Pues el consuelo que buscaste en vano,
Por fin te halaga en pobre sepultura.
El cáliz apuraste de amargura
Como Ercilla y el Cisne lusitano,
A pesar de tu ingenio soberano,
Y noble corazon, y vida pura.

Si perseguido de contraria suerte,
Jamás te ha sonreido la alegría,
Tu bello nombre vivirá en la historia.
Que bondadoso el Angel de la muerte,
Para baldon de la injusticia impía,
Consagra á la virtud himnos de gloria.

LA RELIGION.

(*Imitacion de Giani.*)

SONETO 30.

Arbol, que del Jordan en la ribera
Brotaste al reluchar borrascas ciento,
Despues de alzarte á la region del viento,
Ajaron tu pomposa cabellera.
Como tu tronco empero recibiera
De perenne raudal su nutrimento,
Resistes hoy al huracan violento,
Tus ramas estendiendo por la esfera.
¿Y qué mucho, que llegue al alto cielo
Tu copa de verdor, si hasta el profundo
Se arraigó tu raiz acá en el suelo?
Luzbel en vano contra ti iracundo
Levanta su segur de muerte y duelo:
Tú vivirás mientras exista el mundo.

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

CANTO SAGRADO.

Haciendo mas caudal que de Judea
De los augustos muros, la Señora
Allí dejó su imagen por presea,
Haciéndose su guarda y protectora.

TRAGGIA, SAULIADA, CANTO 2.°

Hijo de las cantábricas montañas,
Rio felice de la patria mia,
Tú, que apacible y magestuoso bañas
El pabellon augusto de María;
Ebro, cuyas humildes espadañas
El fértil Paraiso envidiaría,
Calma tu curso rápido un momento,
Y tus glorias cantar podrá mi acento.

Sotos bellos de sombras y frescura,
Ribera pintoresca, deliciosa,
Campos de bendicion, verde llanura,
Alameda pinífera y umbrosa;
Vosotros sois, vergeles de ventura,
Donde de Jericó brilla la rosa;
La flor entre las flores escogida,
Aroma del Edén, del mundo vida.

Aquí se eleva el celestial sagrario,
Que la perla mas lúcida atesora:
Refugio de clemencia solitario,
Donde calman las penas del que llora:
Casa de Dios, augusto santüario,
En que legion de paraninfos mora,
Desde que la bondosa Nazarena
Su pié estampó de cándida azucena.

Puerto de paz, albergue de esperanza,
Asilo de llorosos pecadores,
Si mísero mortal feliz alcanza
A publicar al mundo tus loores,
Hoy uniré mis himnos de alabanza
Al coro de cristianos trovadores,
Celebrando la dicha de que goza
La ciudad de María..... Zaragoza.

Espíritu de amor y de armonía,
Que invocó el vate del Jordán sonoro,
Cuando del alto Líbano movía
Los viejos cedros con el arpa de oro;
Si no desdeñas la plegaria mia,
En que tu fuego celestial imploro,
Los reinos de la luz en gozo santo
Suspenderá mi religioso canto.

Cual vivifíca tras glacial invierno
El ángel de las flores á natura,
El Hijo de David, el Verbo eterno,
Regocijaba de Sion la altura:
Mientras la muerte, furia del averno,
Al pié de su vacía sepultura,
Acrecentaba de Jesus la gloria,
Pregonando á despecho su victoria.

Jerusalen, de crímenes guarida,
Que osó llenar con su postrer delito
Del enojo divino la medida,
Hasta colmar su término infinito;
El reprobado pueblo deicida,
Por Dios y por sus ángeles maldito,
Crecer veia el fruto floreciente
De la Iglesia católica naciente.

El ejemplo imitando de Judea
La cercana region de Samaría
Y el rudo habitador de Galilea,
Al Hijo veneraban de María.
Los pueblos de Diäna y Citerea,
Y Atenas y la docta Alejandría,
Sus númenes hollando tutelares,
Alzaban á la Cruz sacros altares.

A la diestra del Padre Omnipotente
Glorificado el celestial Ungido,
Contemplaba en las zonas del Oriente
El árbol de salud brotar florido,
Sin que pudiera la infernal serpiente
Su pomposo verdor ver extinguido;
Su verdor, que aumentándose fecundo,
Cobijaría con el tiempo al mundo.

Cuando los ojos de bondad inclina
A capital del Occidente bella,
Reina de Celtiberia peregrina,
Que del Ebro en las márgenes descuella:
Alumna del error, á quien domina
Influencia fatal de aciaga estrella,
Oponiendo rebelde contumacia
A los dulces impulsos de la Gracia.

En las sombras envuelta del abismo,
Envilecida la razon humana,
Las Deidades del falso Paganismo
Adora allí con ceguedad insana.
A disipar el negro fanatismo
Con luz vivificante y sobrehumana,
El hijo primogénito del trueno
Se lanzó en vano de esperanza lleno.

De lámpara, que pálida fulgura,
A la fúnebre lumbre macilenta,
Entre holocaustos mil de sangre impura
Torvo el Númen del mal allí se ostenta.
Asi junto á infamada sepultura
Se vislumbra padron de torpe afrenta,
Cuando en la noche lóbrega se inflama
De súbito relámpago la llama.

Al pérfido raptor de la inocencia
Aquí supersticion votos envia,
Y á la diosa de lúbrica licencia
Quema perfumes, que la Arabia cria.
Ritos de horror, mortífera creencia,
En que apoyada Religion impía,
A los esclavos, que en su yugo gimen,
En vez de la virtud, enseña el crímen.

Feliz imitador del Juez hebreo,
Al debelar su brazo extraordinario
A tanto incircunciso Filisteo,
Que á Israel combatia temerario;
El hijo acometió del Zebedeo
Al infernal indómito adversario,
Que sostiene con ánimo inflexible
El culto de los ídolos horrible.

Mas, oh estravío de la raza humana!
Como el enfermo de febril demencia
Al tierno amigo, que en su bien se afana,
Rechaza con frenética violencia;
No de otra suerte la ciudad pagana
Opone incontrastable resistencia
A las palabras de inefable vida,
Con que el Apostol santo la convida.

El ángel tutelar, que al manso rio
Sirve de proteccion y fuerte escudo,
Lamentando tamaño desvarío,
Ante el trono de Dios póstrase mudo,
Solícito implorando aquel rocío,
Que á Saulo pertinaz ablandar pudo:
La Gracia de los cielos fecundante,
Que liquída los pechos de diamante.

Mover logrando á la eternal clemencia
Los ayes del Custodio plañideros;
Ya mira con benéfica indulgencia
A Torcuato y sus fieles compañeros;
De los divinos ojos la influencia
Los convierte de tigres en corderos;
Y la luz de evangélica doctrina
El càos de sus mentes ilumina.

Del Ebro venturoso la corriente,
Por el ministro del Señor bendita,
Es ya nuevo Jordan y sacra fuente,
Que lava el alma y sus pecados quita.
Allí de Adán, el padre delincuente,
La miseranda estirpe, antes precita,
Recobra al punto la perdida herencia,
Destinada por Dios á la inocencia.

En el abrigo del redil cristiano
El rebaño escogido ya seguro,
Descansa ledo, aunque rugido insano
En torno zumba del sagrado muro.
Así á pesar del Faraon tirano,
Moisés, caudillo de Judá futuro,
Dormia el sueño de la paz tranquilo
En pobre cuna, que mecia el Nilo.

Como Josué, magnánimo guerrero,
Deseaba alcanzar nuevos blasones,
Ante el brillo mirando de su acero
Postradas las idólatras naciones;
El Apóstol su lauro al ver primero
Sobre tan indomables corazones,
De la santa verdad rendir quisiera
Al blando yugo la ciudad entera.

Bañada el alma en singular consuelo,
Ofrece las primicias de victoria,
Tributando entre lágrimas al Cielo
Ayes de gratitud, cantos de gloria.
El triunfo de la Cruz pide su anhelo,
No alabanza del mundo transitoria;
Vano rüido, que los vientos hiere,
Y entre los ecos fugitivo muere.

Con celo santo y fortaleza santa
Redobla sus esfuerzos ardoroso,
A riesgos tantos y fatiga tanta
Sin conceder momento de reposo.
Ya como rayo, que tronando espanta,
A Jehová proclama poderoso,
Ya tal vez al Cordero sin mancilla
Anuncia con candor y fé sencilla.

Allá en arengas de entusiasmo llenas,
Con que se estremecian los tiranos,
Menos fogoso el Orador de Atenas
Gritaba á los indignos ciudadanos;
Cuando vil opresor con las cadenas
Amenazando á sus cobardes manos,
Cual perfumada turba demujeres ,
Se entregaban á frívolos placeres.

Así consagra en paternal porfia
Sus afanes al sacro ministerio,
Sin doblarse la indócil rebeldía
De su elocuencia mágica al imperio.
Aletargada la ciudad impía
En el seno de infando cautiverio,
Esclava criminal repele en tanto
La libertad del Evangelio santo.

Augusto libro, que al Amor divino
Plugo sellar del Gólgota en el ara
Con el raudal precioso y purpurino,
Que del costado abierto derramára.
Luz, guia fiel y celestial camino,
Que su bondad amable nos depara,
Para arribar por fin con rumbo cierto
De la perdida Patria al dulce puerto.

A Jacobo sorprende el Sol naciente
Esplicando las páginas de vida;
Cuando el cenit inflama refulgente,
Ve su faz en sudor humedecida:
Sumérgese en las aguas de Occidente,
Dando la postrimera despedida
Al Pastor de la Iglesia celtibera,
Que en su afan incansable persevera.

Tras la huella del Héspero brillante,
Astro bello de amor y poesía,
Aparece cual tétrico gigante
La noche melancólica y sombría.
En la bóveda eterna de diamante,
Alfombra del Señor, que argenta el dia,
Resplandecen antorchas con que el hombre
Escrito admira su inefable Nombre.

Parece el Orbe panteon, que cierra
La muerte ruda con su negra llave,
Do las cenizas, que olvidó la tierra,
La paz custodia y el silencio grave.
Tan solo gime en solitaria sierra
De presagios fatídicos el ave,
Con el Ebro alternando, que resbala,
Como el ay! del dolor, que el pecho exhala.

Los pesares, las cuitas lastimeras,
Duermen en brazos de apacible sueño:
Enmudeció el rugido de las fieras,
Con que suele aterrar su adusto ceño.
Las auras de los valles lisonjeras
Cedieron al balsámico beleño;
Mientras al santo Apóstol desvelado
Los filos hieren de mortal cuidado.

Abrevado en las aguas de amargura,
Vedle buscar oculto apartamiento
De retirada y lúgubre espesura,
Do suele desahogar su sentimiento.
Triste padre, modelo de ternura,
Que en continuado y férvido lamento
Ruega por la ciudad, que todavía
Conserva pertinaz su idolatría.

De caverna en caverna el monte umbrío
Propaga condolido su quebranto:
Las claras ondas del doliente rio
Reciben con piedad el tierno llanto;
Llanto puro de amor, que al mundo impío
La noche vela con oscuro manto:
Mas las lágrimas cuenta el Dios del Cielo,
Que el bondoso varon vierte en el suelo.

«¿Cuándo, Sumo Pastor, tu providencia
»Ha de ahuyentar al Lobo carnicero,
»Que con sangrienta y bárbara violencia
»Se ceba en tu rebaño celtibero?
»¡Cuándo, movida Augusta á penitencia,
»Adorará tu cándido Cordero,
»Ante su altar despedazando el trono,
»Donde ejerce Satán su fiero encono!

«De la abominacion sobre las ruinas,
»¡Cuándo, Señor, el jubiloso viento
»Saludará por valles y colinas
»De la sagrada Cruz el monumento!
»Tú, que á la Hija de tu amor destinas
»En esta márgen eternal asiento,
»Cual piedra que en la mar súbito se hunde,
»De las tinieblas el poder confunde.»

Así muestra Santiago la constancia
De su paterno amor, y al cielo sube
La oracion en suavísima fragancia,
Cual del incienso la ondeante nube,
Cuando en las cumbres de la etérea estancia
Eleva su turíbulo el querube:
Perfume celestial, oblacion pura,
Que rinde á su Hacedor la criatura.

Menos complace en el pesar acerbo
De compasion la voz consoladora,
Que los oidos halagó del Verbo
El fiel Apóstol, que piedad implora.
Dichoso Jaime, de María siervo,
Que al recordar su Madre y Mediadora,
Vió el Angel abrazar de la esperanza
Al Custodio del Ebro en santa alianza.

El dulce Redentor, que entre dolores
Por la vida murió de los humanos,
Del Apóstol oyendo los clamores,
Eleva al Padre sus filiales manos;
Las manos, que de agudos pasadores
Aún conservan los sulcos inhumanos:
Mira el Padre benévolo á su Hijo,
Y sonrie en su frente el regocijo.

«Salud á la ciudad, en que Jacobo
»La semilla evangélica derrama:»
Dijo el Señor, y en delicioso arrobo
«Salud» la hüeste angelical exclama.
Tiembla el infierno, el implacablo Lobo
Al grito de salud airado brama,
Pues la grey, al aprisco ya vecina,
Salta gozosa y libre de rüina.

Una mirada de Jehová potente,
A que el suelto huracan sus alas pliega,
Y las airadas ondas de repente
Humillado el Océano sosiega;
Grata brilló: y al ángel, que obediente
Del Ebro guarda la dichosa vega,
Descubria el recóndito misterio,
Que ha de salvar al español imperio.

Muy mas veloz que el pensamiento mismo,
Cuando al impulso de la fe desciende
Desde el trono de Dios hasta el abismo,
Que su justicia pavorosa enciende;
El genio tutelar, que el Cristianismo
En Zaragoza protector defiende,
Al Cenáculo santo el raudo vuelo
Apresuraba en alas de su celo.

Casta paloma, que doliente gime
Por la muerte del Hijo en fiel suspiro,
Allí María su dolor sublime
Con la quietud halaga del retiro.
Para calmar la angustia, que la oprime,
En vano vaga en compasado giro
Ante sus ojos numerosa hueste,
Vibrando luz de la region celeste.

En los cristales del Cison riela
Silenciosa la luna y solitaria,
Sensible amiga, que al mortal consuela,
De sus penas y afan depositaria.
Hora solemne y plácida, en que vela
Dirigiendo al Señor tierna plegaria,
La Madre del Dios Mártir, que benigna
Por la Iberia infeliz rogar se digna.

Apenas en los labios virginales
Ha sonado tu nombre, Patria mia,
Cuando el ángel, que ufano los raudales
Mueve del Ebro, saludó á María.
Sus purísimos ojos maternales
Reflejan de los cielos la alegría,
Al paraninfo viendo, que le lleva
De parte del Señor tan grata nueva.

Con modesto ademan y honda mesura,
Que la profunda sumision retrata,
Deslumbrante el Heraldo de hermosura
A la heredera de David acata.
Brillando en sus pupilas la ventura,
Y en su boca infantil sonrisa grata,
Así la alta mision á la Princesa
En acentos dulcísimos expresa.

«Oyó el Señor con plácido semblante
»Vuestro gemido; vuestro ardiente ruego,
»Acelerando el suspirado instante,
»Que inflame á Iberia en sacrosanto fuego.
»De su fe, cual aurora rutilante,
»Os gozareis preconizada luego
»Por aquellas regiones que propicia
»Llamais, Madre de amor, vuestra delicia.

—»Gloria eterna al Señor! Su indigna sierva
»Reconoce la voz omnipotente.
»Loor á su bondad, que me reserva
»Para llevar su nombre al Occidente.
»Gloria eterna al Señor!» Dijo, y cual cierva
Que herida corre á cristalina fuente,
En brazos de los ángeles María
Hácia el Ebro feliz se dirigia.

Puro como la luz sublime coro
Precediendo á su Reina espacio breve,
El aire hiende en ímpetu sonoro,
Sus alas al batir de pluma leve.
Al eco grato de salterios de oro,
Que tanto y tanto paraninfo mueve,
Entre vivas de júbilo á María,
Sonaba de este modo la armonía:

«Inmarcesible honor y bendiciones
»Del Cristo á la divina Precursora,
»Que en el Ebro sus gracias y sus dones
»Hoy derrama con mano bienhechora.
»Oh tú, la mas feliz de las naciones,
»Que el sol fecundo con sus luces dora;
»Celebra, Iberia, la bondad inmensa,
»Que tamañas mercedes te dispensa.»

Mientras al santo Apostol reanima
El apacible cántico perenne,
Que repiten el valle y alta cima,
La blanca nube en que la Virgen viene
Al asombrado rio se aproxima.
La hueste angelical que la sostiene,
En brillantez y número supera
A los fúlgidos astros de la esfera.

A la radiosa muchedumbre bella,
Que no desiste de entonar loores,
Preside un paraninfo que descuella
En hermosura y gracia y resplandores,
Como de amor la matutina estrella
Suele cien lumbres eclipsar menores,
Al descubrir su platëada frente
Por las doradas puertas del Oriente.

Él es: el ángel de la patria mia;
Nuestro custodio, la esperanza nuestra,
Que las escuadras venturoso guia,
La celestial Imágen en la diestra:
La celestial Imágen de María,
De sus bondades inefable muestra;
Joya preciosa del hispano suelo,
Prez de la tierra, admiracion del Cielo.

Otro espíritu fiel sigue cercano,
De noble aspecto, de gentil figura,
Que el divino Pilar lleva en su mano,
Del sacro Paladion base futura.
El bello grupo descendiendo ufano,
El vuelo hácia su término apresura;
Hasta que en fin magestüoso llega
A la feliz, á la envidiable vega.

El Apóstol en pasmo sorprendente
Mira inflamarse la azulada esfera,
Como si ya la aurora refulgente
Sus vivíficos rayos esparciera.
Los cerros, las llanuras, la corriente,
Todo cual claro prisma reverbera;
Del Ebro renovando en las orillas,
O celestial Sion, tus maravillas.

No admiró leda la infantil natura
Tanto arrebol y espléndido cambiante,
Tanto rio de luz serena y pura,
Que el espacio inundaba relumbrante;
Cuando el Sol, de los cielos hermosura,
Nació de las tinieblas ya gigante,
Ostentando su fúlgida aureóla
Del supremo Hacedor á la voz sola.

Adoradla, ya próxima aparece
De Israel la esperanza y alegría.
Qué hermosa y halagüeña resplandece
Bajo rico dosel de argentería!
Mi deslumbrada vista se oscurece
Al recibir los brillos de María;
Ante su trono de rubor confusa
Cayendo humilde la cristiana Musa.

Almo Gabriel, divino mensajero,
Dulce consuelo de la especie humana,
Ministro de salud, de paz lucero,
Mas bello, que el albor de la mañana;
Oh tú, que merecieras el primero
Ver de Jacob la estrella soberana;
En eco grato, que los aires rompa,
Di de tu Reina la brillante pompa.

Tú, si con vista contemplar serena
Osas la Vírgen, que á Luzbel quebranta,
Mírala de esplendor y gracia llena,
La Luna y Sol humildes á su planta.
Al arribar á la dichosa arena,
Su noble magestad y gloria canta;
Pues tu célica voz modular puede
Lo que á labio mortal no se concede.

El caudaloso celebrado rio
Enfrenando sus líquidos cristales,
Que en sosegado y regio señorío
Estendia por campos y arenales;
De tamaña grandeza y poderío
Estático admirando las señales,
Sobre el siniestro brazo se incorpora,
Y besa el escabel de su Señora.

Las ateridas sierras de Pirene,
Donde el invierno su glacial asiento
Entre escarchas y horror ceñudo tiene,
Saltan arrebatadas de contento.
Moncayo altivo, la mansion perenne
De oscuras nubes, que respeta el viento,
Y cuantas cumbres la ciudad dominan,
Su erguida frente saludando inclinan.

Naturaleza en vítores exclama;
Despiertan de la selva los cantores;
Brota la playa estéril verde grama;
En el árido risco nacen flores;
Frutos produce la marchita rama,
Y al vergel reaniman sus colores:
El bosque yerto, cual si abril riyera,
Recobra su frondosa cabellera.

De la Cruz el discípulo respira,
Secos ya de su llanto los raudales,
Cuando la Reina de piedad le mira
Con aquellos sus ojos maternales,
Que templan del Señor la justa ira
En favor de los míseros mortales:
Por fin su boca de carmin y rosa
Le dice sonriendo cariñosa:

»Salud y paz, Jacobo, mi alegría,
»Hijo de mis desvelos y ternura,
»Salud y paz! El bonancible dia
»Amaneció postrero á tu amargura.
»A ese pueblo cadáver, que dormia
»El sueño eterno de la tumba oscura,
»La voz de Dios, cual resonante rayo,
»Despertará de su mortal desmayo.

»Mi efigie y su Pilar de grado quiero
»Dejar orillas del dichoso rio,
»Donde ya iluminado el Celtibéro,
»Que opuso á tus palabras tal desvío,
»Invocará en el tiempo venidero
»El nombre del Señor y el nombre mio:
»Tierra de maldicion la que tu planta
»Hoy pisa estremecida, será santa.

»Ante la Imágen, que á tu amor entrego,
»De mi cariño maternal en prenda,
»Presenta al Padre con ardiente ruego
»Hostia divina, de salud ofrenda:
»Y el pueblo infiel, estraviado y ciego,
»Abandonando del error la senda,
»Tras de tu huella seguirá la via,
»Que á la inmortal Sion, Jacobo, guia.»

Calló la Virgen, y hácia el rubio Oriente
Los aires corta en magestuoso vuelo,
Dejando en pos de sí rastro luciente
De albor süave, que ilumina el suelo.
Halagadas las auras blandamente
Con las acordes músicas del Cielo,
«Loor y bendiciones» á María,
«Loor, loor» el eco repetia.

«Loor, loor» las cóncavas esferas
Al prorumpir en gratas emociones,
Vuelven á saludar las cordilleras
Y el silencio á romper los aquilones.
Los valles, los egidos, las praderas,
Todo es fiesta, alborozo, aclamaciones:
Homenage debido á la Señora,
Del memorable pueblo protectora.

Lanza Satán horrísono gemido,
Y el templo, que fundára la impostura,
Se desploma con lúgubre estallido,
Profanando sus ruinas la llanura.
Cuando el cristiano vea estremecido
De los deformes restos la negrura,
En su respeto adorará profundo
La bienhechora Cruz, que salvó al mundo.

En éxtasis de júbilo inefable
Santiago embebecido todavía,
La voz, mas que las arpas agradable,
Escuchaba felice de María;
Mas la Imágen alzando venerable,
Que la clemencia del Señor le envia,
Sella su pié con humildosa boca,
Y en altar sacrosanto la coloca.

Arrodillado y levantando al cielo
Sus castos ojos y sus manos puras,
Entre efusiones tiernas de consuelo,
Bendecia al Señor de las alturas:
Y abriendo el ángel de mi patrio suelo
El libro de las épocas futuras,
Asi del Zebedeo al santo hijo
Recónditos arcanos le predijo:

»El tiempo inexorable, que derroca
»Los montes de granito en su carrera,
»Respetará la efigie, que tu boca
»Hoy adoró, Jacobo, la primera.
»Vivo trasunto de la inmóvil roca,
»Que desafía á la borrasca fiera,
»Será el sacro Pilar, haciendo frente
»De los siglos al rápido torrente.

»Alzarse en esta márgen ya contemplo
»La grandiosa basílica cristiana,
»De fe sincera, de piedad ejemplo,
»En sus principios y en la edad lejana:
»Asilo de oracion, sagrado templo,
»Que sostendrá la diestra soberana,
»Donde miras de Júpiter el solio,
»Con que afrentó á la Iberia el Capitolio.

»El azote de Dios, el Arrianismo,
»Orgulloso y tenaz en sus errores;
»Los hijos del estúpido Islamismo,
»Despues de hollar al godo vencedores;
»La indiferencia, el bárbaro Ateismo,
»Ebrio de sangre, mortandad y horrores;
»Aquí serán cual mar, que en vano ensaya
»Su rabioso furor contra la playa.

»Los trofeos y bélicas acciones,
»Que mas pregone la falaz historia;
»Heróicos pueblos, ínclitas naciones,
»Ufanas con los lauros de su gloria;
»Las grandezas y pompas y blasones,
»Las coronas del genio y su memoria:
»Todo, en inmenso caos confundido,
»Morirá en las tinieblas del olvido.

»Sobreviviendo empero á tal rüina
»Ese privilegiado monumento,
»Como el Sol, que magnífico domina,
»Cual espléndido rey del firmamento;
»Su frente al Orbe ostentará divina
»Hasta el postrer fatídico momento,
»Cuando en cenizas desparezca el mundo
»De la nada en el piélago profundo.

»Allá en siglo de crímenes lejano,
»En que Luzbel sus esperanzas funda,
»Despues de sojuzgar cruel tirano
»Un hemisferio con servil coyunda;
»Querrá del pueblo doblegar hispano
»La fe y la fortaleza sin segunda:
»Mas llorará ante Augusta de despecho,
»Al ver en humo su poder deshecho.

»Antes empero el paternal cayado
»Regirá de solícitos pastores
»Esa pequeña grey, Jacobo amado,
»Que aumentarán tus dignos sucesores.
»Verá el Orbe católico pasmado
»Mil de tu santo celo imitadores,
»Fijos ante la imágen de María,
»Velar por su rebaño noche y dia.

»Al Señor, que hoy revela á mi ternura
»Sus nombres y piedad, humilde adoro;
»Y de tantas virtudes y ventura
»El pronto arribo de su amor imploro.
»Ven presurosa; ven, edad futura,
»Que admirarás las dotes de Teodoro,
»De Valerio, de Braulio y otros ciento,
»Delicias de la Iglesia y ornamento.

»Mas ya se ven arder en lontananza
»Los negros pozos del abismo abiertos,
»Y al humo denso que su cráter lanza,
»El mar, la tierra y sol quedan cubiertos.
»Con arroyos de sangre la venganza
»Inunda las ciudades y desiertos,
»Y el furor se acrecienta y los rugidos
»Contra el Cristo y sus fieles escogidos.

»Rio infeliz, que reverente humillas
»Coronada de olivo tu cabeza,
»Al presenciar las altas maravillas,
»Con que tu Iglesia su período empieza;
»¿Oyes, oyes zumbar en tus orillas,
»Yertas de asombro, mudas de tristeza,
»El ronco silbo de huracan tremendo,
»Que está la sacra nave combatiendo.

»Del averno las férreas compuertas
»Arrojan de amargura sus corrientes,
»Cual Dios las cataratas dejó abiertas,
»Para anegar los hombres delincuentes.
»¿Mas qué podrán las infernales puertas
»Contra la piedra santa y sus creyentes,
»Si del Señor la bondadosa mano
»Su poder les prodiga soberano?

»Entretanto, sin tregua, ni sosiego,
»De la persecucion el mar se irrita,
»Pues el Dragon de inextinguible fuego
»Las turbias aguas con su cola agita,
»Y de rencor desatentado y ciego,
»Anima, impele á su legion maldita
»De pálidos espectros, que crueles
»Arrojan en las ondas á los fieles.

»Vano furor! Hermoso, radiänte
»El Iris de bonanza reverbera,
»Apareciendo en tan feliz instante
»El divino bajel en la ribera.
»En su mastil angélico almirante
»Ya tremola del triunfo la bandera,
»Y encadenado á la sagrada quilla
»Ruge Satán, doblada la rodilla.

»Sublime lauro! Singular victoria,
»Que de Sion retumba allá en la cumbre,
»Y en himnos gratos de eternal memoria
»Repite la cristiana muchedumbre.
»Decorados los mártires de gloria,
»Ya vibran rayos de celeste lumbre.
»Seres felices! Generosas almas,
»Que merecieron tan ilustres palmas!

«De tanto vencedor, ¿qué inteligencia
»Sabe los nombres y hechos singulares?
»Tan solo es dado á la increada ciencia,
»Que las arenas cuenta de los mares.
»De Jehová inefable ya en presencia
»Prorumpen en dulcísonos cantares,
»Del Verbo la divisa refulgente
»Ostentando gallardos en la frente.

»Desde la dulce Patria, donde moran,
»Sonrien con amor á sus hermanos,
»Que todavía desterrados lloran
»Allá en los rios del gentil profanos.
»Míseros, ay! que compasion imploran,
»Al cielo alzando las opresas manos,
»Y no bien miran la region serena,
»Sienten aligerada su cadena.

»Oh mil veces dichosos campeones,
»Que del Cordero revolando en torno,
»De aquellas beatísimas mansiones
»Sois la grata delicia y el adorno.
»Emulos de los jóvenes varones,
»Que ilesos vió de Babilonia el horno,
»Embebecidos en sonoro canto
»Repetís á porfia: *Santo, santo.*

»En el cuadro de atletas aparece
»Por la hebrea impiedad rotas sus venas
»El niño Dominguito; cual florece
»De la rosa el capullo entre azucenas.
»Mientras del Ebro atónito enrojece
»Con su inocente sangre las arenas;
»Sonrie á su verdugo y le perdona,
»Jugando con la palma y la corona.

»A la hueste inmortal, honor de España,
»Que afrontó del infierno los furores,
»La falange sin número acompaña
»De los esclarecidos confesores.
»Presídela Isabel, que en Lusitaña
»Con esfuerzos del cielo superiores
»Holló, venciendo femenil flaqueza,
»Púrpura y cetro y mundanal grandeza.

»Sigue el coro de vírgenes divino,
»Ornado de candor y de hermosura,
»Con orientales perlas y oro fino,
»Recamada la blanca vestidura.
»La guirnalda en su sien, el níveo lino
»Emblema son de su inocencia pura,
»Que aguardó del Esposo la venida,
»Con la antorcha nupcial nunca extinguida.

»De la estirpe admirados prodigiosa
»Los pueblos todos, rendirán á una
»Feudo de honor á la ciudad famosa,
»De tales hijos envidiable cuna.
»Y cuando allá en la Patria venturosa
»El Padre de familias los reuna,
»¡Cuánto será, Jacobo, tu consuelo,
»Que plantaste la Cruz en este suelo!

»Con su piadosa mano Constantino
»Al tremolar la sacrosanta enseña,
»Toda region y piélago y camino,
»Ya protegidos por la Paz risueña,
»Fácil paso darán al peregrino
»Hácia la ibera márgen halagüeña,
»Do en cumplimiento de su voto sacro,
»Besará de María el simulacro.

»Agradecido náufrago piloto,
»Que al invocar la Estrella de los mares,
»Vió enmudecer al irritado Noto,
»Y á saludar volvió sus patrios lares;
»Cual pia ofrenda colgará devoto
»La salvadora tabla en los altares
»De su divina Madre y Protectora,
»Que le tendio la diestra bienhechora.

»Será la santa angelical capilla
»Manantial puro, inextinguible fuente,
»Nuevo Hesebón de rara maravilla,
»Para aliviar la humanidad paciente:
»Desde el confin de contrapuesta orilla
»Vendrá gimiendo el infeliz doliente,
»Encontrando en los vívidos raudales
»El dulce lenitivo de sus males.

»Los príncipes del Ebro y sus guerreros,
»De piedad llenos, ricos en laureles,
»Rendirán á María sus aceros,
»Al aprestar las armas y corceles.
»En lid leones, en la paz corderos,
»Despues de sojuzgar á los infieles,
»Le ofrecerán ¡ó Jaime! por su mano,
»Los trofeos que llore el africano.

»Esa nacion, que con dolor ahora
»Contemplas á tus ruegos indecisa,
»Verás que luego tu favor implora,
»Tu nombre apellidando por divisa.
»Cuando *Santiago* en lid aterradora,
»*Santiago* anuncie la sonante brisa,
»A pesar del averno y la fortuna,
»Sucumbirá á su voz la media-luna.

»Regio adalid, honor de esta comarca,
»Enlazado con ínclita heroina,
»De Agar hollando al postrimer monarca,
»Verá triunfar la religion divina;
»Y en todo el radio que la España abarca,
»Deplorando los árabes su ruina,
»De pena y luto y confusion cubiertos,
»Volverán á sus áridos desiertos.

»De la encumbrada Ester bajo el amparo
»Tendrá la religiosa monarquía,
»En sus tormentas luminoso faro,
»En sus peligros proteccion y guia.
»Así estendiendo su blason preclaro
»La española nacion, será algun dia
»De los opuestos límites señora,
»Que al nacer y morir el sol colora.

»Tú, que anunciaste por la vez primera
»El nombre de María sacrosanto
»Al mísero gentil de esta ribera,
»Ya defendida con su augusto manto;
»Feliz Apóstol de la gente ibera,
»Que debes á tu Reina favor tanto,
»Las glorias y ventura solemniza
»Que mi labio á tu Iglesia profetiza.»

Dice el Custodio alígero; y festivas
Numerosas legiones celestiales
Aplaudieron en cánticos y vivas
Tan dulces nuevas, profecías tales.
Las márgenes del Ebro, que cautivas
Gemian de las huestes infernales,
Su libertad celebran elocuentes
Con la sonora voz de sus torrentes.

Inmortal escuadron desde aquel dia
En torno al tabernáculo fúlgura,
Luciendo con bizarra gallardía
Su deslumbrante acero y su armadura.
Guardia noble de honor, á quien confia
El Dios, que reina en la sublime altura,
La custodia del ara, en que bendita
La soberana Emperatriz habita.

Ara privilegiada, que saluda
Angelical melodiöso coro,
Donde la Iberia, de respeto muda,
Contempla ufana su mejor tesoro:
Solio de gracias, que el Señor escuda,
Prosternado en el polvo yo te adoro;
Lleno de amor y fe la lira mia
Ofreciendo á las plantas de María.

Al retrato de Pedro Ruiz de Moros,

CÉLEBRE JURISCONSULTO Y POETA DEL SIGLO XVI.

INSCRIPCION.

Ved al ínclito alumno de Sofía,
Varon preclaro, de candor modelo;
Al nacer le arrulló la Poesía,
Al morir sonrió bondoso el cielo.
El sármata heredó su tumba fria,
Su amante corazon mi patrio suelo:
Del Guadalope y Vístula fue gloria,
Y la virtud venera su memoria.

A una niña.

MADRIGAL.

Crece, niña encantadora,
En florecientes abriles,
Como crece en los pensiles
La rosa, timbre de Flora.
Si desde su misma aurora
Tu hermosura singular
Así comienza á brillar,
Por fin á las Gracias bellas,
Como Febo á las estrellas,
Conseguirás eclipsar.

Tarik.

ROMANCE 1.º

Vuela Tarik, y acosa y vuelca y rinde
El árduo inmenso trecho
Desde el Hercúleo estrecho
Hasta la escelsa linde
Del Pirineo yerto y escabroso,
Que ante el caudillo tiembla pavoroso.

(MOR DE FUENTES, POEMA A GIBRALTAR.)

Arde la real Toledo
En diversiones festivas,
Sin advertir que ya toca
Del precipicio la orilla.
Por las plazas y las calles
En juegos y dulce trisca
Engolfado el pueblo todo,
Su rudo afanar olvida.

En militar simulacro
La destreza y gallardía
Airosamente campean
De la nobleza aguerrida.
Llenos de sudor y polvo
Los alazanes, publican
De los bravos caballeros
La pujante bizarría.
En los fulgentes escudos,
Que el rayo del sol duplican,
Del amor y la esperanza
Se ven ingeniosas cifras.
La lid estan contemplando
Las damas embebecidas,
Haciendo ufanas alarde
De sus gracias peregrinas.
Viene la noche, y al mundo
Con sus tinieblas cobija,
Mas cien lumbradas brillantes
Su horror sombrío disipan.
En el nocturno silencio
Las músicas escogidas
Y los banquetes y bailes
Se suceden á porfía.
Con tales fiestas empero
El pueblo godo no alivia
Al rey, que víctima yace
De mortal melancolía.
Qué mucho! desde el momento
En que deshonró á Florinda,
Remordimientos crueles
Su corazon martirizan.
Pues tales son los efectos
Y tan amargo el acibar,
Que de un amor criminoso
Dejan las torpes delicias.

No bien cesan en la corte
Las públicas alegrías,
Mil y mil tristes agüeros
A la Hesperia atemorizan.
El Tajo brama furioso,
Y en diluvial avenida
Los afanes y esperanzas
Del labrador aniquila.
Cometa sombrío estiende
Su cabellera rojiza
Hácia Toledo aterrada,
Que presiente mil desdichas.
Una y otra vez la tierra
Con violencia sacudida
Retiembla, y por todas partes
Abrense profundas simas.
Con fúnebre clamoreo,
De oculta fuerza impelida,
Suena la fatal campana
De Julia-Celsa la antigua.
Ensangrentados espectros
Cruzan la region vacia,
Fieros entre sí lidiando,
Cuando Febe opaca brilla;
Mientras en gótico alcázar
Férreas cadenas rechinan,
Arrastradas por fantasmas,
Que á la aurora se disipan.
En misterioso palacio,
Con sangre reciente escritas,
Cien fatídicas leyendas
Luto y muerte vaticinan.
Cuando rara vez el sueño
Los ojos del rey visita,
Lúgubres visiones turban
Su exaltada fantasía;

Y al saltar del muelle lecho,
Le persiguen y horrorizan,
Gimiendo por los salones,
Mil voces desconocidas.
«¡Qué fatal ¡ay! es mi estrella!
»Dios mio, ¡qué pronostican
»Tan portentosos prodigios
»Repetidos cada dia!
»¡Triste de mí! Por qué al trono
»Me alzó mi suerte enemiga,
»Para ser el rey postrero
»De la goda monarquía!
»Antes de verte mis ojos,
»Dulce patria, destruida,
»Sepúlteme bondadosa
»La Parca en la tumba fria.»
En tanto á solas Rodrigo
Así abatido suspira,
Retumba el clarin guerrero
En el Asia y en la Libia.
Al rumor bélico se arman
Cuantas naciones vencidas
Se prosternan en silencio
Ante el supremo califa.
En la industriosa Damasco
Ardiendo cien herrerías,
Del Mongibelo humeante
El cuadro sombrío imitan.
Cuantos lucientes arados
Del mar helado á la India
Rompian la dura tierra,
Se convierten en cuchillas.
Los montes, antes poblados
De altos abetos y encinas,
Son llanos, do hacer su nido
No pueden las avecillas.

Nada la segur perdona:
En las venerandas cimas
Del Líbano ya se ceba,
Asilo del Maronita.
Mil cedros, que de los hombres
Vieron la edad primitiva,
Como vencidos gigantes
Yacen, la copa abatida.
Las pomposas arboledas,
Que ayer con su sombra amiga
Al viajero convidaron,
Hoy son ya flotantes quillas.
Por el líquido elemento
Blandamente se deslizan,
Siguiendo á Tarik el bravo,
Que en la capitana guia.
Bajo la armada las ondas
Desparecen á la vista,
Y entre las naos se descubre
La espuma leve movida.
Vuelan á favor del viento,
Que los linos manso hincha,
Sin que el esclavo robusto
Del grave remo se sirva.
La estacion de primavera,
La serenidad tranquila,
El sol, que fúlgido asoma,
Todo á navegar convida.
Desde la elevada gavia
Ya el grumete no divisa
Del abandonado puerto
Las atalayas erguidas.
De Ismael los fieros hijos
Saludan la alta colina,
En que de Caton descansan
Las apagadas cenizas.

No lejos de su sepulcro
La vasta llanada admiran,
Donde floreció de Roma
La poderosa enemiga.
Hácia las costas iberas
El árabe se aproxima,
La coyunda preparando,
Que degrada y esclaviza.
Por fin con grato alborozo
No bien descubren la cima
Del magestüoso Calpe,
Que el horizonte domina;
¡Iberia, Iberia! en la armada
Clama bronca vocería:
¡Iberia, Iberia! repiten
Las playas circunvecinas.
Así cuando Dios el rayo
Con mano candente vibra,
Sigue el horrísono trueno,
Que retumbando horroriza.
Como de voraz langosta
Nube apiñada y nociva,
Que al luminar de los cielos
Encubre la luz benigna;
Entre confusa algazara
De aclamaciones y vivas,
A la deseada arena
Arrójase la morisma.
Treme conmovido el suelo.....
¿Mas quién podrá, patria mia,
Recordar sin congojarse
Tus posteriores desdichas?

La Cabaña.

ROMANCE 2.°

Delectent alios urbisque aulæque tumultus;
Me juvat in vita simplice grata quies.
(COMMIRE.)

Dulce retiro del campo,
Tú eres puerto de bonanza
Para el que deja el estruendo
De la ciudad agitada.
Llegué feliz á mi aldea,
Cual á suspirada playa,
Bañándose de ternura
Mis ojos al saludarla.
«A Dios, bulliciosa corte,
»Mar, donde tantos naufragan,
»Sin que de escarmiento sirvan
»Las incesantes desgracias.
»De sus turbulentas ondas
»Despues de sufrir la saña,
»Entre zozobras mortales
»Luchando sin esperanza;
»Hoy reconocido al cielo,
»Le consagraré en las aras
»Mis empapados vestidos
»Y del naufragio la tabla.
»O soledad apacible!
»O deliciosas cañadas!
»Cuántos dias de ventura
»En vuestro seno me aguardan!»
Dije, y de verde colina
En la pintoresca falda

Edifiqué por mis manos
Una pajiza cabaña.
Los abetos, que sombrean
La negra selva cercana,
Me ofrecieron materiales,
Alargándome sus ramas.
Hácia el despejado Oriente
Abrí cómoda ventana,
Que el sol benéfico dora
Apenas del mar se alza.
No ostenta el humilde techo
Labores artesonadas,
Ni en sus paredes campea
De Corinto la elegancia.
Adornen tales primores
Del potentado el alcázar,
Donde cual funesto enjambre,
Las cuitas en tropel vagan.
Todos los dias el himno
De gratitud y alabanza
Ofrezco al piadoso Cielo,
Apenas asoma el alba;
Y llevo mi ganadillo
A la pradera inmediata,
Con el rústico instrumento
Ensayando mil tonadas.
El retozon cabritillo
Alegre al oirlo salta,
Y el mastin despierta, corre,
Sube á los cerros y ladra.
Melodioso el coro alado
Con sus trinos me acompaña,
Al astro, que le da vida,
Entonando la alborada.
El hambriento corderillo
Buscando á su madre, bala,

Y á despuntar el madroño
Trepa la golosa cabra.
Aquí de fragoso risco
Con blando murmullo baja
El fugitivo arroyuelo,
Que por el valle resbala.
Allí de cumbre eminente
Audaz al hondo se lanza
Arrollando cuanto encuentra
La estrepitosa cascada.
Allá en fin el Guadalope
Tiende su corriente mansa,
Que serpentea vistosa
Por la llanura lejana.
Su pegujar cultivando,
Festivo labriego canta,
Y á sus acentos responden
Los ecos de la montaña.
Por la ribera los bueyes
Pacen ansiosos la grama,
Mientras mueven dulce trisca
Los vaqueros, que los guardan.
Cabe la fuente del pino,
De un zagal suena la flauta,
Y en torno bullen los coros
De las pastoriles danzas.
Este gozo, estos placeres,
Esta agradable algazara,
Son la muerte de las penas,
Son la música del alma.
¡Cuándo esta dicha inefable,
Que solo da la campaña,
Sonrie á los cortesanos
En sus mentidas holganzas!
Todo aquí es paz y embeleso:
Ofrecen solaz las aguas,

Recreo los pajarillos,
Sombra los árboles grata.
Aunque estremecido el Orbe
En lides sangrientas arda,
Este mágico sosiego
Solo interrumpen las auras:
Que el retiro y medianía
Son, cual firmísima valla,
Donde se estrella el empuje
De pasiones irritadas.
Por eso Amiclas del sueño
En los brazos reposaba,
Sordo al estrépido horrible
De combatientes escuadras.
Feliz barquero mil veces,
Que en tan deshecha borrasca,
De huracanes y bajíos
Salvar su esquife lográra.
Y feliz yo desde el dia
En que dejé la morada
De confusion y discordia
Por mi tranquila cabaña.

El Garona.

Romance 3.°

Salve, cristalino rio,
Salve, famoso Garona,
El de las verdes orillas,
El de las flores y trovas.
El que produjo otro tiempo
Las guirnaldas de victoria,
Que de cantores ilustres
Orlando las sienes doctas;

Hicieron de la Occitania
El alcázar de la gloria,
La mansion de los amores,
El edén de las hermosas.
Enmudezcan otros rios,
Si envanecidos blasonan
De sus amenos jardines,
Que mayo perenne borda:
Pues desparece cual niebla
Toda su rústica pompa,
Convirtiendo un sol en polvo
Sus tulipanes y rosas.
¿Qué vale fugaz ornato
De junco, espadaña y ovas,
Cuando tú muestras al mundo
Tu singular aureóla?
El mismo Sena, que altivo
Ostenta imperial corona,
Inclina por saludarte
Su frente magestüosa;
Como á la cuna del Genio,
Que civilizó á la Europa,
Con cántigas ensayadas
En tus márgenes dichosas.
Así un mortal sobrehumano
En la antigüedad remota,
De los degradados hombres
Viendo las errantes hordas;
Las detuvo con la mágia
De su lira encantadora,
Y en seres dulces, sociables,
Prodigioso las transforma.
De gratitud impelidas,
Ellas al punto se postran
Ante el bienhechor humildes,
Y le consagran aromas.

Del mismo modo los vates
Con filial respeto invocan
¡O rio! tu bello nombre,
Al ofrecerte sus loas.
No aparece por tu vega
Arbol, collado, ni roca,
Que no recuerde á la mente
Una poética historia.
Por ese bosque de mirtos
Vaga de Isaura la sombra,
Cuya muerte los amores
Todavía tristes lloran.
Enternecido aquel risco
Oyó sollozar á solas
Al trovador, que penaba
Lejos de adorada esposa.
El que despues desterrado
Murió en estranjera costa,
A su patria y su querida
Llamando en voz dolorosa;
Celebraba su ventura
Sin recelos, ni zozobras,
En aquella alta colina,
Que sobre el agua se encorva.
Con su murmullo remeda
Esa fuente bullidora
Las quejas, que daba Arnaldo
A su bella desdeñosa.
Al que con la gaya ciencia
Ennobleció á Barcelona,
Tú ofreciste, añoso roble,
Asilo bajo tu copa.
Aquí Guillermo gemia;
El que, tras muerte alevosa,
Yace unido con su amada
Bajo una lápida sola.

Allí cantaba halagado
De esperanzas ilusorias
Rudel, gallardo mancebo,
Nacido en infausta hora;
Que atraido por el nombre
De una princesa famosa (*),
Arrostró en frágil esquife
Del airado mar las olas:
Y apenas halló á la dama
Tan linda, como amorosa,
Dijo, *te adoro;* y la Muerte
Selló al infeliz la boca.
Allí á Vidal inflamaba
Inspiracion religiosa,
Al celebrar á la Virgen,
Que el cielo y la tierra adoran;
Mereciendo en recompensa
Violeta de oro preciosa,
Por la que dieran los reyes
Sus mas estimadas joyas.
En fin, do quier se descubren
Restos y dulces memorias,

(*) Rudel, Príncipe de Blaye y trovador distinguido, de quien se conservan todavía versos tan bellos como afectuosos, vivia en su castillo feudal; cuando hospedándose en él algunos peregrinos, que venian de Palestina, le hicieron la pintura mas halagüeña de la hermosura y dotes morales de la Condesa de Trípoli. Inflamada con esta narracion la imaginacion de Rudel, deseoso de ver á dicha Señora, tomó la Cruz y la esclavina, y se embarcó para la Tierra Santa. No bien arribó al puerto, cayó gravemente enfermo, y sabiendo la Condesa lo que habia sucedido, fué á visitar y asistir al peregrino. Este falleció á los pocos momentos de hablar á la ilustre dama, que hizo al difunto magníficas exequias, retirándose inmediatamente á un monasterio, donde vivió el resto de sus dias.

Que resisten de los siglos
A la mano destructora.
Y es fama, que por la noche,
Cuando con rubor asoma
La luna mostrando apenas
Su faz entre negras tocas;
Resuenan tristes y lentos
Por esta comarca toda
Blandos preludios de un arpa,
Que el eco en gemidos torna.
Recibe, plácido rio,
El batél, que me transporta
A las llanuras opuestas
De tu márgen deliciosa;
Donde, cual feudal palacio
Domina entre humildes chozas,
De torreones ceñida
Se alza la condal Tolosa.
Si benigno me concedes
Fácil paso por tus ondas,
Veré en los juegos florales
Reproducirse tus glorias.
Y escuchando á los poetas,
Que tu orgullo son ahora,
Tal vez elevar su canto
Podrá mi lira española.
Entonces, agradecido
A tu acogida bondosa,
Himnos de honor y alabanza
Te consagraré, ó Garona.

Al Sr. D. José Mor de Fuentes.

ROMANCE 4.º

(Barbastro mayo de 1830.)

¿Por qué en el polvo, Fileno,
Tu plectro olvidado yace
Orillas del patrio Cinca,
Que tanto ansía escucharte?
Algun dia embebecido
Paró sus raudos cristales,
A la par que sus zagalas
Te sonrieron amables;
Cuando, del divino Thómpsom
Emulo digno, cantaste
Por las florestas y egidos
De esta deliciosa márgen,
Las galas de primavera,
La mies de estío abundante,
Los racimos del octubre,
De invierno los vendabales.
Sigue, sigue, dulce amigo,
En tu canto infatigable,
Y legarás nuevas glorias
A las futuras edades.
Sigue feliz renovando
Por estos amenos valles,
De mil cisnes armoniosos
Los acentos agradables.
Todavía esa cañada,
Que las ondas puras lamen,
De los cultos Argensolas
Hoy repite los cantares.
De Luzán magestüoso

¿Oyes los tonos marciales,
Que anuncian de Orán vencida
Caidos los balüartes?
Ea pues, ¿qué te detiene?
Toma tu lira sonante,
Y el eco de su entusiasmo
Salga rompiendo los aires.
¿Qué importa que la ignorancia.
Del negro caos imágen,
Al resplandeciente Genio
Por oscurecer se afane?
Sus sombras de horror y luto
Luego verás disiparse,
Cual de la noche las larvas
El sol ahuyenta y esparce.
Entonces desde Pirene
Hasta el apartado Calpe.
De la poesía el astro
Se mostrará radiänte.
Oh! luzca luego la aurora,
En que, sin pardos celages,
En el hispano hemisferio
Toda su lumbre derrame.
Luzca! y volará en triünfo
El idioma de Cervantes,
Desde las patrias riberas
Hasta mas hallá del Ganges.
No temas, no, que la Muerte
Con sus alas funerales,
De la tumba en el ocaso
Nuble tus lauros brillantes.
La verdad perenne luce
En las urnas sepulcrales,
Y á sus destellos campean
Los blasones de los vates.
Allí hiedra vividora

Y rama délfica nacen,
Una guirnalda formando
Con sus hojas inmortales.
Pasan rápidos los siglos,
Y todo á su impulso cae,
Mientras el prez del poeta
Queda cual roca inmutable.
¿Y enmudecerás mas tiempo?
Fileno, en cantar no tardes;
Así á tu ya orlada frente
Darás un nuevo realce.

Al nacimiento de la hija primogénita del Excmo. Sr. Duque de Medinaceli.

ROMANCE 5.º

Florece, vástago hermoso,
En los campos de la vida,
Como la pomposa palma,
Reina de la selva umbría.
Crece, flor de grato aroma,
Halagada por las brisas,
Con que al aterido valle
Primavera reanima.
Despliega tu albor naciente,
Luz apacible, que brillas
Con los dulces resplandores
De la estrella matutina.
Rosa de Medinaceli,
Jamás el aura nociva
Con su aliento descolore
Tu verdor y lozanía.
Del amor y la hermosura

Amable, preciosa hija,
Tú eres gloria de tus deudos,
Y de tus padres delicia.
Dichosos padres, que ufanos
En ti su ventura cifran,
Mirándote cual aurora
De la paz y la alegría.
En tus inocentes gracias,
En tu angelical sonrisa,
Embebecidos contemplan
Sus esperanzas cumplidas.
Tú el embeleso y adorno
Serás de tu sexo un dia,
La madre del desvalido,
El solaz de las desdichas.
Los ángeles tus hermanos
Benévolos te sonrian
En esos dorados sueños,
Que encantan hoy tu puericia.
El alígero Custodio,
Que será siempre tu guia,
Hasta que el Dios de clemencia
En su seno te reciba;
Con sus protectoras alas
De escudo firme te sirva,
El candor, que te embellece,
Conservando sin mancilla.
Así una voz sobrehumana
Dichosa lo vaticina
Desde la azulada efera
En acentos de armonía;
Cuando tu piadosa madre
Coloca con mano amiga
La feliz cuna en que duermes
Bajo el manto de María.
Bajo aquel manto divino,

De los mortales egida,
Ante el cual en mudo pasmo
Los querubines se humillan.
Vive, Angelita donosa,
Vive, encantadora niña,
Sin que nunca el infortunio
Desapiadado te aflija.
Vive feliz tantos años,
Como lágrimas y cuitas
Benéfica aliviar suele
Tu generosa familia.

Al Guadalope.

ROMANCE 6.°

Dura..... emovere loco me tempora grato,
Civilisque rudem belli tulit æstus in arma.
(HORAT. LIB. 2, EPIST.)

A Dios, cristalino rio,
A Dios, manso Guadalope,
Tú, que besas de mi Patria
Los antiguos torreones.
Torreones, do estrellados
Vió el musulman sus furores,
Al querer en esta vega
De Cristo eclipsar el nombre.
Aquí el denodado Alfonso
Incendió los pabellones,
En que relumbrado habia
La media-luna hasta entonces.
Allí prosternado Jaime
Bendijo la enseña noble,
Que despues tremoló invicto.

Apellidando á San Jorge,
Al dominar las almenas
De la capital, en donde
El Cid sucumbido habia
De la Parca al rudo golpe.
Allá desafía al tiempo
Gótica y osada torre,
Que su frente veneranda
Entre las nubes esconde.
Pregonero de los siglos,
Que cual torbellinos corren,
Publica de Calatrava
Los no empañados blasones.
Aún adorna su cabeza
La Cruz, que sirvió de norte
A los bravos caballeros,
En cien lides vencedores.
Lápidas, que la embellecen,
Mudas anuncian al orbe
Hazañas de los Heredias,
Lanuzas y Cervellones.
En aquel sagrado templo,
Que domina con su mole,
Cual imponente coloso
El despejado horizonte;
Para atajar el incendio
De civiles disensiones,
Y elegir Monarca augusto,
Aragon congregó cortes.
¿Quién puede, Alcañiz, tus glorias
Cantar en dignos loores,
Aunque en las alas del genio
Atrevido se remonte?
Tú fuiste fecunda madre
De esclarecidos varones,
Que realzarte supieron

Con sus relevantes dotes [2].
¿Cuál de tus amantes hijos
Tendrá corazon de bronce
Para olvidarte, aunque el cielo
Lo lleve á ignotas regiones?
¡Mísero yo, á quien ceñudo
En este dia desoye,
Cuando con mi llanto riego
La cuna de mis mayores!
Aquí en silencio han corrido
Mis tiernos años veloces,
Tranquilos, como ese arroyo,
Que resbala por el bosque.
Aquí de Laso y Batilo,
Cisnes del Tajo y del Tormes,
El caramillo apacible
Ensayé cándido joven.
Se disipó mi ventura,
Cual fugaces ilusiones,
Con que el blando sueño halaga
En las sombras de la noche.
A Dios, cabaña querida,
Rica de paz, de oro pobre,
Que la fratricida lucha
No turbó con sus horrores.
Llegó de partir la hora
A los cantábricos montes,
Do en lid, ¡ay Dios! intestina
Fenecen los españoles.
En vez de los dulces trinos,
Con que aquí los ruiseñores
A los cantos del poeta
Désde la olmeda responden;
Mi corazon y mi oido
Lastimaran atambores,
Y el choque de los aceros

Y el tronar de los cañones.
Y tú, ó rio, sacro Númen
De mis números acordes,
Cuando mas propicia estrella
Me prodigó sus favores;
Mi endecha de despedida
Cual padre de amor acoje,
Así los campos que bañas,
Eterno verdor corone.
Vúelvame el Cielo á tu márgen,
Do entre adelfa y tristes flores
Mudas mis yertas cenizas,
En el sepulcro reposen.

Mayo de 1834.

Despedida de Boabdil.

Romance 7.º

Las campanas de Granada
Convocan á los cristianos,
Para dar gracias al Cielo,
Que á Ismael ha derrocado.
Ya el ángel de negras alas
Calmó su furor insano,
Despues que por siete lunas
Rugió en los montes del Darro.
A sus horribles clamores,
Nuncios de sangre y estragos,
Han sucedido las arpas
Y los jubilosos cantos.
Aquí de Isabel el nombre,
Allá el del Quinto Fernando,
Vuelan sonoros en alas
Del patriótico entusiasmo.

El imperio granadino
Yace por fin eclipsado,
Cual meteóro brillante,
Que de luz no deja rastro.
Tras un silencio de muerte,
El monarca destronado
Contempla su antigua corte,
Y así prorumpen sus labios:
«A Dios, á Dios para siempre,
»Dulce patria: nombre aciago
»Para el proscrito, que el Cielo
»Arranca de tu regazo.
»Con su valor mis mayores
»Felices te conquistaron:
»Mas hoy ¡ó mengua! te pierde
»Boadil infortunado.
»Ni tus bravos campeones,
»Ni los fieros africanos,
»Ni ocho siglos de proezas
»Para escudarte bastaron.
»¿Por qué en su feroz audacia
»Alboardil el sanguinario
»No sació en mí los furores
»De su fratricida mano?
»Sucumbiendo entonces libre,
»No me viera hoy degradado,
»Al vencedor dando gloria
»Entre la turba de esclavos.
»En vano, Granada, imitas
»Un hermoso anfiteatro,
»Coronada de jardines
»Por entre montes nevados.
»El Generalife ameno,
»Vergél de placeres grato,
»Al nuevo señor convida
»Con sus delicias y encantos.

»En Biba-Rambla no suenan
»Estrepitosos aplausos
»A la destreza y bravura
»De los Zegríes gallardos.
»El blason del Nazareno
»Corona el real palacio,
»En donde la media-luna
»Del sol reflejó los rayos.
»¡Alhamar! no levantaste
»Para el enemigo bando
»Esa Alhambra, honor del moro,
»Y de las naciones pasmo.
»O muros, soberbios muros,
»Do mil veces estrellado
»Sucumbió el valor de España,
»Ya no sereis nuestro amparo.
»En la torre de la Vela
»Veo el pendon castellano,
»Que mil veces el Creyente
»Holló de Marte en los campos.
»Musulmanes que morir
»Conseguísteis como bravos,
»Despues de teñir la lanza
»En sangre de los contrarios;
»Vengad la patria infelice,
»Que aherrojada está clamando,
»Sin que rompan los aceros
»De su esclavitud los lazos.
»Mas ¡ó delirio! yo invoco
»A los que ya del descanso
»Gozan eterno en las tumbas
»De aquel bosque solitario.
»Dichosos ellos mil veces,
»Que al espirar saludaron
»La enseña del Islamismo,
»Como sus dignos soldados.

»Dichosos ellos mil veces,
»Que con la muerte evitaron
»La ignominiosa cadena,
»Que hoy arrastran sus hermanos.
»¡Dichosos!..... Estaba escrito,
»Que tan vigorosos brazos
»La patria no salvarian
»De su precipicio infando.
»Dichosos ¡ay! Ofreciendo
»Sus vidas en holocausto,
»A los restos de sus padres
»Los juntó piadosa mano.
»Alá me diera igual suerte
»Bajo las ruinas quedando,
»Que del árabe publican
»El esfuerzo malogrado.
»Mas ahora en el destierro,
»De yermo en yermo vagando,
»Tal vez mi cuerpo insepulto
»Será al fin de hienas pasto.
»De mis piadosos mayores
»Monumentos venerandos,
»¿Quién humilde ante vosotros
»Rogará al Profeta santo?
»Llegó la funesta hora:
»Granada, al África parto:
»Para siempre á Dios, Granada,
»A Dios, no olvides mi llanto.»
Dice, y *Granada* repiten
El monte y valle cercano:
Da un suspiro, y á la Libia
Dirije en silencio el paso.

A Dalmiro.

Romance 8.º

Por todas partes, Dalmiro,
Se ven señales funestas
Del temporal riguroso,
Que nos amaga de cerca.
¿Oyes allá en las vertientes
De las cumbres pirineas,
Cuál combatidos los fresnos
Con bronco murmullo suenan?
Las mas elevadas cimas
Se visten de obscuras nieblas,
En cuyo sombrío seno
El relámpago flamea.
Asombrados los novillos
Que vagan por la dehesa,
Ceñudos alzan la frente
Y el valle mugiendo atruenan.
Melancólicos graznando
Miles de cuervos revuelan
En derredor de las rocas,
Do á guarecerse no aciertan.
En el hueco de la encina
Gime la fatal corneja,
Y el eco flébil repite
Su voz triste y agorera.
Del mas apartado bosque
En las ocultas cavernas,
El ronco aullido retumba
De las montaraces fieras.
Con tan siniestros presagios
De la próxima tormenta,

Huye del campo el labriego
A refugiarse en la aldea.
Apresuradas las yuntas
Descienden por la ladera
En busca de algun asilo,
Que seguro las defienda.
Su fiel compañero el perro,
Inclinada la cabeza
Y la cola meneando,
Viene siguiendo sus huellas.
Hasta el gañan vigoroso
Abandona la pradera,
Y á los vientos que batallan
Puede contrastar apenas.
Tímido el zagal conduce
Al aprisco sus ovejas,
Que en sus balidos parecen
A quien pesares lamenta.
Pues ea, dulce Dalmiro,
Cierra la cabaña, cierra;
Y al estallar sordo el trueno,
Vanos temores desecha.
Tiemble azorado el magnate
Allá en las torres excelsas
Del alcazar, que soberbio
Amenaza á las estrellas.
El fuego del Cielo airado
Siempre benigno respeta
Del humilde campesino
La casería modesta.
Asi el embate del cierzo
Burla débil cañavera,
Mientras gigantesco roble
Cae atronando la selva.
Cuando del céfiro en alas
Mayo gentil aparezca,

Con sus mágicos pinceles
Matizando la ribera;
Volveremos á los bailes
Del egido y la floresta,
Con la alegría animados,
Que ofrece la primavera.
Hoy que velado entre nubes
El yerto diciembre reina,
En el hogar olvidemos
De la estacion la crudeza.
Miel de Moncayo esquisita,
Tierno queso y fruta seca
Prolongarán de la tarde
El júbilo y complacencia.
El cántaro tan guardado
Saldrá á coronar la fiesta
Con el vino de las parras,
Que la majada sombrean.
Verás cual vienen medrosos
Los pastores de la vega,
De la tempestad huyendo,
Que á rugir sañuda empieza.
Al oirse las castañas
Saltar del fuego violentas,
Todos gritarán riendo
De la agradable sorpresa.
En vano hinchados, furiosos,
Los torrentes de la sierra
Se lanzarán á las ramblas,
Rebramando entre las peñas.
En vano por la espesura
De la vecina arboleda
Arrollará el torbellino
Las hojas amarillentas.
En vano de hielo y nieve
Cien y cien moles inmensas,

Desprenderánse impetuosas
De las altas cordilleras.
En vano en fin el incendio,
Que el rayo en el bosque prenda,
Redoblará los horrores
De la terrífica escena.
La blanda paz y la dicha
Nos cobijarán risueñas
En este dulce retiro,
Albergue de la inocencia.
Al fragor con que sombría
Retiemble naturaleza,
Responderemos brindando
Por la amistad halagüeña.
Así, libre nuestro pecho
De sobresaltos y penas,
Burlaremos venturosos,
Crudo invierno, tu inclemencia.

A las ruinas de Numancia.

ROMANCE 9.°

(Soria: mayo de 1835.)

No enjugues, no, caro amigo,
Las lágrimas encendidas,
Con que el ardiente amor patrio
Embellece tus mejillas.
¿Qué digno español no baña
Con su lloro esta colina,
En que descolló la frente
De Numancia esclarecida?
Este suelo venturoso
Conserva fiel las cenizas
De mil héroes, que ofrecieron

En holocausto su vida.
Este sitio solitario
A los patriotas inspira
Amor á la independencia,
Horror á la tiranía.
Este lugar de recuerdos
Los corazones sublima,
Infundiendo el heroismo,
Que á los hombres diviniza.
Aquí el renombre enmudece,
Aquí la gloria se eclipsa
De cuantos pueblos guerreros
El sol brillante ilumina.
En estos incultos llanos,
Do tristes los ojos miran
Tanto cúmulo de piedras
Por el tiempo carcomidas;
Fué la ciudad, que de grado
Sepultóse entre rüinas,
La cerviz á extraño yugo
Por no doblegar sumisa.
¿Dónde está del pueblo libre
Aquella constancia invicta?
¿Dónde los brazos de hierro,
Espanto de Roma un dia?
Aquí donde bulliciosas
Las aves canoras trinan,
Alternando del colono
Con las canciones sencillas;
Monte y valle horrorizaron
La confusa vocería
Y desesperados ayes
De las lides homicidas.
En esas áridas rocas,
Que la llanura dominan,
Ofreciendo entre malezas

A los reptiles guarida;
Trincheras y parapetos
Otro tiempo se veian,
Espesos bosques formando
De amenazadoras picas.
Mas ni aceros, ni broqueles,
Ni arrojada bizarría
Salvar la ciudad pudieron,
Hado cruel, de tus iras.
Borráronla de la tierra
Falanges liberticidas,
A fin de ocultar de Roma
El vencimiento y mancilla.
La patria de los valientes
Quedó en polvo convertida,
Que al tronar las tempestades,
Los torbellinos agitan.
Por este campo desierto
Vaga atónita la vista,
De sus augustos escombros
Sin encontrar ni reliquia.
Aquí el ancho anfiteatro
Se finje la fantasía,
Allí los ínclitos muros,
Allá las aras divinas.
Esas cóncavas cañadas
Donde muje la novilla,
Los belísonos acentos
De libertad repetian.
Este lugar devastado,
Que nuestros pies ahora pisan,
Acaso fué de Megara
La respetable manida.
Quizá por esa ladera
Los Numantinos salian
A humillar el fiero orgullo

De las haces enemigas;
De las haces que vencieron
A tantos pueblos altivas,
Y aquí vieron con oprobio
Sus palmas todas marchitas.
Los riscos ennegrecidos
Por el fuego todavía,
Del romano la venganza
A voz en grito publican.
El Duero, que este collado
Besa con sus puras linfas,
Del vencido el honor canta,
Del vencedor la ignominia.
Esa antorcha de los cielos
Eternamente atestigua
El esfuerzo numantino,
De Escipion la cobardía.
¡Y á pesar de gloria tanta,
Ni una lápida sencilla (*)
El recinto memorable
Do fué la ciudad indica!
Así yacen olvidados
En tumba desconocida
Los guerreros, que sublime
Osian feliz preconiza.
Mas consuélate, Numancia:
¿Por ventura necesitas
De pomposas inscripciones,
Que tus altos lauros digan?
Los buenos de siglo en siglo
Tu renombre inmortalizan,
Cuando tu constancia heróica

(*) Despues de escrito este romance, se ha comenzado á levantar un monumento en el sitio donde existió Numancia. Loor á los autores de tan patriótico proyecto.

Entusiasmados imitan.
Descansad, manes ilustres,
Que allá en la noche sombría
Vagais por esta llanura,
Quejas lanzando sentidas;
Pues en letras de oro viven
Vuestras hazañas escritas
En las páginas de gloria,
Que á los bravos eternizan.

Al Sr. D. Antonio Magáz.

Dedicándole unos versos pastoriles.

ROMANCE 10.

(Portugalete y abril de 1837.)

No vuelvas, Magaz, los ojos
Para mirar cuál humean
De esa incendiada Sagunto
Las no estinguidas pavesas.
Pueblo infelice y heróico,
Que en el sepulcro contempla
Cien y cien hijos amados,
Sin que salvarlos ya pueda.
¡Cuántas guirnaldas de luto
La melancolía aumentan,
Que inspira el fúnebre cuadro
De la desolada vega!
Los cerros, que la circundan,
Las quintas, que la hermosean,
Cual padrones de la muerte
Horror y estragos recuerdan:
Al par que el ánimo asustan
Las corrientes turbulentas
Del Nervion, que al mar se lanza
Teñido con sangre ibera.

Su orilla triste dejando,
Volemos á aquella selva,
En donde no se descubre
Estampa de humana huella.
Lejos del fatal estruendo
Con que el atambor atruena,
Alli el silencio domina,
La grata paz allí reina.
Salve, soledad amable,
Donde la fuente parlera
Y los árboles movidos
Del blando céfiro suenan.
A ti se acoje mi Musa,
Que gime de horror y tiembla,
Al ver á los españoles
En fratricida pelea.
Todo, amigo, aqui nos brinda:
Sombra ofrece la arboleda,
Las flores olor fragante,
Mullido asiento la yerba.
Olvida pues un momento
Las dolorosas escenas,
Que de la mísera patria
Rasgan las entrañas tiernas;
Y con bondad indulgente
Oye mi rústica avena,
Que á celebrar va sencilla
La pastoral inocencia.
Tiempo feliz ya pasado!
Estas mismas cantilenas
Sonaron del Guadalope
En las mágicas florestas.
Entonces ¡ay! en mi frente
Brillaba la primavera,
Y al español venturoso
La paz reia halagüeña.

Ufano mas que un monarca
Con su cetro y su diadema,
Mi cabaña y caramillo
Mi tesoro y gloria eran.
Mas luego, cual inflamado
Estalla furioso el Etna,
Las enconadas pasiones
Disparáronse violentas.
Ruge la feroz discordia,
Y sacudiendo su tea,
Cual mies por el sol tostada
Arden ciudades y aldeas.
Hasta las chozas humildes
El fatal incendio llega,
Sin que de escudo les sirvan
El retiro y la pobreza.
De tan ensañado golfo
En la terrible tormenta,
¿Quién el batel de su dicha
No vió estrellarse en la arena?
A Dios, deliciosos prados,
A Dios, fuentes y riberas,
Do creció pura y lozana
La flor de mi adolescencia.
A Dios, albergue querido,
A Dios, morada risueña,
De cuyo seno lanzóme
La crueldad de mi estrella.
Desde entonces ¡ay! errante
Por los campos de la guerra,
Dia y noche, cara patria,
Tu suerte deploro adversa.
Mas un instante al olvido
Memorias dando funestas,
Tal vez la mágia del canto
Adormecerá mis penas.

El Cautivo.

Romance 11.

En las mazmorras de Tunez
Dos lustros hace cumplidos,
Que suspira entre cadenas
Un desdichado cautivo.
En su ya perdida patria
Tiene el pensamiento fijo,
En su adorada consorte
Y en sus hijuelos queridos.
Mar de amargura es su pecho,
Sus ojos perennes rios,
Y sus labios manantiales
De lastimeros gemidos.
Mas ni los ecos dolientes
Responder pueden benignos
En aquella angosta cárcel,
Triste sepulcro de vivos.
Subterráneo tenebroso,
Del caos lúgubre asilo,
Que nunca del sol recibe
El vivificante brillo.
En vano muestra risueño
Sus galas mayo florido,
El agosto sus espigas
Y el octubre sus racimos.
En vano del coro alado
Hechizan los blandos trinos,
Y del aura lisonjera
Alegra el plácido silbo.
Naturaleza no anima
Tan pavoroso recinto,
Lóbrego como la noche,

Mudo cual túmulo umbrío.
Aquel silencio de muerto
Solo interrumpen los gritos
Del aherrojado cristiano,
O de cerrojos el ruido.
Al desgraciado los dias
Le parecen luengos siglos,
Imaginando que el tiempo
Detuvo su raudo giro.
Mil veces maldice airado
El momento aborrecido,
En el que lloró trocada
Su libertad por los grillos.
Cual traidor se lanza el tigre
Al bravo leon dormido,
Cuando el monarca del bosque
No puede oponer sus brios;
A nao desarbolada
Por el mar embravecido
Inhumano y vil corsario
Acometió de improviso.
En vano cien españoles
Pelearon atrevidos
Contra la chusma africana
Del mas velero navío.
Maltratados por la suerte,
Abrumados de enemigos,
Al hierro de los esclavos
Doblaron el cuello altivo.
Volviendo proa hácia Tunez,
Los bravos fueron vendidos,
Menos el ilustre gefe,
El intrépido Ramiro.
En la mas profunda sima
El pirata vengativo
Sepultóle en recompensa

De su encumbrado heroismo.
Desde tan infausta hora
El dolor con su cuchillo
Aquel corazon sensible
Rasgando está de contino.
Tan solo de cuando en cuando
Recibe un débil alivio,
Cuando ver á la esperanza
Se figura embebecido,
Mostrándole allá á lo lejos
Entre celages sombríos
Bañado en afable risa
El semblante compasivo.
Grata deidad del consuelo,
Al mortal mas afligido
¿Quién sino tú dar pudiera
Agradable lenitivo?
Tú, que sin cesar le inspiras,
Trocará el cielo propicio
En libertad sus prisiones,
Su penar en regocijo.
¿Y en medio de la tormenta,
Do fluctúa mi barquillo,
No he de esperar yo que un dia
Me ria el Iris divino?

A una Señora.

Romance 12.

Aunque el rigor de la suerte
Por separarnos porfía,
Hoy no dejaré tu nombre
De recordar, dulce amiga.
Mi estimacion y respeto,
De que eres, Laura, tan digna,

Ni con el tiempo se mudan,
Ni con la ausencia se entibian.
Antes la hermosa lumbrera,
Que en el firmamento brilla,
Cesará de iluminarnos
Con sus destellos de vida;
Que yo olvide ni un momento
Las virtudes peregrinas,
Que tu corazon adornan
En amigable armonía.
Ojalá nos muestre luego
De frutos la Paz benigna
Colmado el seno y la diestra
De sazonadas espigas.
Entonces ¡oh! de mi patria
Terminarán las desdichas,
Y yo volveré á mis lares
Y á tu amable compañía.
Hoy al asomar el alba
Anuncióme con su risa
De tu fausto cumpleaños
La venturosa venida.
Gozosa naturaleza
Con su luz pura y divina
Manifestó en gratos himnos
Su entusiasmo y alegría.
Tan solamente mi alma
Quedó en el dolor sumida,
Del Guadalope lejano
Al contemplarte en la orilla:
Mientras mi voz insensibles
Oyen las altas colinas,
Que el ronco mar de Cantabria
Combate con saña impía.
A pesar de sus furores
Y de la lid fratricida,

En esta playa desierta
Resuena mi blanda lira;
En loor de la matrona,
Que es de mi patria delicia,
Madre tierna, esposa amante,
Modelo de amistad fina.
Mi cariñoso recuerdo
Acepta, bondosa amiga,
En los sencillos cantares,
Que por mí te felicitan.
Vive cien y cien abriles
Con tu esposo y esas hijas,
Que renuevan los encantos
De tu juventud florida.
Nada tu esperanza frustre,
Ni enturbie tu gloria y dicha,
Llegando á verte ensalzada
En ancianidad tranquila,
Por graciosos nietezuelos,
Que, con pueriles caricias
Tu seno en grupo abrazando,
Te besen en la mejilla.

A una fuente de Alcañiz.

Romance 13.

Fies nobilium tu quoque fontium
Me dicente.
Horat.

Loor, loor á tus aguas,
Pura y cristalina fuente,
Gloria de la patria mia
Y vida de estos vergeles.
De júbilo y complacencia

Mi corazon salta al verte,
Muy mas que las arenillas,
Que en tu fondo se remueven.
Desque mi oido no halagas
Con tu murmullo perenne,
Diez veces giró la tierra
En torno del Sol fulgente.
Permíteme que en tu márgen
Embebecido contemple
Las bellas transformaciones,
Que estas llanuras te deben.
Por ti de verdor se visten,
Por ti la rosa florece,
Y de oro y grana sus hojas
Pomposo el clavel estiende.
Tú eres madre de ese arroyo:
Tú, benéfica, mantienes
Las lozanas arboledas
Por cuyas calles se pierde.
Bajo su toldo sombrío
El segador se guarece
De las llamas con que ahora
Sirio la atmósfera enciende.
Por ti de espigas ornada
Está allí mostrando Ceres
Con el índice al colono
Las ya sazonadas mieses:
Y gozoso verá luego
Que el rico otoño aparece,
De frutos y verdes hojas
Ceñidas las rubias sienes.
O sitios, felices sitios,
Teatro de mis niñeces,
¡Cuánto halagüeño recuerdo
Hoy ofreceis á mi mente!
En estos álamos blancos

El nido cogí mil veces
Del pintado gilguerillo
Y del ruiseñor doliente.
En ese limpio remanso,
Que apenas las ondas mueve,
Con el engañoso cebo
Solia prender los peces.
En las vecinas llanuras,
Veloz como el viento leve,
Tras jugueton cabritillo
Corria y triscaba alegre.
En aquella estéril rambla,
O en esa pradera verde,
Las incautas avecillas
Aprisionaba con redes.
O fresno, tu grata sombra
Me cubria, cuando Euterpe
Puso el blando caramillo
En mi labio balbuciente.
¡O alegrías inefables!
¡O deliciosos placeres!
Con mis cándidos abriles
Volásteis ya para siempre.
De mis lágrimas y ruegos
Movida por fin la suerte,
Al regazo de mi patria
Hoy bondadosa me vuelve.
Amena y fértil ribera,
De paz y ventura albergue,
Despues de suspiros tantos
Ya torno feliz á verte.
Ya torno á oir el murmullo
De esta sonora corriente,
Que del ánimo afligido
Los pesares adormece.
¡Cuán copiosa, ó fuente, manas!

Por bocas diez veces siete,
A pesar del seco estío,
Líquidos cristales viertes.
Tú eres la gala y delicia
De ese prado floreciente,
Donde bellas y galanes
Solaz á sus penas tienen.
¡Cuántas veces has oido
A mil amadores fieles
Jurarse en éxtasis grato
Tierno amor hasta la muerte!
Sigue en tu plácido curso,
En tanto sus ondas vuelquen
Los sesgos rios de España
En el mar del Occidente.

A la Señorita Doña Josefa Massanés.

Romance 14.

(Medina de Pomar, 1838.)

Virgen bella, que acompañas
A los ángeles del Cielo,
Cuando ferviente celebras
La gloria del Sér eterno;
Recibe de oscuro bardo
Un afectuoso recuerdo,
En el lenguaje del alma,
Tan sencillo como ingénuo.
En las orillas del Nela,
Felices ¡ay! otro tiempo,
Que no fueron como ahora
Campo de guerra sangriento;
Sonó tu mágico nombre,

Aplaudido por los ecos,
Tan dulce como en las penas
La blanda voz del consuelo.
Aquel venturoso anuncio,
Aquel rumor halagüeño
Volvió la calma perdida
A mi desolado pecho.
Así tras negra tormenta
Respira el pensil ameno,
Cuando cariñosa el aura
Le acaricia con sus besos.
Así arrullado se duerme
En el regazo materno
Cándido niño, que asusta
El estallido del trueno.
De gratitud y entusiasmo
Inflamado por el fuego,
Quise entonar una trova,
Dando tu prez á los vientos.
Mas ¡ay! las doradas cuerdas
No bien pulsaron mis dedos,
Cuando bélico retumba
Del cañon el bronco estruendo.
Lanzó la mísera patria
Un quejido lastimero,
Que ahogado fue del combate
Por los clamores horrendos.
El arpa al grito de muerte
Flébil rodó por el suelo,
Tornando á sellar mis labios
De las tumbas el silencio.
No de otra suerte sañudo
Brama el huracan violento,
Las queridas ilusiones
Turbando del dulce sueño:
O sus torrentes de llamas

Al disparar Mongibelo,
Ayes de agonía siguen
Al júbilo de Himeneo.
O tú, que de Dios el nombre
Modulas en tu salterio,
No cesen, virgen, tus himnos,
No cesen, virgen, tus ruegos.
Oigalos ¡ay! bondadoso
El ángel de paz risueño,
Y con protectoras alas
A Hesperia cobije luego.
Oigalos ¡ay! bondadoso;
Y de la dicha en el seno
Tus lauros, hija del canto,
Remontaré hasta los cielos.
Mas entre tanto benigna
Da cordial acogimiento
A la franca, á la entrañable
Espresion de mis deseos:
Pues amable complacencia
Es propia del bello sexo,
Y mas cuando lo realzan
La discrecion y el talento.
Cuéntame, virtuosa jóven,
Entre tus amigos tiernos,
Y pospondré á tanta gloria
Mil poéticos trofeos.
Que entre tus admiradores
Ya felice yo me cuento,
Desde que fué por la Fama
Preconizado tu ingenio.

Entrada de los aragoneses y catalanes en Atenas.

Romance 15.

Entró feliz en Atenas
La falange celebrada,
Que luce en sus estandartes
Las aragonesas barras.
Todavía sus proezas,
Que ha visto la madre patria,
Regocijan al cristiano
Y á los árabes espantan:
Todavía su denuedo
Sirve de robusta basa
De Sicilia al trono augusto,
A despecho de la Francia:
Cuando tras nuevos blasones
Vuelan á region lejana,
Viendo en el suelo nativo,
Que la Paz tiende sus alas.
No bien de Mesina el faro
Pierden de vista, y la playa
Pisando opuesta, los bronces
Rompen sonoros la salva;
Cuando al amago tan solo
De sus vencedoras armas,
El terror y abatimiento
Aquí y allí se propagan.
Retumba el clarin de guerra,
Y cien huestes otomanas,
Y toda la Grecia junta
Al español amenazan.
Mas cual de hinchados torrentes
Resisten la furia brava

Tras diluvial aguacero
Los riscos de la montaña;
De los batallones turcos
Y griegos las oleadas
Estréllanse repelidas
Por la española pujanza.
Dilo, famoso Meandro,
Que en el fondo de tus aguas
Pavorido sepultaste
Mil sangrientas cimitarras.
Dilo, cavernoso Tauro,
Cuyas piníferas faldas
Tus defensores muriendo
Matizaron de escarlata.
Díganlo en fin los vergeles
Y amenos campos de Tracia,
Que de Aquiles á los hijos
Vieron volver las espaldas;
Donde del divino Orfeo
Sonó la cítara blanda,
Con su armonía encantando
Arboledas y cascadas.
Y tú, Galípoli amiga,
Tú presenciaste la hazaña,
Admiracion de valientes,
Digna de sublimes almas;
La que en siglos posteriores
El gran Cortés imitára,
Desafiando las iras
De las hordas mejicanas.
Tú á los campeones viste
Echar á fondo la armada,
Solo de victoria ó muerte
Quedándoles la esperanza.
De entonces, sin mas apoyo
Que su acero y su constancia,

Ni mas muros que sus pechos,
Sostuvieron la campaña.
En vano, en vano pretende
Ajar sus ilustres palmas
El nieto de Constantino
Con sus tropas no domadas.
En vano los Masagétas,
De guerreros noble raza,
Se esfuerzan por oponerles
Sus cortadoras espadas.
Y en vano Espínola activo
Con la genovesa escuadra
El camino de la gloria
Por obstruirles se afana.
Sigue venciendo el Ibero,
Sin que ni diques ni vallas
El raudo progreso enfrenen
De su triunfadora planta.
En tormentoso equinoccio
Así la mar desbordada,
Muelles y arrecifes huella,
Campos y pueblos allana.
De mil enemigas huestes
Las banderas arrolladas,
Los baluartes asaltados
Y escaladas sus murallas;
Los españoles ceñidos
De florecientes guirnaldas,
En la memorable Atenas
Hacen su triunfal entrada.
En vez de atrónar horrible
El ronco grito de alarma,
Los himnos de la victoria
Suenan en calles y plazas.
El grato rumor despierta
A mil sombras venerandas,

Que los clarines un dia
Fatigaron de la Fama.
De sus respetables tumbas
La sien gloriosa levantan.
Y saludan á los bravos,
Admirando sus hazañas.
Venturosos vencedores,
A cuyo valor consagran
Los manes de otros guerreros
Noble feudo de alabanza.
Venturosos vencedores,
Que tras cien y cien batallas.
De sus frondosos laureles
Hoy á la sombra descansan.

Al capitan D. José María Barona.

Romance 16.

(Bilbao: setiembre de 1839.)

O tú, querido Barona,
Que en celestial embeleso
De tu Narcisa contemplas
Los deslumbrantes luceros;
Permite que en este dia,
Digno de eterno recuerdo,
Turbe la amistad tus gratos
Y amorosos pensamientos.
Sabes la tristeza y luto
En que yacía este pueblo
Por la sangre, que aún humea,
De sus hijos predilectos:
Mas apenas en Vergara
Cordial abrazo se dieron
Los que entre sí combatian
Con tal encarnizamiento;

La rival de Zaragoza
Perdió de júbilo el seso,
Por la española hidalguía
La guerra extinguida viendo.
Las plazas, las calles todas
Eran contínuo hervidero
De niños y de mujeres,
De jóvenes y de viejos.
»La paz,» exclamaban todos;
«La paz,» repetia el eco,
Y á la paz sonaban vivas,
De labio en labio corriendo.
Las bellas en los balcones
Agitaban los pañuelos,
Mientras los hombres al aire
Arrojaban los sombreros.
Las campanas publicaban
Con solemne clamoreo
Las apetecidas nuevas
Del fausto acontecimiento.
Con salvas acompañaban
Cien y cien bronces á un tiempo,
Y el Océano sonoro
Aplaudia en ronco acento.
Los fuegos artificiales,
Las lumbradas y conciertos
Alejaron por la noche
De nuestros ojos el sueño.
Apenas por Occidente
Asomó el Héspero bello,
Reúnense los amigos
En casa de Don Prudencio.
Y era de ver aquel cuadro
Tan animado y risueño,
Digno de que lo copiára
De Goya el pincel mäestro.

En la mesa aparecian
Mil diferentes objetos,
Ponchera, vasos, limones,
Botellas, azucar, huevos.
Aquí se reía el uno,
El otro estaba en silencio,
Al paso que un sacamuelas
Movia bulla por ciento.
Allí venia Teodora
Con un calderillo nuevo,
Con un cucharon Jacinta,
Rosa y Cecilia con fuego.
Allá vieras á Don Bruno,
Con grande jarro chinesco,
De aguador infatigable
Las veces ágil haciendo.
Pero quien mas trabajaba
Era el grave Don Silverio,
Del sonoro molinillo
Activando el movimiento.
Por fin la espuma del ponche
Sube cual vapor lijero,
Con aromosa fragancia
Perfumando el aposento.
Ya llenan el vaso á todos,
Y todos nos disponemos
A despacharlo de un golpe,
Y pedir mas por supuesto.
Unicamente las damas
Mostraron encogimiento,
Sin que el delicioso nectar
Inflamára sus deseos.
Mas despues que melindrosas
Con su vaso concluyeron,
La que menos otro y otro
Recibia á pocos ruegos.

Fíate, amigo Barona,
Fíate del bello sexo,
Y tendrás gato por liebre,
Por no seguir mis consejos.
Pero tornando á la historia,
Acaso nunca se vieron
Tantos víctores y brindis,
Tantas muestras de contento.
Las bombas unas á otras
Sucedian con estruendo:
¡A quién la paz no inspirára
En tan felices momentos!
Teodora con desenfado
Dió la primera el ejemplo,
Demostrando su civismo
Y las galas de su ingenio.
Cecilia, Jacinta y Rosa
Tambien á su vez lucieron
Con una dulce sonrisa,
Que vale mas que mil versos.
Amigo, finó la fiesta,
Mas no el entusiasmo nuestro,
Que durará inextinguible,
Mientras nos dure el aliento.
Razon por que la asamblea
Dispuso en formal decreto,
Que á todo individuo ausente
Se comunique el suceso.
Yo como su secretario,
El mandato obedeciendo,
Con mi deber he cumplido
En estos fáciles metros.
Y añado de *proprio motu*,
Que con mi romance espero
Llenar la hucha, si logro,
Que me lo vean los ciegos.

Al Sr. Don Estanislao de Kosca Vayo.

Romance 17.

Tout nous appelle aux champs.
Gresset.

¿Cómo yaces todavía
En ócio muelle dormido,
Cuando el sol naciente dora
De tus ventanas los vidrios?
Despierta del grave sueño,
Despierta, mi dulce amigo,
Pues tan hermosa mañana
Aprovechar es preciso.
El caliente lecho place
Allá en los meses de frio,
Cuando los muros batiendo
Ruge el aquilon maligno.
Cuando cayendo la lluvia
En monótono rüido,
Convida al reposo, y hace
Su grato placer mas vivo.
Hasta las aves entonces
Enmudecen en su abrigo,
Agrada al pastor la choza
Y al ganado los apriscos.
Todos temen del invierno
El aterrador bramido,
Que la nieve de los montes
Agita en mil remolinos.
Hoy que los céfiros bullen,
Y el mar se mece tranquilo,
Y en fin, la naturaleza
Toda es vida y regocijo;

Allá en el campo admiremos
El tan suspirado arribo
Del abril, que á visitarnos
Viene de rosas ceñido.
El murmullo de las fuentes,
El sonar del manso rio,
Los parleros ruiseñores,
Del aura el mágico silbo,
La vega fertil, que alegra
Con su animado bullicio,
Dilatarán nuestro pecho
En la amargura sumido.
Vamos á la verde selva,
Donde su templo sencillo
De fresco ramage y flores
Tiene la Paz construido.
Al ofrecer en sus aras
Bella guirnalda de olivo,
El dolor y los pesares
Veremos desvanecidos.
Ya que en la ciudad abruman
Los cuidados y el fastidio,
Con planta veloz huyamos
De su tedioso recinto.
Volemos antes que en alas
De junio venga el estío,
A la campiña robando
Todo su adorno florido.
En dia tan bonancible
Gocemos de sus hechizos,
Porque es el tiempo inconstante
Mas que deseos de niño.
Si hoy primavera á los prados
Orna con mil atractivos,
Mañana tal vez sus galas
Cruel ajará el granizo;

Pues la campestre hermosura
Es cual rostro femenino,
A quien un soplo de viento
Marchita su fragil brillo.
Allí su blanda zampoña
Dándonos Gesner divino,
Orlada por la inocencia
De fresco pámpano y mirto;
Prorumpirá nuestro labio
En pastoriles idilios,
Que suspendan la corriente
Del arroyo cristalino.
¡Qué embeleso! ¡qué delicia!
Cuando del canto movidos
Lo repita el hondo valle,
Lo repita el alto risco!
Al imán de la armonía,
Candorosos campesinos
Acudirán desalados
De aldeas y caseríos.
Y muchachas y mancebos
Formando rueda festivos,
Regocijarán los bailes
El bosque de los alisos.
Entonces será la fiesta,
La risa y placer cumplido.....
¿Y por qué tanta demora?
Vamos al campo, Dalmiro.

En la muerte del capitan Barona.

Romance 18.

E' qui dove ti spogli il mortal manto,
Di gloria impresse alte vestigia lasci.
Tasso.

Deten el paso, viajero (3),
Y en esta rústica alfombra
Con que la pradera brinda,
Asiento á mi lado toma.
No te aflijan esas tumbas,
Donde los muertos reposan,
Felices desde que en ellas
De la paz tranquilos gozan:
Ni menos esos cipreses,
Que sombríos las entoldan,
Por ver la melancolía
Muda posando en sus copas:
Que al pié florecientes nacen
El arrayan y la rosa,
De nuestras risas y llantos
Mezclados imágen propia.
Descansa, amigo; y piadoso
Mi abatimiento conforta,
Con mano blanda enjugando
Las lágrimas que me ahogan.
Escucha amable mi ruego:
Así llegues en buen hora
A tus pacíficos lares
Y á los brazos de tu esposa.
Siéntate, y bajo este sauce
Verás la fúnebre pompa
Del capitan sin mancilla,

Del malogrado Barona.
Ya en fatídico tañido
Lúgubres campanas doblan,
Y los himnos del supulcro
Los sacerdotes entonan.
Oye el destemplado parche;
Oye la trompeta bronca,
Y los amargos gemidos,
Con que los bravos le lloran.
Ya sale ¡oh dolor! de Ares,
Pueblo de aciaga memoria,
El triste acompañamiento,
Que á la huesa lo trasporta.
Cien y cien verdes laureles
Su amarilla frente adornan,
Merecida recompensa
De su bizarría heróica.
Ayer entró en ese pueblo
Con falange triunfadora,
Por el camino difícil
Del honor y la victoria.
Mas hoy por la puerta misma
El negro ataud asoma,
Que de su frio cadáver
Lleva la carga preciosa.
Faltó á Isabel un guerrero
En sus invencibles tropas,
Mientras perdió una esperanza
La libertad española.
Amistad inconsolable
Su nombre á gritos invoca,
Y hasta enlutada parece
La naturaleza toda.
El sol, que al nacer brillaba
En relumbrante carroza,
Ora velado entre nieblas

Hácia el cenít se remonta.
Allá sobre la montaña,
Que estas cañadas corona,
El fin del héroe publican
Tristes Genios con sus trompas.
Eco flébil, solitaria
Vagando de roca en roca,
Responde en un ¡ay! agudo,
Y pavorida lo nombra.
Mas ya el pueblo consternado
Al cementerio se agolpa,
Por ver al soldado ilustre,
Que el entusiasmo pregona.
Ya llega, pálido, yerto
Como las marchitas hojas,
Que desprendidas del árbol
Violento el ábrego arrolla.
Sus ojos oscurecidos
De la muerte con las sombras,
Petrificadas sus manos,
Muda su afluente boca.
Sobre su pecho el acero,
Que en la lid aterradora
Flameára tantas veces
Por la patria y por la gloria.
¡Con qué sentida amargura
Los veteranos sollozan,
Cuando sus restos mortales
En el sepulcro colocan!
Ya da la señal infausta
La pólvora atronadora,
De que lo volvió á su gremio
La tierra, madre piadosa.
El vale postrero todos
Le dan con mortal congoja,
Bañando en llanto la sangre

De sus heridas honrosas.
Para perpétuo recuerdo
De las edades remotas,
Sencilla lápida erigen
Sobre su modesta hoya.
A Dios, adorado amigo,
A Dios, inmortal Barona,
Nadie perturbe profano
Tus cenizas respetuosas.
Y tú, sensible viajero,
Que ofreces á su memoria
Las lágrimas de ternura,
Que de tus pupilas brotan;
Deja el campo de la muerte,
Y á tu patria feliz torna,
Do tu compasion los cielos
Premien con mano bondosa.

Al Excmo. Sr. Don Joaquin Martinez de Medinilla.

Romance 19.

Es preciso, musa mia,
Sacudir hoy la pereza,
Que aletargada te tiene,
Cual si en la tumba durmieras.
Desde que vives aislada
Entre pinos y entre sierras,
Ni te mueves, ni respiras,
Ni se rebulle tu lengua.
Hembra y no hablar! Maravilla
Es tan grande y estupenda,
Que á pesar de que la veo,
Casi estoy por no creerla.

Si tu silencio prosigue,
Voy á tenerte por muerta,
Y á disponer que algun cura
Te cante el *requiem æternam.*
No lo sentirá él por cierto,
Pues todos ellos esperan
Asistir á funerales,
Para ver una peseta.
A lo menos aquel dia
Los pobres comen y cenan
A la salud del difunto,
Que acompañan á la huesa.
Con que, amiga, ya lo sabes:
Si de vida no das muestras,
Vendrá á hacerte tal obsequio
Todo el clero de esta iglesia.
Pero dejemos á un lado,
Dejemos cosas tan sérias,
Que no es razon nos ocupen
En dia de tanta fiesta.
¿No conoces en mi cara,
De risa y júbilo llena,
Que el amigo Medinilla
Su cumpleaños celebra?
Ea pues, mientras yo apuro
De Málaga una botella,
A su salud y ventura
Brindando en prosa plebeya;
Tú, como alumna de Apolo,
Toma el arpa ó la vihuela,
Y con grata voz entona
Armoniosa cantilena.
De aquellas, que tanto placen,
Tan sencillas como tiernas,
Que del corazon son hijas,
Que hasta el corazon penetran.

Nada de afectadas frases;
Nada de palabras huecas,
Que por querer decir mucho,
Nada dicen, nada prueban.
La estimacion entrañable
En un lenguaje se expresa
Natural, modesto, llano,
Como el estilo de aldea.
Sus, sus: en fáciles versos,
Puros como la inocencia,
Y alegres como los niños,
Cuando bulliciosos juegan;
Felicita á Medinilla,
A quien ya el Cielo dispensa
Disfrutar del natalicio
Con su Joaquinita bella.
Da pues, mi querida Musa.
Tu cordial enhorabuena
A los esposos amables,
Que te distinguen y aprecian.
Diles, que sus dichas todas
Te son dulces y halagüeñas,
Como al triste los consuelos,
Como la gloria al poeta.
Diles, que tantas venturas
Tu gratitud les desea,
Cuantas aromosas flores
Produce el Turia en su vega.
Diles, que nunca de nuevo
Los martirice la ausencia,
Ni los afanes y cuitas,
Que á los mortales aquejan.
Diles, que vivan mas años,
Que el roble de la dehesa,
Anciano de la comarca,
Gigante de la arboleda.

Diles, que á sus caros hijos
A su lado crecer vean,
Cual los vástagos lozanos,
Que á la palma en torno cercan.
Diles por fin..... callo empero:
Que ya tu labio comienza
A cantar como acustumbra,
Alborozando las selvas.

A la Señora Doña Eugenia Pons.

ROMANCE 20.

No esperes, noble señora,
Gloria de mi patria insigne,
Realce yo en ti las prendas,
Que mas á tu sexo engrien.
Por el amor inflamados,
Enhorabuena otros cisnes
Canten el dulce atractivo
De las gracias femeniles.
Yo celebraré este dia
Otro objeto mas plausible,
A pesar de tu modestia,
Que tal vez me contraríe.
Perdona, querida amiga,
El que mi labio publique
Tu favor á la indigencia,
Tu proteccion al humilde.
Beneficencia loable,
Que á tanto y tanto infelice
Del desapiadado yugo
De la miseria redime.
En la ciudad coronada
Cuyos muros y jardines

Del caudaloso Garona
Baña el raudal apacible;
Con las tiernas emociones
De la gratitud lo dicen
Los náufragos, que arrojaron
Nuestras tormentas civiles.
Dichosa tú! Sin cuidarte
De políticos matices,
En cada español proscrito
Un hermano solo viste.
En vano á los desgraciados,
En vano el silencio exiges;
Que aquello que el pecho siente
La boca fácil repite.
Aqui un padre de familias,
Allí una modesta virgen,
Y mas allá un huerfanito
Feudo entrañable te rinden.
Gózate al ver la ternura
Con que todos te bendicen,
Como á cariñosa madre,
De quien la vida reciben.
Homenage bienhadado!
Glorioso, envidiable timbre,
Que ni los siglos destruyen
Ni en el sepulcro se extingue.
No: que la virtud triunfante
Sobre las rüinas vive,
En que la muerte y el tiempo
Su huella de hierro imprimen.
Dilátese tu existencia
Luengos años bonancible,
Para ser, como hasta ahora,
El consuelo de los tristes.
De tantos ¡ay! sin ventura,
A quien su estrella persigue,

Sin tener mas que tu mano,
Que sus penas dulcifique.
Su amor y agradecimiento
En estos versos admite,
Que mi amistad cariñosa
En su nombre te dirije.
Dichoso yo, si mi ejemplo
Escita á que te dedique
Digno loor un poeta,
Que las edades admiren.
Un poeta que en sus himnos
Tus bondades eternice,
Inspirado por el Angel,
Que siempre á tu lado asiste.

Tolosa, abril de 1842.

EL CANTO DE LOS SEPULCROS

DEDICADO

AL BIZARRO CAPITAN BARONA.



(Imitacion de Hugo Fóscolo.)

De lúgubres cipreses á la sombra,
En las urnas de lágrimas bañadas,
El sueño misterioso de la muerte
¿Es grato á los difuntos? Cuando á Febo
No vea yo reanimar benigno
Los campos, ni la que ahora los habita
Innumerable turba de vivientes;
Cuando á mis ojos yertos revolando
No rian de quietud las blandas horas,
Ni escuche los dulcísonos acentos

Con que suelen al régio Manzanares
El curso lento suspender los cisnes,
Gloria y orgullo de la Madre España;
¿Consolarme podrá la humilde losa,
Que distinga mi polvo de otros huesos,
Por la tierra y los mares esparcidos?
Es verdad, que en el fondo del sepulcro
La esperanza al cadáver no acompaña,
Y del olvido en la sombría noche
Se oscurecen los seres al impulso
De irresistible fuerza destructora,
Y las tumbas, y el hombre y sus estátuas,
Cuanto en la creacion en fin existe,
Del tiempo á la segur sucumbe todo.
Mas el triste mortal, ¿por qué anonada
La piadosa ilusion, que de la huesa
Ni en los umbrales mismos le abandona?
¿No vive todavía, cuando muda
La armonía del orbe á sus oidos,
Despierta afectos dulces en la mente
De fieles deudos? Celestial, sublime
Correspondencia de cordial ternura
Al hombre solo concedida. Ella
El finado reune á los amigos,
Que aún respiran las auras de la vida.
Ved por ella á la tierra, comun madre,
Que lo acogió en sus brazos cuando niño
Su infancia alimentando; vedla ahora
Su seno abrirle, cual postrer albergue,
Proteger sus cenizas venerandas
Contra el furor del aquilon airado,
Contra la planta del profano vulgo,
Conservando en el túmulo su nombre,
Entre aromosos árboles floridos,
Que acompañan al par que grata sombra
A sus despojos bienhechora prestan.

Al infeliz tan solo, que recuerdos
No deja cariñosos en el mundo,
El sarcófago asusta. Cuando se hunde
Su espíritu inmortal en los abismos
De la terrible eternidad; su cuerpo
De sombrío desierto en la maleza
Queda olvidado, sin que en torno exhale
Entrañable plegaria su viüda,
Ni el peregrino escuche los suspiros,
Que dirigir naturaleza suele
Al tierno corazon desde el sepulcro.
Estrella inexorable, que persigue
Aun despues de la muerte al desgraciado,
Los túmulos aleja muchas veces
De las miradas compasivas. Dilo,
Hija del canto, que llorosa miras
Sin huesa conocida al mas famoso
De los ingenios españoles. Vate
De las Gracias querido, que solia
En su modesto y solitario albergue
Un laurel cultivar infatigable,
Para ofrecer guirnaldas á tus plantas,
Mientras tú sonreias cariñosa
Al escuchar su voz. De su armonía
La influencia benéfica ya siento,
Divina Clio, en este delicioso
De sombras y verdor y gratas flores
Prado feliz, donde cual tierna Madre
Al mísero Cervantes contemplabas
De ese pino sentado bajo el toldo,
Que con el ronco y fúnebre murmullo
De sus ramas dolientes ahora gime,
Porque el cielo nególe el monumento
Del anciano cubrir, á quien en vida
Dió frescura y quietud. A sus cenizas,
Perdidas, ¡ó desdoro! para siempre,

Ni sauce bienhechor, ni tosca piedra,
Ni sencilla inscripcion ha consagrado
España hoy con los lauros orgullosa
Del Manco de Lepanto. La abubilla
Posa quizá en sus huesos carcomidos,
Que no puede la Luna con sus rayos
Benigna iluminar. El ave inmunda
Por las fosas volando, que esparcidas
De la muerte aparecen en el campo,
Con graznido acrimina lastimero
A los astros, que alumbran apacibles
Tanta olvidada sepultura. En vano
El süave rocío de la noche
De tu Cisne en favor pides, ó Musa.
Cabe los muertos ¡ay! no brotan flores,
Si la mano del hombre no las planta,
Si el lloro del amor no las fecunda.
Desque Himeneo, el culto y la justicia
Inspiraron al hijo de las selvas
Piedad para consigo y sus hermanos;
Los despojos mortales, que consagra
A la meditacion naturaleza,
Ya espuestos á la saña no quedaron
De fiera montaraz, ni al aire libre,
Por celo de los vivos. Testimonio
Eran para la historia los sepulcros,
Y altar para los hijos, do invocaban
El nombre del Eterno. Santas preces
De contino se oian en los lares;
Y el juramento en el sagrado bosque,
Donde el augusto polvo reposaba
De los antepasados, infundia
Saludable terror. Religion bella,
Que enseñó amor filial y patriotismo
Allá en siglos lejanos. A los templos
Las funerarias lápidas no siempre

De pavimento lúgubre servian,
Ni á pesar del incienso á los que oraban
De las aras al pie, la podredumbre
Contaminó; que entonces las ciudades
No eran de los cadáveres deformes
El depósito fúnebre. Aterradas
Las tiernas madres con funesto ensueño
Saltan del lecho, y los desnudos brazos
Al niño alargan cándido, que duerme;
Para que no despierte á los gemidos,
Que lanza pavorosa el alma en pena,
Oraciones pidiendo á su heredero
Desapiadado. Cedros y cipreses
El aire de consuno embalsamando,
Con perenne verdor los monumentos
Para memoria eterna sombreaban,
Y vasos de alto precio recogian
Lágrimas de ternura. Los amigos
Una centella al sol arrebataban,
Para alumbrar la noche del sepulcro;
Pues los ojos del hombre al morir buscan
El astro de la luz. Los pechos todos
El sollozo confían postrimero
De Febo al brillo, que se apaga. Puras
Las fuentes derramando sus cristales,
Regaban amarantos y violetas
Junto á las urnas fúnebres, y en torno
Las auras del vergel y la fragancia
Halagaban al hombre, que sentado
En muda soledad y triste duelo,
A sus amigos caros ya difuntos
Llamaba entre suspiros. Amoroso,
Filial delirio; que al estéril bosque
Da animacion y vida, mientras duermen
En sepulcral silencio sus abuelos,
A los ojos de vírgenes britanas;

Cuando el recuerdo de perdida madre
Al sitio misterioso las conduce,
En que los Genios á piedad movidos,
La vuelta del valiente demandaron,
Que á fondo echó la de altos masteleros
Nave de triunfo con heroica muerte.
Mas en pais, donde extinguido yace
Bélico ardor de generosas lides,
Y el terror y opulencia son ministros
De la vida civil; ¿no es pompa inútil
Erigir ostentosos monumentos,
Con adornos y estatuas, que amor patrio
Al corazon no inspiran? A mis frios
Despojos en el dia postrimero
Un albergue pacífico depare
La bondadosa Parca, do al abrigo
Del mundanal estruendo y las pasiones,
Reuna la amistad, no herencia opima
De míseros tesoros, sino ardiente
Y fraternal cariño, que un recuerdo
Puro y afectüoso me consagre.
Heroismo en el ánimo esforzado
Los túmulos infunden, ó Barona,
De los valientes. La dichosa tierra,
Donde duermen en paz, es á los ojos
Del viajero sagrada. El mausoleo,
En que yacen el hijo de Gimena
Y su intrépido Alferez reunidos (*),
Cuando yo visité: la sacra tumba
Apenas vi del ínclito Rodrigo,
Terror del Moro, á quien los altos muros

(*) En Aguilar de Campóo, junto á un Monasterio de Canónigos Premostratenses, está el sepulcro de Bernardo del Carpio y de su alferez Fernando Gallo.

Arrebató que el Turia besa humilde;
Al contemplar el respetable polvo
Del que *Gran Capitan* otras naciones,
Rivales de la España apellidaron:
«Tierra de bendicion, esclamé entonces,
»La que Pirene con las puras aguas
»De sus torrentes baña. Noble cuna
»De soldados ilustres, que la enseña
»De su Patria llevaron en triünfo
»A belicosos y apartados climas
»De entrambos hemisferios. Noble cuna
»De Cisnes inspirados, que en sus himnos
»Eternizaron las marciales glorias
»De sus progenitores, raza pura
»De los siglos heróicos. Y qué mucho!
»El guerrero y el vate son hermanos.»
Antiguos venerandos monumentos,
Do reposan Caudillos españoles,
Poetas visitaban algun dia,
Sucesores de Mena y Garcilaso,
Para inflamar su corazon y mente
De inspiracion divina con el fuego.
Ved prosternado al inmortal Herrera,
Inmóvil, silencioso cual estatua,
Cabe la tumba del tercer Fernando;
Y de repente en bélica armonía
Sus cuerdas de oro resonar, el nombre
Repitiendo glorioso de Lepanto,
Donde de la radiante media-luna
Se eclipsó el resplandor oscurecido
Por el astro de España. Ante la fria
Lápida sepulcral, que nos encubre
Los restos giganteos del que al Carpio
Debió nombre y blason, al gran Balbuena
Ya contemplan atónitos mis ojos;
Y de su trompa el sonoroso acento

Escucho de Pirene retumbando
Por las concavidades cavernosas,
Al celebrar sublime los trofeos
De Roncesvalles. Solitario risco
Sirve de pedestal en Covadonga
Al fogoso Quintana, que recuerdos
Evoca de sus antros y sus bosques,
Para decir al mundo, que le escucha
Pendiente de su voz, mientras España
Con alborozo maternal aplaude,
Victorias de Pelayo. En el sepulcro
Ya descansan los héroes y los bardos;
Arde empero aunque heladas por la muerte
El amor de la Patria en sus cenizas.
Desde los yermos campos y sombríos,
A la paz y al olvido consagrados,
Las voces escuchad, que misteriosas
Hoy nos dirije el Numen, que la ira
Despertó y valor griego contra el Persa
En Maraton, donde á sus bravos hijos
Túmulos erigió de amor y gloria
Agradecida Atenas. El piloto,
Que allá en las aguas fondeó de Eubea,
En la nocturna oscuridad veia
De yelmos y de aceros, que chocaban
Brillar centellas y arrojar columnas
Flamígeras las piras humeantes;
Vió belicosas larvas, que blandiendo
La ponderosa lanza, se arrojaban
A la lid con furor. Entre las sombras
Y lóbrego silencio oyó espantable
Tumulto de legiones, que los campos
Horrísono atronaba. Las trompetas
Herian sus oidos y el estruendo
De fogosos caballos, que corrian,
Capacetes hollando y moribundos,

Entre el llanto y los cánticos guerreros,
Y los feroces gritos de la muerte.
Dichoso tú, que en juveniles años
Surcaste, dulce amigo, el vasto imperio,
Donde los vientos reinan iracundos,
O lisonjeras brisas, que apacibles
Al respirar, las turbulentas olas
Arrullan con su aliento y adormecen.
Dichoso tú, que el toledano acero
Blandiste en Misolongui cual soldado
Dignísimo del Betis, con asombro
Del oprimido Griego, que tu sangre
Vió verter generosa combatiendo
Al fiero Trace en desigual pelea.
Cuando tu quilla, intrépido Barona,
Mas allá de las islas, que los brazos
Estrechan del Egeo arribar pudo;
¿Sonar del Helesponto en la ribera
No oiste antiguas glorias, y bramando
Las corrientes en hórrido murmullo,
Al conducir á la retea costa
De Ayax el cuerpo ornado con las armas,
Que ceñia otro tiempo el grande Aquiles?
Siempre la Parca dispensó á los bravos
Blason inmarcesible. Ni la astucia
Pudo salvar, ni poderosos reyes
De Ulises itacense los despojos,
Que á su errante navío arrebataron
Las ondas por el báratro irritadas.
Yo, á quien lauros de Marte y de Minerva
El corazon inflaman con su gloria,
De las Musas, que infunden entusiasmo,
La fatídica voz ojalá escuche,
Que á evocar melodiosa me convide
Los manes de los héroes. La sombría
Y olvidada mansion de los difuntos

Ellas custodian, á la par que alegran
Solitario desierto con sus himnos,
Y de los siglos el tenaz silencio
Animan armoniosas, cuando avienta
Con sus alas de hielo hasta las ruinas
El tiempo destructor. Hoy resplandece
Del viajero á los ojos en la yerma
Tróade el sitio, que gallarda ninfa,
De Jove esposa, eternizó. Su hijo
Dárdano fue despues el tronco ilustre
De Asáraco y de Troya y los cincuenta
Nobilísimos tálamos, que dieron
Principio al reino de la gente Julia.
Electra empero cuando oyó á la Parca,
Pronta á cortar el hilo de su vida,
Que la llamaba á los elíseos coros,
Al Padre Jove su postrer suspiro
Dirigiendo esclamó: «Si mi belleza,
»Si el atractivo de mis crenchas de oro
»Y las dulces vigilias no olvidaste;
»Ya que el Hado inflexible me deniega
»Recompensa mas digna, mira al menos
»A tu amada espirar desde el Olimpo,
»Y benévolo impide, que mi nombre
»Perezca para siempre.» Suplicante
Así dijo y murió. Con un gemido
El cielo respondia á su plegaria;
Y con rayos de luz iluminando
De tan preciosa víctima la frente,
Ambrosía brotó de sus cabellos,
Divinizando Jupiter benigno
Aquel hermoso cuerpo y su sepulcro.
Allí yace Erictonio, y en paz duerme
Ilo el justo. De Troya las matronas
Destrenzaban allí su cabellera,
La muerte, que amagaba á sus maridos,

En vano ¡ay! conjurando. Allí Casandra,
Que al agitar un Dios su fantasía,
Anunciaba á Ilion su fin aciago,
De amor endechas dirigió á los manes,
Guiando el coro de los tiernos hijos
De sus hermanos, que los ayes tristes
Llorosos repetian. «Si los cielos,
»Decia suspirando,» enternecidos
»Os permiten por fin á estas orillas
»Del destierro volver, despues que en Argos
»Corceles de los Griegos vencedores
»Guardareis cual esclavos, vuestra Patria
»En vano buscareis. Los altos muros,
»Obra de Apolo, humearán hundidos
»Bajo sus ruinas. Estos mausoléos
»Ocultarán de Troya los Penates:
»Que suele el Cielo esclarecidos nombres
»En la desgracia conservar ilesos.
»Palmeras y cipreses, que plantaron
»De Príamo las nueras, y muy pronto
»Crecereis con las lágrimas amargas
»De viudas infelices, á mis padres
»Protejed en la huesa. De esos troncos
»El que piadoso aleje venerables
»La bárbara segur, sentirá menos
»El luto de sus deudos, y mas digno
»Podrá tocar las aras. A mis padres
»Protejed en la huesa..... Vendrá tiempo,
»En que acogido á vuestra dulce sombra
»Vereis un hombre, ciego, desvalido,
»Con temblorosa planta penetrando
»En estos bosques, abrazar sus urnas
»E interrogarlas. Lúgubre gemido
»Lanzarán las cavernas; y el sepulcro
»Dirá, que Troya hundida por dos veces
»Renacerá otras tantas con mas brillo,

»El silencio rompiendo de la tumba,
»Para mas realzar el postrer lauro
»De los fatales Griegos. El Poeta,
»Al aplacar de gloria con sus himnos
»Las afligidas almas; por las zonas,
»Que el Océano abarca inmensurable,
»De los Argivos Príncipes el nombre
»Logrará eternizar. Mas tu memoria,
»Con lágrimas honrada, infeliz Hector,
»Do quier que sea sacrosanta ofrenda
»La sangre por la Patria derramada,
»Brillará inextinguible, mientras Febo
»Alumbre las humanas desventuras.»

En la muerte de la Reina Doña Josefa Amalia de Sajonia.

Oda 1.ª

Llora conmigo, llora,
Infausta mensajera de pesares,
Tú, que lira sonora
Desdeñas, y festines y cantares,
Amiga del gemido,
Que consuelas llorando al afligido.
Al fatal monumento
Ven, Musa del dolor, donde se encierra
La que fué el ornamento
Y el amor y delicias de la tierra;
La Reina bondadosa,
Que del olvido en la mansion reposa.
¿Ves, augusta matrona,
Que en vez del régio esplendoroso manto,
Del cetro y la corona,
Arreos viste de viudez y llanto,
Y al exhalar su pena,
De asombro y luto al universo llena?

Es la España de duelo,
Que al pie solloza del sepulcro oscuro,
Sin encontrar consuelo,
Por el fallecimiento prematuro
De Princesa querida,
En sus verdes abriles fenecida.
La España sin ventura,
Que al contemplar postrada la inocencia
En lecho de amargura,
Víctima de mortífera dolencia,
La amenazante mano
Detener de la Parca intentó en vano.
Levanta el crudo acero,
De horror acompañado y de rüina,
Y con rostro severo
El rudo golpe sin piedad fulmina;
Y ve la Hesperia triste,
Que su madre y su reina ya no existe.
Cual se eclipsa la aurora
Al estrechar en fraternal abrazo
Al sol que la enamora,
Nueva luz adquiriendo en su regazo;
Amalia espira en calma,
Y al seno del Señor vuela su alma.
¡Qué cuadro de tristeza
Su túmulo ostentoso nos ofrece!
Noble ingenio, belleza,
Juventud y esplendor, todo perece:
Mas ¡ay! la fe divina
De su muerte las sombras ilumina.
En filial desconsuelo
Yace el pueblo leal del dos de mayo:
Desde el bético suelo
Hasta la egregia cuna de Pelayo,
Hechos fuentes los ojos,
Todos honran de Amalia los despojos.

Las españolas Musas,
Que solian templar sus cuerdas de oro,
Abatidas, confusas,
La rienda sueltan á doliente lloro,
Convertido su acento
En plañideras voces de lamento.
En letal agonía
Las artes vagan revolando en torno,
Y la docta Sofía,
Del frondoso laurel el sacro adorno
De su frente depuesto,
Guirnalda ciñe de ciprés funesto.
Y tú, Amalia inocente,
Que miras á tus plantas las estrellas,
Presta oido indulgente
A nuestras melancólicas querellas,
Por la España al Eterno
Rogando siempre con amor materno.
Y religiosa un dia,
De tus dotes en premio singulares,
Quizá la patria mia
Erigirá magníficos altares,
Do en vez de negro luto,
Adoracion recibas por tributo.

La Esperanza.

Oda 2.ª

Por entoldado valle,
Que al sol la luz impide,
Con la negra espesura
De pinos, que le ciñen;
Cuando naturaleza
En el seno apacible

Del silencio tranquila
Comienza ya á dormirse;
No bien el astro hermoso
De la tarde sonrie,
Y cual rey del espacio,
En los cielos preside;
A la hora en que grave
La campana repite
Su clamor de plegaria,
Parecido al que gime;
Mitigar mis quebrantos
Despues que en vano quise,
Con plañideras voces
Allí lloroso dije:
«¡Cuán fatal existencia
»Arrastra el infelice,
»Que por desgracia abriga
»Un corazon sensible!
»De la cuna al sepulcro
»En infortunios vive,
»Sin que alivios humanos
»Su amargura suavicen.
»Mis lágrimas la noche
»Sin compasion recibe,
»Mis lágrimas la aurora
»Ve con risa impasible.
»¿Decretó acaso el Cielo,
»Que mi dolor termine
»Allá cuando mis ojos
»Para siempre se eclipsen?
—»No; que el Dios de clemencia,
»Cual tierno Padre asiste
»Al que invoca su nombre
»Con súplicas humildes.
»Respira, desgraciado,
»Y tu lloro reprime,

»Que á sombría tormenta
»La dulce calma sigue.
»Bajo el escudo mio
»Serás muy mas felice,
»Sin que jamás los hombres
»De mi amparo te priven.»
Sagrado mensajero
De la region sublime,
El angel de esperanza,
Así bondoso dice.
A su divino aspecto,
Y al brillo que despide,
El raudal de mis penas
De repente se extingue.
Y desde aquel momento,
Si pesares me aflijen,
De consuelo inefable
La esperanza me sirve.

Al Excmo. Sr. D. Joaquin Martinez de Medinilla.

Oda 3.ª

Salve, dulce retiro,
Donde el silencio sin cesar domina,
En ti solo respiro
Bajo el amparo de la Paz divina;
Tranquilo apartamiento,
Que los cuidados graves
Del alma trocar sabes
En delicioso júbilo y contento.
Impenetrable muro
De la fatal discordia á los rugidos,
Ya que albergue seguro
Estos montes ofrecen escondidos;

Al murmullo sonoro
De esa parlera fuente,
Que brota en la pendiente,
Mi diestra pulsará las cuerdas de oro.
  Ven, olvidada lira,
Consuelo de sensibles trovadores,
Y en tanto que suspira
El céfiro jugando entre las flores;
Con tu voz melodiosa
Acompaña la mia,
Que el natalicio dia
De Medinilla canta y de su esposa.
  El Ebro cristalino
Repitió de mis metros la cadencia,
Cuando, ¡ó feliz destino!
El fin les anuncié de larga ausencia,
Y en el dulce regazo
Del amor hoy unidos,
Se dan embebecidos
El halagüeño conyugal abrazo.
  Quiera el benigno Cielo
Mis votos esta vez oir clemente,
Cual con síncero anhelo
Se lo suplica mi amistad ferviente:
Mi amistad tierna y fina,
Que desea entrañable
Salud, dicha inefable
Al caro Medinilla y su Joaquina.
  Dichosos corazones,
Que supiste flechar, vendado niño,
Con suäves arpones,
Para modelo de cordial cariño:
Un mismo nombre dando
A los dos misterioso,
Que el consorcio amoroso
Estrecha mas y mas en lazo blando.

Como pomposas flores,
Que primavera en el pensil derrama,
Los cercan sus amores,
Querido fruto de la honesta llama;
Reuniendo del padre
Las prendas varoniles,
A los verdes abriles,
A las gracias y encantos de la madre.
En remontado vuelo
Parte, dulce cancion, desde esta vega
Al carpetano suelo,
Que Manzanares apacible riega;
Y á los tiernos esposos
Dirás en grato acento:
«Disfrutad años ciento
»De vuestro natalicio venturosos.»

A la Paz.

ODA 4.ª

Nobis, Pax alma, veni.
TIBULO.

Vuelve, risueña Diosa,
Vuelve, fecunda Paz, hija del cielo,
Tú, que das á los pueblos generosa
Prosperidad, y glorias y consuelo;
Vuelve, y á tu venida
Mi dulce Patria exánime
Respirará otra vez auras de vida.
Radiante de hermosura,
Sobre nube aparece arrebolada,
Mostrándonos tu sien cándida y pura,
De espigas y de olivo decorada;
Como en el rojo Oriente
El alba asoma fúlgida,
De rosas llena su apacible frente.

Sígante la alegría
Y los placeres en triunfal boato;
Cual mil y mil Cupidos á porfía
En torno vuelan de la blanda Erato,
Mientras por selva amena
Del Permeso laurífero,
«Amor, amor,» su cítara resuena.
¿Asaz no gimió España
Bajo el carro sangriento de la guerra,
Que derribó el palacio y la cabaña,
Y los templos y alcázares por tierra;
Cuando á su arrojo plugo
De un estrangero déspota
Altiva rehuir el servil yugo?
Hoy, cara Patria mia,
Que debiera reirte la ventura,
Pues ya del agresor la tiranía
Esconde con horror la tumba oscura;
¿Quién osa dar aliento
De nuevo al clarin bélico,
Anunciando furor y asolamiento?
Helas, ay!.... cien legiones,
Que se juraron implacable encono,
Defienden so diversos pabellones
Diversas leyes y diverso trono;
Míralas, madre España,
Si es que puedes de lástima,
Cuál se destrozan con violenta saña.
Nuestros campos amenos,
De verdor matizados y de flores,
En dias ofrecieron mas serenos
Asilo á Citerea y los amores:
Hoy del impío Marte
Como teatro bárbaro,
Al viento dan el hórrido estandarte.
¿Qué valle, qué colina

De la guerra civil no vió el estrago?
Do quier desolacion, muerte y rüina:
Es de sangre filial Iberia un lago.
Su vasto suelo humea;
Que Discordia maléfica
Agita sin cesar horrible tea.
  Aquí de Cenicero,
Y de Bilbao allá y de Gandesa
Ved el monton de escombros lastimero,
Ved la pálida y fúnebre pavesa;
Sin que el alto heroismo
De esos pueblos perínclitos,
Aplaque al despiadado despotismo.
  Ilustres Campo-Alanges,
O Irribarren, Gurreas y Leones,
Que al frente de belígeras falanges
Volásteis de la gloria á las regiones;
Con muerte prematura
Dejais la patria huérfana,
Sumergida en torrentes de amargura.
  ¿Qué rio enrojecido
No estremeció con su furor los puentes?
¿Oís, oís el pavoroso ruido
De las armas, que empujan las corrientes?
Las águilas rapaces
En las lívidas víctimas
Sus garras clavan sin piedad voraces.
  Bien así como el Janto,
Mudado ya su curso por las ruinas
De la triste Ilion, vió con espanto
Sus aguas enturbiarse cristalinas,
Arrastrando cimeras,
Mutilados cadáveres,
Picas despedazadas y banderas.
  Oh! raye, raye el dia;
Luzca por fin la suspirada hora,

En que vea la dulce Patria mia
De union sincéra la feliz aurora,
Cual brilla la esperanza,
Que los pesares pálidos
Del negro corazon mágica lanza.
¡Cuándo, Paz, á tu abrigo
Vivirá el infeliz linage humano!
Visítanos benévola y contigo
Vendrá el amor, de la virtud hermano.
Mira inocente coro
De donceles y vírgenes,
Cual te lo ruega con ferviente lloro.
Ven, ven, amable Diosa.
Tus, alas ay! batiendo, rauda vuela,
Y afirmando tu mano poderosa
El combatido solio de Isabela,
De España los blasones
Serán como otras épocas,
La envidia y el terròr de las naciones.

Al Excmo. Sr. Duque de Feria.

Oda 5.ª

Sigue, querido Feria,
Por la via escabrosa,
Que á la risueña altura
Conduce de Helicona.
Entre rudas malezas,
Entre abismos y rocas,
Espinos al principio
Allí tan solo brotan.
¿Mas qué resistir puede
A la constancia héroica,
Con que los nobles pechos

Los peligros afrontan?
Si venciendo tu arrojo
Mil fatigas penosas,
Al triste desaliento
Débil no se abandona;
Hollarás algun dia
Matizadas alfombras
De verdor y frescura,
De jazmines y rosas:
Apacibles vergeles,
Que entre florida pompa
Con la rama te brindan,
De vates aureóla.
Gratos, amenos bosques,
Donde tranquilas moran
Las vírgenes del canto,
Que fervoroso invocas.
Las que amables inflaman
La mente creadora,
Cuando salva el espacio,
Y al éter se remonta.
Las que inspiran los himnos,
Que en alas de la gloria
Vuelan de entrambos polos
A las opuestas zonas.
Feliz, ilustre amigo,
Si tu esfuerzo redoblas,
Hasta ganar osado
La cumbre deliciosa.
Embebecido entonces
Por el suäve aroma,
Que sin cesar exhalan
Las auras bullidoras;
Al sonante murmullo
De las castalias ondas,
Mas blandas al oido

Que lira melodiosa;
Conseguirás ufano
Tu sien adornar docta
Con la verde guirnalda
De hiedra vividora.
Lauro de mas estima,
Que las perlas preciosas,
Con que al mundo enriquecen
Los reinos de la aurora.
Ornamento el mas digno
De la ducal corona,
Que heredó de cien reyes
Tu estirpe generosa.

A la Cruz.

ODA 6.ª

Questo è l'eccelso e fortunato legno,
Ministro á noi della celeste aita.
METASTASIO.

O Leño de esperanza,
Que produjiste de salud el fruto,
¿Quién de amor y alabanza
Te negará el tributo?
Diga tu prez el suelo,
Respondiendo á los cánticos del cielo.
En ti de pies y manos
Viendo clavado al Hijo del Eterno,
Alientan los cristianos,
Y del temido infierno
A la saña y furores
Oponen tus auxilios vencedores.
Con el licor sagrado
Que en raudales copiosos te enrojece,
De Adan purificado

La culpa desparece:
Que sangre es de templanza,
No, Abel, como la tuya de venganza.
  Cual en astro luciente,
Hoy su rostro en la Cruz mira risueño
El Padre omnipotente,
Desarrugado el ceño,
Que estremeció iracundo
A cielo y tierra y báratro profundo.
  Regocíjate ahora
Con la enseña Israel ya redimido,
Que te dió triunfadora
El reino antes perdido:
Sus eternales puertas
El leon de Judá te dejó abiertas.
  Enseña, que fulgura
De templos y encumbrados torreones
En la sublime altura,
Salud y bendiciones
Nunciando en lontananza,
Cual Iris bello de la nueva alianza.
  Ya vive, ya respira,
Del Jordan saludando la corriente,
La que objeto de ira
Estirpe delincuente,
Sufrió yugo inhumano
Allá de Egipto en el confin lejano.
  De Cristo á los atletas
¿Quién alentaba á desigual batalla?
¿Quién contra las saetas
Servíales de malla,
Y el fuego mas activo
Calmaba cual süave lenitivo?
  A mil vírgenes puras,
De belleza y virtud noble dechado,
Del amor las dulzuras

Al despreciar de grado,
Ella presta heroismo
Contra la carne, el mundo y el abismo.
Y en grato vergel muda,
De pintoresca amenidad cubierto,
La aspereza desnuda
Del fragoso desierto,
Que humilde solitario
Convierte de piedad en santüario.
En su constante giro
Cuando fluctúen entre sí chocando
Los orbes de zafíro,
La creacion quedando
Con fragor sepultada
En el piélago inmenso de la nada;
La Cruz resplandeciente
Brillará mas que el sol, rey de la esfera,
Y á su luz la serpiente,
Que al hombre pervirtiera,
Con la hueste precita
Caerá bramando en la region maldita.
Los celestiales coros,
El Lábaro escoltando sacrosanto,
Celebrarán sonoros
En jubiloso canto
De Jesus la victoria,
Por siglos mil y mil de paz y gloria.
Signo de eterna vida,
Arbol de redencion, que salvó al mundo,
No niegues acojida
A mi dolor profundo:
Que al Varon de dolores
En ti plugo morir por pecadores.
Defiende, augusto pino,
Defiende con tu sombra bienhechora
A triste peregrino,

Que lloroso te adora,
Dando gracia y consuelo
Al desterrado mísero del cielo.

A la traslacion de las cenizas de Moratin.

Were his remains ever brought to Spain?

ODA 7.ª

Rompe ya la dura losa,
Donde inanimado y frio
Ay! cabe estrangero rio
Tu cuerpo, Inarco, reposa.
BRETON DE LOS HERREROS.

Vuelve, Inarco Celenio,
Al grato Manzanares,
Donde lució tu ingenio
Con los nobles cantares,
Que del orbe á los límites
Llevaron tu alto prez.

Tiempo es ya que abandones
Esa estraña ribera,
Y en las patrias regiones,
Clarísima lumbrera,
Tus destellos espléndidos
Ostentes otra vez.

Cinco lustros el Sena,
Poseyendo orgulloso
En su margen amena
Tu sepulcro glorioso;
Manifestó su júbilo
Á la imperial ciudad.

Cinco lustros el suelo,
Que ennobleció tu cuna,
Se lamentó sin duelo
De la adversa fortuna,
Que allá tus restos ínclitos
Detiene sin piedad.

¡Qué sirve á tu memoria
Reposar entre flores,
Dividiendo la gloria,
Guirnaldas y loores
Del vecino sarcófago,
Donde yace Molier!

La generosa Francia,
Que en momentos fatales
Guardó en marmórea estancia
Tus despojos mortales;
En vano con sus lágrimas
Los quiere retener.

Tú solamente ansías
Tornar en feliz hora
A las verdes umbrías,
Que sublime decora
El monumento fúnebre
Del grande Calderon.

Vergel de rosas lleno,
Pais de poesía,
Cielo puro y sereno,
Que ledo sonreia,
Al escuchar tus cántigas
De grata inspiracion.

¿Por qué, Cisne divino,
Para siempre enmudeces,
Y al rigor del destino
Tan súbito feneces,
Cual inmolada víctima
Por acero fatal?

¡Vivieras! y este dia
Castilla te ofreciera
Saludos de alegría;
No triste y plañidera
Endechas melancólicas,
En eco funeral.

Tributo merecido
A tus yertas cenizas,
Cantor esclarecido,
Que audaz inmortalizas
En tus acordes números
El renombre español.

Pues el brillante idioma
Del Rey Alfonso el Sábio,
Que envidian Grecia y Roma,
Así luce en tu labio,
Como en la etérea bóveda
La aureola del sol.

Con tu lira, ó Celenio,
Un tiempo ¡ay! melodiosa,
Cuando inspiróla el Genio,
Hoy la Patria llorosa
Tu solitario féretro
Ufana adornará.

A sus cuerdas en vano
Tus armonías bellas
Demandará otra mano:
Que solamente en ellas
El amoroso céfiro
Doliente gemirá.

Con dos nobles coronas,
Lauro en tu sien eterno,
A Hesperia galardonas
El cariño materno,
Que al contemplar tus méritos,
Endulza su dolor.

La nacional escena
Te debe su decoro.
No bien tu voz resuena,
Se alejan con desdoro
La ignorancia maléfica,
La envidia y el error.

Aunque ya en las mansiones
Descansas del olvido,
Con mil aclamaciones
El mundo embebecido
Hoy te muestra benévolo
Su amor y gratitud.

Tan dulce recompensa,
Consuelo de tus manes,
Justo el Cielo dispensa
Del hombre á los afanes,
Que cultiva hasta el túmulo
La ciencia y la virtud.

Deja ya las orillas
De ese estrangero rio,
Donde al presente brillas,
Como en tarde de estío
Radiante asoma el Héspero
En cielo de zafir.

Sus, sus: ¿qué te detiene?
Cese tan luengo plazo,
Y al salvar el Pirene,
Te abrirá su regazo
España, á quien solícito
Invocaste al morir.

Al Sr. D. Francisco Lorente, Canónigo de la Catedral de Valladolid.

Oda 8.ª

Deja, caro Laurencio,
Deja de Mantua el mundanal rüido,
Y canta en el silencio
Del vergel escondido,
A la sombra del plátano tendido.
El viejo Manzanares
Entre las algas impaciente espera
Los acordes cantares
De tu voz hechicera,
Que alegraron un tiempo su ribera.
La primavera ofrece
A tu númen sus galas y primores,
El arrayan florece,
Y sus dulces amores
Celebran con ardor los ruiseñores.
La sonora cascada,

Que baja desde el monte Carpetano,
Seguirá tu tonada,
Y el eco allá lejano
Repetirá el acento sobrehumano.
Al espejo luciente
De tu clara y brillante fantasía
Se agolpará la fuente,
El prado y selva umbría,
Con la rústica pompa, que abril cria.
Y si á la humilde avena
Del Profeta los himnos antepones (*),
En la region serena
Loor y bendiciones
Te darán las angélicas legiones.
Hoy de nuevo en tus cantos
La Religion desplegará la alteza
De sus misterios santos,
Que á sublime grandeza
Elevan de los hombres la bajeza.
A la augusta matrona
Verás entonces descender del cielo,
Con dorada corona
Y refulgente velo,
Tu espíritu inundando de consuelo.
Afable y complaciente,
Entre rayos de lumbre celestiales,
Adornará tu frente
Con flores inmortales,
Que del Geon fecundan los raudales.

(*) Alude á la elegante version en metros castellanos, que de las églogas de Virgilio publicó Lorente en 1832, y á su Poema sagrado en diez cantos, que con el título de la *Ciudad eterna, ó los Cristianos,* dió á luz en 1848. Tambien tradujo las Geórgicas y la Eneida, en octavas. Publicó una larga muestra en 1856. Pocos meses despues murió aquel laborioso literato.

Venturoso el oido,
Que tu sacro laud escuche atento,
A su grato sonido
La calma y el contento
Suceden al dolor y al sufrimiento.
Mas calla, Musa mia,
Pues de Laurencio amable ya resuena
La mágica armonía,
Que los vientos enfrena,
Y mi pecho de júbilo enagena.

Al Convenio de Vergara.

ODA 9.ª

Pax regnum solidat, Regni pax corona firmat:
Odia pax pellit, vastum pax nutrit amorem.
DIVUS EUGENIUS, ELEGIA DE BONO PACIS.

Númen de la sagrada Poesía,
Que al trovador cristiano
Dispensas tu dulcísona armonía,
El arpa de oro al recorrer su mano;
Si la plegaria tu favor ampara,
En que divina inspiracion imploro,
Mi cántico sonoro
Celebrará el abrazo de Vergara.
Sublime abrazo del amor fraterno,
Que atónito vió el mundo;
Mientras vencido el monstruo del averno,
En su despecho rebramó iracundo,
Al hundir humillada su cabeza,
Que erizando las víboras agita
En la mansion precita,
Donde reina el dolor y la tristeza.
Tranquila respiró la madre España,
Y en himnos de contento

Ahogando el grito de implacable saña,
Grato signo de paz desplegó al viento.
Nevado lino, que feliz ondea,
Do en caracteres de oro, y radiänte,
Cual precioso diamante,
El nombre augusto de Isabel campea.
¡Dia de bendicion! Dichoso dia,
Que en hermanos convierte
A los guerreros, que en contienda impía
Se destrozaban con furor de muerte,
Y el raudal atajó de sangre pura,
Que enrojeció los rios y los mares,
Víctimas á millares
Arrastrando á ignorada sepultura.
Al contemplar la deliciosa escena
De júbilo y consuelo,
Su luz el sol acrecentó serena,
Cual si de gala se adornára el cielo;
Con su espléndida pompa y arreboles
Decir queriendo á la asombrada tierra:
«Así intestina guerra
»Terminan combatientes españoles.»
¡Guerra, guerra civil! Borre el olvido
Melancólica historia,
Que al corazon aflige estremecido
De tanto frenesí con la memoria;
Para que en otra edad, feliz ignores,
Raza ilustre de Abarcas y de Cides,
Las ominosas lides,
En que se hostilizaron tus mayores.
Con espanto de pueblos y de reyes,
Los bandos en su encono
Osaron oponer leyes á leyes,
Y pendon á pendon, y trono á trono;
Pugnando ciegos con ardor insano,
A los ojos quizá de esposa y madre,

El hijo contra el padre,
El hermano cruel contra el hermano.
La enseña de Aragon y de Castilla,
Triunfadora allá en Flandes,
Del mejicano piélago en la orilla,
En la Alpujarra, el Tauro y en los Andes,
Una y otra falange audaz tremola;
Mas en vez de aterrar al estrangero,
En el combate fiero
Se derrama, ó dolor! sangre española.
Muerte y desolacion, y horror y luto
Ofrecen por do quiera
Sombrío, triste cuadro: vil tributo
A la Discordia, que feroz impera.
Nadie de la virtud la voz escucha;
Murió en los corazones la esperanza;
Y el odio y la venganza
El término prolongan de la lucha.
Ya mas de un lustro su nefanda tea
La negra Furia agita,
Y en hórrido clamor á la pelea
Las haces furibunda precipita:
Haces, ay! de adversarios, hijos todos
De una Madre infeliz, cuyas entrañas
Con indignas hazañas
Desgarra la progenie de los Godos.
Ni su amor maternal, ni el flebil ruego
Acalla las pasiones,
Que devoran bastardas con su fuego
A los pueblos mas grandes y naciones.
¿Será, será la desunida España,
Como la Patria de Sobieski un dia,
Que el Cielo maldecia,
Víctima y presa de ambicion estraña?
«Piedad, Señor! Tu omnipotente mano
»Sosiega los furores,

»En que hierve revuelto el Oceáno
»Al impulso de vientos bramadores.
»Hablad, Señor, y á tu palabra sola,
»Se abrazarán con fraternal caricia
»La Paz y la Justicia
»En la feliz península española.
»Piedad, Señor, piedad. Tu providencia
»Las centellas apaga
»De irritado volcan, cuya violencia
»Con el incendio y destruccion amaga;
»Como las auras del abril serenas
»En blando y apacible movimiento
»Extinguen con su aliento
»Pálida luz, que se vislumbra apenas.
»Con ojos, ay! de compasion, Dios mio,
»Al pueblo tuyo mira,
»Aunque con tanto crimen y estravío
»Inflama el rayo de tu justa ira;
»Y depondrán sus bélicas legiones
»Por la rama de olivo los aceros,
»En cándidos corderos
»Transformados los tigres y leones.
»Dios de bondad, perdone tu clemencia
»A la Hesperia infelice,
»Que en el mismo furor de su demencia
»Tu nombre invoca, tu poder bendice.
»Desarrugad, Señor, el grave ceño,
»Y el Español mas dulce y mas humano
»Al perseguido hermano
»El ósculo de paz dará risueño.
»Acojed la ternura, la eficacia
»De la Reina del cielo,
»Que en favor de sus hijos pide gracia,
»Cual Madre de piedad y de consuelo.
»Salvad la España, que erijió á María,
»De Religion al orbe dando ejemplo,

»El primitivo templo,
»Do venera su Imágen todavía.»
Ante el solio de Aquel tres veces Santo,
Así gimiendo ruega
Celeste paraninfo, y entretanto
Sus alas de zafir humilde pliega:
Custodio tutelar, amparo y guia
De la tierna Isabel, Huérfana augusta,
A quien la lid asusta
Con su estruendo marcial y vocería.
Al escuchar el misterioso Nombre,
Que aterra á la serpiente,
Y alegra al cielo y vivifica al hombre,
De esperanza y salud cual dulce fuente;
El que allá de Sion reina en la cumbre,
Hácia Iberia infeliz volvió los ojos,
Templando sus enojos
Con el amor de padre y mansedumbre.
Paz Jehová pronuncia, y á su acento
En solemne armonía,
Paz repitió sonoro el firmamento,
Que á sus Hacedor con júbilo aplaudia.
El Iris brilla en la azulada esfera,
Cual grato heraldo de feliz destino,
Y el decreto divino
Anuncia fausto á la nacion ibera.
Menos festivo el apacible coro
De arpadas avecillas,
Cantó la creacion en son canoro
Arrobado con tantas maravillas;
No bien la luz de la primer mañana,
Al reir por lejanos horizontes,
Las llanuras y montes
De nacar esmaltó, de verde y grana;
Que la dichosa España, cuando yerta
En letal agonía,

De su desmayo súbito despierta,
Y en himnos de entusiasmo se estasía;
Al divisar en pos de tanto duelo,
Ostentando el matiz de mil colores
Entre bellos fulgores
Al mensajero espléndido del cielo.
«Gloria al Eterno y cantos de alabanza,
»Pues con bondosa diestra
»En el abismo á la Discordia lanza,
»Fiero verdugo de la Patria nuestra.
»Gloria al Eterno, que en estrecho lazo
»Uniendo divididos corazones,
»Civiles disensiones
»Amante sella fraternal abrazo.»
Así ambas huestes con ardor esclaman,
Y en redoblado viva
El dulce imperio de la paz proclaman,
La sien ornada de frondosa oliva,
Unánimes jurando los guerreros
Con el noble y gallardo continente
Del soldado valiente,
Por su Reina morir cual caballeros.
Cuadro consolador, de tierno encanto,
En que indomables almas,
Vertiendo de placer sabroso llanto,
Maldicen con horror sangrientas palmas.
Grata escena de amor y de hidalguía,
Que para admiracion de los mortales,
Los gloriosos anales
Ofrecen solo de la Patria mia.
Retumba el trueno de los roncos bronces,
Que asolacion y estrago
Anunciaron horribles hasta entonces,
De sangre á Iberia convirtiendo en lago:
Mas al herir con su estampido el viento,
Ya no gimen las vírgenes y esposas,

Que en salvas fragorosas
El cañon solemniza el juramento.
Los manes de los héroes, que Luchana,
Y Arlaban y Ramales,
Sucumbir vieron, como flor temprana,
Marchita por los frios vendabales;
Contemplan con simpática sonrisa
La cifra de Isabel y la diadema,
Que cual de honor emblema
Fue en las batallas su inmortal divisa.
Cual aurora boreal, que resplandece
Allá en la noche oscura,
Entre diáfanas nubes aparece,
Llena de magestad y de hermosura,
La Madre de su pueblo, la heroina,
Que humillando en Granada á los infieles,
Eclipsó los laureles,
Trofeo de la Meca y de Medina.
Hoy de nuevo triünfa su memoria
De Vergara en los llanos,
Al recordar sus dotes y alta gloria
Dos falanges de amigos y de hermanos.
Ante la sombra de Isabel primera,
Las opiniones y armas y partidos
En torno reunidos
Ya cobija feliz una bandera.
Símbolo de concordia, que saluda
La preclara Matrona,
Al par que grave con su manto escuda
El nombre de su Nieta y la corona;
Despareciendo al punto como bella
Nocturna exhalacion del seco estío,
Que en el eter sombrío
De fuego imprime luminosa huella.

A la memoria de Fray Luis de Leon.

ODA 10.

Permite, sombra ilustre,
Que reverente invoque
Mi balbuciente labio
Tu venerable nombre.
Mil veces del estío
En las tranquilas noches,
Cuando la grata Luna
Alegra el horizonte;
Saludé con respeto
Los viejos torreones,
Que tu natal anuncian
Con misteriosas voces.
Cual brillante descuella
Entre lumbres menores
La estrella matutina,
Delicias de Diöne;
Como regia almiranta
De gigantesca mole,
Que el embate desprecia
De fieros aquilones;
Cual secular encina,
Que llaman los pastores
La gala de las selvas,
La reina de los bosques;
O cual Sierra-Nevada,
Coronada de robles,
Con su frente domina
A los vecinos montes;
Así en el siglo de oro,
Que á Roma España opone,
Feliz sobresaliste

Entre sus doctos hombres.
Tu esclarecida fama
Resuena desde entonces
Del oriente el ocaso,
Del mediodía al norte.
El odio y la ignorancia
Con injustas prisiones
Tu angélica inocencia
Persiguieron atroces.
¡Cuándo lucirá el dia,
En que gratas perdonen
A la virtud y ciencia
Las bastardas pasiones?
Llorosas las corrientes
Del Pisuerga y del Tormes,
Tus penas lamentaron
Con mil roncos clamores.
¿Qué benéfico Númen
Inspiró tus canciones,
Envidia de estrangeros,
Orgullo de españoles?
En duraderos himnos,
Mas que el mármol y el bronce,
¿Quién será el digno vate,
Que diga tus loores?
Dame la sacra lira,
Que tu féretro esconde,
Y podré venturoso
Celebrar tus blasones.
Si dulce y complaciente,
Mis tiernos votos oyes,
Mi voz y tu alta gloria
Resonarán acordes.
Ya que el cielo me niega,
Que tu sepulcro adorne
Con debida guirnalda

De vividoras flores;
Condigno cenotafio
Consagrar quiero donde
Tu cuna remecieron
Minerva y los amores.
Tributo de alabanza,
Que tanto corresponde
Al inmortal Poeta,
Admiracion del orbe.

Al Sepulcro de un amigo.

Oda 11.

Objet de mes regrets, ami fidèle et tendre,
J'aime à porter mes pleurs en tribut à ta cendre
Saint-Lambert: Saisons.

A pesar del espanto
Con que asombras, mansion de luto y muerte,
Ya vuelvo los gemidos á ofrecerte
De plañidero canto,
Cual suelo cada dia,
Cuando acrece tu horror la noche umbría.
Para templar mi pena,
Ni una estrella reluce de consuelo
En las oscuras bóvedas del cielo,
Que pavoroso truena.
Cada objeto parece
Espectro aterrador, que me estremece.
En la torre lejana,
Que cual fantasma se alza en el desierto,
De muda calma y lobreguez cubierto,
La voz de la campana
Con eco misterioso,
Al silencio convida y al reposo.

Ay! descanse en buen hora
De la benigna paz en el abrigo
El dichoso mortal, que de un amigo
La pérdida no llora;
Y mientras duerme el mundo,
Solo yo vele en mi dolor profundo,
Ya humilde se descubre
Bajo la santa Cruz su sepultura:
De la virtud, de la inocencia pura
Esta lápida cubre
El mas raro modelo,
Que á un siglo criminal concedió el Cielo.
La existencia del hombre
Aurora es apacible, que amanece,
Y en las sombras de ocaso desparece,
Sin dejar mas que el nombre.
Tu vida, ó Delio mio,
Pasó como en los campos el rocío.
Sin cesar mi memoria
Recordará llorando desengaños,
Tus dotes bellas, tus floridos años,
Y tu naciente gloria,
Que lució breve instante,
Como fugaz relámpago brillante.
Y solo, dulce amigo,
Calmará la amargura de mi suerte,
Cuando el ángel bondoso de la muerte
Me reuna contigo.
Sensible á cuanto peno,
Abreme, tumba, por piedad tu seno.

A la Coronacion de Quintana.

ODA 12.

E' tod'un pueblo en tropel,
De Pirene á Lusitaña,
Glorifique ese laurel,
Que te da en nombre d'España
La magnánima Isabel.
HARTZEMBUSCH.

«Lauro, prez sin segundo
»De gratitud y amor al noble anciano,
»Cuyo nombre inmortal aclama el mundo,
»Envidioso del pueblo castellano.
»Cantor, que en lides fieras
»Contra invasor ejército orgulloso,
»A las falanges inflamó guerreras,
»Que el pedestal hundieron del Coloso.
»El que evocó á Pelayo,
»Al bravo Cid y al hijo de Gimena,
»Y á las sangrientas víctimas de mayo,
»Para aterrar al déspota del Sena.
»Honrad, honrad su Lira
»Con vítores alegres y ovaciones,
»Pues el valor y el entusiasmo inspira,
»Que sostienen á reyes y naciones.
»Ornad la cabellera
»Del Vate ilustre con blason de gloria,
»Si quereis que la raza venidera
»Os tribute una página en la historia.»
Así en cívico acento
El patriotismo con ardor exclama,
Y el grito aquel por la region del viento
Como eléctrico fuego se derrama.
Menos veloz la lumbre,

Que lanza Febo en apacible estío,
Dilatándose va de cumbre en cumbre,
Dorando valles y campiña y rio.
   Entre blandos loores
Del Píndaro español el nombre suena,
Y en alas de los ecos voladores
Rápido sube á la region serena.
   Desde Pirene á Gades,
Desde el Turia á la playa lusitana,
Los campos y las villas y ciudades
Victorean acordes á Quintana.
   Entre todas descuella
Por su acendrado amor y aclamaciones,
Poblacion tan insigne como bella,
Maestra de doctísimos varones.
   Atenas de Castilla,
Que brindó del saber con los raudales
A caro alumno, que al presente brilla
Entre los escritores inmortales.
   Tal dicha y regocijo
Dividiendo Madrid con noble orgullo,
Pregona al mundo, que meció á su hijo,
Cual tierna madre en el primer arrullo.
   Y de amor se estasía,
Y á estrechar vuelve en su fecundo seno
Al digno encomiador de la hidalguía,
Del heroismo de Guzman el Bueno.
   El que allá en sus abriles
Atronó audaz en derredor la sierra,
En sonidos lanzando varoniles
«Los ecos de la gloria y de la guerra;»
   Su planta mal segura,
Ostentando la nieve en sus cabellos,
Dirije hácia el alcázar, que fulgura
De Temis con los fúlgidos destellos.
   Henchida de alegría,

Con férvido entusiasmo le acompaña
La flor de la belleza y gallardía,
Del valor y saber, que cria España.
Damas, cuyos encantos
La modestia realza y compostura,
Sonrien con bondad al que en sus cantos
El hechizo pintó de la Hermosura.
Mirad vástagos ciento
De Velascos, Mendozas y Girones,
Escoltar á la ciencia y al talento,
Acrecentando lustre á sus blasones.
Distinguidos guerreros,
Paladines de honor y bizarría,
Le escudan con sus ínclitos aceros,
En que la Patria su esperanza fia.
Famosos trovadores,
Honra del siglo, de la Hesperia adorno,
Al Nestor de los vates y escritores
Con cariño filial cercan en torno.
Allí entusiasta goza
Melodiöso Cisne granadino,
Que anunció de la invicta Zaragoza
Los altos hechos y el fatal destino:
Y el que á la edad futura
De Teruel ha dejado los amantes,
Desenterrados de la tumba oscura,
Con sus colores y pincel brillantes:
Y el de Inarco Celenio
Sucesor digno por su fácil vena,
Que enseña con los chistes de su ingenio,
Enriqueciendo la española escena:
Y el que gime doliente
Del Conde Don Julian con la memoria,
Recordando fatídico á la mente
Del Guadalete la fatal victoria.
Y mil y mil en suma

Alumnos de Cervantes y Argensola,
Que con su plectro y su dorada pluma
Ilustran la península española.
De los bardos el coro
Embellecen dos jóvenes divinas,
Que con sus gracias y laúdes de oro
Oscurecen á Safos y Corinas.
Hija de zona ardiente,
Una vió el sol en la feliz Antilla,
Inapreciable perla, que fulgente,
En la diadema luce de Castilla.
La otra al Guadiäna
Embelesó con su primer sonrisa,
Como al plácido albor de la mañana
Alegra al campo la sonante brisa.
Hijos de tierra estraña,
Que el honor de su patria representan,
A la ovacion y júbilo de España
Pompa y grandeza y esplendor aumentan.
Del gran Carlos tercero
Nieto dichoso, Príncipe querido,
Se regocija con el pueblo ibero,
Honrando el premio al mérito debido.
Como el astro del dia,
La aureola ostentando de su imperio
En carroza de luz y pedrería,
Infunde animacion á un hemisferio;
Así augusta Señora,
Del amor español bajo el escudo,
Los cívicos festejos avalora
Con su belleza y maternal saludo.
Venturosa Heredera
De célebre Heroina, que dió al solio
El brillo y magestad, con que luciera
En su dorado siglo el Capitolio.
A la escelsa Matrona

Cubrid el paso de laurel y flores,
Pues del bardo abrillanta la corona
Con la gloria del trono y resplandores.
A la Reina mil vivas
Y á su digno Mentor de grado aclaman,
Entre el rumor de músicas festivas,
Que el entusiasmo por do quier inflamán.
Al sonoroso estruendo
Palpitan los hidalgos corazones,
Y cual volcan la fantasía ardiendo,
Se exalta y goza en súbitas visiones.
Ved por el aire vago
Manes de Trafalgar en raudo vuelo,
Cruzar y sonreir con dulce halago,
Y á la pura mansion tornar del cielo.
Con otros, que no nombra
Atónita mi voz de aquel encanto,
Vislumbro de Roger la fiera sombra,
Y al valeroso manco de Lepanto.
Ved cuál saludan todos
Desde la grata y azulada esfera,
Al vástago Real de ilustres Godos,
Y al sabio, que su infancia dirigiera.
Ya la Fama contemplo
Allá en los dias de la edad lejana,
Dando acogida en su divino templo
A Isabel bondadosa y á Quintana.
Así viven unidos
En vínculos de amor los bellos nombres
De Augusto y de Maron esclarecidos,
Para leccion sublime de los hombres.
De Petrarca y el Tasso
Las guirnaldas no muestre altiva Roma,
Cual únicos trofeos del Parnaso,
Que entre nubes espléndidas asoma.
Mientras el gran planeta

Ilumine los orbes eternales,
Verá el blason del español Poeta
Brillar entre las glorias nacionales.
Lauro de oro luciente,
Que el magnánimo pueblo castellano
Consagra afectüoso á noble frente
De Reina hermosa por la augusta mano.

La resolucion.

Oda 13.

Oculi mei semper ad Dominum, quoniam ipse evellet de laqueo pedes meos.
Psalm. 24, v. 15.

Rompe, animosa alma mia,
Rompe las duras cadenas,
Que tu libertad oprimen,
Degradando tu nobleza.
Esas cadenas de hierro,
Eterno signo de afrenta
Para el siervo, que se arrastra
Por el polvo de la tierra.
Rómpelas con el auxilio
De la omnipotente diestra,
Que del hombre á los esfuerzos
Su proteccion jamás niega.
Libre de su pesadumbre,
Con rápidas alas vuela
Por la region encumbrada,
Donde la virtud impera.
A la audaz águila imita,
Que las nubes en pos deja,
Hasta que al dorado trono
Del sol rutilante llega.

¿Como el reptil despreciable
Vas por el cieno rastrera,
Hija inmortal del Eterno,
Que en el almo cielo reina?
Los ángeles tus hermanos
Postrados en su presencia,
En cánticos de armonía
Su gloria y poder celebran.
Oye las doradas arpas,
Que de contínuo resuenan,
Enfrenando el movimiento
De las celestes esferas.
Dulce rumor, que interrumpe
El sosiego y paz serena,
Que dominan de tu Patria
En las mansiones excelsas.
No mas, no mas olvidando
Tu augusta naturaleza,
Como el sér perecedero,
Alma mia, te envilezcas.
¿De Babilonia los rios
Te adormecen y embelesan
Con los falaces encantos
De sus orillas funestas?
Proscripta en duro destierro,
Del pecado justa pena,
A Jerusalén los ojos
Ya es tiempo, infeliz, que vuelvas.
Ya es tiempo, infeliz, recuerdes
Aquellas santas riberas,
Que con sus aguas de vida
El Jordan divino riega.
El fin de tu cautiverio
Mira de esperanza llena,
En la sagrada montaña,
Que allí sublime descuella.

En su veneranda cumbre
Al Dios de bondad contempla,
Al Dios de bondad, tu amparo,
Tu salud, tu grata herencia.
A su seno de amor vuelve;
A su seno, que te espera
Con ternura afectüosa,
Con paternal impaciencia.
No fies del falso mundo
En seductoras promesas,
Hojas livianas, que agita
El huracan por la selva.
No te alucinen incauta
Fascinadoras grandezas,
Meteoros deslumbrantes,
Que lucen en la apariencia.
Dios es inmutable solo,
Cual las columnas eternas,
Que la Sion escogida
Embellecen y sustentan.
Dios de vivífica lumbre
Es la inextinguible hoguera,
Ante quien el sol fallece,
Y se apagan las estrellas.
¡Y al Hacedor por sus obras,
Y la luz por las tinieblas,
Y por el error inmundo
La verdad los hombres dejan!
No sigas mas, alma mia,
Las estraviadas huellas,
Que á precipicios conducen,
Y de la ventura alejan.
Entra con valor heróico,
Entra en la difícil senda,
Que á la virtud penitente
De Dios la bondad reserva.

Acude sumisa y dócil
Del Buen Pastor á las quejas,
A las amorosas voces
Con que te llama y te ruega.
Mírale del santo aprisco
Bondadoso abrir la puerta,
Alargándote sus brazos,
Cual á descarriada oveja.
Mírale, su ardiente celo
Redoblar en tu defensa,
Cuando el lobo devorarte
Amenaza ya de cerca.
Su solícito cayado
Te busca y sigue do quiera,
Mientras la grey escojida
Sola en los egidos queda.
Y rebelde y obstinada
De su amor á tales pruebas,
¿Será de bronce tu pecho,
Y tus oidos de piedra?
No, Dios bueno; ya mi alma
En tierno lloro desecha,
Con vuestro divino fuego
Se liquida como cera.
De vuestro amor santo herida
Por la penetrante flecha,
A Vos desalada corre,
Como á la fuente la cierva.
A Dios, del mundo engañoso
Ilusiones halagüeñas,
Sueños de horror, de que el hombre
Solo en la tumba despierta.
Hoy de Jacob me refugio
A las venturosas tiendas,
Cual paloma á su guarida,
Al rebramar la tormenta.

Allí el descanso apacible
Esperaré de la huesa,
En el llanto y la plegaria,
A imitacion del Profeta.

En la muerte de Abenamár.

ODA 14.

Callad, vientos de muerte bramadores,
Que el cielo airado envía,
Para aumentar mi pena y mis dolores
En tan aciago dia:
Esas flébiles voces de lamento
Reposen adormidas un momento.
En su infortunio respetad al hombre,
Que en solitario abrigo
Tiembla escuchando el apacible nombre
De malogrado amigo;
Delicia mia, cuando plugo al Cielo,
Hoy emblema de luto y desconsuelo.
Mas es en vano la plegaria mia
De nuevo repetiros;
Por el ameno valle, por la umbría
Retumba entre suspiros,
Que prolongan los ecos del desierto:
«Abenamár, Abenamár ha muerto.»
«Abenamár, Abenamár,» murmura
Quejumbroso el Henares,
Debordado por la árida llanura
De peñas y ramblares;
Y del rio fatídico yo en tanto
Enturbio los cristales con mi llanto.
De Minerva el discípulo querido,
La envidia de los vates,
El que pintar en bello colorido

Sabia los combates,
Que enrojecen el circo madrileño,
Donde el bruto sucumbe jarameño;
El trovador, que del sublime Herrera
Allá en la sepultura
Desenterró la cítara guerrera,
Y con mano segura
En sus cuerdas auríferas, divinas,
Al vencedor cantó de Filipinas;
Desapareció cual fugitiva sombra,
Sin marcar ni sus huellas,
Y remontado al éter, hoy de alfombra
Le sirven las estrellas,
Dejando sus virtudes y alta gloria,
De la posteridad para memoria.
Su esposa inmóvil de dolor y espanto
Con el rostro cubierto,
Secos los manantiales de su llanto,
Ante el cadáver yerto,
No derrama ya lágrimas, ni gime,
De abatimiento en su actitud sublime.
Cual de Adonis los fieles compañeros
En su tumba querida
Besaban revolando plañideros
La sangre denegrida,
Que vertió en su furor silvestre fiera,
Purpurando el verdor de la pradera;
De sus hijos el bando pequeñuelo,
Sin saber todavía
La terrible orfandad, el triste duelo,
Do yacen este dia,
Ya miran azorados á la madre,
O ya contemplan al perdido padre.
Por la esperanza y por la fe impelido
El cariñoso Eduardo,
Quiere arrojar del corazon herido

El mortífero dardo;
Y alza las palmas, y ferviente ruega,
Ya que el mundo cruel solaz le niega.
La súplica filial ¿cuándo no mueve?
Cruza en rápido vuelo
Blanca paloma, que afrentó á la nieve,
Cual si quisiera el Cielo
Manifestar al hijo sin ventura,
Que los votos oyó de su ternura.
Ministro de las aras venerable,
De grave continente (*),
Nevada cabellera, rostro amable,
Tranquila y noble frente,
Llega en pos del alado mensagero,
Y esclama el jóven con feliz agüero:
«Suban de Dios hasta el sagrado trono
»Afectuosos loores,
»Cuando su amor del mísero abandono
»Suaviza los horrores.....
»Segundo padre, á costa de mi vida,
»Tu cabeza defienda encanecida.»
Como las zonas del helado polo,
Que allá en la noche eterna
La ausencia larga convirtió de Apolo
En lóbrega caverna,
Luz y vida reciben, si las dora
Con sus matices boreal aurora;

(*) El Señor Don Juan Lopez Pelegrin, Capellan de Honor de S. M., Juez de la Real Capilla, Comendador de número de la Orden de Carlos III y Teniente Vicario general Castrense. Era tio paterno del escritor Don Santos, conocido en la república literaria con el seudónimo de *Abenamar*. El que esto escribe, aprovecha la presente ocasion, para manifestar su entrañable gratitud al respetable anciano, á quien debió mil muestras de bondad y proteccion, y un amor verdaderamente paternal.

Respira la familia desolada,
Cuando el bondoso anciano
En la cruel herida ensangrentada
Derrama con su mano
El bálsamo divino del consuelo,
Santo rocío, que fecunda el Cielo.
Respetable varon, amparo, escudo
De prole desvalida.
Temple contigo su rencor sañudo
La Parca enternecida,
Y los dias te dé, que con violencia
Cortó de Abenamar á la existencia.

A mi Musa.

Oda 15.

Por templar los ardores
Del inflamado agosto,
Cuando al cenit llegaba
El astro luminoso;
Acogíme á la sombra
De entrelazados pobos,
Que á la margen crecian
De cristalino arroyo.
Mansion grata, risueña,
Consagrada al reposo,
Que paisages amenos
Ofrecíame en torno.
Asilo, templo sacro
Del Númen que yo invoco,
Del Númen que los himnos
Inspira melodiosos.
Osando allí mi diestra
Pulsar las cuerdas de oro,
Con que llenó el de Mantua
A los siglos de asombro;

Quise cantar las glorias
De los héroes famosos,
Que mi cautiva Patria
Libertaron del Moro.
Mas cuando ya el silencio
Con mis acentos rompo,
Al oido me dice
El rubicundo Apolo:
«Deja, pastor de Arcadia,
»El instrumento heróico
»A quien gusten escenas
»De guerra, luto y lloro.
»Al zagal, que estos valles
»Habita deliciosos,
»El dulce caramillo
»Corresponde tan solo.
»Celebra al Guadalope,
»Que apacible y sonoro
»Vivifica esos campos
»Y cañadas y sotos.
»De abril canta las flores,
»Los frutos del otoño,
»Y abrazadas las vides
»De los amantes olmos;
»Las rústicas contiendas,
»O las dichas y enojos,
»Que deben las cabañas
»Al amor caprichoso.»
¿Y querrás, Musa mia,
Elevar mas el tono,
Sin fuerzas, que tu vuelo
Sostengan generoso?
No imites ay! incauta
Al desdichado mozo,
De quien infausto nombre
Tomó el Icario golfo,

A un Santuario.

ODA 16.

Ermita solitaria,
Morada cuyo mágico sosiego
Convida á la plegaria;
Oyó el Señor mi ruego,
Y á su amada Betel dichoso llego.
El monte y selva umbría
Alejan de tu seno misterioso
La ruda gritería
Del mundo bullicioso,
Que turba del espíritu el reposo.
Retraimiento augusto,
Las auras de virtud en paz serena
Aquí respira el justo;
Mientras el malo pena,
Del crimen arrastrando la cadena.
Esas lúgubres calles,
Que el sauce enluta y el ciprés erguido,
La quietud de los valles
Y del buho el gemido,
El ánimo levantan abatido.
Por la vasta llanura
Ya vienen los sencillos labradores,
A rendir con fe pura
Ofrendas y loores
Al Señor, que bendice sus labores.
Mil veces bienhadada
La gente de estos campos moradora,
Que del mundo olvidada,
A Dios ferviente adora,
Y hasta el nombre fatal del vicio ignora.

La divina Clemencia
El tributo recibe, que en el ara
Ofrece su inocencia;
Cual un tiempo aceptára
Las víctimas, que Abel le consagrára.
Dulce, envidiable vida,
La que el mortal oscuro en este suelo
Ve pasar escondida,
Sin afan, sin recelo,
Util á sus hermanos, grata al Cielo.
Mas ya del santüario
Respetuosa el umbral huella mi planta,
Y escucho al solitario,
Que fervoroso canta
Las maravillas de la diestra santa.
Qué trasunto del Cielo!
Tu Nombre suena sin cesar, Dios mio:
Jehova en raudo vuelo
Llena el bosque sombrío,
Y *Jehova* repite el hondo rio.
La Religion, que ostenta
Aqui su amor y magestad sublime,
Con sus gracias alienta
Al pecador, que gime,
Y el signo de perdon tierna le imprime.
Todo piedad respira
En este venerando apartamiento;
Todo, todo me inspira
Feliz recogimiento,
Elevando al Señor mi pensamiento.
¿Porqué, sagrado asilo,
Me separa de ti la cruda suerte?
Dichoso el que tranquilo
En tal retiro acierte
Ignorado morar hasta la muerte.

Al Sr. D. Juan Guillen Buzarán, en la muerte de su Esposa.

Oda 17.

«Ay clama en vano tu dolor profundo:
Su candor, su inocencia, sus virtudes
No eran, no, para el mundo.»

MELENDEZ.

¿Será, mi caro amigo,
Será, que siempre sufras
Del infortunio el peso,
Que el corazon te abruma?
Pon término al gemido,
Y suaviza y enjuga
Ese llanto, que acerbo
Tus mejillas inunda.
Tras la lóbrega noche,
En que su faz la Luna
Encubre ruborosa
Con un velo de brumas;
El Sol resplandeciente
Nuestro hemisferio alumbra,
Y la naturaleza
Recobra su hermosura.
Tú tambien adormirse
Verás tu pena aguda,
Del modo que sosiega
Al mar la blanda lluvia.
Murió tu dulce esposa:
Justa ha sido, muy justa
La afliccion, que tus dias
Aproximó á la tumba.
Ya inanimada yace
En cineraria urna

La beldad, que fue un tiempo
Embeleso del Turia.
De sus verdes abriles
Olvida la frescura,
Y cuantas bellas dotes
Le adornaron caducas.
Y tus ojos eleva
A la morada augusta
Del Arbitro supremo,
Que al infeliz escuda.
Dios benéfico y santo,
Que no desoye nunca
A la virtud, que noble
Con las pasiones lucha.
Padre de los humanos,
Cuya clemencia suma
En júbilo convierte
Las cuitas y amarguras.
Hoy su amor inefable
A la orfandad escucha,
A la orfandad, que implora
En tu favor su ayuda.
Contempla silencioso,
Contempla aquella cuna,
Donde á niña inocente
Los ángeles arrullan.
Encantadora hija!
Flor deliciosa y pura,
Que de tu fiel Teresa
Las gracias perpetúa,
Mira cuál te sonrie,
Mira cuál te saluda;
Y en balbuciente labio
Acentos articula:
«¿Por qué, padre del alma,
»Por qué al cielo importunas,

»Sin que un instante al menos
»Tus ayes interrumpas?
»Ya mi bondosa madre
»De Sion en la altura
»Las glorias del Eterno
»Venturosa modula.
»Desde aquellas mansiones
»¿No adviertes cómo endulza
»Las lágrimas amargas,
»Que tu amor le tributa?
»Recuerda sus virtudes,
»Recuerda la ternura,
»Con que por vez postrera
»Me besó moribunda.
»Bonancibles las horas
»De la existencia tuya
»Resbalen, cual callada
»La fuente en la llanura,
»Hasta que entre arreboles
»El fausto dia luzca,
»Que á mi dichosa madre
»Por siempre te reuna.»

A Silvio.

ODA 18.

¡Pudieras, Musa mia,
Del vate á los deseos desdeñosa
Mostrarte en este dia!
Ven, apacible Diosa,
Y acompaña mis himnos melodiosa.
Prodiga tus favores,
Mi gloria completando y mi contento,
Cuando ya los albores
Despliega el firmamento,
Que rieron de Silvio al nacimiento.

¿Oyes, amigo caro,
Cuán amorosa su cantar me inspira?
A su sombra y amparo
Resonará mi Lira,
Que solo afectos de amistad respira.
Hoy por la vez primera
Viste brillar la llama radiänte
De la eterna lumbrera,
Que cual bello diamante,
La bóveda hermosea rutilante.
Y no bien su luz pura
Doró tu cuna por amor mecida,
Le debí á mi ventura,
Que tu amistad querida
Fuera el grato embeleso de mi vida.
Amistad! sacro nombre:
Don el mas singular, que debe al Cielo
El corazon del hombre:
¿A qué lloro, á qué duelo
El bálsamo rehusas del consuelo?
Feliz por ti mi alma,
Desvanecida agitadora pena,
Duerme en tan dulce calma;
Como la mar serena,
Cuando la arrulla céfiro en la arena.
¡Qué mucho, tierno amigo,
Si en pos de ruda y prolongada ausencia,
Me halaga ya contigo
La grata complacencia,
Que robóme tiránica violencia!
Ay! si arrancarme pudo
Suerte cruel de tus amantes brazos,
Protejió con su escudo
Fiel amistad los lazos,
Que el tiempo destructor no hará pedazos.
Vuelve, natal felice,

Con la risueña paz apetecida;
Y el sol te solemnice
Con sus rayos de vida,
Renovando mil años tu venida.

Mi cumpleaños.

ODA 19.

Tan breves son las horas
De nuestra corta vida,
Que hácia la huesa vuelan
Desde la cuna misma.
Menos veloz noviembre,
Con su aliento marchita
De los amenos prados
La verde lozanía.
Nuestra fugaz aurora
No bien fúlgida brilla,
Cuando su albor naciente
La noche eterna eclipsa.
Ayer cándido niño,
Yo ledo sonreía
De cariñosa madre
A las tiernas caricias:
Mas hoy lloro ya lejos
De aquella edad tranquila,
Que espiró para siempre
Con sus juegos y risas.
Amante desdeñado
Así flébil suspira,
Cuando recuerda triste
Sus ya pasadas dichas.
Cuatro lustros huyeron,
Cual sombra fugitiva,
Cual rápida saeta,

Del arco despedida.
El tiempo me arrebata
Hácia la tumba fria,
Sin que votos ni ruegos
Detenerle consigan.
Mi primavera en vano
Seguridad me inspira,
Pues que tambien fenece
La juventud florida.
Mas ¡ay! amigos mios,
¿Pretendeis, que me aflija,
Por no ser este suelo
Nuestra eternal manida?
¿Ó quereis, que entregado
Al ruido de la orgía,
La crápula y molicie
Solo cante mi Lira?
«Vengan vino y placeres,
»Puesto que todavía
»La sangre por las venas
»Circula enardecida.»
Los hijos de Epicuro
Así beodos gritan,
No empero el que á venturas
Inefables aspira.
Quien á la humana estirpe
Los brutos asimila,
Para la tierra goce,
Para la tierra viva.
Elevada mi mente
Por ideas mas dignas,
Miro al Cielo y saludo
Mi Patria de delicias.
Salve, mansion de gloria,
Salve, mansion divina,
Donde reina el contento

Y paz no interrumpida.
¿Cuándo rotos los lazos,
Que á vil polvo me ligan,
Cantar en ti el hosana
Podrá la lengua mia?
Al ver que mi destierro
A su fin se aproxima,
Mi corazon de gozo
Presuroso palpita.
El mísero proscripto
¿No alegrarse podría,
Cuando feliz se acerca
A su natal orilla?

A las victorias contra Marruecos.

Oda 20.

Benedictus Deus excelsus, quo protegente, hostes in manibus tuis sunt.
Génesis, cap. 14. vers. 20.

Olvida, Patria mia,
Olvida tus discordias y tu llanto,
Con religioso canto
Solemnizando el venturoso dia,
En que la Santa Cruz de tus pendones
Corona de Tetuan los torreones.
Al Señor, que victoria
Hoy te dió contra el África guerrera,
Retumben por la esfera
Himnos de gratitud, himnos de gloria:
Armonía sublime, que resuene
Desde Calpe á las cumbres de Pirene.
Su Omnipotente diestra
Humilló la soberbia y poderío
Del Musulman impío,

Que la cristiana fe, la enseña nuestra
Vilipendiando con feroz arrojo,
Inflama del Altísimo el enojo.
Cayó, cayó el precito,
Cual en sima profunda la pantera;
Y la gran cordillera
Del Atlas profanado con su rito,
Celebra del Error los funerales,
Con la voz de torrentes y raudales.
Al Dios de las batallas,
Cielo y tierra, ensalzad en arpas de oro;
Pues del protervo Moro
Para hundir balüartes y murallas,
Defendió con su bélica armadura
Al pueblo de su amor y su ternura.
Al pueblo, que en las lides
Bizarro esgrime ponderosa lanza,
Poniendo su esperanza,
Cual hijo de Guzmanes y de Cides,
En el poder de Aquel, á cuyo acento
Tremen la mar, la tierra y firmamento.
A la gente española,
Que derribando en la ciudad moruna
Funesta Media-Luna,
El sacrosanto Lábaro tremola:
Signo de amor, do Cristo moribundo
Dió la salud y libertad al mundo.
«¿A dónde está el denuedo
»Del orgulloso ejército cristiano,
»Que los nombres en vano
»Invoca de Pelayo y Recaredo,
»Cuando á las plantas de indomable Moro
»Yace su pabellon con tal desdoro?
»Escuchad los suspiros,
»Que lanzan en su regio monumento
»Con hondo abatimiento

»Alfonsos, y Fernandos y Ramiros,
»Hollados viendo en africana orilla
»Blasones de Aragon y de Castilla.»
  Así con altiveza
La fiera raza de Ismael decia
En su playa bravía,
Armada de selvática aspereza,
Donde la hiena y tigre se guarecen,
O al rugir los leones estremecen.
  El religioso Ibero
Sus ojos clava en la region serena,
A la chusma agarena
Debelar esperando con su acero,
De la bandera en pos, que lauro tanto
Dió en Clavijo, en las Navas y Lepanto.
  «Santiago y cierra España,»
Clama la Religion en son de guerra,
Y Madrid y la sierra,
La ciudad y el palacio y la cabaña,
Todo, todo español, cual por encanto,
Unánime responde al grito santo.
  Grito santo, que inflama
En pátrio amor á generosos pechos,
Recordando los hechos,
Que inspiró Dios y pregonó la fama,
Cuando á castillos, barras y leones
Humillaban su frente las naciones.
  Tambien en este dia
Feliz asombra el español imperio
A uno y otro hemisferio,
Con la fe y el valor y la hidalguía,
Que muestran del Islam los vencedores,
Imitando á sus ínclitos mayores.
  Tambien en este dia
El estandarte nacional ondea
En la marcial pelea,

Ornado con la Imágen de María:
La anunciada en Eden, que con su planta
Del infernal dragon la sien quebranta.
  Loor y bendiciones
Desde el ocaso al reino de la aurora
A la gran Protectora,
Que escoltada de angélicas legiones,
A Hespéria fiel y de respeto muda
Cual tierna Madre con su manto escuda.
  Sacro, divino manto,
Con que humilde y postrada en su Capilla
La Reina de Castilla,
De piedad sumergida en dulce llanto,
Contra el ódio y la furia sarracena
Cubrió la espada, que brilló en Lucena.
  Tambien, vírgenes puras,
Que en mansion dirigiendo solitaria
Entrañable plegaria,
Aplacais al Señor de las alturas,
El esfuerzo acrecísteis del soldado
Con la Cruz del Cordero inmaculado.
  ¡Qué mucho, Pátria mia,
Se rindieran los bárbaros alfanges
A las nobles falanges,
Que son tu fortaleza y tu alegría,
Si de la Libia en el infausto suelo
Bendijo Dios tus armas y tu celo!
  Neptuno ardiendo en ira,
Espantosa, mortífera dolencia,
La invernal inclemencia,
Todo á desalentar, todo conspira
A la intrépida hueste en la campaña,
Que á su fidelidad confió España.
  Sus hijos denodados
Del invierno y la peste á los horrores,
Del mar á los furores,

Y á bosques de gumías erizados,
El poder invocando omnipotente,
Oponen impertérritos la frente.
  El feroz heroismo,
Que en tanta liza y bélica refriega
Fanático despliega
El ejército infiel del Islamismo,
Ante el valor, ante la fe de España,
Cayó estrellado en impotente saña,
  Su roja cabellera
Así oscurece de fulgor sombrío
Cometa, que en el rio
Y lago cristalino reverbera,
Al asomar el Sol resplandeciente
Por las doradas puertas del Oriente.
  Así el Ponto, que atruena
Con su ronco y horrísono bramido,
Sucumbe reprimido
En corva playa de movible arena,
Que de Jehová la poderosa mano
Puso por freno á su furor insano.
  Con el amor mas puro
Al venerar la Cruz los vencedores,
Entre santos loores
Enarbolada en arabesco muro,
Las escuadras alígeras del cielo
Aplaudian de júbilo y consuelo.
  Los ya felices manes
De la mísera hueste lusitana,
Que á la fúria inhumana
Feneció de escuadrones musulmanes,
Con tanto arrojo, como triste gloria
En lucha heróica de fatal memoria;
  Desde el fúlgido asiento,
Donde el Señor benéfico dispensa
Eternal recompensa

A tamaña virtud y sufrimiento;
De luces coronados y arreboles,
Saludan á los tercios españoles.
La sombra de Cisneros,
De Iberia prez, terror de los infieles,
Bendice los laureles,
Que ofrecen prosternados los guerreros
A la enseña del Verbo triunfadora,
Que el gran Prelado con respeto adora.
O símbolo divino,
Arbol de redencion, que victoriosa
La Hesperia religiosa
Ha plantado en el suelo de Agustino,
Tu copa de verdor, siempre fecundo,
Cobije al nuevo y al antiguo mundo.

La lira de Caracas.

Trahit sua quemque voluptas.
VIRGILIO.

ODA 1.ª

El amable Batilo
Cantó cón voz sonora
De su querida Filis
La nevada paloma.
La paloma festiva,
La paloma donosa,
Encanto de la bella,
Y del Poeta gloria.
Iglesias inspirado
Por Musa juguetona,
Del Rastro los laureles
Celebró con sus loas:
Loas que á cien maridos
Levantaron ampollas,

Sin que á los buenos hombres
Se les diese una jota.
Pero yo, que no gusto
De bichos que retozan,
Travesean y saltan,
Hasta aburrir de sobra;
Ni renovar me place
De Medellin memorias;
Aunque aumentar pudiera
Sus páginas honrosas;
Cual asunto mas digno
De mis fáciles trovas,
Cantaré el chocolate,
Que es mi delicia toda.

Oda 2.ª

¿Por qué tardas, Marina,
Cuando con impaciencia
Ese bálsamo espero,
Que las almas alegra?
¿Sabes en qué hora vives?
Pues son las ocho y media,
Si no me engaña Febo,
Reloj de los poetas.
Dos horas en llamarte
Se ha cansado mi lengua,
Y tú, sorda que sorda
A mis voces y quejas.
De hoy mas cuando sus luces
Muestre el Alba primeras,
Preséntame sin falta
Ese precioso nectar.
Pues desde luengos años
Yo sé por esperiencia,
Que antes del chocolate
Nada sale á derechas.

Oda 3.ª

Cuando al pocillo mio
Doy el último sorbo,
Es mi suerte bien digna
De que la envidien todos.
Asoman de repente,
En verdad no sé cómo,
La sonrisa á mis labios,
La alegría á mis ojos.
Despiertan mis sentidos,
Anímase mi rostro,
Y el corazon del pecho
Me salta presuroso.
Mi paz es inefable,
Indecible mi gozo;
Soy, en una palabra,
El mortal mas dichoso.

Oda 4.ª

Abatido y enfermo
Por el fin prematuro
Del bondadoso amigo,
Que mas amé en el mundo,
Sucumbí á la violencia
De tamaño infortunio,
Cayendo en un letargo,
Présago del sepulcro.
La sensible Marina,
Casi muerta de susto,
De Hipócrates acude
Al mas famoso alumno.
Y al ver tantos remedios
Propinarme sin fruto,
De la médica ciencia
Maldijo los recursos.

Al fin, desatentada,
Aplica Soconusco
A mis labios, y vuelvo
Del parasismo al punto.
El doctor se santigua,
Y dice algo confuso,
Que acaba el chocolate
De dar vida á un difunto.

Oda 5.ª

Ya que copiar deseas
El rostro de tu amigo,
Tú que feliz imitas
De Goya los caprichos;
Me parece oportuno
Darte algunos avisos,
A fin de que me saques
Un retrato cumplido.
A mi lado no pongas
Mucho estante con libros,
Honor á literatos
Solamente debido:
Ni en mi diestra la pluma,
Inequívoco indicio
De laborioso ingenio,
Que jamás he tenido;
Ni el prez de los poetas,
Con verde hiedra y mirto,
Cítara laurëada,
Palomas y cupidos;
Ni mi nombre aparezca
Al pie, segun estilo,
Pues que nada me importa
Lo sepan mis vecinos.
Tan solo, noble artista,
Tan solo te suplico,

Que no olvides ninguno
De los blasones mios.
Traslada lo primero
Con bello colorido
Mi gran chocolatera
De luengo molinillo.
Al par un azafate
De jícaras henchido,
Tan grandes como tazas,
Será adorno preciso.
No falten por supuesto
Numerosos ladrillos
De grato chocolate
Aquí y allí esparcidos.
Coronarás la obra,
Pintando muy al vivo
La Lira de Caracas,
En que mi dicha cifro.
En mis labios la risa,
Y el dulce regocijo
En mis ojos, mirando
El grupo embebecidos.

Oda 6.ª

Las reñidas contiendas,
Que suelen suscitarse,
Cuando mas las pasiones
En el Congreso arden;
Son hielo, comparadas
Al terrible combate,
De que casual teatro
Fue mi casa ayer tarde.
La cuestion ciertamente
No era de las mas graves:
¿Mas quién modera al hombre,
Si llega á acalorarse?

Quisieron mis amigos
Probar á todo trance,
Cuál de los vinos era
Mas grato y saludable.
Y no vaya un maligno
Por eso á imaginarse,
Que yo vivo en taberna
De suizos ó alemanes.
Ni menos (Dios me libre)
Que estaban como zaques
Los que con su visita
Se dignaron honrarme.
Desde luego trabóse
La lucha formidable
Con tal fuego y pujanza,
Que pintarla no es fácil.
Dos hijos de Castilla
Sostenian formales,
Que el seco Valdepeñas
Es el mas agradable.
El malagueño mosto
Preferian tenaces
Algunos, que del Betis
Nacieron en la márgen.
Otros les contestaban
Con palabras picantes,
Probando que al Canarias
No hay otro comparable.
Por aquí repetian
Que el Jerez mas les place;
Y al rancio de Peralta
Allí la palma danle.
Al ver que la disputa
Se hacia interminable,
Pidiendo la palabra,
Expuse mi dictámen:

«Tan delicados vinos
»Para mí son iguales,
»Y superior á ellos
»El rico chocolate.»
Dije, y conformes todos
Con mi segunda parte,
Las jícaras Marina
Sirviónos al instante.

Oda 7.ª

Del apacible Tormes
El cantor hechicero
Cada dia entonaba (*)
Mil himnos á Lieo;
Sin que nunca á sus labios
Aplicára sedientos
Una copa tan solo
De licor malagueño.
Pero yo de Batilo
Despreciando el ejemplo,
Con mis dulces cantares
Consecuente ser quiero.
Asi todos los dias,
Dos veces á lo menos,
Apuro mi pocillo,
Que es grande como un templo.

Oda 8.ª

Que las Musas me nieguen
Su celestial influjo,
O que por mal poeta
Me tenga todo el mundo;

(*) Sabido es que Melendez apenas probaba el vino, sin embargo de haberlo celebrado tanto en sus versos.

No son por vida mia
Penas de tanto bulto,
Que arrebatarme puedan
La dicha, que disfruto.
El golpe irresistible,
El golpe, que presumo,
Seria cual saeta
Contra pecho desnudo;
El dolor, qui mis lares
Cubriria de luto,
Pues al mentarlo solo
Quedo frio y sin pulsos;
La terrible desgracia,
El sin par infortunio,
Fuera ver mi alacena
Sin grato Soconusco.

Oda 9.ª

¿Dónde tienes los ojos,
Marina desdichada,
Que no advirtieron antes,
Cómo viene el Caracas?
¿Recordarme quisiste
A tu cuñada Clara,
Que dice claridades,
Mas claritas que el agua?
Que á la comida ó cena
Presentes la vianda,
Fria ó lanzando chispas,
Sosa ó tal vez salada;
Que acaso por descuido.....
En fin, cualquiera falta,
Por grave que ella sea,
Sufriré con cachaza;
Con tal que el chocolate
Sirvas desde mañana,

En su punto debido,
Cual tú sabes me agrada.

Oda 10.

Cabe esa fuente, amigos,
Que sonante murmura,
Cuando desde alta roca
Al valle se derrumba;
Aqui do sombra grata
Ofrece la espesura,
La jícara apuremos
En armonía mútua.
Parece que el Caracas
Mas halagüeño adula
Al paladar en sitios
De verdor y frescura.
La canela suäve
La atmosfera perfuma
Al par de la fragancia
De jazmines y murtas.
Pues venga el chocolate:
Que mis ojos deslumbra
La alegría mirando
Su rebosante espuma.
Y en la mano el pocillo,
Con mas juicio y cordura,
Que los hijos de Baco
En la orgía acostumbran;
Por el natal de Anfriso
Brindaremos á una,
Celebrando leales
Su júbilo y ventura.

Oda 11.

Marina, no me aflijas,
Marina, no me mates

Con la noticia infausta,
Que en mal hora me traes.
¡Con que ya el Soconusco
Acabóse ayer tarde!
Cielos! Llegó sin duda
Mi postrimer instante.
Marcha, Marina, corre,
Vuela por esas calles,
Y mi cítara vende
Al primero que atrapes.
Si, lo que es muy posible,
No sacas ni dos reales,
Para salir airosa
Del apurado lance;
Convida á cuantos veas
Con versos á millares,
El único tesoro,
Que poseen los vates.
En fin, haz imposibles,
Hazlos, jóven amable,
Hasta lograr dichosa
Venir con chocolate.
Mas ay! si malogrados
Ves todos tus afanes,
Antes que á casa vuelvas,
Dispon mis funerales.

Oda 12.

Al quedar agotado
De mi pocillo el fondo,
Mi corazon dirije
Al cielo ardientes votos.
Y no pido, cual suelen
Algunos hombres locos,
Enemigos por cierto
De su dicha y reposo;

El poder del magnate,
Del rico los tesoros,
Las glorias del guerrero,
O el renombre de docto.
La merced que ferviente
De su bondad imploro,
Ambas palmas juntando
Y con llanto en los ojos;
Es que del chocolate
Mas grato y aromoso
Perfumado esté siempre
Mi cómodo escritorio;
Y tambien, que defienda
De maldicientes Zoilos
Mi Lira de Caracas,
Dándole nuevos tonos;
Hasta que el brillo débil
De mis instantes cortos
Se apague de la Parca
Al mortífero soplo.

Oda 13.

¿Por qué no me es posible
Comenzar una trova,
Sencilla y agradable,
Cual castiza Española?
Ni fáciles me ocurren
Las imágenes propias,
Ni un solo pensamiento,
Ni una sílaba sola.
Mi pulmon ya se cansa,
Y está mi lengua ronca
De llamar á la Musa,
Y ella sorda que sorda.
Pero, Señor, qué mucho,
Si el pocillo no asoma,

Para alejar, cual suele,
De mi mente las sombras!
Marina, el chocolate
Sírveme sín demora,
Y la virgen del Pindo
Llegará por la posta.
Venga el maná del cielo,
Y verás cómo brotan
Los versos á raudales
De mi Lira sonora;
Cual de parlera fuente
Las cristalinas ondas,
Que riegan apacibles
Tulipanes y rosas.
¿No vienes todavía?
Despacha, remolona,
Si eclipsar no pretendes
Mis poéticas glorias.

Oda 14.

Al fin uno por uno (*)
Vimos los parapetos
Y endebles torreones
Del bilbaino pueblo.
Del pueblo denodado,
Que por sus altos hechos
Envanece á la Patria,
Y asombra al Universo.
Descansar es muy justo
De tan largo paseo
En el café del Suizo,
Que próximo tenemos.

(*) El autor compuso la mayor parte de estos juguetes poéticos en Bilbao, poco despues del memorable sitio, que sufrió aquella heróica Villa, á fines del año 1836.

El grato Soconusco
Es todo tu recreo,
Y á mí me place tanto,
Que en vano es hablar de ello.
¿Oyes del molinillo
El armónico estruendo,
Mientras que la canela
Aromatiza el viento?
Ea pues, dulce amigo,
¿Por qué nos detenemos?
Apresura tu paso,
Imitando mi ejemplo.
Mira aquellos beodos
Cual piden copas ciento
De líquidos ardientes,
Que abrasan con su fuego.
Apuremos nosotros,
Mas prudentes y cuerdos,
De rico chocolate
Gran pocillo chinesco:
De consuno brindando
Con vítores y versos
De la nueva Numancia
Por los nobles trofeos.

Oda 15.

En vano, mi Marina,
En vano es el que intentes
De nuevo aconsejarme,
Que el chocolate deje.
Primero sorprendida
Verás quemar la nieve,
Y las llamas de Sirio
Sufrirás en diciembre.
De alegría inefable
Es venero perenne,

Delicia de los sanos,
Alivio de dolientes.
Al joven vigoriza,
Al anciano sostiene,
Y hasta del mamoncillo
Es nutridora leche.
Calla, Marina, calla,
¿Todavía pretendes
Que á este don de los cielos
Renuncie para siempre?
Ay! cuantas mas razones
Aglomerarme quieres,
Mas y mas al Caracas
Mi tierna aficion crece.

Oda 16.

Aunque parece cuento,
Es verdadera historia
Un suceso admirable,
Que al Caracas abona.
Quien lo dude, que lea
Respetables memorias,
Que para luz del mundo
Dejaron plumas doctas.
Gemia en triste lecho
La desolada Rosa,
Americana virgen,
De quien Lima blasona.
Mas en debido premio
De su virtud heróica,
Un regalo inefable
Recibió de la Gloria.
Alado paraninfo,
Mas bello que la aurora
Cuando sale de mayo
Dorando las alfombras;

Le sirvió chocolate
De tan subido aroma,
Que á los muertos haria
Levantar de sus hoyas.
El don del cielo apenas
Libó su pura boca,
Sus arraigados males
Huyeron como sombra.
Para alivio y consuelo
De una doliente monja,
¿Los ángeles podian
Traerle mejor cosa?

Oda 17.

Corre, Marina, en busca
De la dulce ambrosía,
Que acalora mi mente,
Que mi pecho electriza.
Venga el licor del cielo,
A quien la frente humillan
Los raudales, que brota
La fuente Cabalina.
El bálsamo inefable,
Que el entusiasmo inspira;
Pues á cantar las glorias
Voy de la Patria mia.
Las glorias inmortales,
Que el tiempo no marchita,
Y ven otras naciones
Con asombro y envidia.
Las Navas, Zaragoza,
y Bailén y Pavía,
Y el Cid, Cortés, Gonzalo,
Y el hijo de Fabila.....
¡Cuántos nombres heróicos,
Y lides y conquistas,

Inflaman de consuno
Mi ardiente fantasía!
¿Qué esperas? Al momento
Dame una taza henchida
Del mejor chocolate,
Que la América envía;
Y atónita y pasmada
Verás luego, Marina,
Las apacibles cuerdas
De mi modesta Lira;
Elevarse grandiosas
A la noble armonía,
Patética, sublime,
Del heroismo digna.

Oda 18.

Basta de repetirme,
Defensores del vino,
Que las copas endulzan
Del alma los martirios:
Que es el jugo de parras
Del amor fiel amigo,
Fomento de las risas,
Iman del regocijo:
Que en el abril consuela,
Y refresca en estío,
Y templa en el otoño,
Y en invierno da abrigo:
Que á los vates inspira
Entusiasmo divino,
A sublimes regiones
Para alzarse atrevidos.
Os fatigais en vano:
¿No veis vosotros mismos,
Que debo al chocolate
Iguales beneficios?

Oda 19.

Pues ha rato contemplas
Embebida los cuadros,
Que recuerdan las lides
Del suelo americano;
¿Sabes, jóven Marina,
Por qué fué derrotado
De Méjico el monarca
Por el invicto Hernando?
Tan curiosa noticia
Escucha con cuidado,
Y advierte, que muy pocos
Saben como yo el caso.
Lo cuentan largamente
Antiguos comentarios,
Que pardiez no leyeron
Todos los literatos.
Antes del gran combate,
Al estarse mirando
A tiro de ballesta
Los ejércitos bravos;
Quiso el buen Motezuma
Mostrar á sus soldados
De su espléndida mesa
El brillo y aparato.
Sentóse pues en medio
Del campamento vasto
A comer, cual pudiera
En su regio palacio.
El español caudillo,
Mejor aconsejado,
Tomó de pie una taza
De Soconusco grato;
Estendiendo en seguida
De la batalla el plano,

Con la calma serena,
Propia del hombre parco.
En tanto retumbaban
En el real contrario
La algazara, la risa
Y el ruido de los vasos.
Así, cuando las huestes
Vinieron á las manos,
De licor y manjares
Motezuma embotado,
Los infelices indios
Debelados quedaron;
Que al faltar la cabeza,
Desfallecen los brazos.
¡Y podrá el chocolate
Encontrar adversarios,
Cuando la madre España
Le debe el mayor lauro!

Oda 20.

Cuantas mas y mas veces
Suena mi blanda Lira,
Mi pasion al Caracas
Tanto es mas decidida.
Y cuantos mas pocillos
Apuro cada dia,
Su sabor inefable
Con mas versos me brinda.
Lejos pues los negocios
Y estudiosas fatigas,
Que al propósito mio
Oponerse podrian.
Desde hoy el afan solo
Ha de ser de mi vida ,
El tomar chocolate,
Y cantar sus delicias.

Oda 21.

Constándote, Marina,
Por tan larga esperiencia,
Lo mucho que me place
De Caracas el nectar;
¿A servirme te atreves
Jícara tan pequeña,
Que á juguete de niñas
En lo chica asemeja?
¿Soy yo algun mamoncillo,
Que por la vez primera
Con ojos medio abiertos
Ayer vió la luz bella?
Sin haber por mi parte
Precedido advertencia,
Precaver tal descuido
Tu buen juicio debiera.
De una vez para siempre,
Es preciso, que sepas,
A cuál de mis pocillos
Yo doy la preferencia.
¿No has visto aquel de China,
Que adorna mi alacena,
Por su primor llamado,
De esta casa la perla?
Pues él es justamente
Donde mas me recrea
La delicia, que á España
De América viniera.
Pocillo, que me ofrece
Memorias dulces, tiernas,
Cual regalo postrero
De mi difunta abuela.
Pocillo, sobre todo,
Que tan solo se llena

Del mejor chocolate
Con dos onzas y media.

Oda 22.

Cuando Venus yacia
Entre angustias mortales,
Despues que vió de Adonis
El lastimoso trance;
Del espléndido Olimpo
En la cumbre radiante
Llamó Jove á congreso
A todas las deidades.
De los medios trataron
Mas prontos y eficaces,
Para el completo alivio
De la infeliz amante.
Mas al fin de Esculapio
Prevaleció el dictamen,
Que á la paciente Diosa
Propinó chocolate.
Aliviada Ciprina,
Con gratitud amable
Al médico dichoso
Dió un beso tan süave;
Que aun hoy dia lo envidian
Los Dioses inmortales,
Segun me dijo Apolo
En sueños esta tarde.

Oda 23.

Dulce es el tierno fruto,
Que en la estacion florida
Ofrecen los almendros
De temprana campiña.
Dulce en el seco estío
La manzana esquisita,

Que la esfera embalsama,
Y al paladar convida.
Dulce cuando su peso
Igual nos muestra Libra,
Sazonado racimo,
Al pie de hermosa viña.
Y dulce si redobla
El diciembre sus iras,
Vino añejo y castañas
En amigable trisca.
Mas ¡ay! un gran pocillo
Del nectar ó ambrosía,
Produccion de Caracas,
Y del orbe delicia,
Es mejor y mas grato;
No lo dudes, Marina,
Por ser en todo tiempo
El que nos da la vida.

Oda 24.

Queriendo esta mañana
Con festivo alborozo
Del grato Soconusco
Modular los encómios,
Advertí sorprendido
Presentarse á mis ojos
La Musa de Caracas
Con encendido rostro.
La Lira de mis manos
Arrancó, y hecha trozos,
Los arrojó en el suelo,
Diciendo con enojo:
«Tal castigo merece
»El ignorante mozo,
»Que nunca al chocolate
»Hará el debido elogio.»

Dice; y cruel me deja
Tan turbado y absorto,
Cual beata, que en sueños
Creyó ver al demonio.
Mas apurando al punto
Un pocillo tras otro,
Calmó la angustia mia,
Se disipó mi asombro.
Y pues ya no me es dado
Consagrarte mis ocios,
Bálsamo de la vida,
Chocolate precioso,
Contigo á saborearme
Dedicaréme solo,
Mientras mejores Cisnes
Te celebran sonoros.

En el cumpleaños de S. M. la Reina Madre.

PLEGARIA.

Valladolid: abril de 1854.

El Sol, astro fecundo,
Doraba del Pisuerga las orillas;
Y despertando el adormido mundo
De su sueño profundo,
Cantó de Jehová las maravillas.
Oia el firmamento
Embebecido su inefable Nombre;
Que á repetirlo en humildoso acento,
Por la region del viento
El coro alado convidaba al hombre.
De júbilo señales
Con la risa de abril daba la tierra,
Al recibir en plácidos raudales
De líquidos cristales
Las nieves desatadas de la sierra.

Vigor y nueva vida
El monte recobraba y la llanura;
La estacion bella al asomar florida
Por el soplo impelida
De Aquel, que reina en la sublime altura.
Al fin amanecia
Entre nubes bordadas de oro y rosa
El deseado y luminoso dia,
Que en himnos de alegría
Solemniza mi Patria generosa.
La siempre noble España,
Que fiel á sus costumbres y sus leyes;
Desde el palacio egregio á la cabaña,
Con fiestas acompaña
El natal de sus príncipes y reyes.
Cristina bondadosa
La luz contempló en él por vez primera
Del Sevéto en la margen deliciosa;
La margen que llorosa,
Hoy envidia del Tajo á la ribera.
El pueblo, noble cuna
Del Segundo Felipe, que en Lepanto
Eclipsó de la altiva media-luna
Las glorias una á una,
De la bárbara Tracia con espanto;
A la augusta Señora
Saludaba entre músicas marciales,
Armonía süave, inspiradora,
Que la turba canora
Imitaba por selvas y jarales.
El nombre de Cristina
Sonaba cual emblema de ventura,
Y al bosque ameno, al valle y la colina,
Que al Pisuerga domina,
Lo llevaba feliz el aura pura.
En tanto que sonoro

Alegra la ciudad, los campos llena;
Como de Génios apacible coro,
Al pulsar arpa de oro,
Que de gozo al espíritu enagena;
A un vate solitario,
Sorprendia la aurora matutina,
Orando en el antiguo santüario,
Donde envuelta en sudario
Duerme Doña María de Molina.
Con llanto de sus ojos
Bañaba el trovador la tumba fria,
Que conserva los ínclitos despojos;
Y ante la Cruz de hinojos,
En afectuosa voz así decia:

Inclina aurem tuam mihi, et exaudi verba mea. Mirifica misericordias tuas, qui salvos facis sperantes in te.
SALMO 16.

Eterno Jehová, que desde el cielo
Protejeis á la ibera monarquía,
Y sois del Español padre y consuelo,
Velando por sus Reyes noche y dia;
No desdeñeis mi súplica ferviente,
Dios de bondad, Señor omnipotente.
El maná celestial, aquel rocío,
Que nutre á la virtud, que da la calma,
La gracia, santo don, que á Vos, Dios mio,
Del mísero mortal sublima el alma,
Sin cesar conceded á la Señora,
Que tu nombre y poder humilde adora.
Tu paternal benéfica ternura
Solícita defienda su existencia,
Sin permitir la aflijan la amargura,
El acerbo dolor, ni la dolencia,
Dispensándole amparo sin medida,
Hasta el postrer aliento de la vida.

El angel tutelar, el angel santo,
Custodio de salud desde su aurora,
Con sus alas cubriendo y con su manto
El lecho de Cristina aquella hora;
A sus ojos cerrados para el suelo
El camino feliz muestre del cielo.
Antes empero, ó Dios, preserva, escuda
Por luengos años los preciosos dias,
Que del huérfano son y la viüda
Alivio en infortunios y agonías:
Dadle á despecho de la muerte avara
La venerable ancianidad de Sara.
La tierna Madre de Isabel Segunda
Vea el cetro filial abriles ciento
En justicia regir, en paz profunda,
No interrumpida por fatal acento
Del funesto clarin, que en son de guerra,
Ya resonó para turbar la tierra.
Del suelo hispano, de tu amado suelo
Alejad, ó Señor, tantos horrores:
Asaz desolacion y muerte y duelo
Deploraron sus tristes moradores:
La sangre todavía aquí rojea,
La sangre derramada en la pelea.
Bendiga, Dios de amor, tu santa mano
A la nacion católica Española,
Que desde el tiempo del impío arriano
Venera de tu Verbo la aureóla:
Y en los brazos tranquila del sosiego,
Verá extinguirse de discordia el fuego.
Bendecidla, Señor, y todavía
Podrá ostentar bajo tu fuerte escudo
Alto renombre, que escuchó algun dia
El orbe entero de sorpresa mudo:
Nobilísima gloria, sobrehumana,
Hija de su piedad y fe cristiana.

Por años mil de tu poder la muestra
Vea la Madre de la Reina mia,
Y al derramar con bienhechora diestra
Tus gracias en la ibera Monarquía;
Prospere, ó Dios, con tus sagrados dones
La progenie Real de los Borbones.
Viva el vástago augusto de inocencia,
Delicias de mi Patria y esperanza,
Bajo tu santo abrigo y providencia,
Como símbolo bello de bonanza;
Y reine, y á sus hijos en la historia
Recuerdos legue de virtud y gloria.
Al religioso bardo,
No bien enmudeció,
Alienta y regocija
La mas grata vision.
Venerable matrona,
Radiante de esplendor,
Como las almas justas,
Que moran en Sion;
Alzase de la tumba,
Monumento de honor,
Que tan altas virtudes
Recuerda al Español.
Era la Madre ilustre
Del noble vencedor (*),
Que en el riscoso Calpe
Al árabe humilló.
En acento solemne,
Que inspira devocion,
Y levantando al cielo
Sus palmas con fervor,
El silencio interrumpe
De la muda mansion,

(*) Fernando IV el Emplazado.

Y así dicen sus labios
Con suplicante voz:
«Escuchad la plegaria,
»Escuchadla, mi Dios,
»Que de reyes y pueblos
»Sois el Padre y Señor.»
Calla, y aquella frente,
Mas fúlgida que el sol,
Las bóvedas ocultan
Del regio panteon.

A la condecoracion de las banderas del Regimiento de Ingenieros con las corbatas de San Fernando.

Laurel honroso,
¡Que orna del vencedor los estandartes
DUQUE DE FRIAS.

O Numen de la gloria, tus coronas,
Eterno prez, con que la noble frente
Del artista, del sabio, del valiente,
Afable galardonas,
Son al humano corazon mas gratas,
Que la esperanza al ánimo doliente.
Menos á mústias flores
Consuela blanda lluvia
Del abrasado agosto en los ardores:
Mas halagüeños son tus verdes lauros,
Que el dintel saludar de pátrios lares
Al que gimió en las líbicas arenas,
Lanzado por la saña de los mares
Á la obscura mazmorra y las cadenas.
Ávido, como griego, de un renombre,
Que á los siglos atónitos asombre,
Consigue el grande Apeles
De la gentil Ciprina

Realzar con sus mágicos pinceles
Las gracias, la belleza peregrina.
Cual boreal aurora, que fulgura,
Celeste inspiracion baña su mente;
Y el divino pintor de la hermosura
Venturoso presiente,
Que sus cuadros sublimes, inmortales,
Al tiempo y al olvido superiores,
Serán por sus primores
De la envidiosa eternidad rivales.
Á vista de las ondas irritadas,
Circundado de bárbaras legiones,
Osa Cortés quemar sus galeones,
De América en las playas apartadas.
Los indios con su encono y su bravura,
De infieles compañeros la falsía,
Todo contra su esfuerzo se conjura,
Todo todo su empresa contraría.
Mas la voz escuchando de la fama,
Que ha de llevar sus ínclitas proezas
Desde el ocaso al reino de la aurora,
Su amor pátrio se inflama,
Hasta ondear con su constancia suma
La enseña de Castilla vencedora
En la imperial mansion de Motezuma.
¿Veis del dolor en el amargo lecho
Al mísero Cervantes, cuya cuna
Las Musas arrullaron á despecho
De su adversa fortuna?
Aquel hidalgo pecho
No creais rasgue con puñal agudo
Despiadado pesar. Mirad sus ojos
Radiantes de alegría,
Al dejar á la tierra sus despojos;
Previendo, que algun dia
Aclamarán ya justas las naciones

Su ingenio sin igual, su nombradía.
¡Tanto complace á generosas almas
De la gloria alcanzar las nobles palmas!
Decidlo, ó estusiastas Ingenieros,
Vosotros, que ya veis por el oriente
Los resplandores asomar primeros
De la antorcha fulgente,
Que acrecentó su brillo y su hermosura,
Al sonreir al castellano imperio,
Para solemnizar vuestra ventura,
Para patentizar á un hermisferio
La digna recompensa,
Que á tanta lealtad y á tanta hazaña
Benévola dispensa
Isabel de Borbon, Reina de España.
Ese de adoracion signo sagrado,
Que entre verdes laureles
Hoy en vuestro pendon luce esmaltado,
Como la rosa honor de los vergeles,
Recuerda el alto nombre y los trofeos
Del santo vencedor de los infieles.
Del heróico Fernando,
Cuya fulmínea espada
A innumerables huestes arrollando,
Arrojó á la morisma debelada
De Córdoba y Jaen, Murcia y Sevilla,
Hasta los torreones de Granada,
Sobre las ruinas ínclitas de Augusta,
Que el universo nombra
«Emula de Sagunto y de Numancia,»
Alzarse veo la sublime sombra
Del bravo Sanjenís, terror de Francia.
Mientras del Pirineo en la alta cumbre,
Imitando su ejemplo
Aparecen los manes ya aplacados
De Zorraquin insigne, cuya fama

De la inmortalidad brilla en el templo.
Dichosos campeones,
Que al contemplar su laureäda enseña
Con los nuevos blasones,
Saludan á Isabel con faz risueña.
Cuando al combate roncos escitaron
El rudo parche y el clarin de guerra,
¿En qué llano, en qué sierra
Los fieles Ingenieros no lucharon?
Ved tremolar sus flámulas invictas
De la antigua Gerunda en las murallas,
Oprobio de las huestes imperiales,
Triunfadoras en cien y cien batallas;
De Bailen en los campos inmortales,
En Alcañiz, La-Albuera,
San Payo, Badajoz y Talavera:
Do quier en fin, en que su justa saña
Mostró rugiendo tu leon, ó España,
Y erizando su indómita melena;
Las vieron ondear tus enemigos,
Raza valiente, que engendrára el Sena,
De su alta gloria con dolor testigos.
Ni fue de su renombre el campo solo
De la ibera nacion el vasto suelo;
Que las zonas tambien del yerto polo,
Siempre cubiertas de marmóreo hielo,
Cuando sañudo en su funesto carro
Muerte y asolacion pregonó Marte,
El Ingeniero desplegó bizarro
Su espléndido estandarte,
Despues que ante su audacia sobrehumana
Y militar pericia sin segunda,
Que dirigió el intrépido Romana,
Los muros vacilaron de Stralsunda.
Mas luego que las víctimas de mayo
Su gemido exhalaron lastimero,

Como al rimbombe atronador del rayo
Sorpréndese el viajero;
Atónitos del Cid los dignos hijos
Allá del septentrion en las regiones
Oyeron de la España encadenada
La suplicante voz del infortunio,
Entre sollozos de dolor ahogada.
O espectáculo bello y admirable!
Langeland asombrada
Los contempló del Báltico en la orilla
Humillados de hinojos
Ante el pendon morado de Castilla,
Empapados en lágrimas los ojos;
Cuando al Dios de sus padres prometieron,
A pesar del rigor del hado infausto,
Tornar al seno de la madre patria,
Sus vidas á ofrecer en holocausto.
Juramento sagrado, que bien pronto
Arrostrando las olas
De enfurecido Ponto,
Cumplieron en las playas españolas;
Derramando á torrentes
Los patricios valientes
Su sangre generosa
En los aciagos montes de Espinosa.
Al agitar despues al pueblo ibero
La furia de las luchas intestinas,
¿No admiró el Trocadero
Serenos, impertérritos lidiando
A uno y otro Ingeniero,
Las colosales fuerzas despreciando
Del invasor ejército estrangero?
Bendicion y loores
A Hierro y á Parreño malogrados,
De Eurialo y de Niso imitadores.
A Hierro y á Parreño denodados,

Mancebos dignos de mejor ventura,
Que en merecido premio
De su amistad y juvenil bravura,
Cual tierna madre recibió en su gremio
Abrazados y en flor la sepultura.
Oh! si el Númen sublime,
Que á los bardos inspira,
Al describir horrores de la guerra,
Diera á mi ruego su robusta lira,
Admiracion del cielo y de la tierra;
Solo entonces mi acento,
Tronando cual retumba por la sierra
El sordo silbo de huracan violento,
Solo entonces podria en digno tono
Cantar las lides, los asaltos fieros,
Que dieron, Isabel, los Ingenieros,
Por defender tu combatido trono.
Bañadas por la luz del claro dia,
Esas banderas desplegad al viento,
Esas banderas, que el honroso polvo
Conservan todavía
Del noble campo de la lid sangriento.
En letreros terribles
Con hierro y fuego escritos
Mirad, mirad visibles
Los memorables nombres de Luchana,
Mendigorría, Montalban, Ramales,
Castellote y Morella;
Y entre tantos recuerdos inmortales,
Ved cuán graciosa y fúlgida descuella
De una Reina de amor la cifra bella.
Traed á manos llenas
Las flores del desierto solitarias,
Emblema del dolor y de las penas;
Para adornar las urnas cinerarias,
Glorioso monumento,

Donde yacen Rodriguez y Nevares,
Clavijo y otros ciento.
No apague, no, su esclarecida fama
En vuestros corazones
De sensibilidad la ardiente llama;
Y una lágrima pura
Sobre sus funerarias inscripciones
Derramad, Ingenieros, de ternura.
Quiera benigno el Cielo
Oir los votos de la Patria mia,
Que en pos de tanta sangre y tanto duelo,
Solo ferviente ansía
El bálsamo divino del consuelo.
De oro y azul y purpurina rosa
Sus alas tienda leves
El ángel bello de la paz hermosa;
Y cobijando á la infeliz España,
Como tierno cobija
Amante padre á desolada hija,
Enmudezca por fin la adusta saña
De la discordia atroz. Abra el averno
Su mas horrible espantadora sima,
Do encadenado gima
El cruel mónstruo en alarido eterno.
El solio entonces de Isabel augusta
Se ostentará de gloria radiänte,
Como brilla en mitad de su carrera
El astro rutilante,
Digno fanal de la celeste esfera.
Entonces tornará la Patria mia,
Gozando del sosiego mas profundo,
A recobrar ufana su valía;
Aquel su poderío sin segundo,
Que mostró un dia de ventura tanta,
Cuando á su escelsa planta
Se prosternaba silencioso el mundo.

A Francisco Montes.

Zaragoza: octubre 1832.

Bellas del Ebro, disponed amables
Con vuestras manos de azucena y rosa
Verde guirnalda de silvestre olivo,
Para ceñir la frente, que gloriosa
Entre los lidiadores sobresale,
Cual entre cerros el Moncayo altivo.
Honor debido al celebrado Montes,
A quien mas envanece y alboroza
Ver su nombre con júbilo aplaudido
Por la voz de la invicta Zaragoza,
Que su primer triünfo conseguido,
Allá cuando la aurora
Amaneció risueña,
De sus eternos lauros precursora.
En vasto anfiteatro, que vecina
Ofreciendo á los ojos del viajero
Tanta noble rüina,
Recuerda lastimero
Memorias de Platea y Salamina;
Festivo se congrega
El pueblo aragonés. De la hermosura
Toda la flor allí muestra su brillo,
Como radiante sol, cuando desplega
En mañana de abril su lumbre pura.
Qué riqueza de trajes!.... Mas ya llega
Con noble señorío
El atleta valiente,
Entre cordiales vivas y saludos
Del inmenso gentío,
Que aguardaba impaciente,

El sexo bello su presencia admira:
Todas á un tiempo en él fijan los ojos,
Amor dispara sin piedad su vira,
Y vencedor consigue mil despojos.
  El agudo clarin súbito suena,
Y la fiera acosada
Se lanza cual relámpago á la arena.
Sus ojos encendidos,
Que centellean cual candente hierro;
Sus horribles mugidos
Y traidores amagos,
De muerte precursores y de estragos,
En el temido y anhelado instante
Retratan la ansiedad y la zozobra
De todo espectador en el semblante.
Solo el jóven impávido, tranquilo,
Del bravo toro plántase delante,
Como si el bruto fuera
Mansa corcilla errante,
Que vaga por pacífica ribera.
  Cual enorme peñasco,
Que entre rios de lava y sordos truenos
El Vesubio furioso
Arroja de sus senos,
Cuando al rugir sus cóncavas entrañas,
Hierven en remolino fervoroso
Mil y mil combustibles,
Conmoviendo las próximas montañas:
Horrísono fragor, en que las puertas
Parténope contempla con espanto
De la terrible eternidad abiertas:
  Tal embiste iracundo
El jarameño toro
Al gladiador ibero sin segundo.
¡Con qué noble decoro,
Con qué serenidad, tan solamente

El pie moviendo, cauteloso evita
El peligro inminente!
El bruto queda á su pesar burlado:
Mas viendo la osadía
Con que el audaz mancebo
Sus rabiosos furores desafía,
Acomete de nuevo,
Para humillar su intrépida firmeza;
Lo engaña empero el vencedor circense,
Tal valor ostentando y tal destreza;
Que le obliga por fin mal de su grado,
A tenderse en el suelo fatigado.
  Al ver bañado el Coso
De rojo humor copioso,
Que sus abiertas venas van vertiendo;
Desesperado brama
Ciego de rabia y en rencor ardiendo
El animal bravío de Jarama.
Agitando la cola retrocede,
Ensartar espesando á su contrario,
Del ímpetu á merced extraordinario.
No de otra suerte el cazador sujeta
Hácia sí la saeta,
Con mas rápido vuelo
Y formidable golpe,
Para dar en el blanco de su anhelo.
  El hazañoso Montes, que lo advierte,
Sereno empuña la fulmínea espada,
En su diestra de hierro asemejada
A la fatal guadaña de la muerte.
Levanta el brazo en ademan terrible,
Al tiempo que la fiera se abalanza,
Y en su cerviz hundiendo el crudo acero,
A los pies del torero
El bruto montaraz la vida lanza.
  Altilocuente Genio,

Padre del entusiasmo y los loores,
Tú que inspiraste á Píndaro el divino,
Al celebrar los claros vencedores
De la olímpica lid; á ti el destino
Solamente benéfico dispensa
Espresar la ruidosa gritería,
Los vivas repetidos
Y tantos arrebatos de alegría,
Con que el pueblo inmortal Zaragozano
Hoy aclama sincero
Al andaluz ufano,
«Príncipe y adalid del circo ibero.»
¿Pero qué mucho, si Jerez, Valencia,
Y Málaga y Sevilla,
Y la regia Madrid á competencia,
Con la fecunda rama,
Que tierna Palas ama,
Decoraron su sien? Insigne Montes,
Prosigue con tan digno lucimiento
En ese arte difícil; y la Fama
Publique sin cesar desde este dia
Con sonoro clarin tanta victoria,
Ya que la Musa mia
No te puede ofrecer himnos de gloria.

La noche de Luchana.

Tuve aunque humilde parte en la victoria
CERVANTES.

Ya puedes, noble Iberia,
Tus ojos levantar al alto Cielo,
Tras los dias de llanto y de miseria,
En que abatida y triste
Clavados ay! en el humilde suelo,
Cual estátua insensible los tuviste,

Por no mirar el cerco bilbaino,
Iman de tu esperanza y tu recelo.
Pueblo rival del pueblo numantino
Hoy ufano tremola
Sus ínclitos pendones,
Ornados de laureles, con que en triunfo
La libertad contemplan española
Atónitos los pueblos y naciones.
Del sombrío diciembre compañeros,
Reluchaban los vientos bramadores,
Cuando la negra noche comparece,
Y con su torva lobreguez aumenta
Del pavorido mundo los horrores.
Retumba el trueno, ruje la tormenta,
Arrecia el huracan, su furia crece;
El gigante nogal con sordo estruendo
Desde la sierra altísima cayendo,
Como liviana arista desparece.
La nieve en agitados remolinos
De asolador granizo al par desciende,
Y el rayo destructor brilla y enciende
Poblado bosque de frondosos pinos.
El cantábrico golfo desbordado
Por la playa estendiendo su braveza,
En hórrido rimbombe prolongado,
Los quejidos imita de tristeza,
Que exhalará al morir naturaleza.
Así el Númen del mal enfurecido
Quiere negar socorros y consuelo
Al bilbaino libre, que oprimido
El fin ansía de tamaño duelo.
En vano empero doblegar intenta
Brazos de hierro, pechos de diamante (*)
Que el valor mueve, que la Patria alienta.

(*) Verso de Arriaza.

Jamás débil sucumbe el varon fuerte
Ni de la espada al pavoroso amago,
Ni de la llama eléctrica al estrago,
Ni á la erguida guadaña de la muerte.
Despedazado el orbe aunque se hundiera,
Impávido el valiente
Su inalterable frente
Al golpe de las ruinas opusiera.
Tal se mostró Espartero
Del Nervion asombrado en las orillas,
Cuando á la noble *Reina de las Villas*
Libertó audaz de su enemigo fiero.
«Hijos de la victoria,
»Volemos á salvar la Madre Patria
»En alas del amor y de la gloria.
»Contemplad, si el dolor os lo permite,
»Ese pueblo infeliz. Allí respiran
»Vuestros dulces hermanos
»El mortífero ambiente del sepulcro,
»Víctimas de los bárbaros tiranos.
»A las armas, amigos, á las armas:
»Seguid, seguid la huella de Espartero,
»Que el camino del triunfo ó de la muerte
»A sus falanges abrirá el primero.»
En tales voces, que entusiasmo inspiran,
El Caudillo exclamando generoso,
A la lid cual relámpago se lanza;
Y el ejercito avanza
Del bronce al estampido fragoroso.
Las cajas, los clarines
Rompen do quier, sin treguas, ni reposo.
Del Archanda la mágica ladera,
Las cumbres, la llanada,
Los campos, las vertientes, la ribera,
Todo es furor y lucha encarnizada.
A los golpes mortíferos, impíos,

Que sin cesar fulminan los aceros,
La sangre ay! española brota á rios,
Y sucumben á un tiempo cien guerreros.
  Augusta Niña, vástago dichoso
Del venerando Rey, que adora España,
Oh! quién me diera en perdurable canto
Celebrar tanta hazaña,
Tantos esfuerzos y heroismo tanto,
Que en aquel rudo trance ennoblecieron
A mil de tus leales! Con su manto
De tinieblas y horror la noche umbría
El sobrehumano prez, que merecieron,
Envidiosa encubria.
Mas los Genios alígeros, que entonces
Dispensaron el lauro de victoria,
Lo grabarán en duraderos bronces,
Lo escribirán en la inmortal historia.
  O memorable puente de Luchana,
Padron de alto renombre sin segundo,
Que para orgullo de la Hesperia ufana
Mudo de admiracion contempla el mundo!
Al tutelar abrigo,
Que tu invencible obstáculo ofrecia,
El osado enemigo
Altivo presumia
Contrastar con indómito denuedo
El asalto impetuoso de los libres,
Infundiendo en sus filas torpe miedo.
Viendo empero que avanzan
A veloz paso con serena frente;
El defensor del puente
Con vacilante mano
La mina inflama, y la robusta mole
Por los aires voló: recurso vano.
Cien paladines de Isabel se arrojan
Al Nervion turbulento en frágil pino,

Menospreciando su furor sañudo.
El fuego, el hierro agudo,
La Parca inexorable los espera,
Y oponiendo sus pechos por escudo,
Cantando atracan en la hostil ribera.
El hijo de Cantabria,
Sintiendo su valor amortiguado
Por el frio glacial del desaliento,
Es vigorosamente debelado
Al terrífico acento
De *libertad ó muerte*, con que lidia
El nacional soldado,
Semejante á leon de la Numidia.
El Asta de banderas,
Singular balüarte,
Defendido con riscos y troneras
Por la naturaleza y por el arte;
Cual dique aparecia,
Donde, como la mar en leve arena
Sus iracundos ímpetus enfrena,
Estrellarse debia
Del hombre temerario la osadía.
Mas ¿quién, decidme, contener pudiera
A valientes, que inflama ardor de gloria,
Despues que su guirnalda lisonjera
Les mostró sonriyendo la victoria?
Asaltan con intrépida bravura,
Y tras reñida y pertinaz pelea,
Del formidable fuerte allá en la altura
El estandarte de Padilla ondea.
¿Qué resta, nobilísimos guerreros,
A vuestro anhelo ya? Tended la vista:
¿No los veis? Como tímidos corderos
Huyen si el rayo con fragor se inflama;
Así el bando carlista
Disperso y humillado se derrama

Por bosques y breñales. Ved cuál vuelven
Los ojos con dolor de cuando en cuando
Hácia los torreones bilbaínos,
Que su dulce esperanza ya no escitan;
Y vuestras armas próximas mirando,
La fuga entre suspiros precipitan.
Hijos del Genio, bardos inmortales,
De Leon y de Herrera sucesores,
En nobles cantos dignos de la gloria
Pregonad los loores,
Celebrando atrevidos la victoria
De las bravas falanges, que en Luchana
Consiguieron felices
Con su ardor y constancia sobrehumana
La Patria libertar.... Oh! luzca el dia
En que el puro y ardiente patriotismo
Erija entusiasmado
Grandioso monumento al heroismo.
Prez eterno al cincel privilegiado,
Que en brillantes relieves duraderos
Conserve tanto nombre esclarecido
Con áureas palmas y laurel ceñido,
Para asombro de siglos venideros.

A Numancia.

Libres s'ils sont vainqueurs, et libres, s'ils perissent.
DELAVIGNE.

Lejos, lejos de mí la triste Lira,
Que el plañidero son de los dolores
Flébil solo suspira,
De la luna á los tibios resplandores.
En los dias de horror, que sus furores
La Discordia en mi Patria desplegaba,

Ardiendo en ira y en rencor insano;
Cual corre á veces la funesta lava
Hombres, lares y mieses destruyendo
Allá en Sicilia por el verde llano:
Entonces ay! las enlutadas cuerdas
Asaz temblando recorrió mi mano.
  Merced á tu magnánima constancia,
Noble pueblo español nunca domado,
Ya en suave resonancia
Los adormidos vientos
Al trovador es dado
Despertar con armónicos acentos,
Y *Patria y libertad* alborozado
Clamar al mundo en voz altisonante,
Sin temer que sus mágicos loores
Del calabozo atajen los horrores,
Ni la mordaza ó el dogal le espante.
  Merced á tu magnánima constancia,
Feliz puedo este dia
Preconizar el nombre de Numancia:
Ese nombre sublime,
Que grato al resonar, la tiranía
Pálida tiembla y sin aliento gime.
¿A qué opresor violento
La numantina historia,
Presente sin cesar á su memoria
No fué un aspid sangriento?
¿No sirvió de escarmiento
Al déspota del Sena,
Cuando á la Patria de Padilla y Bravo
Amarrar intentó con la cadena,
Que humilde arrastra envilecido esclavo?
  Ved el coloso, que á su atroz coyunda
Al Occidente domeñar consigue,
Despues que en sangre y destruccion lo inunda.
Vuelve sus ojos á la noble cuna

De Megara, Retógenes y Aluro (*);
Y en su embriaguez de gloria
Considerando el triunfo ya seguro,
Huella el suelo español; cuando su oido
Viene á herir de repente
El nombre de Numancia esclarecido.
Al escucharlo, es fama,
Que el árbitro de cien y cien naciones
Esclamó á su pesar estremecido:
«Los hijos de los fieros campeones,
»Que espanto fueron del romano imperio,
»Audaces ¡ay! rasgando mis pendones,
»La Europa librarán del cautiverio.»
Así el incauto cazador, que pisa
Confin de monte umbroso,
Donde halagado de la blanda brisa
Yace el rey de las selvas adormido,
Gozando las delicias del reposo;
Si de su pie al rüido,
El animal temible se desvela,
Al agudo y terrífico rugido,
Que por los ecos repetido vuela
De caverna en caverna retumbando,
La sangre al triste en su estupor se hiela.
Cumplido su fatal presentimiento
Vió el orgulloso vencedor de Jena;
Pues *Numancia, Numancia* en ronco acento
Allá sonando en la region serena;
El hispano leon despertó airado,
Y al águila imperial acometiendo,
Cual rayo de la nube disparado;
A pesar del vigor y ardiente brio,
Que mostró envanecida

(*) Héroes numantinos, cuyos nombres ha conservado la historia.

Con tanto y tanto prez y poderío;
El ave coronada cayó herida,
Dilatando su aliento fatigoso,
Hasta lanzar de Waterloo en los campos
El postrimer suspiro de su vida.
Tanto pudo el recuerdo
Del memorable pueblo numantino:
Del pueblo, que vivir y morir libre
Supo á despecho del fatal destino.
No importa, que lo agobien
Cuantas funestas plagas, cuantos males
Con la copa acibaran de amargura
La existencia infeliz de los mortales.
En vano se conjura
Con el rigor del hado,
Su poder desplegando prepotente,
El caudillo de Roma despiadado.
Perece y triunfa la ciudad valiente,
Humillando á la suerte y á los hombres,
Que pretendian doblegar su frente.
Ni un ciudadano solo
El carro de Escipion sigue cautivo;
Y en vez de la guirnalda vividora,
A que aspiraba el adalid altivo,
Maldicion, maldicion, á toda hora
Su oido martiriza
Una voz de sepulcro aterradora.
De Numancia las víctimas en tanto,
A su vista vagando ensangrentadas,
Se gozan en su espanto,
Y gritan irritadas:
Libertad libertad; mientras las fúrias
En su pecho cebándose crueles,
Aumentan su agonía al enseñarle
De los héroes los cívicos laureles.
Desde entonces, Numancia, allá en el seno

De tus augustas ruinas,
Libertad, libertad, cual bronco trueno,
Que ensordece los valles y colinas,
Dia y noche retumba.
En vano el tiempo en vano
Para acallar sus ecos, las cenizas
De aquella inmensa tumba
Helar intenta con su fria mano.
Antes inmovil quedará la tierra,
Y oscurecido el astro, que á torrentes
Su luz al orbe sin cesar derrama,
Que del fuego inmortal, que allí se encierra
Puedan los siglos extinguir la llama.
Llama, que nutren Génios tutelares
Con benéfico aliento,
Para inflamar los pechos generosos,
Que vienen de la Patria en los altares
Sus vidas á ofrecer con ardimiento.
Desde allí los Abarcas y Pelayos,
y Ramiros y Cides,
Honor de Hesperia, de Belona rayos,
Volaron á vencer en fieras lides.
Y al estruendo de cánticos marciales,
Que inspiraron, indómita Numancia,
Tus mil y mil trofeos inmortales;
La ciudad oriental, que baña el Dauro,
Y cual bella Sultana se adormía
En brazos del amor y la fortuna;
Mira sus altos muros desplomarse,
Y entre escombros yacer la media-luna:
Mientras el Español, que entusiasmado
Su conquista magnánimo acomete,
En musulmana sangre ve lavado
El infando baldon del Guadalete.
Y tú, reina invencible de Cantabria;
Baluarte del valor, ciudad de gloria,

Que fecunda el Nervion, ¿quién tu heroismo,
Quién sostuvo incesante,
Al combatirte audaz el despotismo?
Tu amor; tu amor constante
A la preciada libertad, que ardia
Mas y mas en tus hijos, cuando fiera
La voz del patriotismo noche y dia
Numancia en los combates repitiera.
Yo lo ví, yo lo ví, cuando á los gritos
Numancia y libertad tu bizarría
Y pujantes esfuerzos redoblabas;
En tando los contrarios escuadrones,
Cuya enseña de muerte conculcabas,
Huian de tus bravos campeones.
  Loor al pueblo grande y generoso:
Viva siglos y siglos su memoria,
Estímulo de hazañas prodigioso,
Y anuncio lisonjero de victoria.
A Numancia loor, que esclarecida
Con triünfo sublime,
De la servil argolla aborrecida.
Venturosa redime
El cuello nobilísimo. Su ejemplo
Sigue, sigue, ó España, patria mia,
Pues de la gloria ansías en el templo
Lograr el prez, que mereciste un dia.
Si tu naciente libertad la suerte
Porfía por ahogar, antes la muerte,
Que humillada sufrir la tiranía.

La Amistad.

EGLOGA 1.ª

Poeta. Argiro. Palemon.

La sólida ventura
Solo mora en las almas inocentes,
Que une amistad con su sagrado lazo.
MELENDEZ.

Poeta.

Hay un valle del Ebro en las orillas,
Famoso por su rústica belleza,
Donde ostenta sus raras maravillas
Con mano liberal naturaleza;
Grata mansion, que céfiro embalsama,
Cuando sus flores el abril derrama.
Afortunado y envidiable asilo,
En que suele tal vez el ciudadano
La ventura y la paz hallar tranquilo,
Que en medio del bullicio busca en vano:
Pues acallan las mudas soledades
Las pasiones, que ajitan las ciudades.
De las tórtolas viudas el arrullo,
El variado matiz de aquella vega,
De los mansos arroyos el murmullo,
El sesgo rio, que los campos riega,
Y el silencio del bosque y la espesura,
¡Qué contraste presentan, que pintura!
Entre pinos y cuadros de esmeralda
Las pajizas cabañas se descubren,
Cual de colina en la frondosa falda,
Cual en llanada, que los robles cubren,
Y cual se escuda con peñon grotesco,
Completando el paisage pintoresco.

Amable soledad, feliz retiro,
Que escuchaste la célica armonía,
En que embebidos Palemon y Argiro
Se juraron eterna simpatía:
Argiro y Palemon, bella pareja,
Que á dos hermanos en amar semeja.
En la flor de sus años juveniles,
Su nombre por el Ebro se dilata
Al rumor de los cantos pastoriles,
Con que celebran su existencia grata,
O la dulce amistad, blando consuelo,
Que en premio á su candor dióles el Cielo.
Así que vigilante hace la salva
El coro alado en la cercana umbría,
Cuando su luz consoladora el Alba
Por el oriente arrebolado envía;
Mano á mano los dos hácia los prados
Conducen de consuno sus ganados.
Ya tejen primorosos canastillos,
Casando con acierto los colores;
Ya cojen odoríferos tomillos,
O escuchan á los dulces ruiseñores;
Y al abrasar el sol, mullida alfombra
Les da la grama, y la arboleda sombra.
Coronada tal vez de bruma y nieve,
Admiran del Moncayo la alta cumbre,
O en clara noche, que ilumina Febe,
Contemplan á su pálida vislumbre
La bóveda estrellada de los cielos,
Retratada en los limpios arroyuelos.
Del año sonreia la mañana,
A manos llenas derramando flores,
Precediendo á la turba, que galana
Revolaba de alígeros amores;
Y los dos pastorcillos alternando,
Así cantaron con acento blando.

Argiro.

Aman la fresca yerba los corderos
Y la abeja libar los romerales;
Aman por la llanada y los oteros
Retozones triscar los recentales;
Ama el feliz Anfriso los luceros
Contemplar de su Clori celestiales:
Yo empero consagré todo mi afecto
Al amigo entre todos predilecto.

Palemon.

Dulce es en las tinieblas claro lampo,
Que descubre al zagal su caserío;
Dulce al colono enriquecido campo
De doradas espigas en estío;
Dulce á Filis ladrido de Melampo,
A quien sigue Damon con el cabrío:
Mas á mi corazon es muy mas grato,
Del fiel Argiro el apacible trato.

Argiro.

Triste en la soledad es noche oscura,
En que niegan su lumbre las estrellas;
Triste del aquilon ráfaga impura,
Que tala del vergel las flores bellas;
Triste á joven pastor en la llanura
Pisar de lobo las recientes huellas:
Y para mí mas triste sin mi amigo
Cruzar cañadas, cuando el hato sigo.

Palemon.

Llora labriego al ver la lozanía
Ajada de sus árboles frutales;
Llora amante zagal, si escarcha fria
Los capullos quemó de los rosales;

Llora joven serrana por la umbría
Al rugir los furiosos vendabales;
Y Palemon inconsolable llora,
Cuando en la aldea sin Argiro mora.

Argiro.

Por mas que bulla la festiva danza
En el cerrado soto de lentiscos;
Por mas que del amor en alabanza
Resuene el hondo valle y altos riscos,
O de tormenta en pos dulce bonanza
Alegre y reanime los apriscos;
Si al caro Palemon no ven mis ojos,
Siento en vez de placer, tedio y enojos.

Palemon.

De rosas y de mirto apenas mayo,
La rubia sien orlada, se aproxima,
De su primer aurora al bello rayo,
Que los áridos campos reanima;
Se despoja de hielos el Moncayo,
Y viste de verdor su yerta cima:
El gozo de mi pecho así amanece,
Cuando Argiro á mi vista comparece.

Argiro.

Las márgenes del Ebro cristalino
Ven volar apacible mi existencia,
Desde que al espirar el buen Alcino
En la edad me legó de la inocencia
El rabel melodioso, don divino,
Que del Cielo bendijo la clemencia:
Mas mi rabel yo romperé de grado,
Antes que separarme de tu lado.

Palemon.

Como queda sin madre el corzo tierno,
Palemon con tu ausencia quedaria,
Pues la fiel amistad en lazo eterno
A tu vida feliz unió la mia.
Ojalá en premio del amor fraterno,
Feneciendo los dos un mismo dia,
Nos cobije á la vez sencilla piedra,
De flores coronados y de hiedra.

Poeta.

Así con dulce avena los zagales
Celebraron su dicha en la dehesa,
Y del Ebro sonoro á los raudales
Conducian la grey á toda priesa;
Pues ya de su fulgor haciendo alarde,
Resplandecia el astro de la tarde.

La virtud en el campo.

EGLOGA 2.ª

(*Imitacion de Gesner.*)

Nous cherchons le bonheur? Il est dans la vertu.
F. Ducos.

Poeta.

Del Turia en la ribera,
Imagen del Eden por sus vergeles,
Y cuna de bellísimas pastoras;
Donde Cupido impera
Entre arroyos y fuentes bullidoras
Y cuadros de jazmines y claveles;
En grata medianía
Y venerables años,

Lejos de la ciudad y sus engaños,
Un anciano pastor feliz vivia.
  Contento con su suerte,
En los labios posada la sonrisa,
Libre de penas y ansiedad el alma;
Esperaba la muerte
Con deliciosa inalterable calma,
Cual tras el aquilon la blanda brisa.
Los hijos, el cercado,
Y una grey reducida,
De su apacible y laboriosa vida
Eran tierno y solícito cuidado.
  Al grato albor primero,
Que ahuyentando las sombras de los montes,
En el rio y la mar débil refleja;
Cuando el mayor lucero
Consagrado al amor, ledo se aleja
A presidir opuestos horizontes:
Siguiendo la armonía
Del rústico instrumento,
Que acompañaba susurrando el viento;
El dichoso Dalmiro así decia.

Dalmiro.

  La rubicunda aurora,
Mensajera gentil de la mañana,
Riyendo con su boca de corales;
Ya benéfica dora
Las vides enlazadas y rosales,
Que sombrean y adornan mi ventana.
Alza su raudo vuelo
La alondra parlerilla,
Saludando á luz, que apenas brilla,
Da animacion y regocijo al suelo.
  En el tronco de encina,
Que sostiene mi cómoda cabaña,

Donde el sosiego habita y la ventura;
La social golondrina,
Al ruiseñor, que gime en la espesura,
Con sus voces de júbilo acompaña.
El fecundo rocío
Vivifica las flores,
Y la frescura aumenta y los verdores
A la arboleda, que corona el rio.
Desarruga su ceño,
Despertando jovial naturaleza,
Que durmió de la noche en el regazo.
El zagal deja el sueño,
Conduciendo sus cabras al ribazo,
Que el Sol naciente á iluminar empieza.
La campiña florece;
Y al par que su alegría
Muestra el valle, los árboles, la umbría,
Mi flaca ancianidad rejuvenece.
Celebra sus amores
El coro de las aves lisonjero,
Por la selva en cuadrillas revolando;
Mientras que los pastores
En pos de su rebaño van cantando
Por la fertil colina y el otero.
Al son del caramillo
El buey pace la grama,
Y con gemidos amorosos llama
La madre á encaramado cabritillo.
De mi vida las horas,
Que no enturbió el pesar, ni la amargura,
Han sido dias del abril sereno:
Pacíficas auroras,
Que no turba el rugir del bronco trueno,
Al presagiar la tempestad oscura.
Jamás nube de estío
Destruyó mis frutales,

Ni lobo devoró los recentales,
Acometiendo audaz al redil mio.
El Cielo, que sus dones
Dispensa tan benéfico á Dalmiro,
Bendito sin cesar, bendito sea.
Las gratas estaciones,
El cuadro al matizar, que me rodea,
Canté ya veces cien en mi retiro.
Mi pecho se estasía,
Los juegos infantiles
Recordando feliz de mis abriles,
Henchidos de vigor y lozanía.
Al nacer en mis brazos
Los hijos de mi amor y mi ternura,
O al servirles de báculo y de guia;
Entre besos y abrazos,
Mi corazon gozoso presentia
La dulce dicha de la edad futura.
Velé por su inocencia
Con paternal desvelo;
Y los gratos afanes de mi celo
Quiso recompensar la Providencia.
Arboles venturosos,
Que con placer y lágrimas bendigo,
Cual mi solo consuelo y esperanza;
Han crecido pomposos,
Estendiendo sus ramas con pujanza,
Dando á mi frente bienhechor abrigo.
Así en la verde alfombra
Planté seis avellanos,
Gigantes de mi huerto, que lozanos
Al caserío dan frescura y sombra.
De la existencia mia
El único dolor, la sola pena,
Fue tu separacion, querida esposa.
O tenebroso dia,

Que fenecer te vió, Glicéra hermosa,
Cual se agosta en el prado la azucena.
El mayo con sus flores,
Regadas con mi llanto,
Ornó diez veces tu sepulcro santo,
En que yacen mi gloria y mis amores.
Ya se aproxima empero
El instante feliz, que á tus despojos
Ayuntará sin fin mis restos frios.
Quizá sea el postrero
Para los fatigados años mios
El radiänte Sol, que ven mis ojos.
Antes que tibia muera
Su luz en el ocaso,
Venga la dulce Muerte paso á paso,
Y logre reunirme con Glicéra.
Corred, amados hijos,
Que al piadoso recuerdo de tal madre,
Es justo celebrar solemne fiesta.
Con canto y regocijos
Su tumba, que embellece la floresta
Hoy honrará dichoso vuestro padre;
Y tributando al Cielo
Humilde sacrificio,
A mi esposa abrazar tal vez propicio
Me conceda por último consuelo.

Poeta.

El pastor enmudece,
Con lágrimas finando su plegaria,
Que fue cual siempre con amor oida.
A su vista se ofrece
Su numerosa prole reunida
En torno de la losa cineraria.
En vivas y cantares
El nombre de Glicéra

Plácido al resonar, Eco parlera
Lo repite por sotos y encinares.
   Los hijos con ternura
De consuno besaban al anciano,
Que con paterno amor los bendecia.
La virtud bella y pura
Al contemplar el grupo sonreia,
Aplaudiendo festiva con la mano.
Escena encantadora!
La inocencia, que vive
Allá en los campos, galardon recibe,
Negado al hombre, que en las villas mora.
   Un sauce solitario,
Emblema del dolor, planta Dalmiro
En la huesa, que guarda á su querida.
Arbol hospitalario
A la tórtola viuda, que afligida
Llama á su amor en lúgubre suspiro.
Anciano virtüoso!
De Libitina al filo
Su vida al entregar, deja un asilo,
Que sirva al infortunio de reposo.
   Al inmediato dia
Con semblante pacífico y risueño
Apareció su cuerpo inanimado.
En su frente lucia
El candor y el sosiego retratado
Del niño á quien halaga el dulce sueño.
Bajo una misma piedra
Con su adorable esposa
El amable Cantor feliz reposa,
Coronada la sien de verde hiedra.
   Quien la paz y el olvido
Prefiriendo á la corte y sus pasiones,
Aquel sencillo túmulo visita;
Advierte complacido,

Que su inspirado corazon palpita
De la santa virtud entre emociones.
O campo, ó monte, ó choza!
El mismo ciudadano
Lejos del mundo y su furor insano,
En vuestro puerto de la calma goza.

Resignacion heróica.

EPIGRAMA 1.°

Doña Tecla de Alvarado
Pedia á Dios de contino,
Que volviera á buen camino
A su esposo extraviado.
Murió muy pronto el marido,
Y ella esclamó con fervor:
«Bendito sea el Señor,
»Que me da mas que le pido.»

Franqueza de Torcuato.

EPIGRAMA 2.°

Viendo en una librería
De Victor Hugo el retrato,
Se entusiasmaba Torcuato,
Y mil estremos hacia.
Lo miró y dijo el librero,
O sòis Poeta, ó demente;
Y él respondió francamente:
«Uno y otro, caballero.»

El Sastre galante.

EPIGRAMA 3.°

Cosía el maestro Ruiz
En la casa de Don Bruno;

Y la moza Beatriz,
Al servir el desayuno,
Preguntaba al aprendiz:
«Qué os acomoda, mancebo,
»Chocolate, leche ó huevo?»
De unas manos tan hermosas,
Contestó, nada repruebo;
«Podeis darme..... las tres cosas.»

El Crítico y el Poeta.

EPIGRAMA 4.°

(*Imitacion de un dístico latino.*)

De flores vive el Poeta,
Como abeja por abril,
Que en delicioso pensil
Entre el jazmin y violeta,
Disfruta delicias mil.
Su placer en otra cosa
El Crítico solo halla;
Y es cual mosca fastidiosa,
Que suele chupar golosa
Lo que se sabe y se calla.

A un artesano, que por haber comprado un título de nobleza, murió en el hospital.

EPIGRAMA 5.°

Cubre esta lápida fria
Los restos de un menestral,
Que atesoró gran caudal,
Trabajando noche y dia.

A costa de su opulencia,
Nobleza quiso comprar;
Por eso vino á quedar
A la luna de Valencia.

Amor conyugal.

EPIGRAMA 6.°

Daban á cierto casado
El parabien mas cumplido,
Y él exclamó sorprendido:
«¡Habré por dicha enviudado!»

La postdata.

EPIGRAMA 7.°

Estando un patan ausente,
A su muger escribió,
Y su carta concluyó
Con la posdata siguiente:
«Lo mejor, querida Marta,
»Me dejaba en el tintero,
»En la alforja del arriero
»Encontrarás esta carta.»

Un caso de conciencia.

EPIGRAMA 8.°

Un Obispo singular
Dijo al cura marrullero
De pobrísimo lugar:
«¿Se podria bautizar
Con el caldo del puchero?

Y el cura le respondia:
«Con caldo de la olla mia,
«No encuentro dificultad.
«Con el de su Señoría,
«Jesus, ¡qué temeridad!»

De los versos de Gil.

EPIGRAMA 9.°

Una cestilla de brevas
Por sus odas á Gil dieron;
Si el premio no fué gran cosa,
Menos valian sus versos.

El romance.

EPIGRAMA 10.

Noche de pocas estrellas,
Al hogar y entre botellas,
Creyendo oportuno el lance,
Decia Gil á unas bellas:
«Vais á escuchar un romance.»
Cuando imprudente pollino
Rebuznó con gran sosiego;
Todas rieron sin tino,
Y el buen coplero mohino
Lanzó su romance al fuego.

El saludo.

EPIGRAMA 11.

Un tuerto en aciago dia
Quiso á pelota jugar,

Y por mas ojo que abria,
El infeliz no veia
Que le amagaba un azar.
Uno de los compañeros
De un pelotazo aplastó
El mejor de sus luceros
Y el buen ex-tuerto gritó:
«Buenas noches, caballeros.»

Del lauro de los poetas.

EPIGRAMA 12.

Es destino bien cruel,
Que á sus alumnos Apolo
Despues de la muerte solo
Conceda el grato laurel.
—Y antes del postrero dia
Nunca los corona?—No.
—Pues, Señor, no quiero yo
Que adorne la frente mia.

Maldicion de un jorobado.

EPIGRAMA 13.

Robaron el equipage
Al giboso Don Efren,
Y gritaba de coraje:
«Ojalá que al del pillage
»Sienten mis levitas bien.»

De la vida militar.

EPIGRAMA 14.

Viendo en cierto eremitorio
Un cuadro del purgatorio,
Decian dos escolares

Al Párroco Don Gregorio:
«¿Por qué allí no hay militares?»
El, como doctor sutil,
Respondió: «Por causas mil:
»Oid la mas conocida:
»Gente de espada y fusil
»Sufre el purgatorio en vida.»

Sobriedad de Antonino.

Epigrama 15.

Para mojarse Antonino
La boca en tiempo de siega,
Se chifló como quien juega,
Medio cántaro de vino.
Pasmado Blas le miró,
Mas él dijo sin rebozo:
«El beber era de mozo,
»Porque ahora, ¿qué bebo yo?

El cuento.

Epigrama 16.

Don Juan, á quien nadie niega
Chiste, viveza y talento,
El mas divertido cuento
Me refirió en esta vega.
Siéntate en la yerba verde
Si lo quieres escuchar:
Mas antes de comenzar,
Espera que lo recuerde.

La Lámpara y el Sermon.

EPIGRAMA 17.

Al púlpito el buen Calleja
Subió un dia á predicar,
Mientras con su candileja
A encender iba una vieja
La lámpara del altar.
El Cura con atencion
Miraba la operacion;
Cuando al invocar la Cruz,
A Dios, murióse la luz,
Y al cielo se fué el sermon.

El Mudo.

EPIGRAMA 18.

A un Marqués el otro dia
Con voz limpia y grito agudo
Hambriento escolar decia:
»Limosna á los pies de Usía
»Espera este pobre mudo.»
Con sorpresa al estudiante
Hubo el Marqués de mirar,
Pues le repitió el tunante:
«Mudo!.... Más en este instante
»El hambre me hace charlar.»

Riña y reconciliacion.

EPIGRAMA 19.

Dos aguadores atroces
Vi saludarse á porrazos,
Y entre el tumulto y las voces

Hacer los burros á coces
Los cántaros mil pedazos....
Al fin exclamó el mas viejo:
«Por agua tal desatino!»
Y en el bodegon vecino,
Sentados en un pellejo,
Firmaron la paz con vino.

A Torcuato.

Epigrama 20.

Os voy á comprar, Torcuato,
Un baston y una sombrilla,
Puesto que sois en la villa
El que vende mas barato.
Pero aguardad, buen amigo,
Pues mi bolsillo perdí:
Mas como palabra os dí,
Os digo.... que nada digo.

Furor de versificar.

Epigrama 21.

Con tan grande vocacion
De Poeta nació Gil;
Que no pudiendo en romance,
Versos escribe en latin.

Prudencia laudable.

Epigrama 22.

Despues de mil derroteros,
Unos curiosos viajeros

A playa ignota arribaron,
Donde con aullidos fieros
Los habitantes ladraron.
«A bordo otra vez, valientes,
»Dijo cuerdo el capitan;
»Oís? seamos prudentes:
»Si aquí nos ladran las gentes,
»Mas adentro morderán.»

De un Predicador.

EPIGRAMA 23.

De la oracion en el huerto
Hoy predicó el doctor Bruno,
Y se perdió tantas veces,
Que sangre sudó el concurso.

Respuesta oportuna.

EPIGRAMA 24.

«Esa continuada tos,
»Dijo el médico á un doliente,
»No me alarma, vive Dios;
»Ni á mí, respondió el paciente,
»Si el enfermo fuérais vos.»

Gil.

EPIGRAMA 25.

Aunque te diga un censor,
Que tienes monomanías,
Escribiendo poesías
Prosigue, Gil, con ardor.

Que al fin has de merecer
De trovador el renombre:
¿Y sabes cuándo, buen hombre?
Cuando vuelvas á nacer.

A García.

EPIGRAMA 26.

Comprando está cada dia
García libros muy bellos,
Y todos se sirven de ellos,
Menos el mismo García.

Al mismo.

EPIGRAMA 27.

Con tantos libros, García,
¿Dónde vamos á parar?
Primero por vida mia
Adquirir te convenia
El deseo de estudiar.

Llorar de gusto.

EPIGRAMA 28.

Con sus manos inhumanas
Hacia un sayon barbero
Derramar á un caballero
Lágrimas como avellanas.
«Quizá os lastime, Don Justo,»
Decíale el rapador.
Y contestó el buen Señor:
»Hombre, no; lloro de gusto.»

Advertencia oportuna.

EPIGRAMA 29.

Pedraza, famoso reo
Iba al cadalso con grillos;
Y los curiosos chiquillos
Tanto corrian, que creo
No era muy facil seguillos.
Lleno de bondad Pedraza
Dijo á la turba molesta:
»Niños, tened mas cachaza,
»Que hasta llegar yo á la plaza
»No comenzará la fiesta.»

Matrimonio igual.

EPIGRAMA 30.

Ved un feliz matrimonio!
Hoy casó el soldado Antonio
Con la gibosa Camila,
Y los dos en patrimonio
Llevan lo mismo.... mochila.

Inapetencia de Anton.

EPIGRAMA 31.

Sentóse á comer Anton,
Y devoró en un momento,
De boquerones un ciento,
Seis morcillas y un capon.
Le sirven medio cabrito,
Un cochinillo y un pavo;

Y exclama Anton: «Bravo, bravo!
Se despierta mi apetito.»

Llanto conyugal.

Epigrama 32.

De su muger en la muerte
Consolaban á un marido,
Muy sensible y abatido;
Y él decia de esta suerte,
De importunos aburrido:
«¡Cómo es posible tener
»Consuelo en mi pena negra!
»No lloro por mi muger:
»Lloro, pese á Lucifer,
»Porque está viva mi suegra.»

A una vieja que ocultaba su edad.

Epigrama 33.

De su edad, por el tiempo ya marchita,
Mas de veinte años empeñada está
En quitarse la buena Doña Rita:
Pero por Dios, que nadie la creerá,
Si su cara de momia no se quita.

A Damian.

Epigrama 34.

¡Habrá locura como ella!
Déjate de poesía,
Que por ahí no te guia,
Damian, tu sino ú estrella.

¿No desistes de tu empeño?
Bien hecho: sube al Parnaso;
Mas toma antes para el caso
El volador Clavileño.

Al Sr. D. Juan Guillen Buzarán.

Epistola 1.ª

Feliz amigo, que inspirado cantas
La beldad y las gracias de Teresa,
Los floridos laureles de tu ingenio
Consagrando á sus pies en digna ofrenda.
Son tus himnos de amor tan apacibles,
Como las arpas, que en Sion alternan,
Celebrando en concierto melodioso
De la santa virtud la recompensa.
Agitado mi espíritu mil veces,
Cual navecilla en tempestad violenta,
Con la blanda armonía de tus versos
A recobrar tornó paz lisonjera.
Dócil, caro Guillen, al ruego mio,
Tu divino laud mágico vuelva
A disipar la que de nuevo sufre
Mi pobre corazon ruda tormenta.
Relámpago fugaz son nuestras dichas:
Ayer la suerte me halagó risueña,
Y á su férrea coyunda encadenado
Hoy me arrebata con furor adversa.
Solo fio á las mudas soledades
La historia lamentable de mis penas,
Lejos de ti, que con bondosa mano
Mis lágrimas tal vez secar pudieras.
¡Si vieras á tu amigo por el bosque,
Triste, abatido, con la planta incierta,
Cuando la luna pálida en el Ebro

Sus rayos melancólicos refleja!
Aquella dulce calma, aquellas sombras,
Aquel horror sagrado, que allí reina,
Adulan mi dolor, mientras las auras
Repiten mis gemidos lastimeras.
Otras veces me voy meditabundo
Al cementerio humilde de la aldea,
Y al pie de aquellos túmulos modestos
Mi cuerpo inmóvil como estátua queda.
Allí contemplo las cenizas frias,
Que ya descansan en silencio yertas,
O bien perturbo su eternal reposo,
Al viento dando mis sentidas quejas.
¡Cuántas veces, Guillen, cabe el sepulcro,
Que al joven Delio misterioso encierra,
Me halló la noche tétrico y lloroso,
Me halló la aurora en soledad funesta!
Delio, bondoso Delio, perseguido
Por el rigor de tu contraria estrella,
Solo descanso al espirar lograste
En el regazo de la madre tierra.
Tus virtudes publica el epitafio,
Grabado toscamente en una piedra:
«Delio reposa aquí: su adorno fueron
»La sensibilidad y la inocencia.»
Al descubrir mis inflamados ojos
Vacía y solitaria alguna huesa,
La suerte envidio del mortal felice,
Que pronto de quietud gozará en ella,
En frente de mis lares aparece
De cipreses plantada una arboleda,
Mansion infortunada, donde moran
El negro luto y pálida tristeza.
Las fatídicas hijas de la noche
De contínuo suspiran agoreras
Por estas calles, con horror sombrías,

Que el vivífico Sol jamas penetra.
Tan apartado y lúgubre retiro,
Que los tristes cual yo solo frecuentan,
Es mi grato paseo, porque inspira
A dar al sentimiento libre rienda.
El me ofrece recuerdos de Abelardo,
Cuando alejado de Heloisa tierna,
En sitio semejante suavizaba
El acerbo martirio de la ausencia.
Mas luego me distraen los sollozos,
Que ahogar un infeliz en vano intenta,
Sollozos ay! que su dolor publican,
A pesar del silencio de su lengua.
Del desdichado Young en la lectura
A la sombra de un sauce se embelesa,
Y la viva emocion, sobre el volúmen
Hace caer su lánguida cabeza.
Sitio fatal y horrible para el hombre
Que dichosa correr ve su existencia,
Empero delicioso á los que arrastran
Del cruel infortunio la cadena.
De los llorones la abatida frente,
La apagada color de las violetas,
Y el querelloso curso del arroyo,
Son todo mi embeleso y complacencia.
Pues tan dulces objetos, que benigna
Me ofrece por do quier naturaleza,
De mi rudo afanar enternecidos,
Amiga compasion me manifiestan.
En tanto, que el recinto pavoroso
Yo solo busco de la umbría selva,
Respira tú, Guillen, en los vergeles
El aura del placer mas halagüeña.
Prosigue allí cantando venturoso,
Al dulce son de tus doradas cuerdas,
El tierno amor de tu querida esposa,

Y el precioso conjunto de sus prendas.
Así será mi vida menos triste
Con tus dichas y glorias verdaderas,
Y mostrarás al infeliz Argiro
El cariño cordial con que él te aprecia.

Al Sr. D. Manuel José Quintana.

EPISTOLA 2.ª

De los contrarios hados rebatidos,
Quedaron vencedores los vencidos.
ERCILLA.

Besé por fin las veneradas ruinas,
Blason eterno de la madre España,
Ufana con las glorias numantinas.
Al manso Duero, que los restos baña
De la invicta ciudad, rios y mares
Envidian tanto honor, dicha tamaña.
Venturoso quien deja sus hogares,
Por saludar privilegiado suelo,
Que los Genios escudan tutelares.
Cual deseaba con ferviente anhelo,
Desde que florecian mis abriles,
Hoy escuchó mis súplicas el Cielo.
Pobres majadas cubren y rediles
El solar de la raza, á quien el mundo
Tributará sin fin aplausos miles.
Con respeto simpático y profundo
A las cenizas humillé la frente
Del pueblo en bravos hijos mas fecundo.
Silencio melancólico y doliente
La soledad pacífica domina,
En que bullia belicosa gente.

Hoy la desierta y árida colina,
Asiento de Numancia triunfadora,
A la meditacion la mente inclina.
Abandonado páramo es ahora
El teätro sangriento de la guerra,
Donde la paz de los sepulcros mora.
Ante el polvo mortal, que allí se encierra,
Temblaban los feroces enemigos,
A cuya voz enmudeció la tierra.
Negros bosques de abetos y quejigos
Su barbarie recuerdan sanguinaria,
Para oprobio de Roma, cual testigos.
Crece la verde hiedra solitaria
En piedras de arruinados torreones,
Que la fortuna destruyó contraria.
La fortuna cruel, que á las naciones
Abate veleidosa ó engrandece,
Sin atender á vicios, ni á blasones.
El corazon se apoca y entristece,
Viendo el mustio collado y la llanura,
Que yermos campos á la vista ofrece.
Con eco flébil céfiro murmura
Donde sonaban cántigas de gloria,
Infundiendo en los ánimos bravura.
Tanto esfuerzo y valor, tanta victoria,
Bajo sudario fúnebre de luto,
Conserva de los siglos la memoria.
Lágrimas de piedad, opimo fruto,
Que el corazon produce generoso,
Consagran los viajeros por tributo.
Cayó el romano imperio poderoso,
Y la virtud olvida indiferente
La catástrofe justa del coloso.
Mas con su voz el entusiasmo ardiente
El prez eterno sin cesar pregona
Del pueblo, que murió, como valiente.

Así la Providencia galardona
Por la Patria los grandes sacrificios
De la inmortalidad con la corona.
Así Régulos viven y Fabricios
En la parlera trompa de la Fama,
Y tantos nobilísimos patricios.
A la ciudad ilustre asi proclama,
Y lauro y flores, que produce el mayo,
A su memoria el Español derrama.
O tú, cantor divino de Pelayo,
A cuyo acento digno de Tirteo,
Volvió la Hesperia de mortal desmayo;
Si á mi noble ambicion, si á mi deseo
Cedes tu lira de oro, que algun dia
Al mundo publicó tanto trofeo;
Celebraré en belísona armonía
El heroismo sin igual, sublime,
Con que Numancia á Roma desafía.
La señora del mundo audaz oprime
Al pais del sencillo Celtibero,
Que bajo el yugo ponderoso gime.
Pues ya no brilla el ínclito guerrero,
El inmortal Viriato, que á Roma
Osó afrontar con su fulmíneo acero.
Cuando la usurpacion ya se desploma,
A Lusitania el pérfido adversario
Con ignoble traicion embiste y doma.
Al puñal sucumbiendo de un sicario
El Adalid, se acojen sus legiones
Al seno de Numancia hospitalario.
Allí encuentran hidalgos corazones,
Que saben dar al infortunio asilo,
Del amor fraternal entre efusiones.
Alli se embota de su lanza el filo,
Viviendo el virtüoso lusitano,
En su cabaña rústica tranquilo.

Innumerable ejército romano
De la paz en el seno hollar intenta
Al que en las lides perseguia en vano.
Aunque su mismo pabellon afrenta,
Para aherrojar al noble fugitivo,
Ante Numancia su real asienta.
Mas el pueblo belígero y altivo,
¿Podria abandonar á sus hermanos,
Cuando ciñen la sien de verde olivo?
Arma iracundo sus robustas manos,
Con el dardo mortífero y la lanza;
Avido de lidiar con los tiranos.
El enemigo impetüoso avanza,
Y con aprestos de Belona y Marte,
Se precipita á la feroz venganza.
La ciudad no domada por su parte
En cada pecho libre, aunque desnudo,
Opone al invasor un balüarte.
Al fiero impulso del rencor sañudo,
Suelen chocar horribles cada dia
La maza con la pica y el escudo.
Sigue tenaz la bélica porfía;
Que el romano en falanges numerosas,
Y el numantino en su valor confía.
A la bruma invernal siguen las rosas,
Y en pos de abril espigas y frutales
Matizan las riberas deliciosas.
Mas no cesan las lides; y á raudales
Humeando la sangre, corre al Duero,
Y enrojece sus líquidos cristales.
De nieves otra vez se viste enero,
Y el fuego de las guerras allí arde
Con su violencia y su furor primero.
Aunque hace Roma su postrer alarde
De fuerzas y poder, ante Numancia
A su despecho cederá cobarde.

Que el hidalgo civismo y la constancia
Triunfan siempre de adustos invasores,
Humillando su orgullo y su arrogancia.
Escipion con el hambre y los horrores,
Que ocultaba la caja de Pandora,
Combate á los briosos defensores.
Bárbara crueldad, arma traidora,
Que sus lauros mancilla y envilece,
Y á los hijos de Rómulo desdora.
El ciudadano mísero fenece,
Y envidia al campeon, que en la batalla
Feliz su vida por la Patria ofrece.
Con anchos fosos y robusta valla
Al pueblo asedia el adalid impío,
Que de la compasion el grito acalla.
Las aguas corta del undoso rio,
Y queda la ciudad sin manantiales,
Como agostada planta en el estío.
Tan sufridos, cual bravos y leales
Los iberos resisten, como en Zahara
La palma á los furiosos vendabales.
Sus pacíficos lares desampara
Entusiasta y fogoso el Numantino,
Que acaudilla el impávido Megara.
Cual rayo asolador, cual torbellino,
Asalta el defendido compamento
Por fiera hueste del pais latino.
¡Quién el empuje contendrá violento
De acosados, de indómitos leones,
Que rápidos se lanzan como el viento!
Tremen los adversarios escuadrones,
Aunque parapetados al abrigo
De sólido vallado y torreones.
Muerte y desolacion lleva consigo
El airado Español, que á la perfidia
Impone sin piedad cruel castigo.

En lucha desigual sereno lidia
Con legiones del Tiber, mas crueles
Que feroces panteras de Numidia.
Marchítanse las palmas y laureles,
Que ostentan con desdoro de Cartago,
Que escudan con sus picas y broqueles.
Dia de maldicion, combate aciago,
En que empaña de Roma el puro brillo
De humana sangre pavoroso lago.
Armado con el fuego y el cuchillo,
Cual sombrío cometa resplandece,
De Numancia el intrépido Caudillo.
Guirnaldas á Megara, que oscurece
Al vástago de ilustres Escipiones,
Como ante el sol Dictina palidece.
La raza de los fieros escuadrones,
Que vencieron belígeros en Zama,
De la Iberia se rinde á los pendones.
El huracan por las alturas brama,
Y al invasor en lúgubre lamento
Inexorable la virtud infama.
De caverna en caverna el ronco acento
Al repetir los ecos fugitivos,
Anuncian la derrota y vencimiento.
Por la ciudad con vítores festivos
Celebra el sexo bello su ventura,
Realzando su mágia y atractivos.
De inaccesible monte en la espesura
Indeleble baldon en voz siniestra
Adusto Genio á Roma triste augura.
Esquivando la bélica palestra,
Escipion el triünfo solo ansía,
Haciendo de venganza feroz muestra.
El Español su planta á sangre fria
Dirije hácia las puertas de la plaza,
Ostentando gallardo su valía.

Las dulces prendas de su amor abraza,
Con el polvo, que agita la pelea,
Sin desceñir el casco y la coraza.
Palmas de Salamina y de Platea,
Al vencedor prodigan cien hermosas,
Cuyas gracias envidia Citeréa.
Desventuradas vírgenes y esposas!
Cuadro desgarrador sombrea al punto
Escenas de ternura candorosas.
A su Patria, de escombros ya conjunto
Con señales fatídicas amaga
El trágico destino de Sagunto.
Ave sombría por los aires vaga,
Y en las nocturnas horas vaticina
Con fúnebre quejido suerte aciaga.
Hoguera melancólica ilumina
Aquel vasto recinto, noble cuna
De tanto campeon, tanta heroina.
Tamañas desventuras una á una
Para no presenciar, en denso manto
Su faz encubre con horror la Luna.
Noche de execracion, noche de espanto,
Que el Duero estremecido todavía
Anuncia al mar con doloroso llanto.
Sentimental, patética elegía
En sublime y acorde resonancia
Acompaña del pueblo la agonía.
Así de su civismo la fragancia
Exhala, como el cisne, cuando muere,
Ante el sepulcro la infeliz Numancia.
Con vivas á la Patria el viento hiere;
Y muerte, cruel muerte y prematura
A ignominiosa esclavitud prefiere.
Fenecen el valor y la hermosura;
Y á la vejez y amable adolescencia
Recibe con piedad la sepultura.

La virtud, el ingenio, la inocencia,
Todo sexo y edad, todo viviente,
Destruye de las llamas la violencia.
El incendio voraz cunde inclemente,
Reduciendo á pavesas y ceniza
La ciudad mas famosa de Occidente.
Al romano feroz, que la hostiliza,
Cual cráter de repente descubierto,
La pira funeral atemoriza.
Con vacilante pie, de terror yerto,
El agresor ejército se aleja
De la nueva Ilïon, que es ya un desierto.
Sepultada Escipion su fama deja
En aquel panteon, luciente faro,
Que honor y gloria espléndido refleja.
Campo de soledad y desamparo,
Jardin despues, en que lozano brota
El denuedo español, fruto preclaro.
El denuedo de tanto patrïota,
Digna estirpe del pueblo numantino,
Que derramó su sangre gota á gota.
Prez, con que Hespéria arrebató al destino
El cetro del poder en zona tanta,
Como el Sol dora en su inmortal camino.
Desgraciada nacion, ¡cuándo tu planta
El polvo vil sacudirá altanera
Cual águila, que al eter se levanta!
¡Quién remontar te viese á la alta esfera,
Alcázar de grandeza y señorío,
Donde reinaste en venturosa era!
La plegaria, que exhala el pecho mio
Con ternura filial, escuchó el Cielo;
Reconquiste mi Patria el poderío,
Y muera yo de júbilo y consuelo.

A los Arcades de Roma.

Epistola 3.ª

(Remitiendo el Canto sagrado al Pilar.)

Guadalajara: noviembre de 1846.

Desde el confin de Carpetania antiguo,
Que denodado matizó Alvar Fañez
Con sangre esclarecida de sus venas,
Por estender la fe de Recaredo;
Desde el pueblo preclaro, que acojida
Ofreció grata á la matrona escelsa,
Madre y modelo del tercer Fernando;
Á ti, noble Academia, que de Arcadia
El inmortal renombre perpetúas,
Salud el bardo, que en el bello idioma
Osó cantar del ínclito Cervantes
La sagrada Columna de María,
Salud envia respetuoso. El Cielo
De mis ruegos y lágrimas movido,
Diérame las corrientes del Henares
Dejar por las del Tiber cristalinas,
En que sus obeliscos y palacios
Contempla retratados con orgullo
La ciudad de los Césares! Dichoso,
Dichoso yo mil veces, si los rios
Salvar pudiera y montes y llanuras,
Que me separan sin piedad, ó Roma,
De tus maternos brazos. Las rüinas,
Las vetustas rüinas, do descansa
De Pedro la Basílica famosa,
¿Por qué no puede unido con el polvo,
Mi lábio venerar? Si aquellos muros,
Por la lima del tiempo carcomidos,

Pudiera al resplandor de opaca luna
Contemplar arrobado: si el alcázar,
Del Vicario de Cristo mansion digna,
Bañada por el sol de Italia hermoso,
Atónitos mis ojos admiráran;
Si las hondas y negras Catacumbas,
Humilde cuna del divino culto,
Que á los opuestos límites del orbe
Hoy protector estiende su influencia,
Recorriera mi planta precedida
De antorcha sepulcral: tal vez entonces
Inflamára á mi mente el sacro fuego,
Que allí del Cielo inextinguible arde,
Entre cenizas pálidas oculto,
De tantas puras víctimas, que dieron
Al tirano cuchillo la garganta
Y el espiritu á Dios. Tal vez entonces
Cantar pudiera en verso numeroso
La Religion augusta, que en el seno
Del almo Verbo descendió á la tierra,
Para servir de bálsamo á la herida,
Que á su estirpe legó desventurada
El pecador Adan. Tal vez entonces
Del trovador la sombra, que halagüeñas
Arrullaron las auras de Sorrento,
A gritos evocada por mis lábios,
Al besar en silencio reverentes
El polvo de su tumba misteriosa;
Infundiria aliento al pecho mio
Y enerjía á mi voz. ¡Con qué entusiasmo
En el liceo de la Arcadia al viento
Daria embebecido los torrentes
De armonía dulcísona, inspirado
Por el cantor del Adalid invicto,
Que con su diestra el ínclito sepulcro
Libertó de Jesus. Mas tanta gloria,

Negada á mis afanes para siempre,
Deploro con dolor. El plectro mio
Jamás podrá elevarse á la grandeza
De la Epopeya religiosa. Nunca
Mi rudo acento en la remota playa
Retumbará sonoro, donde el nombre
Vaga del Taso entre parleros ecos,
Que dia y noche flébiles lamentan
Su amor infortunado, los peñascos
Ablandando durísimos. Empero
Si postrarme no puedo ante las aras,
Que enrojeció con su preciosa muerte
El Pontífice santo, que la Iglesia
Primero dirigió; si la voz mia
Nunca ¡ó dolor! del sacro Vaticano
Resonará con cánticos acordes
En las grandiosas bóvedas; propicio
El Dios que reina en la mansion celeste,
Guió mis pasos á la fértil márgen
Del pátrio Ebro. La ciudad insigne
Gozoso ví, que la imperial grandeza
Olvidó, y alto nombre, que de Augusto
Recibió envanecida, en el instante,
Que á María escojerla para trono
Plugo de su clemencia. El templo santo,
En que su imágen celestial venera
La española piedad, no bien recibe
Mi fatigada temblorosa planta;
El pavimento adoro conmovido,
Empapados en lágrimas mis ojos
De ternura filial. La viva llama
De la divina fe, sublime fuente
Del entusiasmo férvido me agita,
Y la lira, tan solo acostumbrada
Del prado ameno á celebrar las flores,
La paz de las cabañas, ó la dicha,

Que goza la virtud aun en la tierra
De luto y maldicion, osado tomo
En la trémula diestra. Apenas dócil
A mis deseos, respondió en loores
De la casta doncella, que amorosa
Al Hijo del Eterno en su regazo
Estrechó maternal; alza la frente,
De verde olivo coronada y juncos
Magestüoso el rio, que en su vega
Estampar mereció la huella pura,
Que la cerviz indómita y altiva
Humilló de Satan. Las cordilleras,
En cuyas cimas descansar parece
Las azuladas bóvedas, de gozo
Saltan cual cervatillos. Animada
Naturaleza de vigor naciente,
Como en los tiempos de su edad florida,
Toda es júbilo y gloria. El astro bello,
Cual Príncipe real, que la diadema
Acaba de ceñir, ostenta al mundo
Su magestad y pompa realzadas
Con los rayos espléndidos, que sombra
Son de los pies divinos de María.
Los alígeros coros, que perennes
Su amado tabernáculo custodian,
En apacibles vítores responden
A mi trémula voz. El celebrado
Pueblo, que guarda en su feliz recinto
El tesoro divino, que á la Hesperia
Donó el Cielo benigno, es viva copia
De la santa ciudad resplandeciente,
Que contempló en vision el desterrado
Allá de Patmos en la corva playa.
Sobre las altas cúpulas, que adorna
De redencion el símbolo, cruzando
Aparecen las sombras venerandas

De intrépidos atletas, que en Augusta
Al tirano vencieron, implacable
Adversario del hombre. Cielo y tierra
Se alborozan al plácido recuerdo
Del memorable dia, que las aguas
Reflejaron del Ebro cristalino
La esplendorosa nube, en que la Virgen
Sonrió cariñosa al Santo Apóstol
De la ibera nacion. Grata, inefable
Merced, que en letras indelebles guarda,
Del tierno amor grabadas por la mano,
La Patria mia. Bondadosa muestra
De maternal amor, á España solo
Reservada, entre cuantas el Sol dora
Católicas regiones. A ella debe,
Cual á fecundo manantial de vida,
Sus blasones de gloria y su ventura,
Que envidia el universo. Desde entonces,
Escudada y segura con el manto
De su celeste Protectora, nunca
Imploró en vano su adorable nombre;
Su benéfico nombre, que desarma
El brazo omnipotente, ya dispuesto
Los rayos de sus iras encendidos
A disparar sañudo contra el mundo,
Endurecido en la maldad.... Oh! luzca,
Luzca en oriente de arreboles lleno
La que desean con ardor los dignos
Hijos de Iberia, deliciosa aurora,
En que la Musa de Sion divina,
De los alados coros compañera,
En arpa de oro, gloria del Eterno,
Tantas bondades y cariño tanto
Celebre de María. El aire rompan
Sus melodiosos cánticos, no oidos
En este de dolor aciago suelo;

Miserable destierro, donde el hombre
Lejos del cielo peregrino llora,
Sin alivio en su afan. Oh tú, dichoso,
Privilegiado sér, á quien el ángel
De la armonía en vagarosas alas
Arrebate sublime; tú, que en himnos
Ensalzarás acorde el Pilar sacro,
Do la Reina descansa de los cielos;
Benigno acepta el que te ofrece humilde
Feudo de admiracion anticipado
Mi ardiente corazon, de tu aureóla
Gozoso con el brillo. Las doradas,
Las apacibles cuerdas, que tu diestra
Pulse atrevida, suspendiendo al mundo,
Merecerán tan solo con los cantos
Alternar de la Arcadia sonorosos;
Y la patria al oirte de Prudencio
Con afable sonrisa, y de tus lauros
Su frente maternal embellecida,
Publicará feliz á las naciones
El renombre inmortal de su Poeta.

Al Sr. D. Francisco Gonzalez de Sta. Cruz.

EPISTOLA 4.ª

La Muse aime a planer sur les champs du carnage.
LAMARTINE.

(Campamento de Castellote, marzo de 1840.)

Mientras tú, dulce amigo, entre las tumbas,
Do yacen de Numancia las cenizas,
Las sombras de Retógenes y Aluro
Al son evocas de robusta lira;
Mudo de admiracion, de asombro lleno
Yo contemplo las huestes aguerridas,

Que el pendon de Isabel aquí levantan,
Con su noble constancia y bizarría.
Aunque los campos de Vergara vieron
Rayar la aurora de la Paz divina,
Al abrazarse con ardor los bravos,
Que entre sí despiadados combatian;
El volcan de la guerra mas que nunca
Rebrama en esta misera provincia,
Por el fatal devastador torrente
De su funesta lava destruida:
Pues despechada la feroz discordia,
Viéndose ya cercana á su agonía,
Con hálito mortífero y violento
Frenética de saña el fuego atiza.
En llana frase agena de cultura,
Que el puro afecto, Santa Cruz, inspira,
Oye cuál sucumbio la fortaleza
Que pertinaz bravura defendia.
Apenas los guerreros invencibles,
Que Espartero el intrépido acaudilla,
De la fuerte Segura las almenas
Ven, saludan, asaltan y conquistan;
Cuando nuevos laureles anhelando,
Sitiar á Castellote determinan,
Castellote el temible, guarnecido
Por la flor del ejército carlista.
Escuadronados ya, rompen la marcha
Entre marciales músicas y vivas,
Y al estruendo belísono, fogosos
Los corceles galopan y relinchan.
Descubren al momento alborozados
Los batidores la contraria villa,
Entre estériles cumbres sitüada,
Que por do quier la cercan y dominan.
Cubre el siniestro lado un balüarte,
Que á la segur del tiempo desafía,

Blason en otro siglo del templario,
Hoy padron de discordias intestinas.
Entre cipreses á la diestra, se alza
Recordando el Calvario una capilla,
Ayer del Dios de paz ara sublime,
Mas al presente del furor guarida.
Se eleva al frente valladar sentado
Sobre riscosa y árida colina,
Con amagos de muerte por mil bocas,
Contra el osado, que asaltarlo ansía,
De tan fuertes defensas al abrigo
Por la natura y arte reunidas,
Retar á las falanges de Espartero
La hueste de Cabrera no vacila.
Apenas á las puertas esteriores
La brillante vanguardia se aproxima,
Allá en el torreon mas encumbrado
Enlutada bandera el viento agita.
De la victoria el hijo predilecto
Precede con gallarda comitiva,
Su alazan aguijando, cuyo paso
Van siguiendo ferradas baterías.
Por pendiente asperísima las ruedas,
Lentas al descender, broncas rechinan,
Y al son discorde entona el artillero
De amor y gloria cántiga sencilla.
Acampan las legiones nacionales
En cañada olivífera y sombría,
De arroyo delicioso fecundada,
Que ledo por su cauce se desliza.
Arroyo, ay Dios! que murmurando ronco,
Verá luego sus aguas cristalinas
Con española sangre matizadas,
Con cadáveres tibios obstruidas.
En silencio fatal, no bien coronan
Cien pabellones de armas las orillas,

Sus adormidos ecos el soldado
Despierta con ruidosa vocería.
Ya blanquean las tiendas: ya aparecen
Mil chozas con ramage entretejidas;
Resguardo baladí contra la furia,
Con que el recio aquilon airado silba.
Al macilento Sol del crudo marzo
Sucede triste, opaca, denegrida
La reina de las sombras, que perenne
Hielo y escarcha sin piedad envia.
El vasto campamento, iluminado
Con mil hogueras, que radiosas brillan,
Del firmamento en estrellada noche,
A lo lejos parece imágen viva.
Aunque la llama empero resplandece
Con secos leños sin cesar nutrida,
¿Qué fuego al aire libre la inclemencia
De la estacion cruel mitigaria?
El infeliz explorador fenece;
Y el postrimer suspiro de su vida
Es tu nombre, Isabel, y resignado
Por tu amor su existencia sacrifica.
Del invernal furor triste la Patria
Víctimas mas y mas lamentaria,
Sin los prontos alivios y consuelos,
Que benéfica mano les prodiga.
El viento esparce las endebles chozas,
Desquiciando tambien la marquesina,
Do en la diestra apoyando la cabeza,
El plan de ataque el adalid medita.
Los collados al fin de Castellote
El alba dora con su luz benigna,
Y cien y cien marciales instrumentos
Al par saludan su triunfal venida.
Arrójase á las armas el soldado,
Mientras la estrepitosa artillería

El proyectil primero con estruendo
Al edificio gótico fulmina.
Del bizarro caudillo á leve seña,
Avanzan obedientes las guerrillas,
Y entre fuego vivísimo esforzadas
El rebellin ocupan y la ermita.
Arrojo tanto los carlistas viendo,
Al seguro castillo se retiran,
Sustituyendo al fúnebre estandarte
La enseña respetable de Castilla.
Truena horrible el cañon. Los artilleros
En denuedo y acierto rivalizan,
Y abriendo brecha en el contrario muro,
Victorea el ejército á porfía.
Con sentimiento de la madre España,
Al pie del torreon yace caida
Entre escombros y polvo la bandera,
De nuestras glorias inmortal divisa.
Por alzarla con mano respetuosa,
Al peligro mayor se precipita
Brioso cazador de la falange,
Que *Inmemorial del Rey* se denomina (*).
Activos ingenieros entretanto
Hornillos abren en muralla antigua,
Despreciando serenos la metralla,
Que sobre ellos horrísona graniza.
Sus trabajos empero y su firmeza
A la sitiada gente no intimida,
Que sucumbir contempla sin pavura

(*) Un disparo de nuestra artillería derribó la bandera del fuerte, la cual fue recojida y presentada al General en gefe por Don Blas Gago, caballero de la orden de San Fernando y soldado de la compañía de cazadores del 2.° batallon del Rey, infantería, 1.° de línea. Espartero al recibirla, dió al soldado media onza de oro.

Cien y cien compañeros entre ruinas.
El fogoso Espartero ya impaciente,
Al verla resistir tres y mas dias
Con la inflexible sin igual constancia,
Que al hijo de Aragon caracteriza;
Doblegar su cerviz por fin intenta
Con la amenaza de volar la mina,
Mientras los *Guias* y *Princesa* corren
Al fiero asalto con la frente erguida.
Esclarecidos mártires, que airada
Hirió la muerte con guadaña impía,
Recibid la corona inmarcesible,
Que la patria os ofrece agradecida.
Ante vuestro heroismo sobrehumano,
Del contrario cejó la valentía,
Cual de leon indómito á las plantas
El fiero tigre á su pesar se humilla.
Sobre el despedazado balüarte
Ligero tremolando se divisa
Cándido lino, que á la nieve iguala,
Emblema grato de la paz amiga.
Los vencedores, de su honor celosos,
La guarnicion respetan ya rendida,
Que siempre tras el hórrido combate,
El valor al valor hidalgo admira.
La Fama con su trompa los celebra
De convecinos montes en la cima,
Y á su voz respondiendo el entusiasmo,
Sus nombres por el orbe preconiza.
En tanto Celtiberia, roto el yugo,
Que su garganta cárdena oprimia,
De sus libertadores generosos
El noble prez con gratitud sublima.

A Mr. Ducos.

Epistola 5.ª

(*Remitiéndole el canto épico de Bilbao.*)

Poeta, que del Garona
Arrebatas la corriente,
Ceñida tu rubia frente
De inmarcesible corona;
Corona de gran valía,
Que ciñeron inmortales
Rimadores provenzales,
Orgullo del Mediodia;
Hijo de los trovadores,
Que de Isaura á la memoria
Himnos cantaron de gloria,
Derramando mirto y flores;
Suspende amable un momento
El apacible sonido,
Para prestar grato oido
A mi patriótico acento.
Tú, que á la region serena
Hoy sabes alzar el vuelo,
Mientras arriba á tu suelo
El martir de Santa Elena;
El que arrojado del trono,
Despues que á pueblos y reyes
Adusto dictára leyes,
Murió en mísero abandono;
Aquel, que en árida roca
Sepulcro tuvo y prision,
Cuando á su gran corazon
Era el mundo herencia poca.
Enfrena, Cisne, tu lloro,
Consagrado á sus cenizas,

Al par que á Occitania hechizas
Con arpa de ébano y oro (*).
Asaz la antigua Tolosa
En dulce melancolía,
De tu fúnebre elegía
La voz oyó dolorosa.
Ya en el triste monumento,
Alzado orillas del Sena,
Melancólica resuena,
Cual fatídico lamento.
De Frieland y de Arcola
Al insigne vencedor,
Con bella ofrenda de amor
Realzaste la aureóla,
¿Qué mas ansía tu anhelo?
Ese merecido prez
En vida muy rara vez
Al vate dispensa el Cielo.
Ufano con tal blason,
Noble delicia del alma,
Descanse en tranquila calma
Tu generosa ambicion.
Cese la grata armonía
De tu canto celestial,
Mientras la gloria inmortal
Oyes de la Patria mia.
De la moderna Numancia
El cerco y defensa escucha;

(*) Alude á la magnífica composicion poética de Mr. Ducos, Secretario perpétuo de la Academia de Juegos floreales de Tolosa, publicada con motivo de la traslacion de las cenizas de Napoleon desde Santa Elena á los Inválidos: composicion, que el distinguido Poeta francés tuvo la amabilidad de remitir al Autor.

Heróica, sublime lucha
De la española constancia.
   Trofeo digno de Ossian,
Cuya voz acompañaba
El furor de la mar brava,
Y el rugir del huracan.
   De la sacra Poesía
Cante el Genio tanta hazaña,
Que perpetúa de España
La natural bizarría.
   En metro sonoro y grave
Describa audaz la victoria,
Que en las hojas de la historia
Por su grandeza no cabe.
   Y el que de Napoleon
Embelesa con el nombre,
Tambien se admire y asombre
Con los lauros del Nervion.
   Si proclamó sin segundo
Al de Córcega el destino,
Como el pueblo bilbaino
No se hallan dos en el mundo.
   Loor tribute á la villa,
De fortaleza modelo,
La Patria, el ínclito suelo
De Lanuza y de Padilla.
   Feliz su digno Cantor,
Cuyo timbre esclarecido
Vivirá por siempre unido
A tan invicto valor.
   Mi corazon, que no aspira
A tal dicha y honor tanto,
Le dedica el primer Canto,
Preludios de acorde Lira.
   Así el hijo, que en la losa
De olvidada sepultura

Llanto ofrece de ternura
Al padre, que allí reposa;
Ya que despiadada y ciega
Ostentoso mausoléo
A su cariño y deseo
Fortuna erigir le niega;
Guirnalda pura y modesta
Consagra de siemprevivas,
Que las auras fugitivas
Mecieron de la floresta.
Gratas, venturosas flores,
Que contra el tiempo inhumano,
Defiende con blanda mano
Alado enjambre de amores,

Al Sr. D. Juan Nicasio Gallego.

EPISTOLA 6.ª

Cuando en los campos fértiles del Turia
Anhelaban mis brazos por momentos
Estrecharte ardorosos; cuando alegre
Creí gozar los mágicos encantos
De tu amistad bondosa, muy mas dulces
Tras luengo plazo de cruel ausencia,
Me es forzoso partir. A Dios, Nicasio,
A Dios, amigo y padre, á quien mi pecho
Desde el primer latido, que sintiera
De su florido abril en los verdores,
Amó sincéro y respetó constante
Con ternura filial. Inesperado,
Fatal momento, que anubló sombrío
Mis apacibles dias de ventura,
Como las sombras de la noche eterna,
Que del rudo Lapon cubren el suelo,
Los brillantes colores de la aurora

Extinguen boreal. Ah! desde entonces
La risueña ilusion, consuelo grato
De mis dorados sueños, despiadada
Rehusa presidir mis lentas horas
De vigilia y martirio. La divina,
La inefable esperanza, don del Cielo,
Que en este valle de afliccion y muerte
Jamás en su dolor llora perdida
El mas infortunado de los hombres;
Yace muda en el fondo de mi frio
Despedazado corazon. No: nunca
A sus heridas, que perenne sangre
Vierten copiosa, aplicará tu mano
El bálsamo de vida, con que el hijo
De Samaría, la salud y fuerzas
Restituyó benéfico al postrado
Exánime viajero. Ya tu apoyo
No ha de prestar heróica fortaleza
A la inocencia vacilante y débil,
Cual en tiempo feliz, en que sediento
A tu seno de amor corrí buscando
El bienhechor y celestial rocío,
Que el fuego ardiente y la febril violencia
De las pasiones calma. Bajo el cielo
De la bella Edetania despejado,
Ya no abrirás á tu querido alumno
De la naturaleza el grande libro,
Para enseñarle á conocer el nombre
Del Supremo Hacedor. Ya por tu boca
Adoctrinado en los raudales puros
De la santa moral, que al hombre enseña
La verdadera ciencia de la dicha,
No beberá las saludables aguas
Mi labio juvenil. Las dulces tardes,
En que te oia dócil y embebido
Del veloz tiempo sin sentir las alas,

En la sima cayeron insondable
De la sombría eternidad, y nunca
Volverán á reirme. Todavía
Me estremece, oh dolor! con su recuerdo
La despedida aciaga, en que abatido,
A la ciudad famosa, cuyo nombre
Acompañan del Cid el nombre y gloria,
Entre sollozos mil di el postrimero
Amarguísimo á Dios. En el recinto
De sus antiguos venerables muros,
Impaciente aguardaba tu felice
Próximo arribo; al decretar, Nicasio,
La voluntad del Cielo rigurosa
Mi súbita partida. Así la tierna,
Cándida tortolilla, que el süave
Arrullo de su amado oye dichosa,
Al inflamar sus pechos primavera,
Corre veloz á la floresta verde,
Donde las rosas y auras y arroyuelos
Convidan al amor, y con sus himnos
Amor, *amor* en torno todo suena.
Mas en vez de los besos y caricias,
Que en su esperanza y su delirio goza,
Su próxima ventura ve atajada
Por cazador oculto, que sus ayes
Oyendo inexorable, la condena
A dura esclavitud. Esos vergeles,
Eterno asiento del abril florido,
A mis ojos de pena amortigüados,
Sus encantos ostentan y delicias
Por la postrera vez. Al rudo impulso
De la suerte cruel, que me arrebata,
Las plantas muevo, y sin hallar descanso
A las fatigas, ni al afan consuelo,
En las fragosidades de Pirene
Puedo tan solo reposar. Sus cuadros,

De tintas melancólicas, sombrías,
Gratos tal vez al ánimo afligido,
Ofrece aquí naturaleza agreste;
Infecunda á crear los halagüeños
De movimiento y vida paisages,
Con que el rio feliz, que de Valencia
Besa los muros en silencio humilde,
A mi vivaz risueña fantasía
Brindaba liberal. Por este oscuro,
De aspereza y horror confin ibero,
Caro Nicasio, tu agradable nombre
Resbala de mi boca entre suspiros,
Que en la esfera se pierden. Yertos prados
Nevadas cumbres, áridas llanuras,
Donde preside con adusto ceño
El invierno maléfico, cual reina
Entre tumbas el Génio de la muerte,
Oyen solo impasibles los quejidos
Que exhala mi dolor. El sol encubre
Entre nubes, que arrojan apiñadas
Nieve copiosa, azote del ganado,
Su brillante esplendor. Los altos pinos,
Gala de las vertientes y hermosura,
Ya en derredor no estienden su frondosa
Cabellera gentil. El yermo prado
Llora marchito su verdor, ajada
Su fresca lozania. Al delicioso
Balira de aguas puras, qne el vetusto
Regio solar, esclarecida cuna
De los Condes de Urgel, bañar solia
En murmullo apacible, cuando mayo
Sonreia á sus vegas; hoy enfrenan
En fugaz curso plateädos grillos,
Que opresora labró la despiadada
Rigurosa estacion. De frio mudas,
A la inclemencia yacen y temblando

Las aves, que hechizaron la arboleda
Con cánticos de amor. En los oteros,
De hielo coronados ya no saltan
Los tiernos recentales, que encerrados
En el redil suspiran macilentos
Por la grama del valle. Los pastores
Sobre el hogar, que de tostada encina
Con troncos y ramaje arde provisto,
Se apiñan al zumbar allá en los puertos
Horrísona ventisca, que furioso
Agita ronco el aquilon. Sin huella,
Que á mi dudoso pie sirva de guia,
A la muerte y la vida indiferente,
Yo solo errante voy desde la selva
Al alto monte y desde el monte al soto,
Embebida mi mente en los recuerdos
De dichas, que volaron. La tristeza
En mi pecho se ceba, como sierpe,
Que muerde encarnizada, hasta que espira
Su víctima infeliz. A cada instante,
De mi postrer suspiro el trance veo
Amagarme de cerca. La alegría
Candorosa, inocente del sencillo
Habitador, que en la campiña mora,
Acrece mi agonía. La luz bella
Aborrecen mis ojos, insensibles
A sus dulces encantos, que radiosos
Dan vida al mundo y variedad. Del bosque
Por la sombrosa y lóbrega espesura,
En buscar me complazco solamente
Imágenes de luto. El tierno lloro,
Bálsamo dulce en las amargas penas,
No ya de mis pupilas fácil brota,
Agotadas en mí del sentimiento
Las fuentes saludables. En los libros,
Amigos fieles, que solaz al hombre

Dan tan süave, desgraciado al verle,
Ya no encuentro el recreo, las delicias,
Que prestarme benéficos un tiempo
Solian á tu lado. Las amables
Hijas del canto, celestiales musas,
Que mi ruego jamás han desoido,
Me abandonaron para siempre. Tantas
Las desventuras son, dulce Nicasio,
Que á la vez empozoñan la existencia
De tu alumno infeliz. Tus paternales
Consejos, que mi norte en las borrascas
Y en mis quebrantos lenitivo han sido,
Tan solo de consuelo alguna gota
Derramar pueden, que eficaz suavice
De tan rudos pesares el acibar.

El amor fugitivo.

(*Traduccion del Tasso.*)

Yo que en el tercer cielo
Presido, como reina y como diosa,
He descendido al suelo;
Y con afan prolijo
Busco al Amor mi fujitivo hijo.
Ayer mientras jugaba
En mi seno materno recostado,
Sacando de su aljaba
Agudo arpon dorado,
(Ignoro si fué error, ó fué malicia),
Me traspasó el costado.
Por temor del castigo,
Huyó despues de la presencia mia,
Y no sé todavía,
Qué lugar de los orbes le dió abrigo.
Cual su madre que soy tierna y sensible.

Hice por encontrarle
Cuanto me fué posible.
Mi cielo recorrí de parte á parte:
Le busqué diligente
Por la esfera de Marte.
¿Qué planeta luciente
Escapó á mi anhelar? Mas de su huella
No hallé vestijio en la region aquella.
Por eso me dirijo
A vosotros, pacíficos mortales,
Entre quienes vivir suele mi hijo,
Para saber si ahora
En esta tierra el fujitivo mora.
  Seductoras mugeres,
No entre vosotras encontrarle espero;
Porque si bien fugaz volando en torno
De vuestro rostro mágico hechicero,
Con los blondos cabellos jugar suele,
Que vuestro orgullo son y vuestro adorno,
O tal vez mas tranquilo,
De vuestra compasion toca á la puerta,
Demandando un asilo;
No hay una, que acogida
Quiera darle en su pecho,
Donde solo el rigor tiene cabida.
  Entre damas buscarle fuera en vano:
Con hombres el rapaz sin duda vive,
Que el sexo varonil es tan humano,
Que en su casa al Amor siempre recibe.
Manifestadme dónde
Mi Cupido se esconde.
Al dichoso mortal, que me lo diga,
Un beso el mas süave,
Que en mi ternura cabe,
Mi boca en galardon á dar se obliga.
Mas quien me lo trajere

Del destierro, que sufre voluntario.
Otra merced espere,
La mayor, que dispensa
El poder de Ciprina estraordinario;
La libre posesion del reino mio
Le fuera menos grata recompensa.
Escuchad mi solemne juramento,
Al prometeros por la negra Estigia,
A mi palabra dar fiel cumplimiento.
¿Nadie empero responde?
¡Nadie ha visto á Cupido!
Acaso entre vosotros el taimado
Vive desconocido,
Sin alas en sus hombros,
Sin las flechas fatales,
En que cifra su gloria:
El carcax ya depuesto,
Y el arco tan funesto;
En fin, sin los arreos de victoría.
Mas daré señas tales,
Que podreis conocerle fácilmente,
Aunque ocultarse con empeño intente.
Por su estatura y su infantil semblante,
Bien que en astucia y en edad ya viejo,
Parece á un rapazuelo semejante.
Con amable despejo,
Trevesea cual niño bullicioso,
Sin encontrar momento de reposo.
Sus juegos y donaire y complacencia
Parecen de la edad de la inocencia;
Mas de su trisca nace y su contento
El ingrato amargor del escarmiento.
Fácilmente se irrita,
Fácilmente se aplaca, y en un punto
En su cara bonita
Se ven la risa y lloro, todo junto.

Sus dorados, undívagos cabellos,
Imágen son de aquellos,
Con que suelen pintar á la Fortuna:
Al coronar las sienes, largos, bellos,
Mas si la espalda vuelve,
Asirle no podreis de crencha alguna.
De sus frescas mejillas
La color sonrosada es fuego, que arde,
Y en su frente domina la impudencia,
De procaz osadía, haciendo alarde.
Siempre intencion traidora
Hay en sus ojos, que al soslayo miran
Con risa engañadora;
Y si versatil las pupilas mueve,
A mirar con franqueza no se atreve.
En voces prorumpir, tal vez truncadas,
Acostumbra su boca
Mas que la miel hiblea azucaradas.
Lisonjas y caricias femeniles
Sus palabras endulzan,
Tan claras y espresivas cual sutiles.
Sus labios cuando rien seductores
Fraude ocultan indigna,
Cual entre verdes hojas y entre flores
Suele esconderse víbora maligna.
Tímido, suplicante,
Con humilde semblante
En la primer visita,
Un albergue, cual pobre viandante,
Por merced y por gracia solicita.
No bien empero asilo se le ofrece,
Tanto se ensoberbece,
Que no sería dable
Su orgullo tolerar insoportable.
Con necio desvarío,
Del corazon las llaves solo él quiere

Tener en absoluto señorío:
Y tal dominio adquiere,
Que despidiendo antiguos poseedores,
Se empeña en fomentar nuevos amores.
A la razon oprime
Con su yugo inhumano,
Imponiendo preceptos á la mente;
Y cruel y tirano
El que anuncióse huesped inocente,
Persigue y mata impío
Al mísero, que intenta
Contrariar su despótico alvedrío.
Ya que con señas tales,
Conoceis sus costumbres y sus juegos;
Si aquí tal vez le alberga su malicia,
Acceded á mis ruegos,
Y del sitio en que está dadme noticia.
Pero seguís callando? Por ventura
Quereis oscurecerlo á mi ternura?
Sabed pues, que al Amor tener oculto
Es estraña locura.
Él mismo á conocer se da muy luego
Por la lengua y los ojos del amante,
Despidiendo centellas de su fuego.
Desde hoy os vaticino
El infeliz destino
Del insensato, que en su seno encubre
Mortífera serpiente;
Que al fin ensangrentado la descubre,
Lanzando gritos de furor demente.
Puesto que Amor no habita en este suelo,
Antes que de la luz á las mansiones
Me vuelva en raudo vuelo,
Recorreré del mundo otras regiones.

A Ntra. Sra. al pie de la Cruz.

ELEGÍA.

Ya que desamparada de los hombres
Y hasta del mismo Cielo,
Llorais vuestra orfandad y desconsuelo,
Desolada Señora;
Permitid compasiva os acompañe
El triste pecador, que tambien llora.
Dadme que vuestros pies humilde bañe
Con emociones de filial ternura,
Sin rechazar, benéfica María,
Mi torpe indignidad, mi boca impura.
Dadme, sí, que en el polvo prosternado
Considere el martirio, la agonía
De vuestro corazon despedazado,
Y arderá en vuestro amor el alma mia.
El Cordero inocente,
Que del seno del Padre á lavar vino
De su costado en el raudal divino
Al humano linaje delincuente;
El inefable Verbo,
Que para abrir las puertas eternales,
Escojió al humanarse como siervo
Vuestras castas entrañas virginales;
De la Cruz inmolado ya en el ara,
Yace ahora sangriento
En vuestro dulce maternal regazo,
Y al estrecharle en entrañable abrazo,
Acreceis mas y mas vuestro tormento.
En un mar anegada de amargura
Contemplais, ó María,
Esa víctima pura:

Mas al ver el estrago,
Con que la rabia de Israel impía
Lastimó su inocencia,
Desviais de sus miembros destrozados
Los ojos con violencia:
Los ojos inflamados,
Que fijos en el cielo justiciero
Con silencio profundo,
De un ¡ay! interrumpido lastimero,
Cúlpanle al parecer el abandono,
En que espirára el Salvador á manos
De seres inhumanos,
Ciegos de saña y de implacable encono.
El áspero madero
Con la reciente sangre matizado,
Que el cándido Cordero
Por la estirpe de Adan ha derramado,
Es de vuestra cabeza el solo apoyo
En el frio letargo,
Que os hiela los espíritus vitales,
Y en vez de dar alivio á vuestros males,
Fomenta, ¡ó Dios! vuestro dolor amargo.
La corona de espinas,
Que taladró las fibras delicadas
De sus sienes divinas;
Los clavos penetrantes
Que rasgáran las manos, creadoras
De la tierra y los cielos rutilantes;
La despiadada lanza,
Que en su costado santo abrió la herida,
Orijen de salud, fuente de vida,
Que restituye al mundo la esperanza;
Todos cuantos despojos
A su pasion sirvieron este dia,
Todos á vuestros ojos
Ahora están patentes:

Y todos á porfía
Vuestro pecho traspasan inclementes.
A los umbríos pálidos reflejos,
Que el macilento Sol despide apenas,
La corte de David allá á lo lejos
Solitarias descubre sus almenas.
Mirais, afligidísima Señora,
Aquel horrible y fúnebre recinto,
Y os embisten crueles nuevas penas.
¡Qué mucho empero! Recordais ahora,
Que en la ciudad un tiempo de los justos,
Para absolver la raza pecadora,
En inícua sentencia
Ha sido condenada la inocencia.
De alados paraninfos esos coros,
Que del dulce Jesus el nacimiento
Celebraron sonoros
Con cánticos de júbilo y contento;
Hoy su rostro cubierto con las alas,
Por no ver horror tanto,
Del divino cadáver sin consuelo
Vagan en torno derramando llanto;
Y su amoroso duelo,
Y su dolor prolijo
Las lágrimas sin término acrecientan
Con que el cuerpo bañais de vuestro Hijo.
Madre del infortunio,
De la inmortal Sion Virgen sagrada,
Todo arrecia la horrísona tormenta
Do fluctuar os veo consternada.
La creacion lamenta
La muerte de Jesus. El Sol fallece,
Y la noche enlutada se presenta.
La tierra con espanto se estremece;
Reluchan los furiosos aquilones,
Sacudiendo en su empuje las montañas,

Que servian de techo á sus prisiones.
Brama el mar iracundo,
Ábrense los sepulcros: los peñascos
Con fragor se quebrantan: hoy el mundo
A su caos primero
De grado volver quiere,
El gemido escuchando postrimero
Del Redentor, que por el hombre muere.
Enmudece de espanto, ó lira mia,
Cuando naturaleza
Pregona en plañideros alaridos
Su sombrío terror y su tristeza.
En flores de sepulcro convertidos
Tus adornos de rosa y azahares,
El acento suspende melodioso:
Que con silencio humilde y religioso
Mas que en dulces cantares,
Plugo al cielo benigno concederte
Acompañar en tan funesto dia
Del buen Jesus la dolorosa muerte,
La soledad y angustias de María.

Clemencia Isaura.

(*Traduccion de Florian.*)

Allá en Tolosa vivia
Clemencia Isaura la bella:
Lautrec penaba por ella,
Y al joven correspondia
La apasionada doncella.
Mas sus padres inflexibles
Reprobaban este amor:
Siempre tamaño rigor
Sufren las almas sensibles,
Nacidas para el dolor.

Alfonso, padre cruel,
Daba á Clemencia otro esposo,
Y humilde á los pies de aquel
Con acento doloroso
Decia la amante fiel:
«Tu cólera inmerecida
»Verá pronto fenecida
»Mi existencia de afliccion;
»O Padre! tuya es mi vida,
»De Lautrec mi corazon.»
El viejo, á quien la venganza
Mueve mas que la ternura,
A la joven sin ventura
Cargada de hierros lanza
En una carcel oscura.
Lautrec, que escita su saña
Fijo al pie del torreon,
Con sus lágrimas lo baña;
Cual ruiseñor, que acompaña
A su amada en la prision.
Oyendo en noche sombría
Del tierno amante la voz,
La prisionera corria
Hácia las rejas veloz,
Y sollozando decia:
«Calma, amor mio, tus penas,
»Que acrecen estas almenas,
»Y nunca dudes de mí:
»¿Qué me importan las cadenas,
»Si las arrastro por ti?
»Sea en tan oscuro abismo
»La esperanza nuestro norte.
»Ve de Felipe á la corte:
»Quizá al saber tu heroismo,
»Nos patrocine y conhorte.
»Este ramo de tristeza

»Recibe por despedida:
»El es la sola fineza
»Que en su abandono y pobreza
»Puede ofrecer tu querida.
  »La viola me dió el color;
»La humilde mosqueta es
»Mi mas apreciada flor;
»Y en la caléndula ves
»Retratado mi dolor.
  »Con mis besos y mi lloro
»Empapadas estas flores,
»Que son mi solo tesoro,
»Recuerden al bien, que adoro,
»Nuestros fatales amores.»
  Mas ay! Alfonso aparece,
Cuando la doncella ofrece
El ramillete al amante;
Y con paso vacilante
El joven desaparece.
  Esperando tornar luego,
De París toma el camino,
Exhalando de contino
En sus gemidos de fuego
De Isaura el nombre divino.
  Bien pronto el rumor de guerra,
Sonando de sierra en sierra,
Sus oidos viene á herir;
Pues ya empezó á combatir
El campeon de Inglaterra.
  Lautrec á la lid gloriosa
Desalado retrocede,
Cuando vé, que de Tolosa
La hueste mas valerosa
Ante el enemigo cede,
  Un caballero resiste,
Que á perecer va al instante;

El Padre de Isaura triste,
En cuyo auxilio el amante
Al fiero contrario embiste.
Escuda y salva al anciano
Lautrec con su cuerpo mismo,
Mas lo hiere cruda mano,
Cuando al vencedor britano
Rechazaba su heroismo.
La herida, oh Dios! es mortal,
Y en el campo del honor
Su aliento exhala vital,
Al viejo, autor de su mal,
Diciendo así con dolor:
«Cruel Padre de Clemencia,
»Tu constante resistencia
»La bendicion me negó:
»Mira cuál me vengo yo....
»Muero y salvo tu existencia.
»Pues ves, que infeliz espiro,
»Oye mi súplica al menos,
»Y á Isaura por quien deliro,
»Vuelve sus dias serenos,
»Lleva mi postrer suspiro.
»Con sangre de mis heridas
»Dale esas flores teñidas,
»Que fueron, ay! mi embeleso:
»Mas deja, que humedecidas
»Sean con mi último beso.»
Diciendo así, falleció:
Traspasado de amargura
El ramo Alfonso tomó,
Y á participar marchó
A su hija tal desventura.
Poco despues la cuitada
Del dolor atormentada,
Viendo su funesta suerte,

El testamento de muerte
Escribió con mano helada:
Mandando recompensar
Cada año con las tres flores
A los dignos trovadores,
Que supieran lamentar
Tan desgraciados amores.
Porque de oro el premio fuera,
Legó bienes de fortuna;
Y sin omision alguna
Cumple su manda postrera
Tolosa, que fue su cuna.

Defensa de Bilbao.

RASGO ÉPICO.

Ruine sí, ma servitú non mai.
PASTORINI.

Pueblo inmortal, que en digno monumento
De la gloria en el templo resplandeces,
Si á tu Cantor con generoso aliento
Y férvido entusiasmo favoreces,
Tu renombre al impulso de mi acento
Volará laurëado, cual mereces,
Desde el Archanda fértil, que el mar baña,
Hasta el confin, antípoda de España.

Brillaba ya el momento en que las Horas,
Precediendo del Sol á los bridones,
A completar venian veinte auroras,
Desde el dia, que intrépidas legiones,
Con máquinas de guerra atronadoras,
Y de Carlos alzando los pendones,
Cercaron á la *Reina de las villas*,
Que del Nervion impera en las orillas.

La que fué, por su bella arquitectura,
De perfeccion artística modelo,
Imágenes deformes de negrura
Solo presenta en su incendiado suelo.
Con lágrimas Iberia de amargura
Mil plegarias dirije al alto Cielo,
En sangre de sus hijos viendo tinto
Del noble pueblo el infeliz recinto.

El Genio de la bárbara venganza,
Respirando rencor y saña impía,
Sus crueles instintos de matanza
A guisa ceba de infernal arpía.
Gemidos de dolor en vano lanza
El mísero mortal en su agonía;
Que al implacable mónstruo no enternece
La triste muchedumbre que fenece.

En la risueña y mágica llanura,
Verjel de las cantábricas regiones,
Que ostentó de la activa agricultura
La mies dorada, los opimos dones,
Infundiendo en el ánimo pavura
Blanquean militares pabellones,
Que guardan de Discordia el férreo trono,
Do se inflaman los rayos de su encono.

Las quintas, delicioso apartamiento,
Pintoresca mansion, encantadora,
En que el amor un dia y el contento
Con la paz habitaron bienhechora;
Acometidas con furor violento,
Al grito de la guerra asoladora,
Su apacible silencio profanado,
Son el asilo de feroz soldado.

La ribera de flores y verdura,
Ya trasformada en aridez ingrata,
El triste cuadro y fúnebre pintura
De cementerio lúgubre retrata.
Las bellas alamedas de frescura,
Que con su sombra convidaron grata,
Voraz incendio súbito devora,
O la segur arrasa destructora.

De sangre entre regueros humeante
Cadáveres se ven amarillentos,
Pasto ofreciendo fácil y abundante
De rapiña á los pájaros hambrientos.
Ya bandada carnívora y rapante
De la region se lanza de los vientos,
Y del hombre se ceba en los despojos,
A quien la Muerte ayer cerró los ojos.

Despiertan aves de fatal agüero
Á Zumalacarrégui, que acaudilla
Ejército escogido, y altanero
Con la esperanza de rendir la villa.
Y apenas el bellísimo Lucero,
Del Alba precursor, fúlgido brilla,
El adalid á sus falanges llama,
Y con voces enérgicas exclama:

«¿Hasta cuándo, soldados, esos muros,
»Que del Cristino improvisó la diestra,
»De tierra construidos, mal seguros,
»En pie subsistirán con mengua nuestra?
»¿Preferiremos vegetar oscuros,
»A demandar en pública palestra
»Satisfaccion solemne del ultraje,
»Con que al rey se le niega vasallaje?

»Vosotros, que al indómito enemigo
»Supísteis arrollar en tantas lides
»A pecho descubierto, sin abrigo
»Contra su artillería y sus ardides;
»¿Olvidaréis, que el orbe es ya testigo,
»Hijos de los Abarcas y los Cides,
»Que el indefenso pueblo bilbaíno
»De la victoria nos cortó el camino?

»Ya veinte veces la gentil aurora
»Nos vió invadirle por la cumbre y llano;
»¿Y de la gloria al árbol hasta agora
»Arrancó ni una rama nuestra mano?
»Su obstinacion, que tanto nos desdora,
»Contrastad con arrojo sobrehumano,
»Si deseais, cual realistas fieles,
»El mas digno lograr de los laureles.

»Plantad en sus almenas los pendones,
»Que osásteis desplegar como valientes,
»Y gozosos vereis á las naciones,
»Con nosotros tal vez indiferentes,
»Al mejor saludar de los Borbones,
»Entre vivas de júbilo fervientes:
»¡Por qué no lució ya tan fausto dia,
»Cual Iris de ventura y de alegría!

»Sus, sus; ¿qué os deteneis? A la pelea,
»Pues heroismo en vuestros pechos arde:
»Hoy vuestro gefe con orgullo os vea
»De intrepidez cual siempre hacer alarde.
»Sus, sus. El luminar de Citerea,
»Cuando alegre las sombras de la tarde,
»Convidando al reposo y los amores,
»De ese pueblo os contemple ya señores.»

Dice el caudillo, y súbito retumba
De clarines belísona armonía,
Cual vendabal estrepitoso zumba
Por las concavidades de la umbría.
Estruendo funeral, que abre la tumba
En este de dolor sangriento dia
A tantos hijos de la madre España,
Que se destrozan con terrible saña.

Al discorde rumor del campamento,
Que tremola de Carlos la bandera,
La plaza respondió con ronco acento
De sonorosa música guerrera.
Ecos aciagos, que dilata el viento
A los cerros, al bosque, á la ribera,
Cual fatídicos tristes precursores
De muerte y luto y orfandad y horrores.

A la voz grata del civismo ardiente,
Que el sueño de los párpados destierra,
Forma en columna la briosa gente,
Que la villa en sus ámbitos encierra:
El Conde Mirasol cabalga al frente,
Asemejado al Númen de la guerra,
Que blandiendo terrífico su acero,
Allá en la noche contemplaba Homero.

Cual caballero joven, que se apresta
A lucir su destreza y gallardía
De torneo magnífico en la fiesta,
Palenque del amor y la alegría,
La falange á morir siempre dispuesta,
Así muestra su calma y sangre fria;
Y el general ufano, que la rije,
Estas nobles palabras le dirije:

»El defensor leal de la Inocencia,
»Vástago del augusto Recaredo,
»¿Necesitó jamás, que la elocuencia
»Le infundiese magnánimo denuedo?
»Tras heróica y sublime resistencia,
»¿Con mis palabras exhortar yo puedo
»A legion valerosa, que me escucha,
»Cuando afrontar ansía nueva lucha?

»Hueste contraria por la corva orilla
»Ya del Nervion amenazando viene
»Arrebatar el cetro de Castilla,
»Y ahogar la libertad, que lo sostiene.
»Mas la constante y denodada villa,
»De patriotismo manantial perenne,
»Cual fiel imitadora de Numancia,
»Abatirá su orgullo y su arrogancia.

»Sí, noble capital, ante los pechos,
»Que custodian leales tu recinto,
»Debelados caerán, rotos, deshechos,
»Los que osan proclamar á Carlos Quinto;
»Y los fueros antiguos, los derechos,
»Que perdió el español en sangre tinto,
»Renaciendo con verde lozanía,
»Será la Iberia lo que fué algun dia.

»Entonces la nacion, de tu victoria
»Cogiendo rico y abundoso fruto,
»En las páginas bellas de su historia
»Te dará agradecida por tributo
»Alto recuerdo de sublime gloria,
»Que á los tiranos cubrirá de luto:
»A la lid, pueblo invicto; corre, vuela
»De libertad al nombre y de Isabela.»

¿Vísteis exhalacion, que en noche oscura
Súbito cruza por la azul esfera,
Sulco esplendente de su lumbre pura
Dejando tras su rápida carrera?
O bien en la pinífera espesura
¿Vísteis brillando gigantesca hoguera,
Que propagada al valle y la colina,
Horizonte vastísimo ilumina?

Así al hablar el animoso Conde,
El patriotismo eléctrico se inflama,
Y entusiasta el soldado corresponde
A las palabras, que vertió de llama.
El fuego, que en el ánimo se esconde,
Por los ojos y boca se derrama,
Y *Libertad y Reina* de consuno
Exclaman todos, cual si fueran uno.

El cañon, el cañon con su estampido,
A todo generoso sentimiento
Dejando el corazon endurecido,
Del sitiador anuncia el movimiento.
El ejército avanza reunido;
Retiembla de la villa el pavimento;
Y el pueblo, sin temor ni sobresalto,
Las amenazas oye del asalto.

Semejante al copudo añoso pino,
Que lozano y erguido persevera,
A pesar del furioso torbellino,
Que maléfico arrasa la pradera;
Con noble continente el Bilbaíno,
Imperturbable aguarda en la trinchera
Al enemigo, á quien, la escala en mano,
Tan animoso ve, como cercano.

Retumban á la vez mil proyectiles,
Estallando en la plaza atronadores,
Que desprecian las almas varoniles
De aquellos indomables moradores.
A la granada y bomba los fusiles
De los desapiadados invasores
Acompañan con fuego sostenido,
Jamás por el descanso interrumpido.

Se desploman aqui modestos lares
Que habitó la virtud y la inocencia;
Arden allí los templos, los altares
Do culto recibió la Omnipotencia;
Allá los capiteles y sillares
Cayeron del alcazar con violencia;
Y las plazas y calles bilbaínas
Son un monton de escombros y rüinas.

El defensor con entusiasmo entona
De patriótico ardor himno guerrero;
Himno, que amor de libertad pregona
Y horror inspira al despotismo fiero.
En el Circo, Larrínaga y Mallona (*)
Dispara al escucharlo el artillero;
Y el fuego de sus hórridos cañones
Destroza los contrarios batallones.

Otra y otra columna los reemplaza,
Que sostiene el obús de Miravilla,
Y sus briosos ímpetus rechaza
Escuadron de la Reina de Castilla.

(*) Los bilbainos tenian sus baterías en el Circo de Begoña, Larrínaga, Solocoeche y Mallona; y los carlistas en los puntos de Miravilla, camino real de Munguía y Begoña.

Vuelven con furia á combatir la plaza,
Viendo caer sobre la triste villa
Un turbion de metralla y bombas ciento,
Que sacrifican víctimas sin cuento.

A la ruda esplosion de oculta mina,
Escollo en que el valor tal vez se estrella,
Parece ya á su fin estar vecina
La poblacion del Cántabro mas bella.
En medio á tal horror y tanta ruina,
El defensor imperturbable huella
La tierra, que comienza á hundirse á trec hos
Sin que desmayen los heróicos pechos.

Como el granizo, que disipa en breve
Del mísero colono la esperanza,
O cual ventisca de copiosa nieve,
Que airado el noto sobre el campo lanza,
El plomo destructor silbando llueve;
Mientras, cual sierpe cautelosa, avanza
Adversaria legion, que torva acecha
En el endeble muro abierta brecha.

La luz robando al apacible dia
El humo, que funesto se levanta,
La pavorosa oscuridad umbría
Niega á los ojos dirigir la planta.
Entre las sombras, con guadaña impía,
Aterrador espectro se adelanta,
Y el acero con rostro alza tranquilo,
De vidas cien y cien cortando el hilo.

Delante de la villa, los montones
De lívidos cadáveres, el paso
Obstruyen á las cántabras legiones,
Estremecidas del cruel fracaso.

Entre desesperadas convulsiones,
Soplo vital conservan aún escaso
Infortunados mil, que en tanto duelo
No reciben alivio, ni consuelo.

Al defensor no menos horroriza (*)
La sangre malograda y generosa,
Que las aras, los túmulos matiza,
Y humea por las calles y rebosa.
Guerra de maldicion! Bárbara liza,
Que la naturaleza ve llorosa;
Pues, á los tigres escediendo hircanos,
Se destruyen hermanos con hermanos,

Muere Pereira y otros campeones (**)
Sin exhalar un ¡ay! su yerta boca;
Y á la par de ellos el gallardo Mones,
Cuando ya del sepulcro el borde toca,
Entre filiales tiernas efusiones
El dulce nombre de su Patria invoca:
Candor, talento y juventud florida
Al confin le acompañan de la vida.

(*) Entre los muchos que fueron heridos, merecen especial mencion el coronel D. Baudilio Mallol, comandante del regimiento de Almansa; el teniente coronel de artillería D. Manuel Gutierrez Bustillo; el capitan graduado D. Francisco Tejada; los tenientes de voluntarios de Valencia D. Ramon Soler, D. Antonio Carballez y D. Juan Bautista Pascual; los subtenientes del mismo cuerpo D. Manuel María Peñaranda, D. José María Casati, y el capitan de nacionales D. Pedro Jane.

(**) El coronel D. Miguel Cheli, segundo gefe del Circo, recibió un balazo en el brazo izquierdo, del que murió poco despues. D. Tomás Mones, capitan de artillería, pereció en la batería de Solocoeche, y en la del Circo D. José Pereira, capitan graduado del Príncipe. Tambien murieron D. Gregorio Gonzalez, teniente de voluntarios de Valencia, y D. Agustin Dominguez, subteniente del mismo cuerpo.

Cayó Patrikc, en quien legion britana (*)
Su noble orgullo y esperanzas funda,
Por sostener en la nacion hispana
El trono augusto de Isabel Segunda.
Al sucumbir, como la flor temprana
Por la saña del ábrego iracunda,
Hácia Albiön desfallecido mira,
Y el digno paladin, gime y espira.

De sonrosada tez, rubio cabello,
Albo como la nieve y el armiño,
Muy mas que el hijo de Citeres bello,
Contemplad, si podeis, mísero niño.
Al abrazarse al amoroso cuello
De la adorada madre en su cariño,
Sucumbe repitiendo: madre, madre!
De bala impía, que lanzó su padre.

Del justo con la paz débil anciano
En triste soledad su fin espera,
Al Árbitro rogando soberano
Por el hijo, que sigue otra bandera.
¡Hijo infeliz! Con sosegada mano
Aplica el botafuego en la tronera,
Y al autor de sus dias crudo hiere,
Y el viejo en su dolor perdona y muere.

Ciegos del humo y polvo, que domina,
Y mas por el ardor de la batalla,

---

(1) «El capitan inglés James Patrikc pertenecia al vapor *Reina* »*Gobernadora*. Al dia siguiente á su fallecimiento se le hicieron »con la mayor pompa y solemnidad los honores fúnebres, asis»tiendo las autoridades civiles y militares. El alcalde D. Juan »Ramon Arana colocó una corona cívica de laureles sobre el »ataud, que encerraba tan preciosos despojos.» (Memoria historia de D. Sotero de Goicoechea, publicada en Bilbao.)

Con la saña embestirse mas ferina
Dos jóvenes mirad cabe la valla.
Del corazon les habla voz divina;
La lid empero su lenguaje acalla,
Y mueren á la vez. ¡Cruel fortuna!
Juntos la madre los meció en la cuna.

Crece el clamor marcial y el ronco estruendo,
La desesperacion, la rabia aumenta,
Y lares y basílicas ardiendo,
Con esplosion derrúmbanse violenta.
El suelo tiembla al ímpetu tremendo
De comprimida mina, que revienta,
Y agrandando las llamas su dominio,
La confusion propagan y esterminio.

Sobre las destrozadas aspilleras
Inmovil como estátua el bilbaíno,
A las legiones, que arremeten fieras,
Su corazon opone diamantino.
En sus manos, tan firmes cual certeras,
Flamean con estrépito contino
Los rayos de la muerte, á cuyo estrago
De sangre ¡ay! española corre un lago.

Desfallece el valor, falta el aliento
Del sitiador tenaz, que desespera
A la villa vencer con su ardimiento,
Gloria, que en su ilusion fácil creyera.
A la vista cruel del escarmiento,
Hasta el caudillo por la vez primera
Desconcertado queda, irresoluto,
Viendo de tanto afan perdido el fruto.

Su rostro melancólico y sombrío,
Su silencio fatídico, su calma,

En vez del fuego y entusiasmo y brio,
Que supo desplegar su grande alma,
Revelan ya que el desengaño frio
Acaba de agostar la noble palma,
Con que esperaba laurear su frente,
Al pueblo domeñando mas valiente.

Señala ruboroso con el dedo
Los blancos y seguros pabellones,
De que con tal bravura y tal denuedo
Salieron á la aurora las legiones.
Helados al presente por el miedo,
Con sorpresa al sentir sus corazones,
El ejército mudo se retira,
Y la villa magnánima respira.

Escogida falange valerosa (*),
Que al ilustre Araoz constante sigue,
Temiendo en su impaciencia impetüosa,
Que otra columna al adversario hostigue;
Los fujitivos pertinaz acosa,
Y con arrojo tanto los persigue,
Que á encerrarse los fuerza, mal su grado,
En el próximo campo atrincherado.

El astro de la luz, que tierra y cielo
Con sus puros destellos hermosea,
Por no mirar el agitado suelo
En que el pendon de la discordia ondea,

(*) Los sitiados hicieron dos salidas por la puerta de San Agustin. Las trincaduras Infanta y Veloz protejieron la marcha, teniendo que abrirse paso por una ria estrecha, y cuyas orillas se hallaban erizadas de carlistas. El coronel D. Miguel Araoz mandaba la fuerza que salió de la plaza.

Con densas nubes, con tupido velo
Su disco brillantísimo sombrea,
Y corre á iluminar otro hemisferio,
De la paz y virtud amable imperio.

Llega la noche, y con su negro manto
Súbito cobijando el ancho mundo,
Á los clamores de dolor y espanto,
Al estruendo de guerra tremebundo,
Cual si influyese celestial encanto,
El sosiego sucede mas profundo:
Tranquilas horas de solemne calma,
En que de tanto afan descansa el alma.

Tranquilas horas de ventura y gloria,
De víctores, aplausos y loores,
En que ornados con lauros de victoria
Los alegres invictos defensores,
Himnos escuchan de inmortal memoria,
Con que cien melodiosos trovadores,
Respondiendo á la voz de damas bellas,
Elevan el triünfo á las estrellas.

Ruedan las copas de espumoso vino;
Se repiten los brindis á porfía,
Libertad, *Isabel*, el bilbaíno
Exclama en el ardor de su alegría.
Á su entusiasmo inspirador, divino,
Ni el frio mármol resistir podria:
Libertad, *Isabel*, repite el viento,
Libertad, *Isabel*, el firmamento.

El apacible néctar de las vides
Les brinda con dulcísimo reposo,
Anhelado solaz, tras fieras lides,
Tras tanto padecer, goce sabroso.

Así el membrudo y vigoroso Alcides,
De su amada en el seno delicioso
Las fuerzas recobrando colosales,
Dió cima á sus trabajos inmortales.

El Genio, que preside al blando sueño,
Reparador de afanes y cuidados,
Su bálsamo derrama de beleño
En los ojos de gefes y soldados.
Desarrugado de la frente el ceño,
Todos, todos descansan arrullados
Por la paz y silencio. Solo vela
En torreon antiguo el centinela.

El memorable pueblo adormecido
De sosiego en el mágico regazo,
Encubriendo en las sombras del olvido
Su bélico furor por breve plazo,
Se parece á leon, cuyo rugido
Al numida feroz desarma el brazo,
Y generoso y tierno se abandona
Al dulce halago de su fiel leona.

De la playa no lejos ya desierta,
Do el mar enfrena su imponente ira,
La hueste de Don Carlos, muda, yerta,
Ni se rebulle apenas, ni respira.
Solamente la voz lanza de alerta
Explorador, que vigilante mira
Á la vislumbre de la opaca Febe,
No bien el aura los arbustos mueve.

La nocturna quietud blanda y serena
Interrumpen tal vez lentos gemidos,
Que, postrados, exhalan por la arena
En mísero abandono los heridos.

¡Desventurados! en tamaña pena,
Los ojos levantar ya oscurecidos
En vano intentan, demandando al Cielo
La paz de los sepulcros por consuelo.

Su fugaz esperanza viendo muerta
Meditabundo el sitiador caudillo,
De blanco pabellon yace á la puerta,
Sobre la piel de montaraz novillo.
Cuando en su mente empero se despierta
De cien victorias el pasado brillo,
Que auguraba á Don Carlos la diadema,
Lágrima ardiente su mejilla quema.

En el cruel y roedor tormento,
Que le muerde cual aspid y le aterra,
Solo ansía ocultar su vencimiento
En la fragosidad de agreste sierra.
Maldiciendo mil veces el momento,
En que á la villa declaró la guerra,
De la alborada, á sus deseos tarda,
Los puros rayos impaciente aguarda.

Sucumbiendo al cansancio y la fatiga,
De sus párpados graves el desvelo
Morfeo aleja con su mano amiga,
Derramando en su pecho almo consuelo.
Consuelo, que aunque breve, al fin mitiga
El amargor ingrato de su duelo;
Pues el feliz y el hombre sin ventura
Iguales son mientras el sueño dura.

No bien duerme tranquilo, se presenta
A su enferma exaltada fantasía
Imágen melancólica y sangrienta
De severa mirada y faz sombría.

En su frente aparece amarillenta
Retratado el dolor y la osadía;
Y su voz desatando amenazante,
Así dice con tétrico semblante:

«¡Será, será que sin rubor desista
»De noble empeño, que arrojado emprende
»Caudillo del ejército carlista,
»De quien el triunfo de su Rey depende!
»Antes que renunciar á esa conquista
»Fogoso ardor en el soldado enciende,
»Pues ya dicen sus hechos peregrinos,
»Que merece lidiar con bilbaínos.

»Torna veloz á la marcial refriega
»Con nueva fuerza y estusiasmo nuevo,
»No bien maticen del Nervion la vega
»Las blandas luces del riente Febo.
»Su vigoroso temple así desplega
»Aquel valiente, á quien mirar yo debo
»Cual compañero fiel de mis campañas,
»Como ilustre rival de mis hazañas!

»Sojuzgar á la gente bilbaína,
»Cumplir del Rey la voluntad espresa,
»Libertar del error á quien se obstina,
»Mudo al orbe dejar con la sorpresa,
»Las aras defender y ley divina,
»Digna es de tu valor tan grande empresa;
»Empresa de alto prez! ¡Por qué á mi anhelo
»Por ella combatir denegó el Cielo!

»Dichoso tú.... La fulminante espada
»Tu noble diestra desenvaine al punto,
»Y atónita la villa y asombrada
»Sienta el golpe y amago, todo junto.

»Caiga á tus pies vencida y humillada
»La rival orgullosa de Sagunto;
»O, si el severo Cielo así lo quiere,
»Cual monárquico fiel pelea y muere.

—»Sí moriré, gritó con voz de trueno:
»Moriré como tú, héroe carlista,
»Que á vencer y á morir cual muere el bueno,
»Con tu ejemplo enseñaste al realista.»
Ya por el éter plácido y sereno
Desparecido habia ante su vista
De Don Santos Ladron la austera sombra,
A quien el gefe con respeto nombra.

Entre salvas y músicas marciales,
Que á los ciervos convierten en leones,
Dirije sin demora voces tales
A sus acobardados escuadrones:
«Guerreros generosos y leales,
»Aunque sensible á hidalgos corazones,
»Pues que esa villa pertinaz lo quiso,
»Arrasarla y triunfar es ya preciso.

»Si resistiros obstinada pudo,
»Sin llorar hasta el dia su derrota,
»Del Cielo protector contra el escudo
»Hoy su acero vereis cómo se embota.
»Embestid con el ímpetu sañudo,
»Con que los cedros huracán azota,
»Y el pueblo que atesora glorias tantas,
»Se postrará en silencio á vuestras plantas.

»Hácia la zona diáfana de Oriente
»Veis ancha faja, limpia y luminosa,
»Bella como el albor del Sol naciente,
»Matizada de azul y gualda y rosa?

»Allí imprimió su huella refulgente
»Vision consoladora, prodigiosa,
»Que me alentó á lidiar. ¡Quién este dia
»Por sus aras y rey morir no ansía!

»Pequeña Babilonia, vil ramera,
»Impía capital, en cuyo seno
»Libertinage, irreligion impera,
»El vaso de la cólera está lleno.
»Teme de Dios la mano justiciera,
»Que, al descargar, agostará cual heno
»La deleznable flor de tu altiveza,
«Y polvo hará tu aurífera cabeza.»

Así el fuego extinguido reanima
De la gente marcial, que le acompaña,
Al dorar Febo la encumbrada cima,
El hondo valle, el prado y la cabaña.
La belicosa hueste se aproxima,
Protejida por áspera montaña,
Y tras vivas á Carlos infinitos,
O vencer ó morir, prorumpe á gritos.

Enfrenando sus ímpetus primeros
Prudente el General, hácia la villa
Con albo lino envia mensajeros,
Envainada la fúlgida cuchilla.
La oliva de la paz, claman arteros
En voz solemne, que al valiente humilla;
El fúnebre ciprés, fiero contesta
El bilbaíno, y á lidiar se apresta.

La atroz discordia, que en placer se baña,
Los exaltados ánimos encona,
Y acrecentando la implacable saña
El clarin, que furor solo pregona,

Los hijos ¡ay! de la infeliz España
A su rencor frenético abandona:
Cual arde horrible de volcan el horno,
Arde el combate de la villa en torno.

Los morteros estallan infernales,
Por el aire los fuegos centellean,
Se estremecen los montes eternales,
Y palacios y torres bambolean.
Con energía y con pujanza iguales
Ambas haces belígeras pelean,
Y de opiniones diferencia sola
Hace á rios correr sangre española.

Al derredor de la que fué muralla,
Ved los manes vagar de cien guerreros,
Que en el campo murieron de batalla,
Por sostener los nacionales fueros:
Con tristes ayes, que la lid no acalla,
Excitan á sus fieles compañeros
A defender la libertad querida,
Hasta el postrer aliento de su vida.

La poblacion, la tierra, el mar, el cielo,
Todo rápidamente desparece,
Pues la fúlgida luz, que alegra al suelo,
Con el humo y el polvo se oscurece.
Orfandad y viudez, y luto y duelo,
Aquel horrible caos ennegrece;
Teätro impío de rencor fraterno,
Aterradora imagen del averno.

Entre el rumor con que espantoso atruena
El siniestro belísono alarido,
Del bravo Mirasol la voz resuena,
Inflamando á la lid enardecido;

Semejante al fragor con que en la arena
El piélago se estrella embravecido,
O como el silbo de aquilon, que zumba,
Cuando robles y plátanos derrumba.

En alas del fogoso patriotismo,
A los peligros inminentes vuela,
Y vigor y constancia y heroismo
Su corazon magnánimo revela.
¿Quién le podrá seguir? A un tiempo mismo
A los heridos míseros consuela,
Y arroja osado con su diestra fuerte
Al cruel sitiador rayos de muerte.

Cual cometas de roja cabellera,
Que en los espacios brillan del vacío,
En cuyo negro fondo reverbera
Pálido sulco de fulgor sombrío:
Los proyectiles cruzan por la esfera;
Armas con que en su ciego desvarío
El carlista sin treguas amenaza
Al sereno habitante de la plaza.

El pueblo con sonrisa desdeñosa
La incesante explosion ledo acompaña,
Proclamando á la niña candorosa,
Angel de paz, delicias de la España.
De la afligida España, que orgullosa
Al contemplar fidelidad tamaña,
Convierte su dolor en regocijos,
Cual digna madre de tan dignos hijos.

Isabel, Isabel, amor exclama,
Isabel dice la esperanza bella,
Y su nombre los ánimos inflama,
Como súbita eléctrica centella.

De su apacible y ardorosa llama
Conserva el corazon profunda huella:
Mágico acento, singular, sublime,
Que el sello del honor do quiera imprime.

Del soldado acrecienta la bravura,
Su dulce influjo la puericia siente,
Su prestigio la tímida hermosura,
Y sus impulsos la vejez doliente.
¿Quién oyendo *Isabel* no se apresura
A dar de intrepidez prueba elocuente?
Ancianos, niños, vírgenes, matronas,
A los héroes imitan y amazonas.

¿A dónde el paso encaminais ligero,
Empuñando con manos de azucena
El pesado fusil, el crudo acero,
Cuando el cañon con su rimbombe atruena?
Dejad el campo de batalla fiero,
Espantadora, repugnante escena,
Donde no deben, entre azares tantos,
Vuestras gracias lucir, vuestros encantos.

Mas no escuchan la voz de la prudencia
Las bellas y entusiastas heroinas;
Ni del miedo podria la influencia
Acobardar á damas bilbaínas.
Inmolar por su Patria la existencia
Deseando cual bravas numantinas,
Se muestran en la lid tan animosas,
Como en sus dulces lares cariñosas.

Ruge granada horrísona, impaciente
De reventar con explosion aciaga;
Mas la mira á sus pies niño inocente,
Y á la Muerte retando que le amaga,

Con el arrojo digno de un valiente
El fulminante proyectil apaga (*):
Vuela de tierna madre á las caricias
Y á recibir de su valor albricias.

¡Gloria y loor! intrépidos ancianos (**),
Que el juicio realizais y la cordura
Con briosos esfuerzos sobrehumanos
De teson indomable y de bravura.
Cuando los nobles jóvenes hispanos
Llenar ansíen en la edad futura
De la Patria los férvidos deseos,
Envidiarán tal vez esos trofeos.

Como por sus gigantes dimensiones,
Se alza del Betis en la verde orilla
Sobre cien elevados torreones
La colosal Giralda de Sevilla;
Descuella entre fogosos campeones
Veterano, que audaz los acaudilla:
Hoyo, que con alientos juveniles (***),
Lidia como en la flor de sus abriles.

(*) »Los bilbainos habian perdido enteramente el miedo á »las bombas y granadas. Francisco Ania, de edad de nueve años, »hijo del nacional D. Pedro, tuvo el heróico arrojo de abalanzarse »sobre una granada que cayó en la calle Somera, consiguien»do apagar la espoleta despues de mil esfuerzos.» (Reseña histórica del sitio de Bilbao, publicada por el ayuntamiento de la villa.)

(**) Alude á la compañía de ancianos, que trabajó infatigablemente, haciendo servicios importantísimos, y rivalizando con los jóvenes mas decididos de la villa.

(***) El brigadier D. Fausto del Hoyo, coronel de Almansa, no obstante su avanzada edad y quebrantada salud, sirvió con el mayor teson la batería Larrínaga durante los veinte dias de sitio.

En el que fue algun dia templo santo
Furia infernal con altivez campea,
Y complacida en el ageno llanto,
Sacude sin piedad su infanda tea.
La mansion pavorosa del espanto,
Do gime la maldad, ménos huméa,
Pues estallan á un tiempo mil granadas,
Por la Discordia bárbara inflamadas.

Menospreciando empero explosion tanta,
En aquel negro báratro de horrores
Penetra Riego con osada planta (*),
Cual por fresco vergel de sombra y flores.
Tras él imperturbable se adelanta
Noble turba de heróicos defensores,
Y al extinguir serenos el incendio,
Huye el Genio del mal con vilipendio.

Venid, bellezas del famoso rio;
Vosotras, cuyo pecho no intimida
Espectáculo tétrico, sombrío,
De batalla sangrienta y homicida.
Ved con orgullo la pujanza y brio
Con que, cual muro de diamante, unida
La milicia pelea ciudadana,
Que rije digno el comandante Arana.

Nada, nada contrasta su firmeza,
Cuando en bastion ya vacilante fijos,

(*) Habiendo caido tres bombas en la iglesia de San Francisco, inflamaron un cajon de granadas de mano, haciendo reventar muchas de ellas. Mas D. José Riego, comandante de Gerona, y su oficialidad, esparciéndolas, apagaron el incendio, impidiendo con tan peligrosa maniobra que se comunicase el fuego al almacen de la pólvora, que estaba en el mismo templo.

Cual si hollasen romana fortaleza,
De la villa sin par los nobles hijos,
Afrontan los arranques de fiereza
Y ataques combinados y prolijos,
Con que osadas pretenden arrollarlos
Las pertinaces huestes de Don Carlos.

Desesperado de luchar en vano
El gefe de los tercios sitiadores,
Para intentar empuje sobrehumano,
Llama fuerzas en número mayores.
Desde el Nervion hasta el confin lejano
La trompa retumbando y atambores,
Las nuevas haces al momento llegan,
Y entre los parapetos se congregan.

Al asalto, al asalto en voz tremenda
El General desapiadado grita,
Finar queriendo la marcial contienda,
Que su impaciente corazon irrita:
Y cual bridon, que corre á suelta rienda,
Contra la poblacion se precipita
El ejército cántabro-navarro,
Fiel y obediente á su adalid bizarro.

Cual desbordado y rápido torrente,
Que en los fértiles montes de Rioja
A pintoresca y mágica pendiente
De sus frondosos árboles despoja;
Armada de furor la adusta gente
Y acero y fuego, súbito se arroja,
Amenazando á la infelice villa,
A vasto cementerio reducilla.

De Volantín el avanzado fuerte
Destruye fácil al primer amago,

Pues precede á su pie la torva Muerte,
Y sigue la orfandad y el rudo estrago.
Con la reciente sangre que se vierte,
Sus límites ensancha el rojo lago,
Que hasta el Nervion profundo se desliza,
Y al marino extranjero atemoriza.

Cabe las cercas al fijar la planta,
Su anhelado triünfo ya seguro
El invasor alucinado canta;
Con gritos de alborozo prematuro.
El bilbaíno, á quien su voz no espanta,
Sobre despedazado y débil muro,
Con audacia impertérrita y serena
Las apiñadas filas desordena.

De Zumalacarrégui despechado
Consiguen rehacerse al ronco acento,
Recobrando el valor ya amortiguado,
Cual hoguera, á quien falta nutrimento.
Una vez y otra en escuadron cerrado
Se disparan con ímpetu violento;
Una vez y otra fulminante mecha
Contiene su furor ante la brecha.

A general terrífica descarga,
Siguen aquí y allí del moribundo
Los tristes ayes y la queja amarga
De la agonía, del dolor profundo.
Quizá su vida y padecer se alarga,
Y lanza imprecaciones iracundo
Contra las intestinas disensiones
Que atizan rencorosas las pasiones.

Otra vez el ejército, otras ciento,
Avanza impetüoso á la muralla,

Compacto y escudado en su ardimiento,
Cual en robusta impenetrable malla.
Otra vez el ejército, otras ciento,
Diezmado por mortífera metralla,
Retrocede temblando y se dispersa,
A la falange maldiciendo adversa.

El famélico lobo cuando embiste
Redil guardado por valientes canes,
Raza leal, que impávida resiste
A su fiera pujanza y sus afanes;
Del mismo modo á su pesar desiste
De arremetidas nuevas y desmanes,
Y se aleja por fin de rabia ciego,
Por su boca lanzando espuma y fuego.

Si carronada rimbombando atruena
Allá del norte los revueltos mares,
De la deforme y colosal ballena
Destrozar consiguiendo los ijares;
El cetáceo feroz de espanto llena
Al mismo pescador en sus hogares,
Y hasta el abismo con la sangre rojo
Huyen los peces del temible enojo.

Tal aparece el cántabro caudillo,
Cuando á pesar de sus esfuerzos mira,
De indignacion, de cólera amarillo,
Que veces mil su hueste se retira.
Falto ya de poder para impedillo,
Un grito lanza de furor, de ira,
Y cual de panteon siniestro lampo,
Fulgura el fuego en el carlista campo.

La tierra conmovida se estremece:
Con gemidos de horror suspira el viento;

La atmósfera cargada se ennegrece;
El Océano ruje turbulento;
Naturaleza toda palidece,
Al ver tal destruccion y asolamiento,
Y en el fragor parece tremebundo,
Que se desquicia de su base el mundo.

Bajo la férrea mano de la suerte,
Mas cruel por momentos y mas dura,
Siempre constante el bilbaíno y fuerte,
Conserva inalterable su bravura.
«¿Quién no preferirá gloriosa muerte
»A vida de cobardes vil y oscura?»
Les habla Mirasol, y el pueblo entero
Morir, *morir*, á gritos dice fiero.

No empero morirás, pueblo sublime,
Que tu fe y patriotismo superiores
Ahuyentarán la hueste, que te oprime
De la guerra civil con los horrores.
Tú enseñarás al que abatido gime,
Víctima de tiránicos furores,
Que aunque el Genio del mal sus rayos vibre,
Quien lidia con teson, logra ser libre.

Como al oir el postrimer sollozo
De su presa infeliz cruel pantera,
Con señales de bárbaro alborozo,
Se encarniza muy mas la impía fiera:
La mortandad se aumenta y el destrozo
Del cerúleo Nervion en la ribera,
Cuando la lucha, que ambicion provoca,
Al suspirado término ya toca.

Llegó á su fin: á ronca gritería,
A confuso belísono alarido,

Sigue el silencio de la tumba fria,
Donde reinan la muerte y el olvido.
Enmudece la horrible artillería;
Cesa del parche el fúnebre rüido,
Que en pos de tempestad rie la calma,
Y tras pena y dolor respira el alma.

De su vida atajada la carrera,
Pálido yace, ensangrentado, mudo,
El caudillo vascon, que pretendiera
La villa ilustre dominar ceñudo.
Con su mano al herir siempre certera
La parca, doblegar tan solo pudo
El férreo brazo, el corazon de acero
Del indomable intrépido guerrero.

Si Mirasol, de la victoria incierto,
Mostró en la lid su temple sobrehumano,
Firme como la roca del desierto,
Al reluchar el Simoun insano;
Á Zumalacarrégui viendo yerto,
Llora como en la muerte de un hermano;
Que el noble corazon suspira y siente,
Cuando rival sucumbe tan valiente.

Mientras de admiracion digno tributo,
Le ofrece el vencedor, cual grato aroma,
Al súbito rumor de muerte y luto,
El trono del carlista se desploma.
Así á la voz enérgica de Bruto
Vió en otros tiempos asombrada Roma,
La púrpura y diadema y régio solio
Por las gradas rodar del Capitolio.

Al tremendo fragor de sus rüinas,
Blando responde májico sonido,

Que recorre los valles y colinas,
Y al corazon halaga y al oido.
Él murmura en las fuentes cristalinas,
Suena con el torrente embravecido,
Y de la soledad los antros huecos
Ven despertar con él sus mudos ecos.

«El cetro se salvó de la inocencia,
»Triunfó la libertad del pueblo ibero,
»Loor á la inflexible resistencia
»De la villa, que asombra al orbe entero.
»Ofreced, ofreced á competencia
»Verdes palmas y lauro duradero
»Á los héroes invictos, cuyos nombres
»Eternos vivirán entre los hombres.»

Así clamar al patriotismo veo
Por los diversos ámbitos de España,
Desde Gades al cano Pirineo,
Desde el Guadalaviar á Lusitaña.
Porque ¡ay! el Cielo niega á mi deseo
Loar con plectro digno tanta hazaña,
Tantas virtudes y civismo tanto,
En inmortal y sonoroso canto.

Almo coro de sílfidas divinas,
Amables compañeras de victoria,
Que vieron las proezas bilbaínas,
Merecedoras de eternal memoria;
Queriendo con sus manos purpurinas
Realzar á los hijos de la gloria,
Fresca guirnalda de laurel y flores
Ciñen á los ufanos vencedores.

Himno entusiasmador dulce resuena,
La polvareda, el humo desparece,

El éter anublado se serena,
Y Febo radiänte resplandece.
Mas bella que el amor, de pompa llena,
La Libertad en triunfo comparece,
Sonriendo á los pueblos españoles
Sobre nube de nacar y arreboles.

El bilbaíno, al contemplarla goza,
Y en jubilosos víctores exclama;
Mientras la madre Patria se alboroza
Escuchando la trompa de la Fama,
Que rival de la noble Zaragoza
A la villa magnánima proclama:
Honor debido, justa recompensa
De tan heróica y singular defensa.

A los baños de Trillo.

ODA

DEDICADA AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE MORANTE.

Iman de mi esperanza,
Venero inagotable,
Que de salud y vida
Derramas venturoso cien raudales;

Tu murmullo enmudezca,
Y tu corriente calme,
Escuchando en silencio
El ruego, que dirijo suplicante.

Asi el cielo tus aguas
Aumente saludables,
Para alivio y consuelo
Del que en su lecho de dolores yace;

Y de tus altos pinos
En el verde ramaje
Tu virtud, tu influencia
Digan á coros parlerillas aves.

Feliz tú, que mil veces
Restituir lograste
Hijos ya moribundos
Al cariño y regazo de sus madres;

Y de querido esposo
A los brazos amantes
La mujer adorada,
Que pisó del sepulcro los umbrales;

Y la paz y la dicha
A solitarios lares,
En que afligida prole
Lloraba lejos del ausente padre.

No niegues este dia
El don inapreciable,
Que en su fecundo seno
Atesoran tus líquidos cristales.

Las Musas te lo ruegan
Con divinos cantares,
Que repiten sonoros
Los carpetanos montes y los valles.

Sus líricos acentos
Acompaña entrañable
Amistad cariñosa
Con todo el fuego, que en sus venas arde.

O fuente presidida
Por génios tutelares,
Que pródiga tus aguas
A la doliente humanidad repartes:

Maravillosa fuente,
No mas tiempo retardes
Su vigor y energía
Restituir benéfica á Morante.

Alumno de Minerva,
A quien erije altares,
Donde ofrece su ingenio
Holocausto de amor, grato y süave.

Admirador insigne,
Custodio vigilante,
Que entre ciprés y cedro
Conserva para luz de otras edades.

El preciado tesoro,
Las obras inmortales,
Que los dorados siglos
Dieron de Augusto y de Leon el Grande.

Generoso Mecenas,
Que proteje y aplaude
Escritos donde luce
La vena creadora con el arte.

Loor á sus vigilias
Y estudiosos afanes,
Que á su frente ciñeron
Lauro de eterno prez, lauro envidiable:

Aureola de gloria,
Mas que el oro brillante,
Que del Marqués ilustre
A la corona da nuevo realce.

Salutíferas aguas,
Perennes manantiales,
Que brotais con envidia
De fuentes y de rios y de mares;

Si al bondadoso amigo
Me devolveis amables,
Libre de la dolencia,
Que le aflije cruel, mas no le abate;

Vuestra noble victoria
Celebraré en la margen,
Donde manso y tranquilo
Respira el adormido Manzanares.

Y mi voz despertando
A los preclaros vates,
Que la vecina Mántua
Con sus arpas hechizan admirables,

Responderán acordes,
Y desde el Ebro al Ganges
Llevarán vuestro nombre
En el habla de Herrera y de Cervantes.

Al Nacimiento del Señor.

POESÍAS SACRAS.

Vistióse el Hijo Eterno mortal velo;
La pequeña Belen le vió nacido.
QUEVEDO.

CÁNTICO.

Voz 1.ª

¡Qué luz sobrehumana
Comienza á nacer
Dorando tus montes,
Humilde Belén!

Voz 2.ª

De nuestro hemisferio
Por la redondez,
Su manto la noche
Tiende á su placer.

Voz 1.ª

Mas allí un sol nuevo
Radiante se ve,
Que ostenta sus rayos
Y fúlgido tren.

Voz 2.ª

Mil ángeles bellos
Revuelan do quier,
Y nubes de gloria
Les son escabel.

Voz 1.ª

Sus doradas plumas
La esfera al romper,

Agitados mueven
Sonoro tropel.

Voz 2.ª

Y cantan mil himnos,
Que el supremo bien
De la paz anuncian
A la humana grey.

Voz 1.ª

Cumplió sus promesas
El Dios de Israel.

Voz 2.ª

Floreció lu humilde
Raiz de Jesé.

Voz 1.ª

Judá venturosa,
Adora á tu rey.

Voz 3.ª

Yacia entre cadenas aherrojado,
Horrible rebramando de despecho,
El sanguinario Genio de la guerra,
En mil piezas deshecho
El carro funeral, donde sentado
De confin á confin turbó la tierra;
En tanto que la Paz su dulce imperio
Del ocaso estendia hasta la aurora,
Mas rápido que el sol un hemisferio
Con su luz ilumina encantadora;
Cuando reluce el dia del consuelo,
Y el Hijo del Eterno, iris divino,
Aparece en el suelo,
Dando segura muestra

De que la armada diestra
De Jehová irritado, ya indulgente
Depuso el rayo ardiente.
Raza de Adan, un tiempo aborrecida.
Celebra ufana tu felice suerte;
Por fin hoy nace, para darte vida,
El vencedor glorioso de la muerte.
Oyó los votos de su pueblo amado
Compasivo el Señor. Cuarenta siglos
Gimió Israel por el primer pecado
En áspero destierro;
Lejos del suspirado paraiso,
Do primavera perennal florece.
Mas el Adan segundo,
El gran Libertador ya comparece,
Por cuyo triunfo quedarán abiertas
Las eternales puertas,
Que cerraron inmóviles su entrada.
Allí el linaje humano,
De su vil servidumbre redimido,
Contemplará las grandes maravillas,
Que sábia ostenta del Señor la mano.
El que hoy encubren cándidos cendales,
Como sol de justicia refulgente
Al desplegar sus rayos celestiales,
Dejará para siempre confundido
Al tirano inclemente,
Con todas las escuadras desleales,
Su despótico cetro ya rompido,
Que oprime agora ponderoso al mundo.
Ya el seno mas profundo
Abierto está del pavoroso averno,
Do sepultado el mónstruo
Gemirá en alarido sempiterno
Al férreo crugir de cien cadenas.
Estirpe de Jacob, el aura pura

Respira de salud y de ventura,
Pues ya finaron tus amargas penas.

Voz 4.ª

Feliz hora en que el Verbo
Por su amor infinito,
Segun estaba escrito
Aparece en Belén.
En pasmo reverente
Lo adora mudo el suelo,
Y á los hombres el Cielo
Tributa el parabien.

Coro.

Solo tú, Jesus benigno
Mereciste ser el digno
De adquirir el heredaje
Para el humano linaje,
De la patria celestial.
Dejando el sublime asiento
Del fúlgido firmamento,
Hoy la tierra es tu morada,
Do tu alteza se anonada,
Tomando cuerpo mortal.

Al alma santa.

Alma, que del dulce Esposo
Buscas la sagrada huella,
¿Por qué tus ojos embarga
El sueño de la pereza?
La aurora de tu ventura
Amaneció tan risueña,
Como la luz, que los campos
De Eden argentó primera.

Ese funesto beleño
De tus párpados aleja,
Si dichosa ver colmadas
Tus esperanzas deseas.
De la tímida paloma
Símbolo de la inocencia,
Las alas toma veloces,
Y á Belén rápida vuela.
Allí con abiertos brazos
Tu Esposo divino espera,
Y con suspiros te llama,
Y con lágrimas te ruega.
Ni el frio, ni el desamparo,
Ni el duro lecho le aquejan,
Como tu ingrato desvío,
Como tu helada tibieza.
La desnudez, los rigores
Del rudo invierno tolera,
Porque tú puedas un dia
Vestirte de gloria eterna.
Los vagidos, que despide,
Su humanidad manifiestan,
Mientras mil y mil portentos
Publican su omnipotencia.
Hermon de verdor se cubre,
Su curso el Jordán enfrena,
Los astros su brillo acrecen,
Salta de placer la tierra.
Los ángeles revolando
En torno al Infante cercan,
Y su mansedumbre cantan,
Y su magestad celebran.
Los pastorcillos alegres
Abandonan sus ovejas,
Por admirar sus encantos
Y adorarle á competencia.

Todo es paz, júbilo todo,
Todo placer, todo fiesta:
En un remedo del cielo
Se trasformó aquella aldea.
¿Qué te detiene, alma santa?
A imitacion del Profeta,
Despójate del calzado
De tus pasiones terrenas.
Herida como la esposa
Por el amor, corre, llega
Al portal abandonado,
Que al Rey de la paz alberga.
Y con abrasada boca,
En sus plantas de azucena
Imprime el ósculo tierno,
Que tanto Jesus anhela.

Jesus al alma.

ODA.

Ven, dulce esposa,
Ven, al pesebre,
Que á mi grandeza
Sirve de albergue.
Ya el amor mio
Sufrir no puede,
Que la tibieza
Tu pecho hiele.
Ven, como el ciervo
Corre á la fuente,
Cuando la flecha
Cruda le hiere.
Y no con rayos
Rasgando el éter,
Magestüoso

Hallarme esperes:
Ni estremeciendo
La tierra feble
Con mi carroza,
Que el viento impele;
Cual de pavura
Me vió otras veces
Sobrecojido
Sina eminente,
Cuando á mi pueblo
Dictaba leyes,
Ó ardia en saña
Contra el rebelde.
Mi poderío
Omnipotente,
Que de los cielos
Los altos ejes,
Cual leve arista
Firme sostiene,
Hoy con tu carne
Se unió por siempre.
Bajé á la tierra,
Para que vueles
A la sublime
Sion celeste.
Humilde Niño,
Te espero alegre,
Porque sin miedo
Á mí te llegues.
Pues, alma santa,
¿Qué te detiene?
De amor tu Esposo
Por tí se muere.

Afectos del alma.

Himno.

Mi bien, mi dulce Esposo,
¿Y por el suelo yaces,
Al anunciar las paces
Con Dios y el pecador?
Confusa y humillada
En el polvo mi frente,
Te adoro reverente,
Divino Salvador.

¡Por qué, por qué no puedo
Ofrecer noche y dia,
La santa melodía
Del puro Serafin!
¡Oh! si prestas oidos
A mi ferviente ruego,
Inflamada en tu fuego
Te alabaré sin fin.

¿No sirve el firmamento
De escabel á tus huellas,
Y das á las estrellas
Perenne resplandor?
¿No cubres tú de gloria
Los ángeles del Cielo,
Y matizas el suelo
De flores y verdor?

¿Pues cómo yo te veo
Envuelto en carne humana,
Imágen soberana
Del Padre celestial?

Pasmada al contemplarte
Se postre la natura,
Y rinda oblacion pura
El coro angelical.

Bendito el amor tierno
Que en tu pecho se abriga,
Y ardoroso te obliga
Á tanta humillacion.
¿Cómo, increado Verbo,
Cómo en lo sucesivo,
Alzarse podrá altivo
Del hombre el corazon?

Mi buen Jesus, tu nombre
Dulce, angusto, divino,
Retumbe de contino
Cual nombre de salud.
Jesus el Cielo suene,
Jesus la tierra clame,
Y el infierno proclame
Su celeste virtud.

Venturosa caida
Del padre primitivo,
Hoy causa de tu arribo
Al valle del dolor.
Diónos Adan la muerte;
Mas á ti, Adan segundo,
Te plugo ser del mundo
Feliz reparador.

22

Oda.

Con ardoroso anhelo
Busque el ciego mortal la plata y oro,
Mientras yo me desvelo
Por ti, Jesus, mi celestial tesoro.

Ni la misma pobreza
Puede encubrir de míseras mantillas
Tu soberana alteza,
Pues como el sol entre celajes brillas.

O dulce Jesus mio,
Un albergue te acoje desechado,
Donde al rigor del frio,
Como débil mortal tiemblas helado.

¿Por qué, Esposo benigno,
No te puede ofrecer mi triste pecho
Asilo muy mas digno,
Que tan cruel desabrigado lecho?

Escucha en desagravio
De ese abandono la plegaria mia,
Y exclamará mi labio:
«Poseo el Sumo Bien, que apetecia.»

Sí: desde este momento
A Dios el brillo seductor del mundo,
Como á la niebla el viento
Lo disipe el olvido mas profundo.

De tu amor inefable,
Prisionera feliz tu dulce esposa
¡Ó dicha incomparable!
A tus divinos pies vive y reposa.

Como el cedro gallardo
Del solitario Líbano en la altura,
Mira al rastrero cardo
Ocultarse humillado en la espesura;

Ó cual muestra el Carmelo
Entre colinas la gentil cabeza,
Así, gloria del Cielo;
Sobresale entre todas tu belleza.

¿A quién, á quién no hechiza
La risa de tus labios celestiales,
Cuando ella patentiza
El perdon á los míseros mortales?

¡Qué suäve es el fuego
De tu entrañable amor. Ries ó lloras,
Si á contemplarte llego,
Siempre, divino Esposo, me enamoras.

Salvador de mi vida,
¡Cuándo, cuándo feliz podré yo verte
En la patria querida,
Sin el fatal peligro de perderte!

La carcel tenebrosa
Ábrase de mi cuerpo en este dia,
Y por siempre tu esposa
Vivirá en tu adorable compañía.

Arsenio á Pablo.

Heroida.

Del mundo y de los hombres olvidado
Tu fiel amigo, tu feliz Arsenio,

A ti, querido Pablo, se dirije,
Seguro siempre de tu puro afecto.
En estas asperezas donde vivo,
Como el antiguo habitador del yermo,
El hórrido clarin muerte y rüina
Anunciando fatal sonó guerrero;
Cuando las poblaciones y llanuras
Vencedor dominando el agareno,
El español su libertad y culto
Conservó entre los montes encubierto.
Mis gemidos ardientes y plegarias
Hoy tan solo interrumpen el sosiego
De la muda mansion, que al desengaño
Ofrece favorable acogimiento.
Renunciando á las pompas mundanales,
Visto sayal de penitencia austero,
Y del cilicio sufre la aspereza
A pesar suyo mi rebelde cuerpo.
La veneranda cruz, emblema augusto
De paz y de perdon, es mi consuelo,
Los duros ejercicios mi delicia,
Y mi gloria el humilde abatimiento.
Todos los dias mi afanosa diestra
Abre la huesa fria, en cuyo seno
Esperarán heladas mis cenizas
De la final trompeta el llamamiento.
Todo á loar á Dios aquí me mueve;
El astro de la luz con sus reflejos,
Y la noche sombría y tenebrosa
Con su sagrado horror y alto silencio.
Mil cánticos escitan en mi labio
El trino de las aves lisonjero,
El hórrido bramido de las fieras,
Y el zumbido sutil de alado insecto.
El abeto gigante, el arbolillo,
El junco y el arbusto mas pigmeo,

La matizada flor, la verde grama
Elevan al Señor mis pensamientos.
El rio de corriente impetüosa,
Con su plácido curso el arroyuelo,
De nuestra fragil presurosa vida
Presentan á mis ojos un remedo.
En la leve arenilla, que conmueve
El aura imperceptible con su aliento,
No menos que en las altas cordilleras,
Del Criador la omnipotencia veo.
La deliciosa y apacible calma,
La tempestad, el huracán violento,
El bronco trueno y tremebundo rayo,
Á la meditacion mueven mi pecho.
Á Dios las diversiones y las risas,
Á Dios los engañosos pasatiempos,
Y vanas alegrías, que falaces
El fruto del dolor me produjeron.
No puedo dignamente, Pablo mio,
Hacerte la pintura del suceso,
Que á dejar obligóme para siempre
Del mundo seductor los devaneos.
Al tiempo que la noche pavorosa
Ejerce de sus sombras el imperio,
Por solitaria selva caminando,
Llegué en fin á perder todo sendero.
La luna plateada no lucia;
Las estrellas velaban sus reflejos,
Ni por todo aquel largo despoblado
De choza pastoril brillaba el fuego.
Auméntase el horror, al apiñarse
Enormes grupos de nublados densos,
Como fúnebre paño de tristeza,
Que cubre un ataud, quedando el cielo.
En pos de luenga aterradora calma,
Reluchan roncos los airados vientos,

Y de llamas un mar semeja el éter,
Cruzándose relámpagos diversos.
Irritado el Señor sobre las nubes,
Con su diestra recibe justiciero
Los encendidos rayos, que temblando
Cien ángeles y cien le están sirviendo.
Lánzalos con furor: al estallido
Parece desquiciarse el firmamento,
Y heridas de su llama abrasadora
Se ven las cumbres cual volcan ardiendo.
Despavoridas, en tropel confuso
Dejan las fieras el oculto centro
De sus cavernas cóncavas, y aullando
Corren por todas partes con pié incierto.
Mi corazon palpita de congoja;
Mis plantas titubean con el miedo,
Y la sobresaltada fantasía
Á la muerte descubre en cada objeto.
De asombro y ansiedad sobrecojido,
Agobiado de tristes pensamientos,
Ni bien oso alargar el tardo paso;
Ni entre peligros tantos estar quedo.
Entre dudas y angustias indeciso,
Sin fuerzas ni valor ya desfallezco,
Cuando pálida antorcha moribunda
Á mi vista se ofrece allá á lo lejos.
No tan activo al descubrir el faro,
Sus afanes redobla el marinero,
Como yo hácia la luz de mi esperanza
No sin mortal zozobra mis pies muevo.
Receloso, bañado en sudor frio,
Llego por fin al brillo macilento,
Y en derredor mirando, los escombros
Vislumbro de arruinado cementerio.
Su amortiguada lámpara presenta
Á mis ojos deformes esqueletos

En mil y mil sepulcros derruidos,
Que la mano prôfana abrió del tiempo.
Esperando del alba deseada
El dulce albor, á mi pesar me siento
De cien generaciones fenecidas
Sobre los frios hacinados restos:
Y al punto me parece, que la tierra
Se abre abortando colosal espectro,
De espantadora faz, hundidos ojos,
Piel arrugada y descarnados huesos.
Su amenazante ensangrentada diestra
En torno blande matador acero,
Con orgulloso pié tiaras hollando,
Bastones, lauros y quebrados cetros.
Altanera señala hácia las tumbas,
Y con el hondo y sepulcral acento
Que la sublime eternidad inspira,
Así me dice el misterioso Genio:
«Mira, ciego mortal, esas figuras,
»Mira, ciego mortal, esos espejos,
»Donde sin halagüeñas ilusiones
»Hallarás tu retrato verdadero.
»El poder, la opulencia, la hermosura,
»Los honores, las glorias, el ingenio,
»Todo yace en el polvo, todo es..... nada
»En esos olvidados monumentos.
»La grandeza y blasones de la tierra
»Son aquí de una sombra el falaz sueño,
»El fulgor de metéoro inflamado,
»De lisonjera voz los vanos ecos.
»Miserable mortal, que la esperanza
»En un brillo cifraste pasajero,
»La virtud solamente es astro hermoso
»Que nunca extinguirá su lucimiento.
»Todo sucumbe á la guadaña mia:
»El justo solo triunfa, pues muriendo,

»La fujitiva luz de su existencia
»Nuevo esplendor adquiere sempiterno.
»Así el gigante luminar del mundo
»Parece de los mares en el centro
»Sus rayos apagar, y los ostenta
»Con toda brillantez á otro hemisferio.»
Así dice la Muerte, y desparece
De la presencia mia: yo despierto
De profundo letargo, embebecido
En oir todavía sus consejos.
Ya el Ángel que gobierna el sol radiante
Sonreia en el puro firmamento,
Y serenado el éter, la bonanza
Con himnos aplaudia el Universo.
Levántome del polvo, y divisando
Este apacible páramo desierto,
Consagro aquí mis postrimeros dias
A la santa virtud, hija del Cielo.

La antesala del amor.

ANACREÓNTICA.

(*Traduccion de Gerardo Rossi.*)

Queriendo dar Cupido
Una solemne audiencia,
De introductor el cargo
Al capricho encomienda.
Éste al mérito solo
Olvida sin vergüenza,
Mientras que á sus amigos
Facilita la puerta.
Los mimos y la risa
Detuviéronse apenas,
La juventud logrando

Mas larga conferencia.
Á las gracias unida
Fué oida la belleza,
Y detrás de los celos,
La locura penetra.
Habló mucho el vendado
Con aquellos y esta,
Que asuntos importantes
Les fia con frecuencia.
La traicion luego viene
Con mirada siniestra,
Mas al salir, su cara
Se mostraba risueña.
La ira, aunque implacable
Al amor aborrezca,
Consiguió sin embargo
Llegar á su presencia.
Y despues en sus ojos
Aparecian señas
De la buena acojida,
Que debió al de Citera.
Entró al fin la constancia
Al par de la inocencia,
Y salieron temblando
De la cámara régia.
Hablar podido habia
Toda la concurrencia:
La razon desairada
Solo aguardaba afuera.
El capricho por ódio,
Que años ha le profesa,
No la nombró impelido
De su intencion perversa.
Y cuando fatigado
Al Númen ya contempla,
Exclamó sonriendo:

«La razon aquí espera.»
Oye Amor aquel nombre,
Los ojos clava en tierra,
Y dice: «Es ya muy tarde;
»Que en otra ocasion vuelva.»

A la Serenísima Sra. Infanta Doña Luisa Fernanda.

Felicitacion.

Al resonar vuestro nombre
Con tan dulce melodía,
Como las arpas eólias,
Que inventó la Grecia antigua;

Todo es júbilo, Señora,
En la coronada Villa,
Y entusiasmo, que los vientos
Prolongan con gratos vivas.

Vivas de amor, que repiten
Del Manzanares las ninfas,
Por la ribera y los valles,
Y de colina en colina.

El rio de arenas de oro
Oye en sus verdes orillas
El rumor blando, apacible
De la solemne alegría:

Y hasta el mar de Lusitania
Lo dilata, lo publica
Con el sonoro murmullo
De sus ondas cristalinas.

Tú, que á campos y vergeles
Presides, Euterpe amiga,
Y á la solitaria selva
Das animacion y vida;

Como el Génio del sepulcro,
¿Hoy enmudecer podrias,
Insensible al alborozo,
Que al Español regocija?

Suenen tus dulces acentos,
Que el eco fácil repita
Por la cañada y el bosque,
Por la floresta y umbrías.

Díctame, Virgen del canto,
Díctame tierna letrilla,
Espresion de los afectos,
Que la gratitud inspira.

No pido líricos himnos
De pindárica osadía,
Que en su elevacion sublime
Á la audaz águila imitan.

Solo demando á tu numen
Cántiga humilde y sencilla
Pura como las violetas,
Que la Primavera cria.

Modestas flores, que el prado
Embalsaman y matizan,
Su delicada corola
Sin alzar jamás erguida.

Ó si en mi nombre te place
Intérprete ser tú misma
De los nobles sentimientos,
Que mi corazon animan;

Toma el sosegado vuelo
De la paloma festiva,
Como feliz mensajera
De venturas y de albricias.

Y en direccion al Alcázar,
Que nuestros Reyes habitan,
Tus alas moviendo leves,
Hiende la region vacía.

Con la ternura y respeto,
Que siente amorosa hija,
Cuando en pos de larga ausencia
Saluda á Madre querida;

No bien á Palacio llegues,
Con júbilo felicita
Á la cariñosa Hermana
De la augusta Reina mia.

La joven Luisa Fernanda,
Digna Infanta de Castilla,
Á quien bondad y hermosura
Ennoblecen á porfía.

La que escuchó mis cantares
Con inefable sonrisa,
Porque el amor á la Patria
En ellos fúljido brilla.

Parte pues, al blando impulso
De las auras fugitivas,
Y á tan amable Señora
Desea glorias y dichas.

Dichas y glorias mas puras,
Que la luz del Sol divina,
Cuando las nocturnas sombras
Esplendorosa disipa.

Di que goce tantos años
De su natalicio dia,
Como palmas de victoria
Á la España inmortalizan.

Di que el donoso Fernando,
Que en el jardin de la vida
Cual fresco vástago crece
Con gallarda lozanía;

De su maternal regazo
Hoy sea encanto y delicias,
Y mañana de laureles
La juvenil frente ciña.

Di que por abriles ciento
Con su amado Esposo viva,
Venturosa como Sara,
Como Abigail tranquila.

Dirás por fin que disfrute
De los besos y caricias,
Y gracias y amables juegos
De sus candorosas niñas;

Hasta que en el ara santa
Al yugo sagrado rindan
Su cuello en dulce consorcio,
Que Dios con amor bendiga.

A mis amigos.

ANACREÓNTICA.

¿No veis, amigos mios,
Blanquear el Moncayo,
Coloso, que domina
Estos inmensos llanos?
El Ebro yace mudo
Desde que el curso raudo
De sus líquidas ondas
Los hielos enfrenaron.
Con la copiosa nieve,
Que platea los campos,
Inclinan su cabeza
Los pinos agobiados.
Muy luego al horizonte
Cubrirá con su manto
La niebla, que se alza
Por el confin lejano.
Pálido resplandece
El sol amortiguado,
Cual artorcha sombría
De panteon opaco.
Parece esa llanura
De la tristeza el cuadro,
Y estátuas insensibles
Nosotros al mirarlo.
Ea pues, á la choza
Vamos, amigos, vamos,
Antes que con el frio

Nos acometa un pasmo.
Sobre mullidas pieles,
Cabe el fuego sentados,
Nos volverá la vida
El néctar jerezano:
Y al son de lira blanda,
Que pulsará Leändro,
Nacerá el regocijo,
Morirán los cuidados.
La senectud, que viene
Con incansable paso,
Bien pronto despiadada
Conseguirá asaltarnos.
Entonces ¡ay! entonces
Á los juegos y cantos
Suceden los gemidos
Y desvelos amargos.
Sus, sus: en tanto, brillan
Nuestros floridos años,
Bebamos y cantemos,
Brindemos y riamos.

Safo.

—

ELEGÍA ANTIGUA.

(*Traduccion de Lamartine.*)

Allá en risco fatal, que el sol naciente
Comenzaba á dorar, de pié se via
La miserable Safo, y prosternadas
A su lado las vírgenes de Lesbos,
Hácia el mar inclinadas, contemplando
Las ondas con terror. Entre sollozos
Asi dijo la amante desdeñada:

«Roca de maldicion, profundo abismo,
Pavor no me inspirais. Por causa vuestra
Su víctima perdida verá Venus:
Desconocí el amor, y él me castiga.
Tus ondas para mí serán mas gratas,
O piadoso Neptuno. ¿Ves las flores,
Que coronan mi sien? Pues esta frente,
Oprimida hace tiempo de pesares,
Con las sagradas vendas hoy se muestra,
Ornada para el triste sacrificio
Como para una fiesta. Tus escollos
Es fama (pero ¡ó Dios, cómo creerlo!)
Que libran de un amor desesperado.
Dicen, que los que ilesos de allí salen
Olvidan su pasion. Sea el que quiera
Tu celeste poder, Dios de las aguas,
No conserves mi vida, te suplico.
Un olvido fugaz, vano remedio
De mis rudos martirios, en tus ondas
Á buscar yo no vengo. Solo ansío
Del sepulcro la paz. Rey de los mares,
Acepta bondadoso mi holocausto.
Mas ¿por qué tantos lloros y gemidos?
Cantad himnos, cantad, hijas de Lesbos.
»Recuerdos de dolor, ¿por qué crueles
Me perseguís do quier? Entre los mirtos,
Que sombrean el templo de Ciprina,
Cual fiel sacerdotisa de la diosa,
Yo estaba con mi lira celebrando
Su divino poder, cuando muy cerca
Del altar *yo le ví*. ¿Cómo es posible
Mi transporte pintar? El pecho mio
Ardió como un volcan. Mi lengua helada
No pudo proseguir, y de mi mano
Llena de agitacion cayó la lira.
A los ojos de Dafne la insensible

No se mostró tan bello el rubio Apolo;
Ni contempló Erigóne tan brillante
Al jóven Baco, en triunfo conducido
Con el tirso en la mano, y en la frente
El pámpano luciendo. Verle, amarle,
Amarle ¡ay! con furor, fué todo uno.
Haciendo ostentacion de mi locura,
De sus lares en torno triste y sola
Vagaba sin cesar, á sus encantos
Impelida por fuerza irresistible.
¡Cuánto gustaba verle, mereciendo
En el gimnasio la atencion de todos,
Cuando el disco lanzando con pujanza,
Era entre mil rivales aclamado
Por vencedor de los olimpios juegos!
¡Cuánto gustaba verle un veloz potro,
De los céfiros hijo, manejando,
El primero lanzarse á la carrera,
Y tornar con su lauro á paso lento!
¡Cuán ufana sus triunfos yo veia!
¡Y por qué de sus sienes empapadas
De abundante sudor limpiar el polvo
No podian mis manos! Por la gloria
De ser su hermana ó madre un solo instante,
Todo..... hasta mi belleza hubiera dado.
Y vosotras, celestes moradoras
Del Helicon, inútiles deidades,
Cuyo favor en vano he demandado;
Vosotras no ignorais, que en vuestra ciencia
Yo misma le instruí. Por él compuse
Esos divinos versos, que pasmada
Á la Grecia dejaron. Esos versos,
Capaces de ablandar las mismas Furias,
Y que su duro pecho no ablandaron,
Infortunada Safo. Al amor tuyo
Tan ingrato y cruel Faon ha sido.

Redoblad vuestros ayes y sollozos:
Llorad, llorad mi afrenta, hijas de Lesbos.
»Si á mis tiernos afanes, si á mi lira,
Si á mis débiles gracias atraerle
Dado hubiera el destino: si su pecho
No hubiera sido bronce al llanto mio,
Ningun otro mortal gozado hubiera
Dias tan llenos de placer y gloria.
¡Qué realce mi amor no hubiera dado
A su vida feliz! Vida envidiada
Por los númenes mismos. El amante
De Safo, celebrado en todo el mundo,
Hubiera sido entonces en mis versos
Inmortal cual un Dios. Por él yo hubiera
En tus aras quemado, ó alma Venus,
Del sacrificio el perennal incienso.
¡Qué ofrendas en el templo de Cupido
No hubiera presentado á todas horas!
¡Qué votos dirijido por su vida
A las Parcas crueles cada noche!
¡Cuántas veces mi cítara armoniosa
Hubiera repetido los acentos
Mas gratos á su oido! Á cien rivales
En los juegos de Jonia disputado
Hubiera yo las palmas del ingenio;
Y los laureles, prez de mis victorias,
Mas dulces á mi orgullo hubieran sido,
Por mi mano arrojados á sus plantas,
Al ver su orlada sien resplandeciendo
Con los brillantes rayos de mi gloria.
»¡Cuántas veces, Faon, la altivez mia
En bajeza trocando, tus umbrales
Á besar iba yo! Si el dulce nombre
De tierna esposa tu rigor me niega,
Permite al menos (te decia humilde),
Permite al menos, mi adorado amante,

Sea Safo tu esclava, y á tu lado
Y á tus órdenes viva. ¿Qué me importan
De ignominia ú honor los vanos nombres.
Viviendo junto á ti, pudiendo verte,
Pudiendo merecerte una mirada
De compasion en mi postrer suspiro
Por premio á tanto amor? Mi sexo débil,
Ni mis riesgos, Faon, no te acobarden.
Mi fortaleza, igual á mi ternura
Será por el favor de Citerea.
¡Cómo apartarme nunca de tu lado!
Por la tierra, en el mar, en las batallas,
Contigo me tendrás. De Marte mismo
Afrontaré el furor, por libertarte
De los golpes que amaguen tu existencia.
Siempre estaré dispuesta á interponerme
Entre la muerte y tu preciosa vida.....
¡Por qué morir por él no he conseguido!
»Cuando tras las fatigas de la guerra
En la tienda te halague el dulce sueño
(Ese sueño que yo nunca disfruto),
Yo velaré á tu lado, Faon mio:
Y si negros cuidados te despiertan,
Sabré yo adormecerlos hasta el alba,
Haciendo resonar infatigable
Mi tierno amor en las doradas cuerdas.»
Así decia yo, y el viento raudo
Se llevaba mis súplicas, que solo
Repetian los ecos: á mis ayes
Solos ellos responden al presente.
Llorad, llorad mi afrenta, hijas de Lesbos.
«Tú, que fuiste otro tiempo mi ventura
Y mi gloria tambien, acorde lira;
Tú, que á Faon mil veces celebraste;
Hoy acreces mi pena con tus sones,
Que recuerdan mi amor y mi ignominia,

Y el nombre del cruel que me abandona.
Instrumento fatal, hágante polvo
Mis manos sin piedad. En los altares,
Ni en el átrio del templo de Ciprina,
Ya no te colgaré. Airado el cielo,
Haga que tus fragmentos arrebate
El proceloso mar, porque no quede
De mi acerbo dolor memoria alguna.
¡Que no pueda en las ondas irritadas
Sumergir asimismo mis cantares
Y mi funesta fama! ¡Que no pueda
De la tierra borrar las huellas mias!
¡Que no pueda en la tumba hasta mi nombre
Conmigo sepultar! ¡Que los escritos
Do vivirá Faon, dando á las llamas,
Mi deshonor lavar sea imposible!
»¡Qué digo! si los dioses que él ofende
Lo atrajesen ahora hácia la playa;
Si á esa cumbre eminente se asomase;
Si en la roca fatal él viera á Safo,
Ajitada, llorosa, destrenzada,
Lanzando lastimeros alaridos,
En su amor abrasada, perdonando
Su negra ingratitud en el momento,
Que á la muerte se apresta la infelice;
De tan terrible escena conmovido,
Quizá se arrepintiera de su duro
Y obstinado rigor. Quizá mi lloro
Lograra enternecerle, y me dijera:
«Vive, mi tierna Safo, para amarme.»
Mas ¡qué espresion profiere el labio mio!
Lejos idea tal. Acaso negros
Remordimientos con furor le agitan,
En lugar del amor. Tal vez los dioses
En su culpable huida le inspiraron.
Él tiembla, él se detiene, él apresura

Sus plantas hácia aquí para salvarme
De ese abismo fatal. Ved cuál me llama.
Ya ha salvado su víctima. ¡Qué escucho!
Oís? oís? De Lesbos por la via
Un lejano rumor ha resonado.
Conozco, sí, conozco los acentos
De su melíflua voz. Por el camino
El polvo veo, que sus pies levantan.
Compañeras, mirad. ¿No le estais viendo
Por el cerro bajar, y hácia este lado
Sus brazos estender?..... Ay! cuál me engaña
La falaz ilusion! Do quiera reina
El lúgubre silencio de la muerte.
El camino está mudo y solitario,
Y el turbulento mar suena tan solo.
Llorad, llorad mi afrenta, hijas de Lesbos.
»Mas ya el sol colorando el cielo puro
Su curso precipita. Tú, que vienes
Á alumbrar el postrero de mis dias,
Á Dios, á Dios por siempre, astro radiante.
El alba, mensajera de tu gloria,
Ya no tornaré á ver. Mañana en triunfo
Del fondo de la mar vertiendo luces
Volverás á salir, y de mi vida
El brillo débil muere para siempre!
Á Dios, paternos campos de mi alma;
Á Dios, Lesbos, mansion de Citerea.
Á Dios, grata ribera, en que los cielos
Á mi natal rieron. Templo augusto,
Donde fuí consagrada en mi puericia
Por la mano materna al culto santo
De la diosa de Pafos: sacro bosque,
Do las Musas, mi cuna remeciendo,
Con célica ambrosía me criaron;
Recibid mi llorosa despedida.
Ay! sus vanos favores, que la plebe

Mira tan envidiosa, no pudieron
Ni del amor librarte, pobre Safo,
Ni tu vida escudar contra el destino.
En lágrimas viviste; y hoy sucumbes
En la flor de tus dias; cual marchita
Se desprende la rosa antes de tiempo:
Ó cual fenece, Amor desapiadado,
Al filo de la espada sacrosanta
El blanco recental, que cuando nace,
Te consagró el pastor. Víctima pura,
Con su sangre tus aras enrojece.
»Y vosotras, amigas venturosas,
Que volvereis á ver al cruel jóven
Que adoro todavía: cuando encubra
Mis cenizas el túmulo sombrío,
Dadle mi á Dios postrero: sí, decidle,
Que su nombre al morir sonó en mis labios.»
Dijo así la infeliz; y el mar undoso
Las doncellas dejando por la tarde,
Sin ella tristes y en fatal silencio
Hácia Lesbos el paso dirijian.

A la señorita Fuoco.

Anacreóntica.

Á ti, preciosa niña,
Sílfide de la Italia,
Envidia de Citeres,
Alumna de las Gracias;
Á ti, garrida Fuoco,
Á quien de gozo ufana
Meció en dichosa cuna
La Musa de las danzas;
Á ti, que si el pie leve
En la pradera estampas,

Te saludan las flores,
Y el amor te acompaña;
Del entusiasmo en feudo,
Con que al mundo arrebatas,
Sus loores te ofrecen
Trovadores de España.
Asaz en el idioma,
En que plugo al Petrarca
El candor y belleza
Preconizar de Laura;
Has oido tu nombre
En dulce resonancia,
Del Erídano y Tiber
Por los valles y playas.
Escucha cuál responde
Al eco de alabanza
El suelo de Cervantes,
De Garcilaso el habla.
Con floreciente adorno
De juncia y verdes algas
El viejo Manzanares
Su sien eleva cana;
Despertando al acento
Con que la régia Mántua,
De júbilo movida,
Te bendice y aclama.
Entre los verdes lauros,
Que tu frente realzan,
Anunciando tus triunfos
En regiones estrañas:
Brillará radiänte
La délfica guirnalda,
Que el pueblo madrileño
Hoy feliz te consagra.
Los galanes aplauden,
Victorean las damas,

Y al rumor de los vivas
La torpe envidia calla.
¡Qué mucho! si al sonido
De la lira y del arpa,
Al céfiro superan
Tus alígeras plantas!
Así la mariposa
Entre azucenas vaga,
Sin tocar en el polvo
Con sus rápidas alas.
Cuando veloz te meces
Cual águila en las auras,
Por velo embellecida
De trasparente gasa;
Atónitos los ojos
Vislumbran á las hadas,
Que al morador del Ganges
Entre sueños halagan.
Apacible victoria!
Ilusion bella y grata;
Que la alegría infunde,
Que los pesares calma.
El Cielo te dispense
Venturas, glorias tantas,
Como dotes adornan
Tu juventud gallarda.
Vive cien primaveras,
Rosa fresca y lozana
De los bellos jardines,
Que hermosean tu patria.
Vive entre los aplausos,
Que te rinde entusiasta
Madrid, la augusta Villa,
La Corte castellana.

Al Excmo. Sr. Duque de Riánsares.

Idilio.

Valladolid: mayo de 1853.

Partid, acentos mios,
De la margen risueña,
Que con sus puras aguas
Fertiliza Pisuerga.
Dejad el campo ameno,
Y sotos y alamedas,
Que la tumba de Ansúrez
Adornan y sombrean.
En alas de los vientos
Salvad la áspera sierra,
Linde á las dos Castillas,
Que dió naturaleza.
Volad al Manzanares,
Que el pie de hinojos besa
Á Mántua, embellecida
Con imperial diadema.
Al arribar al sitio,
Famoso por las puertas,
Que escalaron un tiempo
Los hijos del Eresma;
Dirijid vuestros pasos
Á mansion, que descuella
Entre cien y cien lares,
Cual pino en la floresta.
Solar, que se distingue
Por las armas de Iberia,
Leones y castillos,
Y barras y cadenas.
Donde el Prócer habita
Con su consorte escelsa,

La Nieta de Pelayo,
La Madre de mi Reina.
De benigna acojida
El honor os espera,
Pues allí moran juntas
La bondad y grandeza.
La bondad que realza
Las mas hidalgas prendas,
Las dotes cuyo brillo
Se oscureee sin ella.
Al Duque afectüoso,
Que en jubilosa fiesta
Su natal deseado
Este dia celebra;
Saludad, versos mios,
Con la efusion mas tierna,
Con el fuego, que inflama
Al pecho del poeta.
Deseadle mas dichas,
Que flores Primavera
Del cristalino Túria
Derrama por la vega.
Deseadle mas años
De salud y existencia,
Que á la apacible noche
Embellecen estrellas.
Tranquilo, venturoso
Por cien abriles vea
De su Cristina augusta
La sonrisa hechicera.
Al paternal abrigo
Sus dulces hijos crezcan,
Como palma, que el Betis
Magestüoso riega.
El Cielo bondadoso
Contemplar le conceda

Á sus niñas, modelo
De candor y belleza;
Como Raquel amadas,
Felices cual Rebeca,
Al enlazarse al yugo
De rosas y azucenas.
El Marino, que imberbe
Ya sereno desprecia
De Neptuno irritado
El furor y tormentas;
Ciña naval corona,
Renovando las huellas
Del gran Roger de Lauria,
De Berenguer de Entenza.
El mancebo Fernando,
Tras la sagrada enseña
Del inmortal Caudillo,
Que yace en Compostela;
Algun dia conquiste
Renombre, fama eterna,
Los tercios españoles
Guiando á la pelea.
Á los niños empero,
Que al presente embelesan
Por sus donosas gracias,
Hijas de la inocencia;
En la edad vigorosa
Orne la verde hiedra,
Con que las doctas frentes
Ennoblece Minerva.
Los amorosos padres
En grata complacencia,
El dulce fruto gocen
De esperanzas tan bellas;
Y con hermosos nietos
Regocijarse puedan,

En los postreros años,
Sin dolores ni penas.
Ancianidad tranquila,
Que en la veloz carrera
Se deslice del tiempo,
Tan feliz y serena;
Como arroyuelo manso,
Que sosegado rueda
Por el césped ameno
De la verde pradera.

Al sepulcro de un Niño.

EPITAFIO.

Dos esposos, modelo de ternura,
Esta lápida triste han erigido
Al hijo de su amor: flor bella y pura,
Que en su primer albor ha fenecido.
Niño feliz, que muerte prematura
A los coros angélicos ha unido,
Y entre cantos de gloria al Dios del Cielo
Pide para sus padres un consuelo.

A Nuestra Señora del Pilar.

HIMNO.

Alzad en este dia,
O cándidas doncellas,
Alzad á las estrellas
Las voces sin cesar:
Invocando á la augusta
Reina del paraiso,
Que á Zaragoza quiso
Benigna visitar.

Y vosotros, ó niños,
De inocencia modelo,
Con religioso celo
Acompañad tambien:
Tributando al sonido
De mágica armonía,
Á la Virgen María
Debido parabien.

Con ternura entrañable
Y respetuosa planta,
De la Columna santa
Venid, venid al pié.
Ella es de nuestra gloria
Perenne monumento,
Sosten y fundamento
De la española fe.

Mil ángeles en torno
Allí radiantes vuelan,
Y al ánimo consuelan
Con cánticos de amor.
Oid, oid atentos
Las dulces arpas de oro,
Con que da el almo coro
A su Reina loor.

Suban vuestras plegarias,
Cual aromosa nube
De incienso grato sube,
Unidas mil á mil.
Y vereis cuál dispensa
María mas favores,
Que la pradera flores
Derrama por abril.

Orad, y enternecida
De la súplica vuestra,
Desarmará la diestra
Del Padre vengador:
Y la guerra, que á España
Devasta fratricida,
Vereis desvanecida,
Cual maligno vapor.

La Golondrina.

Cancion.

(Traduccion de Grossi.)

Avecilla solitaria,
Que en el corredor te meces,
Esa fúnebre plegaria
Repitiendo tantas veces;
En tu lengua peregrina,
¿Qué me dices, golondrina?
En doloroso retiro,
Por tu esposo abandonada,
¿Lloras cuando yo suspiro,
Huérfana desconsolada?
En tu lengua peregrina
Laméntate, golondrina.
Con hado menos aciago,
Tú al menos alzas el vuelo,
Recorres el monte y lago,
Fiando al aire tu duelo,
Y en tu lengua peregrina
Dices tu afan, golondrina.
Oh! si yo..... mas no es posible,
Pues vivo en carcel oscura,
Que el sol no halaga apacible,
Ni del aura la frescura,

Y apenas mi voz mezquina
A ti llega, ó golondrina.
El setiembre se aproxima,
Y á dejarme te dispones;
Tú podrás en otro clima
Saludar nuevas regiones
En tu lengua peregrina,
Venturosa golondrina.
Yo empero todos los dias,
Sin que interrumpan mi llanto
La nieve y escarchas frias,
Escuchar creeré aquel canto,
Con que en lengua peregrina
Me acompañas, golondrina.
Al ver en la primavera
Una Cruz en este suelo,
Acércate plañidera
Con respetüoso vuelo,
Y en tu lengua peregrina
Dame un á Dios, golondrina.

Traduccion del epitafio latino en elogio de Juan Sobrarias, Poeta laureado del siglo XVI.

Si de Aganipe se lamenta el coro,
Y el idioma latino yace triste,
Perdida su elegancia, y su decoro,
¡Qué mucho, si Sobrarias ya no existe!
Sus cenizas encubre aquesta losa;
Mas el alma en el cielo ya reposa.

A Delio.

La Despedida.

Vitoria: diciembre de 1837.

Por fin ¡ay! decretó la Providencia
Tu partida fatal, amigo caro,
Y llega ya el momento doloroso
De separarte de mis tiernos brazos.
Ni mis palmas al cielo levantadas,
Ni mis ojos en lágrimas bañados,
Ni mis humildes y continos votos
Detuvieron su curso al tiempo raudo.
Ya asoma triste, pálido, sombrío,
Mi pena con su luto acompañando,
El Sol, que en su cenit ha de alumbrarte
Allá en las vegas del confin lejano.
Dichoso tú, dichoso tú mil veces,
Que dejas estos sitios malhadados,
Palestra de pasiones enconadas,
De la guerra civil fiero teätro.
En estos valles do sonó algun dia
Del ruiseñor el apacible canto,
Retumba hoy del cañon el eco bronco,
Desolacion y ruinas anunciando.
Como en oscura y tempestuosa noche
El deslumbrante resplandor del rayo
Ilumina la bóveda celeste
Desde el oriente al contrapuesto ocaso;
Cundió la llama de la atroz discordia
En el mísero suelo vascongado,
Despareciendo al pavoroso brillo
El amor y la paz vertiendo llanto.
Para atajar el destructor incendio,
Rios de sangre ibera derramados

Fueron cual débil gota de rocío
Contra volcan, que hierve rebramando.
Contempla las montañas convecinas,
El bosque umbrío, los incultos llanos,
Todos, todos, ó Dios! de humanos huesos
A la vista aparecen blanqueädos.
Mira las aguas, que el pais fecundan;
El Vidasóa, el Deva, el Abendaño,
Todos enrojecidos, nuestras lides
Al mar publican con murmullo infando.
¿Cuál será la colina, que no ofrezca
Recuerdos melancólicos y aciagos?
Todas son monumentos de la muerte,
Pues todas fueron de batalla campo.
Con lastimeros ayes moribunda
La madre patria se querella en vano;
De la venganza empero los rugidos
No permiten oir su lloro amargo.
Huye, querido amigo, tú que puedes,
De la tierra, que mira el Cielo airado;
Ya que no te condena á ser en ella
Víctima, cual á mí, de pesar tanto.
Vuela á gozar de tu inefable dicha
En las amenas márgenes del Dauro,
Donde te espera tu amoroso padre
Con los amigos de tus tiernos años.
La divina virtud allí conserva
Indeleble en los ánimos grabado
El fraternal amor, que es quien tan solo
Distingue al racional del tigre hircano.
Venturoso pais! Allí se abrazan
El tierno padre con el hijo amado,
El amigo leal con el amigo,
El hermano cordial con el hermano.
Venturoso pais!.... No asi este suelo.
Maldicion, maldicion al temerario,

Que de la desunion proclamó el grito,
Adormidas pasiones despertando.
Desde entonces las cántabras provincias
Han sido de fiereza anfiteätro,
Donde en funesta lid los españoles
Despliegan el furor de leopardos.
De tan horrible escena, Delio mio,
Te separas feliz. ¿Por qué á tu lado
No puedo vivir yo donde se estrechan
La paz y la justicia en fuerte lazo?
Ricos en la dorada medianía,
Muy mas que el opulento cortesano,
Voláran apacibles nuestras horas,
Cual arroyuelo, que serpea manso.
Entonces liberal naturaleza
Te ofreceria sus preciosos cuadros,
Que trasladar y embellecer á un tiempo
Con tu pincel sabrias delicado.
¡Ilusiones fantásticas, que forma
De la tierna amistad el entusiasmo,
Y cual ensueño leve y lisonjero,
Se disipan de amante desgraciado!
Tú partes, dulce amigo: con tu ausencia
Déjasme sin consuelo, solitario,
Sin una mano, que benigna enjugue
Mis tristes ojos de llorar cansados.
Solo tú, Delio mio, que conoces
De la amistad los mágicos encantos,
Solo tú entender puedes cuanto calla,
Al perderte, el silencio de mi labio.
Á Dios, amigo, á Dios, las ruedas suenan,
Y á desprenderte vas de mi regazo;
Feliz yo, si los cielos de aquí lejos
Te vuelven pronto á mi ternura salvo.

Sentimiento sincero de una Viuda.

Cuento.

Una viuda inconsolable
Bañaba con tierno lloro
El cadaver aún caliente
De su malogrado esposo.
De los pies á la cabeza
Envuelta en negros adornos,
La pálida faz caida,
Y el cabello por los hombros;
A la imagen recordaba,
Que al pie del sagrado tronco
Su soledad y amargura
Deplora en triste abandono.
Ya alzaba al Cielo las palmas
En ademan religioso,
Pareciendo demandarle
Su ya perdido tesoro.
O ya á la muerte invocaba,
Pidiéndole con mil votos,
Que completase el estrago,
Saciando en ella su encono.
Ya tal vez, cual muda estátua,
Fijos en tierra los ojos,
Quedaba en alto silencio,
Cual embargada de asombro.
Por fin, tras la calma aquella,
Que duraba instantes cortos,
Ahogábase la cuitada
Con tanto y tanto sollozo.
No dió la reina Artemisa
Gemidos tan dolorosos,
Cuando perdió para siempre

A su adorado Mausolo.
Ni la que vio á su Poeta
Partir desterrado al Ponto
Así penó, cuando el triste
Dijo á Dios al Capitolio.
Ni la misma Cleopátra
Hizo extremos tan furiosos,
Al espirar en sus brazos
El infeliz Marco Antonio.
Mas al sonar á la puerta
El monótono responso
Del respetable cabildo,
Que venia al mortüorio;
Mientras las graves campanas
Con su clamoréo ronco
Ya llamaban al difunto
A la mansion del reposo;
Entonces..... Desventurada!
Entonces fueron los lloros,
El mesarse los cabellos,
El desfigurarse el rostro.
Entonces fue el entregarse
A su dolor sin rebozo,
El correr desatentada,
El morirse entre soponcios.
«A Dios, repetia á gritos,
»A Dios, querido Teodoro,
»A Dios, mitad de mi alma,
»Mi amor, mi vida, mi todo.
»¿Cómo te vas y me dejas,
»Habiendo sido nosotros
»Hasta el presente dos cuerpos,
»Con un corazon tan solo?
»¿Quién en mi viudez amarga,
»Será de mi casa el gozo,
»La alegría en mis tristezas,

»El iris de mis enojos?
»Ah! Teodoro, ah! dueño mio,
»Yo me quedo sin tu apoyo,
»Cual corderillo sin madre,
»Como tierna vid sin olmo.
»Yo quedo sola en el mundo!....
»Mas ¿qué digo? Pronto, pronto
»Nos cobijará el sepulcro
»Reunidos y dichosos.»
Tan entrañables lamentos
Escuchaba, muy absorto
De admiracion y de pena,
Cierto compasivo mozo:
Polluelo pintiparado,
Por lo cándido y bisoño,
Para erguirse al primer vuelo
Con las ínfulas de novio.
Sabia bien que la dama
No contaba treinta agostos,
Que era rica, y del difunto
No le quedaban pimpollos.
Se acerca pues mesurado,
Y le dice de este modo·
«Señora, el dolor es justo
»En trance tan lastimoso.
»Pérdida fue irreparable
»La del Señor Don Teodoro,
»Por sus virtudes, que ensalza
»El pueblo con mil encomios.
»Siendo el noble caballero
»Vuestro dignísimo esposo,
»Que derrameis no me admira
»De lágrimas dos arroyos.
»Mas considerad, Señora,
»Que es un tributo forzoso,
»Por el mismo Dios impuesto,

»Y lo deben pagar todos.
»El fatal golpe está dado,
»Y es preciso evitar otro
»Con la prudencia cristiana,
»Que recomiendan los doctos.
»Desechad, buena Señora,
»Un pensamiento horroroso,
»Que en mi juicio, es manifiesta
»Asechanza del demonio.
»Además, vuestros pesares
»Amainarán poco á poco,
»Cual tras deshecha tormenta
»Lucen los rayos de Apolo.
»Vuestros floridos abriles,
»Vuestro mérito precioso,
»Hallarán ciento, que enjuguen
»El llanto de vuestros ojos.
»Yo no merezco, Señora.....
»Mas no es este dia propio
»Para indicar pretensiones
»De un segundo matrimonio.»
Y respondió la viudita:
«Razon teneis, Don Liborio;
»Volved sin falta mañana,
»Y se arreglará el negocio.»

Madrigal.

(*Traduccion del Zappi.*)

Preguntó con dulce ruego
Galatea á su pastor:
«Bien mio, ¿por qué al amor
»Acostumbran pintar ciego?»

Y le respondió el zagal:
«Porque sus gratos luceros
»Resplandecen hechiceros
»En tu cara celestial.»

Elegía.

(*Traduccion de Ovidio.*)

Oh! noche, triste noche, en que de Roma
Salí para el destierro, y tan amables
Y queridos objetos para siempre
Mi cariño dejó; qué negro cuadro
Me ofreces de dolor! Al recordarte,
Son mis ojos de lágrimas dos fuentes.
Ya sonreia la fatal aurora
En que de Italia abandonar el suelo
Desapiadado me mandaba el César.
La razon perturbada, en tan terrible
Inesperada situacion, mi viaje
Cuál disponer podia de antemano!
Ni el equipage preparado habia,
Ni compañía y siervos elegido
Para consuelo en tan penosa marcha;
Atónito me hallaba, cual viajero
De rayo herido súbito, que duda
Si la Parca feroz cortó su vida.
No bien la fuerza del dolor agudo
Disipó de mi pecho la tormenta,
El uso á mis sentidos devolviendo,
Doy el vale postrero á los amigos,
A los pocos amigos, que de tantos
Cual creia tener, me acompañaban.
Mi tierna esposa abrázame, y se mezcla
Su lloro con el mio; dos arroyos
Parecen sus mejillas inocentes.

Mi dulce hija á la sazon moraba
En la remota Libia, mi destierro
Ignorando feliz. Ayes y gritos
Por los ángulos todos resonaban
De mi funesta habitacion, imágen
De funeral solemne. La consorte
Y el marido y criados de consuno
Lamentan la desgracia. Parecia
La casa hundirse de contino llanto,
La escena horrible presentando al vivo
Del incendio de Troya, si es que cabe
Comparacion tan alta. Ya en silencio
Los canes descansaban y los hombres,
Y en su carroza de ébano Dictina
Se acercaba al cenit; cuando advirtiendo,
Que su lumbre bañaba el Capitolio,
En vano confinante con mi estancia,
Alzo los ojos mios al augusto
Santüario, y exclamo entre suspiros:
«A Dios, á Dios, deidades soberanas,
»Que allí morais; á Dios, ay! para siempre,
»De la piadosa Roma sacros templos.
»Aunque vuestro favor demando tarde,
»Libradme del encono de los hombres
»En mi ausencia fatal. Decid á Augusto,
»Que fue de inadvertencia el error mio,
»No efecto de malicia, y él lo sepa,
»Cual lo sabeis vosotros: que infelice
»Ya no seré, templados sus enojos.»
A esta plegaria mia ¡cuántas, cuántas
Interrumpidas de sollozos tristes
Añade mi consorte! Su cabello
Esparcido, postrada ante los lares,
El extinguido hogar besa temblando,
Y contra los Penates, que su auxilio
Nos denegaban, en amargas quejas,

Desahogo inútil al llorado esposo,
Desatentada la infeliz prorumpe.
La noche vuela rápida: el instante
Se acerca de partir: ya las dos osas
Al mar se aproximaban. ¿Qué partido
Tomar en aquel trance? De la Patria
El tierno amor me detenia; empero
Marchar era forzoso. Entre gemidos,
Si alguno aceleraba la partida,
Decíale: ¿Por qué tanta impaciencia?
Considera el lugar de donde salgo,
Y á dónde me dirijo. Veces varias
Finjí que el Cesar prefijado habia
El momento fatídico. Tres veces
Pisé ya los umbrales de mi casa,
Tres veces volví atrás. A mi deseo
Obedientes mis plantas, resistian
Emprender la jornada. Sucedióme,
Tras el postrer á Dios hablar mil cosas;
Y cual si ya partiese, abracé á todos
Por despedida. Repetidas veces
Di las órdenes mismas, aturdido,
De mi ternura al ver las dulces prendas.
Al fin exclamo en doloroso acento:
«¡Y por qué me apresuró! Voy á Escitia,
»Dejando la metrópoli del orbe:
»Justa es la detencion. En vida pierdo
»Mi esposa fiel, que vive todavía,
»Los objetos mas caros de mi alma
»Y el paterno solar. Amigos mios,
»Que á mi fraterno amor correspondísteis
»Con el afecto digno de un Teseo,
»Mientras que pueda, en mis amantes brazos
»Estrecharos anhelo. Por ventura
»Ya no podré de hoy mas. Quiero esta hora
»Aprovechar.» Mi labio balbuciente

No puede proseguir. Los mas queridos
Abrazo con delirio. Mientras habla,
Y sollozamos todos, resplandece
De amor la estrella en el sereno cielo,
Para mí tan infausta. Me separo
Con dolor tan intenso, cual si todos
Los miembros de mi cuerpo me arrancasen
Y con ellos el alma. Menor fuera
De Príamo el pesar, cuando á los Griegos
Vió en Iliön, sedientos de venganzas.
Entonces fue el gemir todos los mios,
El alzar los clamores hasta el cielo,
Y el hacer mil estremos, que les dicta
El sentimiento. Mi infeliz esposa
Consternada y pendiente de mi cuello,
Entre copiosas lágrimas exclama:
«¡Quién podrá separarte de mis brazos!
»Juntos, juntos iremos á la Escitia.
»Yo te quiero seguir. Como consorte
»De un desterrado gemiré en destierro.
»Vamos, ya estoy dispuesta. Voy contigo
»Hasta el último límite del mundo.
»De poco peso serviré en la nave.
»A ti el Cesar arrójate de Roma,
»Á mí el amor, haciendo en mí sus veces.»
Igual resolucion los anteriores
Dias mostróme. Para bien de entrambos
Dificilmente resolvió quedarse.
Cual si fuera á la tumba conducido
En vida, salgo al fin, la barba larga,
Desaliñado, y los cabellos sueltos.
Despues de mi partida, con la pena
Se desmayó mi esposa. Recobrando
La luz perdida sus hermosos ojos,
Levantóse del suelo, en que sus crenchas
Con el polvo yacian afeadas.

Los lares ya desiertos bañó entonces
Con repetidos lloros, pronunciando
Mi nombre á gritos. De su dulce hija,
O del esposo al ver la pira ardiendo,
Menos gimiera. Al suicidio quiso
Recurrir, deseando con la muerte
Dar fin á su martirio. Se detuvo,
Por no acrecer la desventura mia.
Vive, mitad preciosa, vive y templa,
Ya que la suerte impía así lo quiere,
Con tu existencia mi cruel destierro.

La lectura de las cartas.

CUENTO.

A un alcalde de montera,
Que no sabia leer,
Cartas entregó en la calle
Un escolar de Jerez.
Las abrió al punto muy serio,
Y comenzó al parecer
A enterarse del escrito
Con la mayor avidez.
El portador entretanto
Separábase cortés
Diez pasos; lo suficiente
Para acercarse á un tonel.
Y apenas con un azumbre
Hubo calmado la sed,
Se fue acercando al alcalde,
Respetuoso, ya se ve.
A pesar de sus estudios,
Tuvo la gran candidez
De indicarle, que leia
Cabeza abajo el papel.

No desconcertó al lector,
Que dijo con altivez:
«En verdad que no tenia
»Por tan ignorante á Usted.
»Vaya un reparo importuno:
»Sepa el señor Bachiller,
»Y cuide no acreditarse
»De majadero otra vez;
»Que lectores como yo
»Vemos las letras muy bien,
»Hora se hallen al derecho,
»Hora se hallen al revés.»
Contestóle el estudiante:
«Perdóneme su merced;
»Como yo siempre he leido
»Desde mi tierna niñez.....
»Basta, interrumpió el alcalde
»Calmada un tanto su hiel:
»Basta de palabrería,
»Que sois hablador á fe;
»Y callais lo mas urgente,
»Pues no me habeis dicho quién
»Os entregó estos escritos,
»Que me interesan pardiez.»
El mancebo respondióle
Riendo á mas no poder:
«Tiró el diablo de la manta
»Y se descubrió el pastel.
»Señor lector consumado,
»Mirad la firma, esta es;
»Y dadme vuestro permiso,
»Pues voy de nuevo á beber.»

Traduccion de la inscripcion francesa grabada sobre el sepulcro del Poeta latino Commire.

Aqui yace Commire, blando cisne
Del Loira, que feliz tan claro nombre
Lejos estenderá de sus riberas.
Naturaleza y arte de consuno
Hiciéronle Poeta. Nunca vaga
Corrió su vena fértil. Las delicias
De todos fue su probidad. Su númen,
Su modestia y costumbres anunciaban
La venerable antigüedad. De Augusto
Nacer debiera en el dorado siglo,
A no determinar mas justo el Cielo,
Que naciera de Luis bajo el reinado (*).

A mis hijos.

Idilio.

(*Traduccion de Madama Deshoulieres.*)

Por estos verdes prados
Que el Sena fecundiza,
Buscad quien os defienda,
Mis ovejas queridas.
Buscad quien dia y noche
Se afane y se desviva
Cual yo, cuando la suerte
Mirábame propicia.
Hoy su rigor empero
Mis votos contraría,

(*) Luis XIV.

Y á los rapaces lobos
Os entrega en sus iras.
¡Vosotras ser la presa
De sus garras temidas;
Vosotras, de este valle
La gloria y alegría!
Mil veces retozando
Por la fértil campiña,
Tú fuiste, grey hermosa,
Mi ventura y delicia.
¡Qué dolor! de mi empeño
Es fuerza que desista:
Sin perro, sin cayado
¿Guardarte yo podria?
Desapiadado el Cielo
Me niega ya tal dicha,
Por mas que le importuno
Con las súplicas mias.
Desdeñando mi lloro,
Insensible á mi cuita,
De mi rebaño al frente
No quiere que yo siga.
Sin mi amparo y desvelos,
Mil y mil gratos dias,
Cual en tiempos mas faustos,
Bonancibles le rian.
Ah! defiéndalo el Númen
Que los bosques habita,
Ya que esta gracia sola
Mi pecho le suplica.
Dulce grey de mi alma,
Que con tanta fatiga
Á los mejores pastos
Conduje complacida;
Yo pongo por testigos
Estas selvas floridas,

Que si Pan indulgente
Su favor te prodiga;
Llevándote amoroso
Á frescas praderías,
Que con viciosa grama
Á los ganados brindan;
Conservaré fielmente
Su proteccion amiga
Grabada en la memoria,
Mientras dure mi vida.
Tambien sus alabanzas
Celebraré festiva,
Haciendo que resuenen
En cien y cien letrillas,
Desde mi pátrio suelo,
Que Febo vivifica,
Cuando con mil torrentes
De lumbre lo ilumina,
Hasta el helado polo,
En cuyas ondas frias,
Cansado de su curso
Los fuegos amortigua.

La Cuaresma improvisada.

(*Traduccion de Gresset.*)

Bajo un cielo sombrío, no muy lejos
De la ribera Armórica, aparece,
En medio de las ondas procelosas,
Una isla cubierta
De lagunas fangosas,
Poblada una mitad, la otra desierta.
Separados del mundo
Los tristes habitantes
De aquel horrible suelo,

Conocen solamente las oleadas,
Ni conocidos son mas que del Cielo.
Á tan mezquina orilla,
Noticias de otras partes
Llegan por maravilla;
Sabiendo los isleños por informes,
En verdad bien inciertos,
Lo que pasa en el resto de la tierra:
Dónde hay paz, dónde guerra,
Quiénes los vivos son, quiénes los muertos
Un crítico severo
Sin duda pensará que yo exajero;
Y tal vez se propase,
De sus razones todas,
Á sentarme por base,
Que una historia tan rara,
Solo tiene cabida
Aplicada al pais donde pasara
El fabuloso Robinson la vida.
Deponed las sospechas indulgente,
Incrédulo censor: el hecho es cierto;
Basta que el vate con candor lo cuente,
Para que vos tranquilo
De escrúpulos quedeis: yo solamente
Pongo, al narrar mi anécdota, el estilo.
De aquella residencia el viejo cura,
Si bien era un pastor muy ajustado,
Preciso es confesar la verdad pura,
Á su tiempo se habia descuidado
De traer del vecino continente
Almanaque y Epacta, ó Añalejo,
Para poder rezar debidamente,
Y gobernar la isla y su concejo;
Y aunque advirtió el olvido cierto dia,
Su sagaz prevision llegó tardía.
Porque ¿cómo embarcarse,

Cuando ya el crudo invierno dominaba,
Y entre negras tormentas
Rugia la mar brava?
Esperar blando viento,
Que la calma volviera
Al turbado elemento,
Bien escusado fuera,
Hasta el feliz momento
Que riese la dulce primavera.
De un temporal cruel y extraordinario
Durante los tres meses,
¿Qué hacer sin Calendario?
¿Cómo guardar las fiestas
El párroco y sus dignos feligreses?
En situacion tan crítica y terrible,
Al mas hábil y pio sacerdote
Su iglesia dirigir fuera imposible,
Y con santo denuedo
Los vientos afrontára enfurecidos,
Importándole un bledo
Del mar amenazante los bramidos.
Mas tan loable celo y tal bravura
No se avenian bien con la prudencia
De aquel bendito cura,
Que amaba demasiado su existencia.
Además era un hombre acostumbrado
Á ejercer por rutina
De su alto ministerio las funciones.
Sin trabajo oficiaba,
Y con desembarazo despachaba
Sus salmos y lecciones.
Formó, pues, prontamente su proyecto;
Y en el próximo dia
Al Señor consagrado,
Tres veces le escuchó su grey cristiana
Mientras él desde el púlpito sagrado

Anunciaba la fiesta de los Reyes
Para antes de concluirse la semana.
Este primer apuro, por sencillo,
Dificultad ninguna le ofrecia;
Mas donde él descubria
Mil y mil imposibles,
Era en saber las fiestas
Que llamamos movibles.
En semejante caso, ¿qué remedio?
Como él era muy poco escrupuloso,
Recurrió al fácil medio
De dejarlas en blanco,
Cual fiestas ignoradas,
Hasta el mes de las flores,
Que, mejor informado,
Serian en la isla celebradas.
En Dios y en su conciencia
Creyó tal opinion la mas probable;
Opinion que siguieron
El ama y el vicario á competencia,
Celebrándola mucho
El dómine Mateo,
El hombre de la isla mas machucho.
Pasó entretanto enero,
Y mas rápido aún en su carrera
Siguió en pos el febrero:
Volando el marzo vino,
Y el aquilon reinaba de contino.
De la estacion empero,
Que sonrie florida,
Con cristiana paciencia
Esperando la próxima venida;
De la anual abstinencia
Ignorancia invencible pretestando
El buen siervo de Cristo,
Cada dia gravaba su conciencia

Con un capon de su corral provisto.
Ya un largo mes hacia,
Que con gesto sombrío y penitente
La Cuaresma al cristiano
Austeridad y rezos prescribia.
La isla solamente,
Sin acordarse nunca del ayuno,
Osaba cada dia
Comer de carne sin respeto alguno.
Y si no eran los platos esquisitos,
Al menos cada isleño,
Misto de ciudadano y lugareño,
Su mesita de pino
Solia proveer con sus legumbres,
Empedradas con trozos de tocino.
En suma, todos ellos,
Por equivocacion, ya se supone,
Cada noche cenaban
Con santa complacencia,
En tanto que nosotros
Guardábamos por ellos abstinencia.
Por fin, calmado el viento,
Se mostró el mar un dia
Muy menos turbulento.
Viendo ya la bonanza nuestra cura,
En cumplimiento fiel de su promesa
Á visitar el mundo se apresura.
Pero, cual hombre cuerdo,
Antes la andorga consolar procura
Con cuatro magras de sabroso cerdo.
Hecho digno en verdad de ser notado,
Pues de Cuaresma la semana quinta
Habia comenzado.
Del esquife al saltar ve con sorpresa,
Que ya el dia de gloria y regocijo
Venia á toda priesa.

«Bendito sea Dios, y respiremos,»
Calándose el sombrero, entonces dijo,
«Porque perdido no hemos
»Un viaje tan incómodo y prolijo.
»Gracias por siempre demos
»Al Padre y manantial de toda lumbre;
»Pues tiempo es todavía
»De celebrar en la parroquia mia
»La Pascua del Señor, segun costumbre.»
Dice, y con desenfado
Torna á bordo al momento,
De almanaques y gafas muy cargado.
El cristalino líquido elemento,
Por su buena fortuna
Lo vuelve á casa sin desgracia alguna.
En el dia siguiente
(Dominica de Ramos)
La ya avanzada fecha de Cuaresma
Notificó á su grey con celo ardiente.
«Pero nada, ó hermanos, se ha perdido,»
El orador añade en voz gangosa;
«Yo tengo ya tomado mi partido,
»Y alcanzar la Cuaresma es fácil cosa.
»Antes de nuestro ayuno, lo primero
»Advertid, que los usos venerandos
»Para observar de un modo mas austero,
»El inmediato martes
»Será jueves lardero.
»Y el miércoles el dia de Ceniza.
»Tres dias seguirán de penitencia:
»¿Oís? guardadme todos
»Rigurosa abstinencia,
»Cual hijos de la Iglesia; al otro dia
»Humildes respondiendo á la voz suya,
»Con filial confianza y armonía
»Devotos cantaremos: *Aleluya.*»

TRADUCCION

DE LA

POETICA LATINA

DE

MARCO GERÓNIMO VIDA,

OBISPO DE ALBA.

ADVERTENCIA.

La Poética de Marco Gerónimo Vida, sin ser la obra mas notable de este sábio Prelado, ha sido siempre mirada con especial cariño y predileccion por los alumnos de las Musas. Julio César Scalígero la prefiere á la Epístola á los Pisones, *est enim præclarum Poema*, dice: *Tanto majore laude* (Vida) *quàm Horatius dignus est, quantò artificiosiùs de arte agit hic quàm ille.* Gerardo, Juan Vosio y Miguel Neander dicen lo mismo casi con idénticas palabras. Luis Vives se espresa de este modo en su tratado *de causis corruptæ artis. Vida nostræ ætatis scripsit carmen, excultum sanè et mirè Virgilianum, de Poetica, in quo satis habuit Homeri ac Virgilii virtutes percensuisse ac declarasse, easquè pro absolutis artis præceptionibus tradidisse.*

El entusiasta Klotz osa decir, que si resucitaran los vates de Mantua y de Venosa, ellos mismos se conceptuarian incapaces de escribir una obra mas perfecta. *Ecquidem nec Horatium, nec Virgilium, si ex inferis redire, atque hos versus cognoscere possent, meliùs se de hoc argumento scribere potuisse, dicturus esse arbitror.*

El severo Legislador del Parnaso francés la imitó en mas de una ocasion. Marmontel encomia la importancia de sus preceptos, y el gusto y precision con que está escrita. Batteux la coloca al lado de las de Aristóteles, Horacio y Boileau. El Padre Oudin la ilustró con algunas notas latinas, que acreditan el buen criterio del docto jesuita. Antes de imprimirse, ya servia de código en Cremona para instruir á la juventud. En vida del autor la esplicaba á sus alumnos en la Universidad de Erfurth Eobano de Hesse,

célebre Profesor Aleman, que escribió poesías latinas muy apreciables, entre las que ocupa el primer lugar su version en exámetros latinos de la Iliada de Homero. Lo mismo hacia en la Universidad de Milan José Parini, uno de los mas distinguidos poetas que han honrado á Italia en el siglo XVIII. Los ingleses la han adoptado como una obra clásica para uso de sus colegios, y además tienen dos versiones, la de Pitt, y la de Hamsom, acompañada de curiosas notas. La lengua francesa cuenta tres traducciones, con las que han enriquecido su literatura los laboriosos escritores Barrau, Bernay y Batteux. «Es un libro (dice este último) trabajado con tanto método y juicio como elegancia y gusto. Su plan está calcado sobre el de las Instituciones de Quintiliano. Vida toma al alumno de la poesía desde la cuna, y le lleva de la mano por los amenos bosques del Pindo, mostrándole todas las fuentes frecuentadas por las Musas. Su obra es un precioso ramillete de flores. Si Aristóteles y Horacio procuran dirijir el genio, en cuanto él puede serlo, Vida se esfuerza por despertar el gusto poético de los jóvenes, y para formarlo, ofrece á su vista las bellezas de los grandes modelos que florecieron en la antigüedad.»

El Cantor de Cremona, añade Mr. Bernay, nos ha dado una poética llena de admirables instrucciones, en las que, por una feliz combinacion, andan siempre juntos el precepto y el ejemplo.

Mr. Valant hizo una bella imitacion en verso de esta obra con el título de *Educacion del Poeta*. Se publicó en París en 1814. «Al leer el poema didáctico del Obispo de Alba (dice aquel escritor) admiramos, además de la imaginacion florida del vate latino, una vena inagotable, toda la riqueza, las gracias todas de la elocucion, la facilidad, la ligereza, la elegancia, las comparaciones mas oportunas y mas naturales, imágenes pintorescas, quizá demasiado lujo en la espresion. Mas en todo el poema hay consejos escelentes, reglas seguras, infalibles; en fin, una alma de

fuego, el alma del verdadero poeta, en la que á pesar de las preocupaciones vulgares, la razon y el sentimiento viven inseparables.»

El poeta dedicó su libro al Delfin hijo del ilustre prisionero de Pavía, Príncipe que no llegó á reinar por haber fallecido en 1536, viviendo todavía su augusto padre. En el Diario de Módena, tomo 19, página 158, publicó Tirabosqui un artículo muy curioso sobre el manuscrito autógrafo de la Poética, que habia examinado por sí mismo. Las numerosas enmiendas y correcciones, que aparecen en él, muestran claramente el cuidado y prolijidad con que el autor limó su poema, antes de darlo á luz. Muy pocos años despues lo tradujo al Toscano y en verso suelto Nicolás Mutoni. Publicó en Vicenza su version en la imprenta de Jorge Greco. La dedicó á Monseñor Silvestre Gigli, noble ciudadano de la república de Luca. En la portada se lee, que la traduccion se imprimia con privilegio por diez años, concedido por Paulo III y por el Senado de Venecia.

Deseoso yo de generalizar los sanos preceptos del vate de Cremona en obsequio de la juventud española, que no haya tenido ocasion de verlos en el idioma original, presento al público la traduccion de su Poética en versos castellanos. A tan difícil tarea, que ofrece siempre mas trabajo que gloria, á falta de otro mérito le asiste la especial recomendacion de ser la primera que reproduce en el idioma de Garcilaso los principios del arte, tan magistralmente desenvueltos por el juicioso Vida. Es de lamentar que tan importante libro no sea mas conocido de algunos jóvenes que, fiados únicamente en sus propias fuerzas, se pierden frecuentemente en deplorables estravíos, por no tener un guia seguro que los dirija por el escabroso camino, que es preciso recorrer antes de ceñirse el laurel poético.

En defecto de la viva voz de un Aristarco, las instrucciones de aquel entendido preceptista pueden ser muy eficaces, si no para producir grandes bellezas, por ser hijas estas del corazon y del genio, al menos para evitar defectos

enormes, y formar el gusto del alumno de las Musas. *Las reglas* dice Quintana, *no pueden criar vida donde no la hay, ni dar alas á quien no las tiene.* Pero tambien es muy cierto, como ha dicho Cervantes imitando á Horacio, *que el arte perfecciona la naturaleza, y que mezcladas la naturaleza y el arte y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo poeta.*

He preferido para esta version el endecasílabo asonantado, por ser el metro mas á propósito para los poemas didácticos, segun la autorizada opinion de D. Javier de Burgos, que tradujo así la Epístola á los Pisones. Tambien he procurado, á imitacion de este escritor insigne, traducir cada hexámetro latino en verso y medio castellano.

Solo resta hacer un breve resumen de la Poética. En el primer canto habla de la educación, que debe darse al novel Poeta, y de las cualidades de los profesores encargados de su enseñanza. Le aconseja no escriba por encargo ageno, sino por propia inspiracion. Recomienda el estudio de las lenguas griega y latina, y la contínua lectura de Homero y Virgilio. Deplora la decadencia y olvido de la primera, lamentando al mismo tiempo la caida del Imperio Griego en Oriente. Indica los esfuerzos de Ennio para perfeccionar su idioma. Bosqueja con tanto acierto como laconismo los defectos de Ovidio, Lucano y Stacio. Habla del celo y munificencia de los Médicis en favor de las letras. Cuenta brevemente la historia de la poesía. Dotes que caracterizan al futuro Poeta. Elogio de Ciceron. Ensayos en que puede ejercitarse el discípulo. Indulgencia con que deben ser juzgados. El ánimo ha de estar libre al escribir. Paz y felicidad inalterable de los poetas. Origen de la poesía. Invoca al numen que inspira á los hijos de las Musas. Consuelos que estas dispensan á los hombres.

El canto segundo comienza con una plegaria á las vírgenes del Pindo. Invencion y disposicion. Reglas generales para la composicion de la Epopeya. Necesidad de meditar el plan. La variedad y amenidad son dotes indispensables.

Evítense los episodios inútiles, la erudicion pedantesca, las ficciones inverosímiles, la prolijidad de los discursos, y la repeticion de los pensamientos. Sublimidad épica. Grandilocuencia del autor al dar sus preceptos. Decoro en el lenguaje. Momentos de inspiracion y de languidez. Imitacion de la naturaleza. Caracter y lenguaje propio de cada persona. Roma ha perfeccionado lo que inventó Grecia. Apóstrofe á los genios tutelares de Italia. Apoteosis de Leon X.

La Elocucion Poética es el objeto del canto tercero. Recomienda la claridad en el estilo, y la imitacion de los autores del siglo de oro. Censura la metáfora violenta, el prosaismo, la aspereza de los nombres propios, y las palabras supérfluas. Él metro y el lenguaje deben ser adecuados á la naturaleza del poema. Arcaismos. Modo de rejuvenecerlos. Parsimonia con que deben usarse. Palabras compuestas. Armonía imitativa. Estilo sencillo, mediano y sublime. Fisonomía particular de cada verso. Detencion y cordura en la correccion de las composiciones. Aconseja viajar para rectificar las ideas. Gloria del Poeta. Cántico de amor y gratitud á los manes de Virgilio.

Estos son en compendio los principios del arte que desenvuelve el escritor con mano maestra. Principios que, como es facil observar, han merecido la sancion del tiempo, y la aprobacion de los ingenios de todos los pueblos civilizados. Lo cual demuestra que se apoyan en la base inmutable de la naturaleza, y por tanto sería imposible al humano capricho el alterarlos.

Del brevísimo estracto que acaba de verse, resulta además que la Poética de Vida no es únicamente una coleccion de reglas mas ó menos acertada, como algunas otras obras que llevan este título, sino que tambien es un libro que el Poeta ha sabido embellecer con episodios llenos de gracia y oportunidad, consiguiendo de este modo teórica y prácticamente instruir á sus lectores.

Canto 1.°

Hijas del canto, dadme que descubra
Vuestras ocultas fuentes y misterios,
Para formar desde su cuna al vate,
Que en el verde Helicon fije su asiento.
Al vate que celebre los loores
De los que habitan el Olimpo escelso,
O á bravos capitanes encomiando,
Grato lauro de honor ciña cual ellos.
¿Mas qué joven amante de la gloria
Osará, superior al vulgo necio,
Á tan riscosa inaccesible cumbre
Conmigo remontarse en raudo vuelo?
¿Quién, amables donceles, de vosotros
Oir desea el celestial acento
De las hermanas nueve, cuyas danzas
Anima con su lira el rubio Delio?
Tú el primero te ofreces, ó Francisco,
Delfin esclarecido, á quien su cetro
La Francia fiará, cuando tu mano
Pueda robusta sostener su peso.
No desdeñes los números acordes,
Que te dispensan eficaz consuelo,
Cuando alejado de tu cara pátria,
Cuando privado de tus fieles deudos,
Con Enrique, tu hermano, allá en la margen
Del Manzanares gimes prisionero,
Desque con la fortuna, su enemiga,
Lidió tu augusto padre cuerpo á cuerpo.
Mas enjuga tu llanto, hermoso niño,
Que pronto volverás al pátrio suelo
Riéndote benévola tu estrella,

Y terminado tan fatal destierro.
Con gritos de placer y alegres vivas
Verás entonces festejarte el pueblo,
Y los votos cumplir que las matronas
Por tu retorno humildes ofrecieron.
Mientras aguardas tan dichoso dia,
Ven conmigo á los bosques del Permeso,
En donde acompañado de las Musas,
Conseguirás calmar tu desconsuelo.
Si objeto de la antigua Poesía
La Religion y las Deidades fueron,
Sus límites bien pronto se ensancharon,
Toda especie de asuntos admitiendo.
Siempre fué de los metros el mas noble
El que suelen llamar *heróico verso*,
Por celebrar con fuego y osadía
La gloria de caudillos y guerreros.
Lo enseñó en sus fatídicas respuestas,
Segun nuestros mayores lo creyeron,
Virgen sacerdotisa, dulce alumna (*)
Del Dios crinado, que venera Delfos.
El modo de escribir cualquier Poema
Estudia con ardor en mis preceptos,
Y tus fuerzas midiendo, nunca empieces
Composicion impropia de tu ingenio.
La Santa Religion y nobles lauros
De alta victoria, principal objeto
De mi enseñanza son, no menos util
Si espectáculos dar quieres al pueblo,
O bien suspiras con incauto joven
A quien inflama el amoroso fuego;

(*) La Sibila Femonoes, que segun Pausanias fué la primera Sacerdotisa del templo de Delfos, respondia en verso hexámetro á los que consultaban el oráculo. Su nombre se deriva de *Phêmê*, presagio, y de *Noos*, espíritu. (Bernay.)

O tal vez de Teócrito renuevas
Las rústicas contiendas y lamentos.
Para tu canto elije solo asuntos,
Que fáciles te sean y halagüeños,
De antemano debiendo interesarte
Y de tu aprobacion llevar el sello.
Nunca admitas poéticos encargos,
A no obligarte con mandato espreso
Poderoso Monarca, si hay alguno,
Que ame la Poesía en estos tiempos.
Cuanto por propia inspiracion nosotros
Resolvemos cantar, es hacedero;
Mas argumentos de eleccion agena
Llenar no es dado á superior esfuerzo.
Sé cauto en emprender obra dificil,
Aunque te inflame súbito deseo
O entusiasmo ferviente, por mas grato
Que te fuera tal vez darle comienzo.
Su estension y detalles uno á uno
Meditando á tus solas en silencio,
El mas maduro y detenido examen
Preceda hasta calmar tu ardor primero.
Si por fin á la empresa te decides,
Antes que realices tu proyecto,
Procura atesorar caudal copioso
De voces y escojidos pensamientos.
Tan acertada prevision un dia
Tus afanes hará mas llevaderos,
Y verás por ti mismo, que los vates
Deben mil cosas preparar con tiempo.
Ideas nos ocurren distraidos,
Que recordar en vano pretendemos,
Pues al punto olvidadas, á la mente
No las hace tornar el poder nuestro.
Ni me disgusta aquel, que de un Poema
Cuando zanjar pretende los cimientos,

De los antiguos Clásicos Autores
Repasa dia y noche los modelos.
Solícito escritor, infatigable,
Que fijo en su laudable pensamiento,
Busca doquier auxilios, y realza
El brillo y la riqueza de sus versos.
Tambien útil será trazar en prosa (*)
Del Poema ideado algun diseño,
Con tanta exactitud que al escribirlo,
Pueda la pluma adelantar sin riesgo.
Convida la ocasion á izar las velas,
Y blando rie el próspero momento
De prescribir las reglas: mas la infancia
Del futuro cantor es lo primero.
Si no recibe educacion perfecta,
Sin cultivar las Musas con empeño
Desde su tierna edad, nunca adornada
Verá su frente de laurel eterno.
No bien á desatar tímido empiece
Su balbuciente lengua el rapazuelo,
Que beba en raudal puro y se aficione
A la ciencia de Píndaro y Orfeo.
El Mentor á enseñarle destinado
El habla y los primeros rudimentos,
A su pronunciacion clara reuna
De locucion correcta ser modelo.
El candoroso alumno asi instruido,

(*) Hablando de Virgilio dice Donato: *Æneida, prosâ priùs oratione, formare, digestamque in duodecim libros, particulatim componere instituit, ut quidam tradunt.* De Boileau, Racine y Chapelain dice Batteux en su Curso de Literatura, que antes de versificar sus Poesías, las escribian en prosa. Lo mismo hacia Pope, segun refiere Klotz. Entre los nuestros Melendez, y sobre todo Quintana, solian hacer otro tanto, siempre que escribian algun Poema de importancia.

No podrá incauto contraer defectos,
Que despues de raiz jamás podrian
Desarraigar del arte los esfuerzos.
Siempre me disgustaron los pedantes,
Que el renombre de sábios pretendiendo,
Emboban á los niños y á la plebe
Con oscuras palabras sin concierto.
¡Insensatos! tan solo una sonrisa
De compasion merecen y desprecio,
Por ostentar que á la puericia enseñan
Lo que en su estupidez nunca aprendieron.
Al imbecil, que deja los cristales
Del fugitivo y límpido arroyuelo
Por las hediondas aguas de un pantano,
Se asemeja tal piara de maëstros.
En vez de adoctrinar á vate joven,
Yo los condenaria á dar preceptos
Al morador de Escitia, ó á la gente
Mas inculta y feroz del universo.
Ya por fin de la sacra Poesía
Penetre mi discípulo en el templo,
Bañándose en las ondas de Castalia,
Que de Poeta infunden el ingenio.
Al que del Mincio las amables Musas
En sus amenas márgenes mecieron,
Cual á deidad venere, deseando
Imitar algun dia sus ejemplos.
Admire su invencion y su artificio,
Llorando enternecido el fin adverso
De los garridos jóvenes, que airado
En flor sacrificó Mavorte fiero.
Con el rapaz Ascanio simpatice;
Y le inflamen vivísimos deseos
Por indagar del mísero Palante,
O bien de Lauso el trájico suceso.
Bañará con sus lágrimas el nombre

De Eurίalo arrancado al dulce seno
De su madre infeliz; doncel gallardo,
Que mueve á compasion frio y sangriento.
Los Poetas Latinos cuando estudie,
Deberá manejar tambien los Griegos;
Sus floridos abriles consagrando
A entrambas lenguas con brioso aliento.
Unas veces compare nuestro Eneas
Con Aquiles fogoso, ó con el cuerdo
Ulises vagabundo; imparcial otras,
Hará de los dos vates el cotejo.
Mas préstame atencion, amable niño;
Será preciso leas con recelo
Escritos cien y cien que Grecia y Roma
Á los siglos futuros trasmitieron.
No para ti será tan árdua empresa
Las obras comprender de los Helenos,
Entre quienes cual Príncipe domina
El cantor de Ilion, el grande Homero.
Mira á los otros, de imitarle ansiosos,
Volar en alas de su ardiente fuego,
Buscando en sus raudales de armonía
Sublime inspiracion, hija del Genio.
Venturosos mil veces los autores
Que en tan felices dias merecieron
Existir y brillar: descuellan tanto,
Cuanto se acercan mas á tales tiempos.
Oprobio á los Poetas posteriores,
Que de ignorancia abandonaron ciegos
Los mil vestigios, que dejó el de Esmirna
En el camino de la gloria impresos.
Cayó tan bello idioma en el abismo
Del olvido fatal, y hasta sin cetro
Los Argólicos Reyes lamentaron
La pérdida funesta de su imperio.
Consume al ciudadano la indigencia

En clima estraño, de la patria lejos,
Y en tanto oprime el vencedor sus lares,
Y deplora la Grecia el vilipendio.
  Entre salvajes Faunos comenzaron
Nuestros mayores á cantar sus versos,
Que de artificio faltos y cadencia
De monte en monte repetia el eco.
A la Griega Poética guirnalda
Intrépido aspirar osando Ennio,
Hizo despues en el inculto Lácio
Retumbar de su trompa los acentos.
Nuestros Poetas estudiando entonces
Los que naturaleza tiene envueltos
En misteriosa oscuridad arcanos,
Todo, todo en su afan lo embellecieron.
De su rudeza informe ya purgada
Por tales grados remontó su vuelo
La dulce Poesía, hasta que al mundo
Brilló del canto el hijo predilecto.
  Gloria sin fin al inmortal Virgilio,
Que en la dichosa Italia apareciendo,
Disipó las tinieblas de ignorancia,
Cual sol radiante nubarrones densos.
El corrijió con vigorosa mano
Del gusto depravado los defectos,
Y la delicadeza y la elegancia
Supo crear con su feliz ingenio.
Sus loores cantad, amables Musas,
Flores á manos llenas esparciendo
Sobre la rubia frente del Poeta,
Que los lauros eclipsa de los Griegos.
¡Cantor sublime, sin rival, divino!
La misma Grecia, que á los pies de Homero
Lo adora cual á un dios, al Mantuäno
Con asombro contempla y con respeto.
  Dorado siglo en que el Ausonio idioma

De su esplendor llegando al apogeo,
Ni ha lucido otra vez, ni repetirse
Por desgracia verán los venideros.
Despues de gloria tanta los Romanos,
Degenerados ya de sus abuelos,
Dejaron que la noble poesía
Su robustez perdiera y lucimiento.
Un ingenio feliz desprecia el arte;
Otro el brillo aparente y el estruendo
De las voces reune en su Poema (*),
Marcial y retumbante con esceso.
Inutil melodía solo buscan
De vena faltos, de palabras llenos,
Otro y otro escritor. Por fin Apolo
Abandonó de Italia el caro suelo.
La invade en pos el bárbaro Lombardo,
Y esclavizando al Tiber indefenso,
Su lengua de oro olvidan los vencidos
Del cruel opresor por el dialecto.
La armonía del canto enmudecida,
Solo negocios de interés plebeyo
Los ánimos ocupan, dominados
Por el afan de atesorar dinero.
  Así yacia Italia cuando vuelven
Las Musas otra vez, como á su centro,
Por favor de los Médicis, que á Europa
Consuelan de sus guerras y sus duelos.
De la asolada Grecia los desastres
A la augusta familia enternecieron,
Y temiendo finaran con su nombre
Las altas glorias de los cultos Griegos,
A mil doctos varones en Toscana
Dispensan proteccion y acogimiento,

(*) Habla de Ovidio, Lucano, Stacio y otros.

Para instruir los jóvenes alumnos
De blanda paz en el amable seno.
Tambien á las ciudades subyugadas
Enviäron cien sábios, que á gran precio
Adquirieron escritos y pinturas,
Que condenaba el vencedor al fuego.
¡Y en intestina lid contra la patria
Á Príncipes llamamos estranjeros!
Tal fué un dia la suerte de los vates,
Tal de la Poesía es el compendio.
A Maron venerando como á un numen,
Por tu guia lo elije y tu maestro,
Y añadirás los vates de aquel siglo
Si no llenare él solo tus deseos.
Sé muy cauto en leer otros autores;
Que tal curiosidad en un mancebo
Pudiera ser fatal; formado el gusto,
Los podrás estudiar sin ningun riesgo.
Ahora escuchadme, padres de familia,
Que buscais un Mentor: os aconsejo
Elijais entre mil un literato
De inteligencia y de maduro seso.
El entrañable afan debe animarle,
Y la solicitud y amor paterno,
Y así podrá celoso las funciones
Ejercer de su noble ministerio.
¿Cuándo el niño osaría por sí mismo
Sus fuerzas desplegar? De auxilio ageno
Al pie del alto Pindo necesita,
Tímido al ensayar su primer vuelo.
Sin una mano amiga que lo guie,
Mil distracciones y pueriles juegos
Lo apartarian de las dulces Musas,
Olvidando quizá su trato ameno.
Así un apoyo al arbolillo débil
Arrima previsor el jardinero,

Y creciendo lozano y vigoroso,
Resiste á las borrascas y á los vientos.
El preceptor procurará captarse
De su joven discípulo el afecto,
Pues aborrece siempre los estudios
El niño que aborrece á sus maestros.
Así al amable alumno de las Musas,
De sus dulces halagos inexperto,
Ni disgustar podrá la Poesía,
Ni abandonarle el necesario aliento.
El director de la inocencia debe
Con templanza enseñar. Yo nunca apruebo
El uso del azote, vil castigo,
Propio tan solo del rebelde siervo.
Evitad los insultos y amenazas,
Que obligan á alejarse en raudo vuelo
A las doctas Pimpleas aflijidas,
Por no oir de su alumno los lamentos.
Así muere del niño el estusiasmo,
Y se niega á empezar ensayos nuevos,
Y con la crueldad endurecido,
Detesta el yugo, que le oprime fiero.
Conocí un pedagogo, que sañudo
Castigaba levísimos defectos,
Sin que nunca los golpes y gemidos
Dejaran de sonar en su Colegio.
Un dia que el verdugo de la infancia
Mas desplegaba su rencor violento
Contra la turba tímida de niños,
Atónitos y helados por el miedo;
Por desgracia un rapaz, que entre los otros
Sobresalia por su rostro bello,
Habia sus lecciones olvidado,
Embebido en pueriles pasatiempos.
No bien advierte el preceptor bilioso
Del jóven descuidado el menosprecio,

Le reprende iracundo y le amenaza
Con voz desapacible y torvo gesto.
El rudo azote en su furor empuña ,
Y se lanza cruel contra el mancebo,
Que cayó ante sus pies horrorizado,
Estinguida la luz de sus luceros.
Poco despues cuando segó la Parca
Tan delicada flor, su fin funesto
Del Serio y del Erídano las ninfas (*)
En sus grutas lloraron sin consuelo.
No deben olvidar cuantos enseñan
Del irritado Alcides el ejemplo,
Discípulo feroz, que con la lira
Dió muerte á Lino, su Mentor severo.
De aplicacion empero cual dechados,
Obedeced vosotros los preceptos
Del que os instruye, jóvenes amables,
La voluntad de grado sometiendo.
Si aspiras al honor con tus lecciones
De formar un poeta, lo primero
El amor de la gloria al niño inspira
Con palabras de padre y aun con ruegos.
Inflamado una vez por dicha tuya,
Su virgen corazon con este fuego,
Verás cómo se avivan las centellas,
Sin que tú les añadas nutrimento.
¡Con cuánto afan se entregará al estudio!
Le servirá el trabajo de recreo,
Y al encontrar obstáculo dificil,
Él sabrá redoblar su noble esfuerzo.
El estímulo acrece las virtudes:
Será pues acertado pensamiento
Que tu alumno combata: que rivales
Debe hallar en sus dignos compañeros.

(*) Serio, rio de Cremona.

Dorada aljaba ó can de raza pura
De la lid ofrecido en justo premio,
Aumentará su ardor, en sien agena
Por no ver ostentarse lauro bello.
  A tan dulces estudios avezado,
Serán todo su prez y su embeleso,
Y de gloria al amor nunca insensible
Se monstrará su generoso pecho.
Ved los hijos, que padres despiadados
Separan de poético liceo
Por dedicarlos á prosáicas artes,
En su necia opinion, de mas provecho.
Las fuentes bullidoras los alegran,
Y de Tempe los valles pintorescos,
Oportuna ocasion no bien se ofrece
De poder contemplar tales objetos.
Arde su fantasía acalorada:
Nada puede en el mundo contenerlos,
Ni sería capaz violencia alguna
De estinguir su pasion hácia los versos.
Cuando ve las yeguadas pacer libres
Corcél fogoso, á quien sujeta el freno,
En recobrar su libertad perdida
Se empeña con indómito ardimiento.
En vano, en vano vigoroso intenta
Reprimir su impaciencia el caballero
Con bocado cruel: el noble bruto
Acrecienta su brio y sus esfuerzos.
Aunque por fin desiste mal su grado,
Sus ojos todavía vuelve inquietos
Mil y mil veces á la grata selva,
Con relinchos el monte ensordeciendo.
Así la soledad del campo ansían
Los que arrancados de las musas fueron,
Para lograr en el fatal bullicio
De espléndido palacio un triste empleo.

Mas venturosos fueran habitando
En Tíboli ó en Túsculo entre hielos,
Espuestos á los ásperos rigores,
De la honrosa pobreza compañeros.
Aspiran otros con tenaz ahinco
Al délfico laurel, de vates premio,
Sin ver que siembran en estéril playa,
O al mar se entregan, contrariando al viento.
Al hábil preceptor será muy fácil
En sus alumnos conocer el estro;
Pues quien poeta nace, desde niño
Manifiesta del númen los destellos.
Por sí mismo afanoso versifica,
Al rival desafía con denuedo,
Solícito consulta, y enloquece
Cuando logra poético trofeo.
Mas si le vencen, el dolor le aflije,
Huye de sus amigos y sus deudos,
Aborrece la luz, y ruboroso
Las miradas evita del maestro.
En suma hasta que logra vindicarse,
El llanto corre de sus ojos bellos;
Honroso llanto, que derrama solo
Alumno de las Musas predilecto.
Pero nada espereis del que á la gloria
Mostrando un corazon como de hielo,
Del preceptor es sordo á las palabras,
Olvidando lecciones y consejos.
Si en vergonzosa inercia está sumido,
Y su espíritu duerme en torpe sueño
De habitual inaccion, ¿la recompensa
Recojerás con él de tus desvelos?
El Poeta precoz me desagrada,
Por ser cual frutas, que sazona el tiempo
Con anticipacion; jamás ofrecen
A sano paladar grato recreo.

Al reir el otoño, ya del árbol
Las encuentra caidas por el suelo,
Y al verlas amarillas y sin jugo,
Las pisan desdeñosos los viajeros.
Cuando el niño se encuentre fatigado,
Por via de solaz y esparcimiento,
Permítanle observar en la campiña
Las costumbres del rústico labriego.
Cual cazador á los veloces gamos
De Tíboli persiga por los cerros,
O lazos arme en oportuno sitio,
Para prender á los incautos ciervos.
Que no por eso dejará aquel dia
Volar inútil sin algun recuerdo
Ofrecido á las Musas, y robando
Al ruido y al placer dulces momentos.
En grata soledad, con tiernos himnos
Al Fauno invocará del bosque ameno,
Ó á la sagrada Ninfa de Albunea (*),
Del Anio orillas, que serpea lento.
Asi quedando un año sin cultivo
Reanima á la tierra vigor nuevo,
Y mas feraz corona los afanes
Del labrador al año venidero.
Ya que naturaleza caprichosa
No á todos adornó de igual talento,
Deben abandonar la Poesía
Los que para Poetas no nacieron.
¿Qué importa que sus ánimos inflame
Vehemente pasion por hacer versos,
Si el alto númen, que preside al canto,
Con esquivo desden oye sus ruegos?

(*) Segun Lactancio, citado por Batteux, la Ninfa de Albunea era la Sibila de Tibur: *Sibylla Tiburtina.*

Quizá podrán mas bien honrar el foro,
La oprimida inocencia defendiendo,
O de la natural Filosofía
Las causas indagar y los secretos.
Bien que la educacion y la constancia
Dictan leyes á veces al ingenio,
Y á la naturaleza, que se opone,
Suelen vencer del arte los esfuerzos.
  Evitará el Mentor que amor domine
Del incauto discípulo en el pecho,
Hasta que pueda contrastar sus fuerzas,
O de su yugo soportar el peso.
Cuando en las venas de inesperto joven
Arde tan grato cuan fatal veneno,
De su llama voraz á la violencia
Olvida los estudios y el Permeso.
A sus ojos ofrece fascinados
La fiel imagen de su dulce dueño
Cupido sin cesar, ni le es posible
Fijar la fantasía en otro objeto.
En vano acuden sus amantes padres
Del divino Esculapio á los remedios,
La dolencia ignorando. Lentamente
Mina sus dias amoroso incendio.
  Formado ya su gusto con los años,
Y consagrado todo al Dios de Delos,
No se contentará de los Poetas
Con adquirir cabal conocimiento.
Estudiará afanoso los prosistas,
Y aquí y allí noticias adquiriendo,
Será como la abeja, que elabora
De flores varias su panal hibleo.
Con pie seguro el anchuroso campo
De la noble elocuencia recorriendo,
Aprenderá el decir de Marco Tulio,
Y de los escritores mas perfectos.

Es de Italia feliz *la otra lumbrera* (*)
El grande Ciceron, sobresaliendo
Entre sus oradores mas ilustres,
Cual entre todos el Romano Imperio.
Mengua fuera en un vate ignominiosa
Ignorar las costumbres de los pueblos,
La posicion de sitios memorables,
De capitales y famosos puertos.
Si verlos por sí mismo no pudiere,
Será preciso los conozca al menos
Por cartas geográficas y planos,
Que dejaron curiosos mil viajeros.
Prez eterno á los bardos animosos,
Que en los campos de guerra combatieron,
Para pintar con vivo colorido
Aquellos cuadros de la lid sangrientos.
Mas término tan breve á nuestros dias
La voluntad permite de los cielos,
Que estudiar solamente nos es dado
Tantas artes y ciencias en compendio.
El navegante asi, que la mar cruza,
Las ganancias buscando del comercio,

(*) Lux altera Romæ, es *la otra lumbrera*. Batteux al traducir y anotar este verso de Vida, dice que en tales ocasiones se conoce visiblemente la ventaja de los artículos en un idioma. Despues de repetir lo mismo Mr. Bernay, añade, que habiendo Ciceron oido algunos versos bucólicos de Virgilio, hizo que le recitasen toda la Egloga á que pertenecian. Oida con la mayor atencion exclamó con entusiasmo: *Magnæ spes altera Romæ*. El Poeta á su vez, usando de una lisonja bien delicada, intercaló en su Eneida aquellas palabras del orador.

Et juxtà Ascanius, magnæ spes altera Romæ.

Gerónimo Vida, aludiendo á ellas, hace el mas cumplido elogio de Marco Tulio y de Virgilio, aunque sin nombrar á este último.

Solo á playas arriba, que algun lucro
Ofrezcan á sus férvidos deseos.
Vagando sin cesar, nunca pudiera
Sus hijos estrechar contra su pecho,
Ni saludar de su querida pátria
Los dulces campos, que nacer le vieron.
Cuantas veces el sol dore la tierra,
Cuantas la noche enlute el hemisferio,
Á los puros cristales de Hipocrene
Tu lábio aplica de saber sediento.
Que sea tu pasion mas decidida
Y la ilusion dorada de tus sueños
La sacra Poesía, á que ofreciste
Tan asíduas tareas y desvelos.
Omito el esplicarte minucioso
Los pies y la medida de los metros,
Porque tal enseñanza nunca exije
Especial atencion de los maestros.
En cualquier preceptista facilmente
Hallarás los precisos rudimentos
De dividir las partes mas menudas,
De conocer las sílabas y tiempos.
Ya mi alumno somete las palabras
A la armonía, de estusiasmo lleno,
Y en voz baja repite los ensayos,
Que imitando á otros vates ha compuesto.
¡Que cien ojos no tenga y cien oidos!
Irresoluto duda, teme el riesgo,
Y á la naturaleza consultando,
Vaga sin direccion su pensamiento.
Ya busca las mejores espresiones,
Ya mil especies hierven en su pecho.
Acrece su inquietud y se atormenta,
Muda de parecer, queda suspenso.
En su cabeza hierven nuevas dudas,
Lo mas vulgar ignora y manifiesto,

Ya á la mente recurre, ya al oido,
Ó bien procura hacer algun recuerdo.
Así aprovecha lo que oyó algun dia,
O con muestras visibles de contento
El caudal utiliza literario,
Que previsor atesoró otro tiempo.
Si bondadosa la voluble suerte
Ofrécele oportunos pensamientos,
Que tímido á esperar no se atrevia,
Ya de estos echa mano, ya de aquellos.
Los combina feliz y desenvuelve
Sin que apagar consigan su ardimiento
Ni aun las ideas que espresar no pudo,
Tras vigoroso y obstinado esfuerzo.
Contra el escollo que se opone al paso,
Luchar procura con heróico aliento,
Ya investigando diferentes vias,
O buscando tal vez algun rodeo.
Mas la fortuna próspera, un arranque
De energía quizás, ó bien el Cielo
Descúbrenle camino, y se remonta
De Helicon á las cumbres altanero.
Mas ¡ay! cuando el asunto contraría
Una vez y otra su ferviente anhelo,
Si el redoblar su afan tampoco basta,
Ved cuál ceja con hondo abatimiento.
No de otra suerte el rápido torrente,
Hinchado con copiosos aguaceros
Cuando desde la sierra se derrumba
Al fértil valle con fragoso estruendo,
Bramador y terrífico amenaza,
Enfrenando la marcha del viajero,
Que algun paso accesible busca en vano,
Hasta que á desistir le obliga el miedo.
El peligro evitando que le amaga
Retrocede por fin, no sin despecho,

Y toma otro camino, ó bien espera
Que el agua su furor calme violento.
Incapaz de cantar el principiante
De la mísera Troya el rudo cerco,
Haga sonar en apacibles tonos
La caña pastoril por los oteros.
Tambien podrá ensayarse celebrando
De *mosquito* infeliz el trance adverso (*),
O del raton la tremebunda guerra (**),
Do el húmido escuadron quedó deshecho.
Será, por fin, de su naciente Musa
Proporcionado y facil argumento,
Encomiar la destreza con que Aracne
Sabe tejer su delicado velo.
Paternal indulgencia en un principio
Á todos los Mentores aconsejo,
Ya que al novel Poeta es necesario
Disimulen benignos mil defectos.
Con la madura edad y los estudios
Adquirido mejor discernimiento,
Podrá por sí reconocer sus faltas
Y avergonzarse de ellas en secreto.
Si un rígido censor le manifiesta
De su composicion todos los yerros,
Estinguirá su númen para siempre,
Y á su imaginacion cortará el vuelo.
Si á mí de grado se presenta un joven
De bellas esperanzas, esponiendo
Poéticos ensayos á censura,
Le admitiré bondoso y halagüeño.
Con fingido entusiasmo hasta las nubes

(*) Poema que Virgilio compuso en su juventud, y que no ha llegado á nosotros.

(**) Alude á la Batrachomyomachia, Poema atribuido á Homero.

Ensalzaré sus rápidos progresos,
Para mas á la ciencia estimularle,
Para inspirarle generoso aliento.
Al verlo arder en el amor de gloria,
Con docta lima puliré los metros,
Que faltos de armonía y de cadencia
El no supo rayar como imperfectos.
Seré, por fin, cual médico prudente
Cuando alivia solícito al enfermo,
Y al niño anunciaré radiantes lauros,
Que puros lucirán en su cabello.
Poema de importancia nunca emprendas
(Por tu renombre mismo te lo ruego),
Sin estar libre de negocios graves,
Y de cuidados y tristeza ageno.
Si quieres recibir inspiraciones,
Prefiere á la ciudad bosques amenos,
Donde el rústico Pan vive con Faunos,
Y Dríadas y Sátiros lijeros.
Allí dichosos los Poetas gozan
En su mediocre suerte del contento,
Sin conocer la sórdida avaricia,
Vana esperanza, ó criminal deseo.
Aquella soledad, que aprecian pocos,
Es el seguro y venturoso puerto,
Donde reinan la calma y la alegría,
Nunca turbadas de huracanes fieros.
¿Y quién osa, decidme, á los Poetas,
Ministros de los dioses, con dicterios
O con las armas ofender? Sin duda
Los que entre hienas Líbicas nacieron.
Hay algunos ingratos que á su lira,
Despues de merecer honrosos puestos,
La Poesía olvidan, desdeñando
A sus fieles y antiguos compañeros.
Los que aflijís á los divinos vates,

Temed la justa cólera del cielo,
Que su infantil y candorosa vida
Escudó poderoso en todo tiempo.
Ellos el oro y bienes de fortuna,
El signo del poder, los áureos cetros,
En fin, cuanto deslumbra á los mortales,
Miran con filosófico desprecio.
Cual dechados honrosos de inocencia,
No los turban relámpagos ni truenos,
Cuando sus rayos iracundo Jove
Á los montes fulmina mas escelsos.
Las torres del orgullo se estremecen,
Y del mudo terror seguros ellos,
Que infunde la maldad, alzan sus manos
Con filial confianza al firmamento.
Es un celeste don la Poesía:
Huid, profanos, de su augusto templo,
Que el saber á vosotros es negado
Tan altos y recónditos misterios.
  Desde el Olimpo á las hermanas nueve
Condujo hasta la tierra Prometeo,
Cuando escaladas las etéreas cumbres,
Robó en favor del hombre el sacro fuego.
Nutrido allí con ambrosía y nectar,
A sus pies contemplando los luceros,
Lo arrullaban los orbes luminosos (*),
Y el almo coro en celestial concierto.
Cantad al bienhechor de los humanos,
Que el ritmo dió cual eficaz remedio,

(*) Los Pitagóricos y otros Filósofos antiguos creian que las esferas celestes producian en sus movimientos un sonido armonioso. Ciceron en el Sueño de Scipion opina como los discípulos de Pitágoras, lo cual es muy conforme á lo que leemos en el libro de Job. *¿Quién contará el orden de los cielos, y quién hará cesar la armonía del cielo?* (Cap. 38, vers. 37.)

Para atajar la estúpida ignorancia,
Madre de los desórdenes funestos.
Si osó incitar á posteriores robos,
Yace al presente el infeliz gimiendo,
Aherrojado en el Cáucaso, aunque goza
De su grande legado el universo.
Asustados los hombres del castigo,
Las Musas á invocar no se atrevieron
Hasta siglos despues, en que por grados
Quedó borrada la impresion del miedo.
Tan solo de los dioses inmortales
Hablaban los oráculos en verso,
Al anunciar fatídicos los hados,
En misteriosa oscuridad envueltos.
De Júpiter Amon la augusta boca
Enseñó á las deidades con su ejemplo,
En las aras de Dódona sagradas,
Y de la ardiente Libia en los desiertos.
Siguen su huella la severa Temis
De Fócida en la gruta, Apolo en Delfos,
Y el mismo semidios del rudo Lacio
Respondia en poético dialecto.
El sacerdote antiguo de Solimos,
Y las Sibilas en furor ardiendo,
De la divinidad el santo nombre
Repetian en métricos acentos.
Á Faunos y Poetas imitando,
Desde entonces los hombres no temieron
Tras los festines celebrar con himnos
La gloria de los ínclitos guerreros.
Genio de la sublime Poesía,
Nuncio feliz del bondadoso cielo,
Todos te reconocen, cuando inflamas
De los Poetas el sensible pecho.
A merced de tus alas, al Olimpo
Se elevan sus espíritus de fuego,

Y faltando á los hombres tu influencia,
Se anublan la belleza y el contento.
La turba de vivientes te consagra
De adoracion su respetuoso feudo,
Los mudos peces, las bravías fieras,
Y las aves de armónicos gorjeos.
Las rocas insensibles enterneces,
Y encantados arrastras los desiertos,
Hechizando con mágico atractivo
Á las pálidas larvas del Averno.
Por la primera vez su adusta saña
Aplacaron las Furias y el Cerbero,
Cuando movias con tu docta mano
La sacra lira del divino Orfeo.
Por ti los vates á la régia mesa
Nos sentamos de Júpiter supremo,
Del distinguido honor participando,
Que es propio de los Númenes eternos.
Tú alivias los afanes de la vida,
Y en la amargura sirves de consuelo,
Y del Olimpo las delicias eres,
Y el descanso y placer del universo.
¡Salve, gloria del cielo y de la tierra!
Ya que te placen los humanos ruegos,
El tributo recibe de alabanza,
Que al par de mis discípulos te ofrezco.

Canto II.

Amables Musas, continuad propicias
Dando á mi numen eficaz auxilio,
Para que pueda yo vuestros encantos
Manifestar á los futuros siglos.
Cual sacerdote de las aras vuestras,

Conduciré por áspero camino
Al Helicon mis jóvenes alumnos,
Si el valor me inspirais que necesito.
De Ausonia ved la juventud florida
Sus ardientes plegarias dirigiros,
Mi voz acompañando ante las rocas,
Que penetrar impiden en el Pindo.
Un sendero mostradme, si hay alguno,
De vosotras tan solo conocido,
Donde fijar mi planta, que vacila,
Al encontrar do quiera precipicios.
  Hablar de la *invencion*, del orden y arte,
Que al Poema embellecen determino,
Aunque aquella en la mente del Poeta
Solo puede infundir Apolo mismo.
No así la *elocucion*, cuyos primores,
Al estudio constante son debidos,
Ni la *disposicion*, que da á los vates
El verde lauro de sus frentes digno.
Antes de comenzar, en frases pocas
Díganos de sus cantos el designio,
Presentando un boceto de los cuadros,
En que será el Poema dividido.
De sí desconfiando invoque al numen,
Que preside en las cumbres del Olimpo,
Pues á un flaco mortal empresa alguna
No es dado coronar sin este auxilio.
Ni se contente con pedir al cielo
Una vez sola su favor divino,
Sino cuantas obstáculos encuentre,
Que al paso se le opongan imprevistos.
La voluntad de su lector cautiven
Su modestia y candor desde el principio,
Libres de fausto y frase altisonante,
De orgullo y vanidad fatal indicio.
Si antes que nos describa las batallas,

Grandilocuencia ostenta en el estilo,
Faltáranle el vigor y fuego ardiente,
En medio de las lides tan precisos.
De la imaginacion al alto vuelo
Deberá preceder tono sencillo,
Atrayendo al lector siempre curioso
Con graduados y nuevos atractivos.
En la proposicion de vuestra obra,
Sin nombrar al guerrero esclarecido,
Que deseais loar; un circunloquio
Usad tan adecuado como fino.
Medio encubierto así, luce mas bello
De su alto nombre el refulgente brillo,
En misterioso velo trasparente,
Como nube, que dora el sol de estío.
Si yo de Ulises celebrar osára
La constancia, los hechos peregrinos,
Así comenzaría, aunque añadiendo
Algun rasgo feliz, como al descuido.
«Cantar quiero al varon que en mar y tierra,
»Consumado de Troya el esterminio,
»Sufrió mil infortunios, las costumbres
»Conociendo de pueblos infinitos.»
En la fiel narracion de los sucesos,
A todos fije su lugar debido,
Unidad enlazándolos perenne,
Sin que el fin se desvie del principio.
Patéticas escenas pinte luego,
Que no espera el lector mas advertido,
Cuadros inesperados y sublimes,
Admiracion del ánimo cautivo.
En claros y oportunos circunloquios,
Tan llenos de primor como artificio,
Objetos aparezcan variädos,
El orden conservando establecido.
El Épico Poema empezar suele,

Cuando los hechos son del verso dignos,
Las épocas salvando, y al orijen
Despues retrocediendo de los mismos,
Desde el paso primero asi conocen
Con placer los lectores el camino,
Que deben recorrer; la incertidumbre
No desagrada entonces, ni el fastidio.
En su viva ilusion á la carrera
Se aprestan con denuedo embebecidos,
Al término creyéndose anhelado
De sus dulces fatigas ya vecinos.
Con sin igual ardor su afan redoblan,
De tan bella esperanza seducidos,
Próximo el puerto al parecer mirando,
De donde los aleja su destino.
Trecho empero muy largo los separa,
Y antes que llegue el suspirado arribo,
Deben retroceder, y vastos mares
Recorrer entre sirtes y bajíos.
Cual un historiador, hábil Poeta
No escribirá de Troya el rudo sitio
Desde el fallo de Paris hasta Hector,
Que del Griego invasor afrontó el brio.
Al desenlace próxima la guerra,
Comenzará, cuando del fiero Argivo
La cólera estalló contra el Atrida,
Que su esclava gentil robó atrevido.
Entonces es cuando las lides arden,
Entonces es cuando se ven los rios,
Que la muralla de Iliön circundan,
En Griega sangre con Troyana tintos.
Por medio de oportunos episodios,
Los hechos narrará, que han precedido,
Y de Elena la infiel os dirá el rapto,
Y el furor de su esposo vengativo;
Y el juramento en Aulide ominoso,

Y vereis arribando los navíos,
Y en fin las desventuras de diez años,
Que á la mísera Troya han destruido.
  Si dominada la ciudad famosa,
Ulises vuelve á su paterno asilo,
No empezará el Cantor, cuando las playas
Dejan del Ida sus veleros pinos.
Callará la derrota del Ciconio;
Y encontrareis al héroe fujitivo,
Sin sus dulces llorados compañeros,
En la gruta sombría de Calipso.
Llega al reino despues de los Feacios,
No sin vencer insólitos peligros,
Y cuenta en un festin sus infortunios,
Y el deplorable fin de los amigos.
Mas al narrar sucesos anteriores,
Remontarse al orijen es preciso,
Espresar los diversos incidentes,
Y notar los efectos progresivos.
De esta suerte al lector el desenlace
Conserva gratamente embebecido,
Sin saber por qué medios el de Atreo
Podrá de Tetis aplacar al hijo:
Para que en contra de Iliön sus armas
Ciña otra vez el inmortal caudillo;
O como el de Laertes libertarse
De los antros de Cíclope temidos.
Al lector en su férvida impaciencia
Soltar no es dado tan precioso libro;
De la mesa y del sueño no se cura,
Y aunque la sed le acose, olvida el vino.
Venturoso escritor, que al noble estudio
Talento superior ha reunido,
Y seduce la mente y la deslumbra,
Y travesea con placer maligno.
De objetos en objetos os arrastra,

Huye de vos, y torna á divertiros,
Y tiene al corazon como en tortura,
Por medio de ingeniosos artificios.
Entre el celoso Menelao y Páris
El combate os anuncia mas reñido,
Mas es por dilataros todavía
La lid, que deseais con tal ahinco.
No sin grata emocion antes á Elena
Subir vereis á torreon antiguo,
Y de los Griegos Príncipes los nombres
A Príamo dirá, que quiere oirlos.
De cien y cien galanes importunos
Penélope sitiada sin respiro,
Su mano ofrece al que en lanzar saetas
Mayor destreza ostente y mayor brio.
Mas el arco de Ulises, que prometen
Los pretendientes doblegar sumisos,
Guarda sagaz la esposa largo tiempo,
Entre mohosas armas escondido.
   Esta ansiedad empero los Poetas
No en términos prolonguen escesivos;
Ni el éxito aparezca tan oscuro,
Como si fuera enigma ó logogrifo.
Débese vislumbrar el desenlace,
Cual crepúsculo deja vespertino
Descubrir debilmente los objetos,
De luz y sombras á la vez teñidos.
Sabe el piadoso Eneas por su padre,
Sabe por los oráculos divinos
Las guerras que le esperan en Italia,
De otro Aquiles fatal pais nativo.
Mas la dulce esperanza le sostiene,
Y aumenta su constancia y su heroismo,
Porque tras cien combates victorioso
Su frente adornará de verde olivo.
Al saltar de su nave á la ribera,

Al embestir al bárbaro Latino,
La víctima primera, que sucumbe
Confirma los felices vaticinios.
Tambien en triste dia moribundo
El desdichado Pátroclo predijo
Al incrédulo Hector, que otra lanza
Iba á cortar de su existencia el hilo.
Y tú, misero Turno, bien pudiste
Presentir tu fatídico destino,
Cuando en torno á tu sien fúnebre buho
Sus negras alas agitó sombrío.
Llorarás la victoria en que infelice
A tus plantas cayó de Evandro el hijo,
Y el despojo funesto de sus armas
Ha de ser cuando espires tu martirio.
¡Cuánto place al lector hechos futuros
Adivinar discreto por sí mismo,
Cuando á sus ojos vela todavía
Parte de la verdad celage umbrío!
Asi viajero con placer contempla
Balüartes, vetustos edificios,
Que visitar desea, sitüados
Allá en lejano monte de granito.
Mas al atravesar profundos valles,
No puede en su fatiga hallar alivio,
Porque ningun objeto le predice
El fin de su viäje apetecido.
Si el plan de su Poema no medita
El vate muchas veces, y lo escrito
Borra de grado, y lima y perfecciona
Con largo estudio, con afan prolijo;
Si su pie vacilante, mal seguro
En vez de la razon guia el capricho,
Nunca lograr podrá la verde yedra,
Que á otros Poetas ornará mas dignos.
Cuando ideas producto de la mente

Con toda claridad no concebimos,
Del principal asunto nos alejan,
Produciendo notables estravíos.
Hay vates que aglomeran episodios,
Confuso, verdadero laberinto,
Donde el primer objeto de sus cantos
En las tinieblas yace del olvido.
El que arrojado de su dulce patria,
En estraño pais lloró proscrito,
Cuando tras luengos años de infortunios
A sus lares por fin torna queridos;
No en vanas escursiones se entretiene,
Por ver curioso pintoresco rio,
Ni manantial, que la pradera borda,
O grata amenidad de bosque umbrío.
En medio del combate, cuando truena
El bronco estruendo del feroz Gradivo,
No describais las ruedas y los ejes
De carro de oro, en pedrería rico (*).
O si entre mil valientes un cobarde
Huye sin esperar al enemigo,
No me digais que es calvo y con joroba,
Raquítico, borracho, cojo y bizco (**).
Mas dignamente se presenta Drances,
En el ardor marcial aunque algo frio,
Por ser gran consejero y elocuente,
Del pueblo y del ejército bien quisto.
El uso de tamañas libertades
En el habla de Homero es permitido,
Mas adviertan mis jóvenes alumnos,

(*) Censura algunas descripciones de Homero demasiado circunstanciadas.

(**) Alude á Tersites, personaje odioso y ridículo, cuyo retrato desagrada en la Iliada.

Que no lo admiten los idiomas vivos.
No quiero hablar de los modernos vates,
Que ansiosos de lucir el falso brillo
De su vano saber, cuanto aprendieron
Suelen copiar sin eleccion, ni tino.
Erudicion inutil, que parece
La ciencia en sus recónditos archivos
Con reserva guardar, y son arcanos
Para el vulgo, y no mas, desconocidos.
¿A qué fin hablarán de astronomía?
¿Por qué del Hacedor querer decirnos
La oculta y celestial naturaleza,
O el orígen del ánima divino?
Sin oportunidad tambien ejemplos
Acostumbran citarnos de otros siglos,
Acopiados de cien y cien autores:
Desagrable afan, del verso indigno.
Guardaos de admirar tales Poetas,
Guardaos de imitarlos, hijos mios,
Pues todo su científico tesoro
Es oropel y despreciable vidrio.
La carrera de luz que el sol recorre,
El fulgor de los orbes de zafiro,
Los eclipses de luna, el terremoto,
La fuerza, en fin, que turba el mar tranquilo,
Grandes vates tal vez en sus Poemas
Al pintarnos batallas han descrito,
O al enseñar quizá de los terrenos
La variedad, los usos y el cultivo.
Mas con tal propiedad y estudio tanto
Sus pocas digresiones han sabido
En versos enlazar, de gracia llenos,
Que no conocereis el artificio.
Cuando Eneas pregunta al buen Anquises,
Si las almas del báratro sombrío
Son de origen celeste, ó puro fuego,

Y á la luz tornarán en que han vivido;
Si cuando en fin de la materia libres,
A morar vuelven en el alto Olimpo,
¿Responder no debia aquel anciano
Al deseo piadoso de su hijo?
La variedad, ornato delicioso,
En las obras poéticas preciso,
Exije estas bellezas y primores
Con sobriedad y encantador estilo.
Al ofrecer á tu lector cansado
Escenas de placer, cuadros distintos,
Por tan facil sendero le conduce,
Que su planta resbale sin sentirlo.
Los objetos de grado se presenten,
Y con prudencia tal el gusto fino
Sepa el arte ocultar, que desparezca
Hasta de distraer el afan vivo.
Por el broquel que construyó Vulcano
Sabe Eneas de Italia los destinos,
Y las guerras de Roma y las conquistas,
Y nietos de su Julio esclarecidos.
Despues de describir tantas regiones
De Etíopes, de Medos y de Indios,
Y sus costumbres y usos diferentes,
Noble cantor del Tíber cristalino,
No podia olvidarse de su patria,
Y sabrá remontar hasta el Olimpo
La risueña campiña, los vergeles
De su ameno y feraz pais nativo.
Del apacible y delicioso Lacio,
Suelo de bendicion, jardin florido,
Superior á Pancaya, que produce
El puro incienso de los dioses digno.
De agradar al lector ya fatigado,
De cautivar y deleitar su oido
En variado episodio y dulce metro,

Siempre al Poeta se dará permiso.
Tras la bella pintura del arado,
De la carreta y azadon y trillos,
Con que su fertil heredad cultiva
Celéo, venturoso campesino;
Es grato al corazon llorar la muerte
De Julio Cesar en su sangre tinto,
Y cantados los frutos y las vides,
La paz del campo recordar tranquilo.
Hay vates que el final de su Poema
Procuran realzar con atractivos,
Y al ánimo embelesan largo tiempo
Por los nuevos encantos atraido.
Quien celebró la miel y las abejas,
De Aristeo infeliz diga el martirio,
Y los consejos de su tierna madre,
O á Proteo en cadenas oprimido.
Gima tambien con el cantor de Tracia
Que imita los lamentos y suspiros
De ruiseñor doliente cuando llora
En el ramaje de álamo sombrío.
Voces de compasion, flébiles cantos,
Que repiten sin duelo enternecidos
Del Hebro y Reso bosques y verjeles,
Del Pangéo y de Ródope los riscos.
Antes de la pelea nombran otros
No sin acierto pueblos y caudillos,
Describiendo sus armas y rodelas,
Y estandartes por fin, de gloria signo.
O nos cuentan que el Rey de la Liguria
Quedó en cándido Cisne convertido;
Y declaran en lúgubres endechas
El triste fin de Faeton su amigo.
La negra tumba Hipólito quebranta
Con las yerbas fecundas en prodijios
Y el amor de Diäna bondadosa,

Que reaniman su cadaver frio.
En el escudo de su padre Alcides,
Que á la Hidra magnánimo ha vencido,
Herizada de sierpes la cabeza,
Lleva del mónstruo el joven Aventino.
Tambien nos pintan ingeniosos vates
Lleno de rosas al Abril florido,
Que con verdor, amenidad y sombras
Realza á Tempe de la paz asilo.
Quizá describen cristalina fuente,
Que sombrean copudos y altos pinos,
Y á Venecia y Etolia en pos nos guian,
Para admirar sus vegas y sus rios.
Allí triscan las Dríadas y Faunos,
Y el Númen que preside á los apriscos,
Y las hermanas cien, gallarda prole
Del felice Neréo, Dios marino.
Entre imágenes gratas y risueñas,
Enlazareis ejemplos instructivos
Y máximas morales, que un buen padre
Pueda enseñar á sus amados hijos.
Con grandiosos objetos y aun sublimes
Bien podeis asociar objetos chicos,
Y á las hormigas las Troyanas huestes,
Y á las abejas comparar los Tirios.
No empero cotejeis á los guerreros,
Que son orgullo del pais Latino,
Con moscas, que la leche gulusmean (*),
Cuando rebosa canjilon henchido.
Al celebrar las glorias de la Italia
Con voz sonora el inmortal Virgilio,
De las regiones, á que audaz se eleva,
No podia caer en tal abismo.

(*) Comparacion de Homero, digna de censura.

Tampoco asimileis al héroe Daunio,
Acosado de tercios enemigos,
Al dejar el combate á paso lento,
Con el manso y humilde jumentillo,
Que sale perezoso del sembrado,
Tronchando espigas y comiendo trigo,
Por mas que despiadada lo golpea
Con sendas varas multitud de niños.
Comparacion exacta pero ignoble:
De Reyes tantos el augusto hijo,
El respetable Turno, jamás puede
Asemejarse al animal sufrido.
Comparadle mas bien con leon fiero,
A quien su enojo y su pujanza y brio
Huir impiden: mas ceder es fuerza
Contra tantos monteros reunidos.
Si con ficciones ingeniosas quieres
A tu Poema dar esmalte y brillo,
Que sean verosímiles, y nunca
Inventadas tan solo por capricho.
La crítica juiciosa desaprueba
Los discursos pesados y prolijos
De Glauco y Diömedes, cuando en torno (*)
Es todo sangre y mortandad y gritos.
Un combatiente con sosiego narra
Del gran Licurgo el bárbaro suplicio,
Víctima de la envidia y la calumnia,
Que siempre á la virtud lanzan sus tiros.
Otro á Belerofonte nos describe,
La Quimera á sus pies postrando invicto,
Y de las Amazonas la derrota,
Y el vencimiento en fin de los Solimos.
Mil fábulas inventan los Poetas,

(*) Iliada, libro 6.°

Mas no con la intencion de ser creidos,
Aunque la nueva narracion escude
Alta Deidad con su favor divino.
Si palabras acordes articulan
Cuadrúpedos del Sol ya reducidos
A carbon y cenizas por Vulcano;
Es para preparar nuevo prodigio.
Luego hablarán de Aquiles los corceles,
Y del piadoso Eneas los navíos;
Mas por la puerta salen marfilina
Ensueños tan absurdos y delirios.
Nunca idea repitas, advirtiendo
Que duplicar los pensamientos mismos,
No tan solo á la mente desagrada,
Tambien lastima á delicado oido.
Tal privilegio á Italia rehusado,
Á los cantores concedióse Argivos,
Que una vez y otra el sueño misterioso
Nos cuentan del Atrida su caudillo.
Ni bastará la cólera de Aquiles,
Y su inaccion y causa referirnos,
Él á su madre las dirá de nuevo
En la playa del mar entre suspiros.
Ordenes que sus Príncipes intiman,
Redactadas en términos precisos,
Por la boca despues de los heraldos
Volvemos á escuchar, no sin fastidio.
No los imita Vénulo de Ausonia,
Mensajero que vuelve desde Arpino,
Y la contestacion del Rey Etolio
Anuncia á su adalid con laconismo.
En tanto escriben otros gran Poema
Con precipitacion y desaliño,
No dejes tú la lima de la mano,
Para pulir un canto reducido.
Si de objetos estériles y humildes

Sacas un argumento favorito,
Recordarás que en medios y recursos
Es tan pródigo el arte como rico.
La desnuda verdad presentar debes
De la bella ficcion con el vestido,
Buscando por do quier galas y adornos,
Que su hermosura aumenten y prestigio.
Contempla nuestras lides, y á los dioses
Verás en ellas del celeste Olimpo,
Y á la triste Iliön defender unos,
Y protejer los otros á los Tirios.
Combaten con furor y se aborrecen,
Hasta que en un consejo reunidos
Por mandato de Jove, cual buen padre
Sabe templar las iras de sus hijos.
Aparecen los antros del Averno,
Reinos inaccesibles á los vivos,
Y las ondas del Tártaro humeantes,
Las negras Furias y Pluton sombrío.
Consultan á las aves agoreras,
O al fin de los manjares y los vinos
Los Príncipes se cuentan mútuamente
Aventuras y lances inauditos.
En variado certamen solemnizan
La muerte de Monarcas y caudillos,
O tal vez á sus génios tutelares
De gratitud ofrecen sacrificios.
El que venció á Piton, el rubio Apolo,
Es celebrado en víctores festivos,
Y el triunfador del que reinó en Micenas
Superando asechanzas y peligros;
Alcides venturoso, que ve á Caco
Sucumbir á sus pies cadaver frio,
Ante cóncava y lóbrega caverna
Donde fuego exhalaba el foragido.
Mas al vate feliz súbito inflama

El entusiasmo eléctrico, divino,
Y ansía con ardor que los acentos
De su objeto sublime sean dignos:
La lucha de los vientos narrar quiere,
Las tormentas del mar enfurecido,
Y estrelladas las naves en las rocas
Del Siciliano golfo ó del Euxino.
Es la peste quizá que brutos y hombres
De la Parca cruel entrega al filo;
O el Etna atronador que fuego y lava
Arroja en espantosos torbellinos.
Cuando fiera batalla nos describe,
Escuchamos el bélico sonido,
Y el choque de peones y ginetes,
Y de la ruda lid somos testigos.
Óyense los clarines y las armas,
Los golpes que reciben los heridos,
Los ayes de infelices moribundos,
Y súplicas inútiles y gritos.
Si el asalto nos pintan de una plaza
Por numeroso ejército enemigo,
El corazon al infelice pueblo
Sus lágrimas consagra enternecido.
Cunde el fatal incendio por do quiera,
Con fragor se desploman edificios,
Huyen viejos temblando, y pavorosas
Abrazando las madres á sus hijos.
Destrenzado el cabello, cien matronas
Lanzan desgarradores alaridos,
Y golpean su pecho al arrastrarlas
Fuera del templo, de piedad asilo.
Á desvalidas víctimas que corren
Persigue, aferra sitiador impío,
Y todo es confusion, y horror y llanto,
Y desorden, y muerte y esterminio.
Cuando el furor sagrado á los Poetas

Agita con violencia de improviso,
¿Á qué lector, decidme, será dado
En su vuelo pindárico seguirlos?
El poético genio es inconstante,
Y afectos le dominan muy distintos,
Ó bien por la atmosférica influencia,
Ó ya por fatigarse los sentidos.
El alma desfallece con el cuerpo,
Y hay momentos estériles, vacíos,
En que el tedio nos deja y la tristeza
En languidez ingrata decaidos.
Mas el mortal feliz, á quien el cielo
Miró al nacer benévolo y propicio,
Tras tanta sequedad recibe siempre
Fecunda inspiracion, fuego divino.
Una y mil veces venturoso vate,
Que puedes tu Poema interrumpido
Hasta el dia guardar, en que seguro
Esperas el favor del rubio Cintio.
Hay estacion en que sus verdes hojas
Pierde la selva, y enmudece el rio
Y la parlera fuente, y á los campos
No pinta Abril con bello colorido.
Igual de los Poetas es la suerte:
En torpe flojedad, faltos de brio,
Perdida la alegría y la memoria,
Y su ardor por los versos estinguido,
Imaginar podrán que el Dios del canto
Los abandona para siempre esquivo,
Cuando cruel se niega á sus plegarias
Prestar cual otro tiempo grato oido.
Con inutil teson vuelven algunos
Mil veces á su estudio favorito,
Sin advertir que el cielo no fecunda
Sus afanes con lluvia ni rocio.
En este tiempo de fatales calmas,

Hay quien vientos espera mas propicios,
Perfeccionando el gusto, y los Poemas
Leyendo con ardor de los antiguos.
Mas del genio la llama radiänte
Luce como relámpago de estío,
Como en pos de la lóbrega tormenta
Asoma el sol en trono de zafiro.
¿De dónde luz tan fúlgida? es el numen
Que descendió del apacible Pindo,
Numen que inspira al vate, y en su pecho
Un incendio produce repentino.
Ardor que en vuelo rápido se estiende,
Y á su impulso y violencia conmovido,
El idioma del hombre el vate olvida,
Y acentos articula del Olimpo.
Vate feliz, que del sagrado Numen
La inspiracion sintiendo y el dominio
En su entusiasmo cual Bacante corre,
Apolo, Apolo, repitiendo á gritos.
Ni el hambre, ni el cansancio le molestan;
Y en su ciego y dulcísimo delirio,
Son los versos iman de sus amores,
Su gloria sola y pensamiento fijo.
Hasta en sueños Poetas han compuesto (*)
Cántigas bellas y sublimes himnos:
Tanto puede el poético entusiasmo,
Tal es del Dios crinado el poderío.
No empero de su llama deslumbrante
Os fieis demasiado, amables niños,

(*) De Hesiodo se cuenta, que cuando dormia solian favorecerle las Musas. Julio Cesar Scaligero incluye entre sus Poemas una composicion de alguna estension, concebida durante el sueño. Comienza asi: *Ecce ego cui rigidi arrident spineta Licæi*. Del célebre Poeta Aleman, Pedro Lotiquio, dice Hagio: *Somnians etiam amicis deprehensus est versus facere ac modulari carmen.*

Ni os entregueis al viento y á las olas
Sin mucha reflexion, sin mucho tino.
Es un corcél el ánimo inflamado;
Y con bocado y riendas es preciso
Dirija cauto su veloz carrera
Quien evitar desea precipicios.
Cuando ya cese el férvido entusiasmo,
Leed verso por verso el canto escrito
Con calma y sangre fria, y será facil
Como cristal dejarlo terso y limpio.
  A la naturaleza imitar debe
El arte cual discípulo sumiso;
Ella le enseñará: feliz maestra,
Que sabe dirijir sin estravíos.
Siguiendo sus lecciones admirables,
Poetas han pintado esclarecidos
Las costumbres diversas de los hombres
Y de los animales el instinto;
La sensata cordura del anciano,
La indiscrecion del mozo irreflexivo,
De cada edad los gustos y pasiones,
Y de uno y otro sexo los caprichos.
  Retratarás con rasgos diferentes
Al vástago de Príncipes nacido,
Y á humilde agricultor de pobre cuna,
Arrullado en modesto caserío.
El mancebo Telémaco no habla
De la vejez madura con el juicio,
Ni al venerable Néstor gustar pueden
Los frívolos juguetes de los niños.
Interviniendo séres tan diversos
En poéticas obras de contino,
Tendrán dioses y hombres y mujeres
Caracter y lenguaje muy distintos.
Si calmar quiere el soberano Jove
A númenes airados, vengativos,

Abre sus labios, y el feroz tumulto
A su imperiosa voz queda tranquilo.
Habla y solloza mucho Citerea
Viendo de los Troyanos el conflicto,
Y la altanera Juno, como furia,
Su implacable rencor publica á gritos.
Joven forzudo y de valor ardiente
Obra cual impetuoso torbellino:
Por eso Turno calla y desafía
Al desertor de Troya su enemigo.
Si él, empero, es colérico y violento,
Con calma y gravedad el Rey Latino
Consulta á su razon, y delibera,
Y evita contingencias y peligros.
A sangre fria, ó en furor y saña,
De muy diverso modo hablará Dido,
Ya cuando acoje á Eneas en su corte,
O ingrato al contemplarle y fugitivo.
Reina infeliz, que cual Bacante vaga
Prorumpiendo en rabiosos alaridos,
Y frenética, y pálida, y convulsa,
Maldice su abandono y su destino.
Otro era su lenguaje cuando amable
Recibia al Troyano desvalido,
Y cual bondosa madre le brindaba
Con hospitalidad en sus dominios.
Estudiará el Poeta la elocuencia
Leyendo atento y con afan asíduo
Los pocos oradores que entre todos
Sobresalir felices han sabido.
Asi podrá engañar á los Troyanos
El astuto Sinon con artificio,
Y Ulises cauto detendrá en la playa
Los Griegos á embarcarse decididos.
Con discursos modelo de oratoria
Nestor logra calmar á los Argivos,

Y desviar contiendas y disputas,
O discordias cortar en sus principios.
Con el arte igualmente puede Venus
A Vulcano aplacar tan ofendido,
Y las armas consigue que desea
Para ceñir la diestra de su hijo.
Con palabras de miel sabe insinuarse,
Y con astucia tal á su marido
Tiende la red sutil, que el dios del Etna
Cayó como inocente pajarillo.
  La Retórica enseña en sus preceptos
El arte singular, arte divino,
De enternecer las almas insensibles,
Que lágrimas derraman hilo á hilo.
Los cantos de placer, y la Elegía,
Que su dolor exhala entre gemidos,
Dominan al lector, y triste llora,
O sonrie tal vez sin advertirlo.
De la Tracia el cantor, ¿á quién no mueve,
Errante por la playa, sin testigos,
Cuando su amor lamenta malogrado
De lira melancólica al sonido?
Sus acentos oid: desde la aurora
Euridice repite entre suspiros,
Y *Euridice* tambien cuando en ocaso
El sol apaga su radiante brillo.
¿Y Euríalo gentil? Ved en el polvo
Cuál se agita convulso el cuerpo frio,
Separada su lívida cabeza
Como corta el arado el blanco lirio.
Deseais cuando cae sostenerle,
Y el golpe atroz parar del enemigo,
Y restañar la sangre que matiza
De púrpura su pecho alabastrino.
  Si omitir pensamientos no es posible
A la inocencia virginal nocivos,

Insinuadlos no mas, ó con el velo
De agradable ficcion podreis cubrirlos.
Retumba el trueno, y á la gruta misma
Eneas se refugia, y tambien Dido,
Del temporal huyendo: lo restante
Con tímido rubor calla Virgilio.
Harto dice: los cielos y la tierra
Del fatal himeneo dan indicio,
Y se alejan las ninfas pudorosas
Su vergüenza y dolor diciendo á gritos.
Combatir con Aquiles no pudiendo
El mozo imberbe, el infeliz Troílo,
Solo ciña las armas con que Eneas
En las playas del África lo vido.
Por fogosos corceles arrastrado
Al propio carro por las plantas fijo,
Muestre herida mortal: ni otras hazañas
Ya necesita referir del niño.
Nuestros Poetas enseñarte pueden
A decir ó callar, como es debido,
Lo que conviene ó no: el fondo, empero,
Lo puedes aprender de los Aquivos.
Estudia con ardor la antigua Grecia,
Y recorriendo de Argos los dominios,
Torna gozoso á tus paternos lares
Con sus tesoros orgulloso y rico.
Traducir felizmente en lengua pátria
Lo que el Griego escribió, de loa es digno,
Quizá no menos que inmortal Poema
De vate original, que inspira Cintio.
Ved cuán ufano se presenta al mundo
El ilustre cantor del verde Mincio,
Con Homéricas galas adornado,
Con el oro estranjero enriquecido.
Lejos de ser afrenta es una gloria:
Si de Grecia nosotros aprendimos

Literatura y artes, uno y otro
Perfeccionar supieron los Latinos.
Eterno prez á Roma, cuya ciencia
Y hazañas belicosas han vencido
A las naciones todas que ilumina
El astro bello en su inmortal camino.
Númenes de la Italia tutelares,
Y vos, Apolo, fundador antiguo
De Troya, cuna de la estirpe nuestra,
Conservad estas glorias, este brillo.
Puesto que en las discórdias de sus Reyes
Por otras armas eclipsados fuimos;
La desdichada Roma sea al menos
Emporio del saber, cual siempre ha sido.
Nosotros ¡ay! en guerras intestinas
Con encarnizamiento divididos,
Osamos destrozarnos, y las puertas
De nuestra patria al invasor abrimos.
Un rayo de consuelo á nuestros ojos
Acaba de reir, mas el destino,
A fin de acrecentar el infortunio,
Nuestra esperanza en flor marchita impío.
Temblaban ya los pueblos mas lejanos,
Y los gefes del Árabe y del Indio,
Al resonar de Médicis el nombre
En las vegas del Ganges ý del Nilo.
Leon, y Julio, su adorado hermano,
Con quien el peso habia dividido
De empresas tan gloriosas y admirables,
Ardian en fogoso patriotismo.
Leon, al par que Rey de los humanos,
Pontífice del Arbitro divino,
Restaurar los blasones meditaba
Y libertad de su pais nativo.
Ya de Europa los Príncipes y pueblos,
Y huestes belicosas, y caudillos,

Bajo su direccion con planta osada
Volaban á humillar al Islamismo.
Venturosa ciudad, antigua Roma,
Tú con júbilo santo hubieras visto
Los vencedores al entrar ufanos
Por las puertas, que escudan tu recinto.
El Tiber, contemplando con asombro
Los estranjeros rostros y vestidos,
En sus ondas tambien mostrado habria
Un adalid de sus riberas hijo.
De encadenados Reyes larga serie
Hubiera al carro triunfador seguido,
Y con ellos el déspota que ahora
Al Oriente infeliz domina altivo,
Humillado su orgullo y su arrogancia,
No entonces osaria á los Latinos
Amenazar feroz, despues que gimen
Los santos muros de Sión cautivos.
La generosa juventud Romana
Con muestras de entusiasmo y regocijo
Espectáculo tal presenciaria
Por las calles, las plazas y edificios.
El bondadoso padre en trono de oro
Viera tras luengos años á sus hijos,
Consagrando en las aras los trofeos
De los bárbaros Príncipes vencidos.
Despareció cual sombra la esperanza,
El cielo inexorable así lo quiso,
Pues muriendo Leon, las glorias nuestras
Yacen con él en su sepulcro frio.

Canto II.

En este postrer canto esplicar quiero,
Completando mis útiles tareas,
El divino lenguaje que hablar suelen
Las Musas y sus hijos los Poetas.
El conjunto de frases escojidas
Que á Cintio y sus hermanas embelesan,
Elocucion Poética se llama,
Y será necesario tratar de ella.
Valor, alumnos mios: es dificil
Con gloria superar tamaña empresa;
¿Qué importan los obstáculos, empero,
Al noble ardor, á la constancia vuestra?
Desde la cumbre que laureles brota,
Os llaman cariñosas las Pimpleas,
Y al vencedor inflaman al brindarle
Con guirnalda inmortal de verde yedra,
Ya pródigas la atmósfera embalsaman,
Y os empapan de aromas y de esencias,
Canastillos de rosas y de flores
Al esparcir al viento á manos llenas.
La claridad en los cantares vuestros
Como el sol brillará. ¡Quién lo creyera!
Hay escritor que al dia luminoso
La lobreguez prefiere y las tinieblas.
Yo á las hijas del canto pediria,
Si intentara escribir algun Poema,
Por favor especial versos castizos,
Y claros como es clara la luz bella.
No es necesario súplica importuna:
La claridad conseguirá cualquiera,
Con sola voluntad, solo escribiendo
Para que los lectores le comprendan.

El don de la palabra ofrece voces
Y locuciones tantas y diversas,
Que es facil espresar nuestros afectos,
O publicar cuanto la mente piensa.
Si faltare la luz por algun lado,
Por otra via procurad traerla,
Y colocad la frase de tal modo,
Que sin nube ni sombras aparezca.
Quizá mil circunloquios y espresiones
Fáciles á la pluma se presentan,
Sin que del verso límites marcados
A la eleccion opongan resistencia.
Puede entonces el vate á sus figuras
Nuevos matices dar, y formas nuevas
Con deliciosa variedad, que grata
Los oidos y el ánimo enagena.
Repeticiones cuidadoso evite,
Si cautivar á su lector desea,
Imitando el pincel rico y fecundo
Con que sabe pintar naturaleza.
¡Qué rasgos tan diversos no distinguen
Al hombre, y á los peces, y á las fieras,
Á las aves, y en fin, á cuantos séres
Bajo los astros fúlgidos alientan!
Suelen mudar el nombre de las cosas
Por capricho ingenioso los Poetas,
Dándoles tal vez otro, que nos causa
Tan grata sensacion como sorpresa.
Los objetos vestidos de este modo
Con adornos y galas estranjeras,
O á su tez realzando otros colores,
Mas hermosura y gallardía ostentan.
Cuando cantan combate encarnizado
Un incendio nos pintan con viveza,
O el furor de torrente impetüoso,
Que devasta campiñas y florestas.

Por el contrario, asoladora llama
Que destruyendo va montes y selvas,
Con matices terríficos describen,
Propios de la mortífera pelea.
Retratan asimismo reluchando
Las ondas con las ondas turbulentas,
O el choque de animosos aquilones,
Que estremecen los mares y la tierra.
Trasformaciones gratas, oportunas,
Cambios ingeniosísimos de escena,
Que parece se ayudan mútuamente,
Que la atencion avivan y despiertan.
Atónitos, gozosos los lectores
Agrupadas imágenes recuerdan
En una sola frase, que á la mente
Feliz ofrece múltiples ideas.
Sentado así el viajero allá en la cumbre
De solitaria y eminente peña,
Mira tranquilas y azuladas ondas
Del mar adormecido en sus arenas;
Y copiados fielmente en sus cristales
Con avidez y júbilo contempla
Los convecinos campos de verdura,
El bosque umbroso, el monte y la pradera.
No de otra suerte el vate á sus lectores
Conduce siempre por distinta senda,
Y cuadros variados les ofrece,
Evitando del tedio la molestia.
Objetos los mas ténues y livianos
Él sabe realzar con la elocuencia
De lacónicas frases, que á los versos
Al par que elevacion, les dan belleza.
Este mismo lenguaje hablan los dioses
Del alto Olimpo en la region serena,
Y las Musas al hombre le inspiraron,
Segun antigua tradicion enseña.

Afírmase, que el coro de las nueve
Con los celestes númenes celebra
Festivas danzas en dorado alcazar,
Donde el gran Jove poderoso reina.
Allí entonan sus himnos alternando,
Allí el joven de rubia cabellera
Les habla afectüoso. De allí en suma,
Inspiracion envian al Poeta.
No es empero á su boca solamente,
A quien tan digno idioma se dispensa,
Tambien lo puede hablar un Magistrado,
Que con la ley á la maldad aterra;
O el Orador, que á calumniado amigo
De próximo patíbulo defienda,
Y en fin, si elogio fúnebre pronuncia
De virtuoso varon sobre la huesa.
Espresiones Poéticas ocurren
Al rústico habitante de la aldea,
Cuando asegura que las vides *lloran*,
O que *rien* ejidos y laderas.
Al decir que la lluvia y el rocío
Avida bebe su heredad *sedienta*,
O tal vez que los campos *le prometen*
Abundante, riquísima cosecha.
Este modo de hablar en un principio
Introducido fue por la pobreza,
Por la escasez de voces: privilegios,
Muy necesarios en la edad aquella.
Cuando de una palabra carecian,
Prestada la tomaban donde quiera,
Similitud buscando únicamente,
Que autorizar pudiese esta licencia.
Mas las artes y el gusto se aumentaron,
Y creció la poética riqueza,
Y al placer hoy conceden lo que un tiempo
A la inópia tan solo permitieran.

Así la raza humana allá en su origen
Sus chozas construyó para defensa
Del viento y de la lluvia, con arcilla
Y leños y ramaje mal cubiertas.
Mas colunas de marmol al presente
El arteson magnífico sustentan
Del imperial alcazar, que parece
Altivo remontarse á las estrellas.
   Atrevidas metáforas, que el vate
En sus cantos prodiga con frecuencia,
A los demás permite raras veces
El Gusto, recto juez, por ley severa.
Con suelto y ágil pie marcha la prosa,
En tanto que á los versos encadenan
Lazos indisolubles; y es bien justo,
Que alguna libertad se les conceda.
La verdad y la fábula en un cuadro
Algunos vates sin reparo mezclan,
Y mayor desenfado de lenguaje,
Por amalgama tal, se les tolera.
Adornos estudiados y colores
De original matiz ellos emplean,
Y con tal intencion, que el artificio
Si á conocer llegais, no se avergüenzan.
La hipérbole, cual águila en su vuelo,
Hasta el eter levanta su cabeza,
Cuando dice, *que humanos alaridos,*
Rompen las nubes y el Olimpo atruenan.
En repetir palabras no vacilan,
Al execrar asoladoras guerras,
O rüinas de pueblos contemplando,
Y su destino y destruccion funesta.
Oidles esclamar: «O padre, ó patria,
»O Príamo infeliz, ó estirpe régia,
»Tan ilustre algun dia, ó altos Dioses,
»Cayó, cayó Ilion, ciudad escelsa.»

Llaman Neptuno al mar, y al trigo Ceres:
Baco es el vino, que bullendo alegra:
Los hijos, cual su padre, se apellidan:
Los ciudadanos son la ciudad mesma.
Cuando el terror domina al Africano,
Los fundamentos de Africa retiemblan
En hórrido fragor, cual si el abismo
Terrible terremoto estremeciera.
Algunos al conjunto de las aguas,
Que el universo con sus ondas cercan,
Aqueloia nombran, licor grato (*)
Que con el jugo de las vides mezclan.
Ya por súbito impulso á moradores
Su voz dirijen de lejanas tierras,
Y apostrofan de grado á los desiertos,
Y solitarios montes y cavernas;
O saludan á rocas insensibles,
A los campos, los rios, y las selvas,
Invocando su nombre, cual si humanos
A sus acentos responder pudieran.
Además las palabras significan
Lo contrario tal vez de lo que espresan;
Que una cosa decir la boca suele,
Y otra la mente recatada piensa.
Extraer consiguió *la fiel esposa* (*)
En la noche fatídica y postrera
El acero á Deifóbo de la almohada,
Do apoyaba dormido su cabeza.
Tambien pregonan el valor de Drances,
A quien por irrision Turno impropera
Haber aglomerado tantos muertos,
Que sus palmas de honor los campos llenan.

(*) Acheloüs, palabra griega, que tomada figuradamente significa las aguas en general.
(*) Ejemplo de ironía tomado de la Eneida, lib. 6.

Una repeticion, grata, oportuna,
Que inspira la pasion, que el gusto aprueba,
Halaga tanto á delicado oido,
Cual blanda lira, si lejana suena.
«Pan mismo, que dijese lo contrario
»De Arcadia y sus pastores á presencia;
»Pan mismo recusado quedaria
»Por los pastores de la Arcadia entera (*).»
Aunque estos privilegios y otros muchos
De grado se conceden al Poeta,
Se abstendrá de abusar, si una censura
No quiere merecer en justa pena.
Mas prudente será, término propio
Escribir con sus sílabas y letras,
Que ostentar galas y ambicioso ornato,
O afectacion ridícula á sabiendas.
Hay vates que despojan á las cosas
Del nombre natural á pesar de ellas,
Y les imponen otros, que repugnan
Con tenaz y visible resistencia.
Llamar *cabellos de la gran Cibeles*
A la que brota el campo verde yerba,
O *lares caballunos* á las cuadras,
¿Puede aprobarlo nunca la prudencia?
Evitad semejantes locuciones,
Pues tan impropias y risibles fueran,
Cual ceñir vestiduras de gigante
Al niño tierno que la cuna deja.
La denominacion acostumbrada
El vate les dará con preferencia,
Con tal que de las Musas y del canto
La voz por su decoro digna sea.
Entre sí dos objetos muy distintos
Podránse cotejar enhorabuena,

(*) Virgilio, Egloga 4.

Aunque sin circunloquios ni primores
Sus idénticos nombres aparezcan.
Mas la comparacion desechar debe
Espresiones inútiles y huecas,
Lacónica diciendo aquellos rasgos,
Que á objetos diferentes asemeja.
Si aqui y alli divaga, los lectores,
Llegarán á olvidar cuanto preceda,
Creyendo, con razon, que nuevo asunto
Distraido cantar quiere el Poeta.
Cuando elijas palabras, busca siempre
Las que por adecuadas te convengan,
Porque ni todas son dignas del ritmo,
Ni admitirlas podrá todo Poema.
Estos tienen sus voces favoritas,
Cual ellos variädas y diversas,
Aunque no pocas hay que por flexibles,
A todo canto acomodarse puedan.
Mil y mil hallarás, como nacidas
Para lucir en diálogos de escena,
Que rechaza la lira, cuando canta
Nombres heróicos, ínclitas proezas.
Levanta pues los ojos, y asombrado
Un campo fecundísimo contempla
De frases y palabras escojidas,
Que del idioma son preciosas perlas.
Engastarlas procura, si tus versos
Pretendes que cual oro resplandezcan,
Desechando prosáicas locuciones,
Escoria vil, que el público desprecia.
De los vates que gloria y ornamento
Son de la Antigüedad, sigue las huellas,
Dia y noche leyendo sus escritos,
Modelos de poética belleza.
Prefiere, como es justo, al que entre todos
Por su brillante mérito descuella,

Y sus giros imita cuanto alcance
El vigoroso impulso de tus fuerzas.
Ten, empero, presente que los otros
Es preciso tambien que atento leas,
Pues podrás estudiando su leguaje
Acrecer tu caudal y tu riqueza.
Yo no rehusaria desdeñoso
Leer algunos vates con paciencia,
Donde en medio de torpe desaliño
Llamaradas del genio centellean.
Aparecen allí cien y cien frases,
Que sin el negro orin que las afea,
Pulidas y esmaltadas en un verso,
Alto realce y brillantez le dieran.
Hay rios cenagosos que enturbiados
Por la lluvia de súbita tormenta,
Corriente proporcionan cristalina
A los pueblos que habitan en su vega;
Pues filtradas sus aguas por canales,
O por cauce que forman las arenas,
Purificadas brotan, y tan claras
Como fuente que mana de la sierra.
No hay locucion inutil para el metro,
Por inculta, por bárbara que sea,
Si tu lima la pule y abrillanta,
Si procura tu gusto ennoblecerla.
En escritores del dorado siglo
Aprenderás elocucion perfecta
Bebiendo sus alientos, meditando
Sus muchas obras de primores llenas.
Sus galas nuestros vates lucir suelen,
Sus mismas espresiones, sus ideas,
Hasta el orden feliz de colocarlas
Conseguimos hacer propiedad nuestra.
Por la boca inmortal de los antiguos,
¿Quién de hablar al presente se avergüenza,

Sabiendo sus palabras presentarnos
Disfrazadas con mágica destreza?
Harás imitacion digna de loa,
Ya cambiando sagaz frases enteras
De agenos pensamientos, ó á las voces
Logrando dar colocacion diversa.
El cuadro que te sirva de modelo,
Varíe tanto por sus formas nuevas,
Que algun tiempo despues tus pinceladas
No logres distinguir de las agenas.
Hay algunos, que toman espresiones,
Y significacion les dan opuesta
Con tan bello artificio, que su robo
Orgullosos, intrépidos confiesan.
Digno rival de los antiguos vates,
Hay quien feliz con el secreto acierta
De realzar prestadas locuciones,
Tras mucha correccion y mucha enmienda.
Así al aclimatarse debil planta
En suelo fértil que las aguas riegan,
O vástago ingerido en arbol verde,
Dan fruto mas opimo y flor mas bella.
Los dioses de Ilion y el cetro de Asia
Condujo al Tíber al piadoso Eneas
Bajo auspicios mas faustos, aunque á Elisa
Dejó muriendo en su natal ribera.
¡Mas con cuánto dolor á su destino
Obedeció fatal, ó infeliz Reina,
Cuando del tierno amor ni de himeneo
Pudo escuchar los ayes ni las quejas!
Víctima desdichada, tu infortunio
Con desastroso fin concluyó apenas:
Feliz, y acaso de virtud modelo,
Si las naves de Troya nunca vieras.
Obediente á mi voz, joven alumno,
Recoje con temor la rica presa

Que ofrecen los antiguos. Desgraciado
Si volar por ti solo audaz esperas.
Hay mozos temerarios que en el arte
Confian demasiado y en sus fuerzas,
Creyendo alzarse por impulso propio
De la inmortalidad á las esferas.
No quieren un Mentor, que los dirija,
La docta Antigüedad vanos desprecian,
Y el Dios, que inspira los sublimes cantos
Su presuncion ridícula desdeña.
Insensatos, que ven su fugaz gloria
Desparecer cual polvo de las eras,
Y morir sus escritos mucho antes,
Que caigan sus cenizas en la huesa.
Malogrados afanes, vano estudio:
Los padres de su inutil existencia
Debiéronlos guiar hácia otras artes,
Que de la sacra Poesía alejan.
Aludir á lenguaje de otros siglos
Me suele complacer de tal manera,
Que quizá con palabras de sus vates
Se visten y engalanan mis ideas.
Muy lejos de temer, que tales hurtos
Hombres de sano juicio me reprendan,
La aprobacion espero y los aplausos
De nuestra mas remota descendencia.
Tanta es mi conviccion y mi esperanza
De que nunca la crítica severa
Ha de morder mis literarios robos,
Que los confieso audaz á boca llena.
La confianza, empero, en los antiguos
Debe ser ilustrada, nunca ciega,
Y palabras faltándoles, no pocas,
Será preciso las inventes nuevas.
Ideas nunca oidas es forzoso
Con espresiones de reciente fecha

Comunicar á los lectores nuestros,
Pues ley ninguna prohijarlas veda.
Mas estas voces llevarán marcados
Los rasgos de legítima ascendencia,
El tipo de su raza, y todo el mundo
Sin vacilar podrá reconocerlas.
Estraer masa informe es permitido
De las preciosas minas de la Grecia,
Y refundida en los Romanos yunques
Formas debe tomar que la embellezcan.
Asi el habla de Italia se enriquece
Con los tesoros de Argos la opulenta,
Y á Roma los despojos hoy adornan
Que perdió un dia esclavizada Atenas.
   Hay en nuestros idiomas espresiones
Que, sin mostrar visible diferencia,
Aún se envanecen de su griego origen,
Cual nacidas un tiempo allá en Micenas.
Son igualmente nobles y andan juntas
La voz de este pais y la estranjera
En la lengua del Lacio, tan copiosa
Que rara vez te indicará pobreza.
Ciceron, y otros dignos escritores
De los felices tiempos, hoy nos muestran
Diamantes de alto prez, que nunca fueron
Propiedad esclusiva del Poeta.
Cien versos de otros siglos aparecen
Ostentando la espléndida opulencia,
El deslumbrante lujo de los pueblos,
Que bárbaros llamaba aquella era.
Los Latinos designan *el Tesoro* (*),
Con la vetusta voz que le dió el Persa,

(*) El idioma latino tomó de los Persas la palabra *gaza*, que significa el Tesoro; de los Macedonios la voz *sarissa*, que significa las picas, y de los Gaulas el vocablo *essedum*, el carro.

Las *picas* con palabra macedona,
En fin, los *carros* con su nombre belga.
¡Y recelar podremos que espresiones
Falten jamás en la Romana lengua
Para emitir sublimes pensamientos,
Que conciba feliz la mente nuestra!
Su respetable santüario al vate
La antigüedad benévola franquea,
Y penetrando en él, repetir puede
Olvidados modismos con prudencia.
Ellos gustan á veces adornarse
Con arreos y estraña vestimenta,
Galas de sus mayores, cuyo siglo
La edad presente con razon venera.
Mas esta libertad autorizada
No rayará en abuso y en licencia,
Si entre vocablos mil de uso corriente
Uno que otro arcaismo solo empleas.
Si falta rara vez término propio,
Con algun circunloquio ó frase entera
De varias voces que armonía formen,
Espresarás original idea.
Tambien de dos palabras diferentes
Combinar una sola no se niega
A los vates Latinos; nunca empero
Ampliar deben tan juiciosa regla.
Combinacion de tres ó mas vocablos,
Es mónstruo, que la Italia nunca engendra,
Ni jamás ver de grado en bronco verso
Podrá protuberancias tan horrendas.
Estos raros enlaces y consorcios
Dejemos á los vates de la Grecia,
Ya que amalgama tal de muchas voces
Sin horror puede permitir su lengua.
Moles gigantes hasta el alto cielo,
Audaces ellos con su mano elevan,

El Pelion colocando sobre el Ossa,
Y encima Olimpo, colosal diadema.
En dos partes palabras asaz largas,
Bien puedes dividir poniendo entre ellas
Distinta voz, con sílaba de menos,
Y mas cerrado tu periodo queda.
Añadir ó quitar te es concedido
A nombres propios de fatal dureza,
Y diciendo *Siqueo* por Sicarbas,
A oidos delicados no disuena.
Yo gustaria mas de los Titanes
Los combates cantar y lides fieras,
Y la sublevacion espantadora
De Encélado y su raza gigantesca,
Que los primeros triunfos del Romano,
Cuando aterraba su inmortal enseña
A bárbaras naciones, cuyos nombres
No es dado pronunciar, por su aspereza.
Inutil espresion no admite el verso;
Por sencillas, por mínimas que sean
Pesarás tus palabras, pues que todas
Deberán añadir alguna idea.
Sin gran cuidado y vigilancia suma,
Voces no pocas en el ocio huelgan,
Todo el peso dejando del periodo,
A cargo de sus nobles compañeras.
Examínalas bien, y dando á todas
El lugar y sentido que convenga,
Ninguna quedará de solo adorno,
Ni menos para insípida cadencia.
De otra suerte los versos mas pulidos
Vano ruido serán, que dulce suena
En los oidos; á la mente empero
Nada sabe decir, nada le enseña.
Solo muy rara vez, una palabra,
Que dulcifica el metro y lo hermosea,

Se puede intercalar, aunque por debil
No aumente su energía ni su fuerza.
En vano preguntais, alumnos mios,
Qué palabras, qué voces serán estas;
Cuando por sí á la péñola se ofrecen,
¿Quién no sabe al momento conocerlas?
Para que no os engañe falaz ritmo
Con melodía blanda y lisonjera,
Descompondreis el metro, separando
Sus miembros todos en menudas piezas.
Tornadlos á enlazar, y será fácil
Saber las espresiones que desecha
Apolo con desden. Cual sol de Oriente,
Tal descomposicion las manifiesta.
Ya los misterios del sagrado Pindo
Deseo revelar; que las Pimpleas
Al par que Cintio afectüoso os llama,
Abren del templo las cerradas puertas.
El Padre omnipotente de los dioses
A los vates benéfico dispensa
Con séres conversar, que le acompañan
Del sacro Olimpo en la region serena.
Mas nunca permitió que necio vulgo
Dones del cielo profanar pudiera,
El arte encantador noble y divino
Tan solo concediendo á los poetas.
Para alejar á la ignorante plebe,
Estrechó tanto de Helicon la senda,
Que aun á los pocos hijos de las Musas
Es muy dificil caminar por ella.
No empero basta completar los versos,
Ni con vocablos espresar ideas;
Es preciso tambien marchen acordes
El pensamiento y número y cadencia.
El sonido, los metros, las palabras
Semejanza guardar deben perfecta,

Por su forma especial, con los objetos
Que presentar á sus lectores quieran.
Cada verso tendrá caracter propio;
Si al segundo el primero se asemeja,
Y el tercero al segundo, ¿quién, decidme,
Monotonía tal sufrir pudiera?
El uno corre presuroso y agil,
Mostrando de sus pies la ligereza.
O le verás volar con leves alas,
Cual pasa rapidísima la flecha.
Otro, al contrario, es perezoso y grave,
Y por su magnitud y marcha lenta
Parece al buey, que rompe fatigado
Profundo surco en pedregosa tierra.
Este luce del joven la frescura,
Mejilla de carmin, boca risueña,
Y le adornan la gracia y los encantos,
Que de Pafos la diosa en él despliega.
Aquel tiene muy ásperas facciones,
Miembros deformes, y además lo afea
Entrecejo ceñudo. Si lo miras,
O lo escuchas acaso, lo detestas.
   El capricho no inventa formas tales;
Cada verso por ley se diferencia
En sonido y palabras de los otros,
Y hasta en el modo de ordenar sus letras.
Sobre el remo se encorva el marinero,
Y la nao veloz parte ligera;
Y las aguas cortando va su proa
En líquido cristal dejando huella.
Pronto empero las olas azotadas,
Allá á lo lejos con espanto suenan,
Que el Aquilon agita las corrientes,
Y en voz de trueno ruje la tormenta.
Olas como montañas se levantan
Y reluchan y baten la ribera .

Con rabioso furor, y la Sicilia
Estremecida y tímida retiembla.
Mas Nereo dirije una mirada,
Y enmudecen las ondas turbulentas,
Y vuelven á sulcar alados pinos
En dulce calma por la mar serena.
Admirareis tambien metro armonioso,
Que describe el incendio de la selva
Y campiña feraz. Hasta el rüido
De las mieses oís cuando chispean;
O vereis humear y remontarse
Hirviendo el agua en colosal caldera,
Sobre llama vivísima que nutre
Con pábulo voraz copiosa leña.
Pintar los picos de erizada roca
En verso facil desacierto fuera,
O con lóbrego estilo retratarnos
De alegría y placer gratas escenas.
Lenguaje ameno, delicado ritmo
Describirán la hermosa primavera,
Cuando al campo sonrie, ó el Oriente
Abriendo al alba sus doradas puertas.
Si lloras con la lúgubre Elegía
El acento hablarás de la tristeza,
Cual ave que en rüinas y sepulcros
Se posa melancólica y siniestra.
A pequeños objetos corresponden
Humilde frase y espresion modesta;
Sublime asunto empero cuando cantes,
Ostentar deberás grandilocuencia.
Un Alcides mirad: rostro disforme,
Frente espaciosa, prolongadas piernas,
El pecho, y brazos, y la boca, todo
Conviene á su estatura gigantesca.
Si de esfuerzos penosos una hazaña
Determinares elegir por tema,

De frases te valdrás dificultosas,
Que parecen venir á viva fuerza.
Con laborioso afan así labriego
Rompe del campo las pesadas glebas,
O al vendabal resiste el Argonauta,
Cuando de su bajel vira la entena.
Si la tardanza empero es peligrosa,
Porque víbora asoma su cabeza,
Con cayados y piedras á matarla
Los pastores acuden, corren, vuelan.
Será tu metro rápido ó pesado
La noche al describir con sus tinieblas
Cubriendo al mar, ó con mortal herida
Si corpulento buey mide la tierra (*).
El silencio al cantar en que descansa
Tras el diurno afan naturaleza,
Tu verso grave y majestuoso quede
Suspendido en mitad de su carrera.
En blanda paz resbalen tus cantares,
Y silenciosos cual Morfeo sean,
Cuando los vientos callan sosegados,
O el mar tranquilo duerme en su ribera.
Mísero viejo lanza dardo inutil (**)
Con debil, temblorosa y fria diestra,
Y el metro languidece por faltarle
Vigor y fuego en sus heladas venas.
Mas el joven soldado escala muros,
Y de lares y alcazar se apodera,
Y acomete y destruye á mil contrarios,
Cual rayo armipotente de la guerra.
Simplificar ó remontar su estilo,

(*) Todos estos ejemplos están tomados de Virgilio, el modelo mas perfecto de la armonía imitativa.

(**) Alude al dardo que el anciano Príamo lanzó á Pirro. (Eneida, lib. 2.)

Segun exije el tono del Poema,
Es el grande artificio de los vates,
Que escuchan los consejos de Minerva.
Muy parcos á las veces en palabras,
En su lenguaje tímido remedan
A imperceptible manantial de estío,
Que tan solo humedece la pradera.
Otras empero su facundia brota
Con tanta fluidez, tan rica y llena,
Cual desbordado el caudaloso rio,
Cuando salva los puentes y alamedas.
En palabras entonces rebosando
A nieves invernizas asemejan,
Que de blanco cendal súbito cubren
Las verdes y frondosas cordilleras.
El familiar estilo y el sublime
Evitar acostumbran con frecuencia,
Recurriendo al mediocre, justo medio
Entre la elevacion y la llaneza.
Vogan entonces cual endeble quilla
Entre escollos de playas contrapuestas,
Que procura salvar cuerdo piloto,
Hasta que al puerto venturoso llega.
  Antes de concluir, un buen consejo,
Que el postrero será, daré al Poeta,
Consejo necesario cuando toque
El término feliz de su carrera.
Vencidos los obstáculos terribles
Que al escribir un canto se te ofrezcan,
Retarda á la luz pública esponerlo
Por mucha confianza que en él tengas.
De lauro tan fugaz cual prematuro
No te deslumbre estúpida impaciencia,
Y moderar el férvido entusiasmo
De tu improvisacion al tiempo deja.
El amor á tus metros escesivo,

Calmando de su ardor la llama intensa,
Te dará almo reposo en que tu mente
Con otro objeto distraerse pueda.
Consultarás á tus amigos doctos;
Y cual jueces la mancha mas pequeña,
Los defectos, que tú no has advertido,
Condenarán con rectitud severa.
Agradece cordial favor tamaño,
Y no procures oponer defensa,
Docilidad mostrando á la censura,
Por mas adusta y rijida que sea.
Despues que ya olvidado en tu escritorio
Durmiere luengos dias el Poema,
Indiferente á su lectura vuelve,
Como á la produccion de pluma agena:
¡A tus ojos empero, qué distintos
Los versos, obra tuya, se presentan!
Los versos, que cual padre contemplabas,
Con amor entrañable y complacencia.
Como una estátua permaneces mudo,
Y el honroso carmin de la vergüenza
Colora tus mejillas. Desconoces
Tu prole años atrás mas predilecta.
Vuelves á tus afanes ardoroso,
Descuidos ciento sin piedad enmiendas,
Y reprendes tu incuria y desaliño,
De Aristarco imparcial con la dureza.
Un metro sustituyes, aquel borras,
De todos desconfías: la mas bella
Y escojida espresion audaz remplazas
Con otra mas feliz y mas correcta.
Cortas desapiadado, y ese bosque
De su ramaje inutil aligeras
Con tal actividad, que lo ves limpio
De toda su hojarasca y su maleza.
Tu trabajo molesto no interrumpes

Ni al descanso pacífico te entregas,
Dia y noche limando, hasta que tersos
Del mas leve lunar tus cantos dejas.
Tal ejercicio, siempre fastidioso,
Y el mas duro y sensible del Poeta,
Da renombre inmortal. Caros alumnos,
Corregid con valor y con paciencia.
Entonces completar podeis felices
Las frases que dejásteis imperfectas
En la improvisacion, cuando del vate
Es un torrente la impetuosa vena.
Apoyo prestareis al verso débil,
A enfermo curareis de su dolencia,
No bastando una vez con docta lima
Pulir y realzar todo el poema.
Quien corrija, cual debe, un año y otro,
Y repita diez veces la tarea,
Variará la espresion, el colorido,
Pesando hasta las sílabas y letras.
Lunar, que descubrir os fué imposible
Por obcecaros la fortuna adversa,
Hoy tan claro y visible como el dia,
A los ojos benévola os presenta.
Error que oscurecido no advirtieron
El estudio tenaz, la atencion vuestra,
Os deslumbra hoy la vista, como suele,
Disipado un vapor, rojo cometa.
A los vates quizá no será inutil
Mudar de clima. Posicion diversa,
Cielo distinto, variär nos hacen
De afecciones tal vez, y hasta de ideas.
Al contemplar objetos diferentes,
Imágenes podreis concebir nuevas,
Y añadir á los versos atractivos,
Y gratas flores de esquisita esencia.
Mas en todo hay estremos. Muchos vates

Con tal furor en correjir se empeñan,
Borrando nimios, cercenando siempre,
Que nunca perfeccionan un Poema.
Muy lejos de adquirir color y vida,
Raquítico, amarillo, enfermo queda,
Pues cual jóven que sangran con esceso,
Pierde su robustez y su belleza.
Es la vida fugaz como una sombra:
Limados vuestros versos con prudencia,
Y constancia y ardor algunos años,
Los podeis publicar enhorabuena.
De lábio en lábio con aplauso vuelen;
Y la fama pregone vocinglera
La gloria del cantor, antes que espire
La fugitiva luz de su existencia.
Los amigos le aplauden entusiastas,
Y entre vivas de júbilo resuena
Su nombre ya inmortal desde aquel dia
Por límites opuestos de la tierra.
Con tal dicha y honor ¿quién al avaro
Envidia miserable sus riquezas?
¿Quién no preferirá la poesía,
Que brinda con tan dulce recompensa?
Venturoso el mortal, á quien el cielo
En la cuna sonria, y le conceda
Los preceptos cumplir, que yo designo,
Inspirado por Febo y las Pimpleas.
¡Venturoso el mortal! porque ni el arte,
Ni el estudio constante, ni mis reglas,
Ni los esfuerzos todos de los hombres,
Sin el numen poético aprovechan.
Supe indicar la que dirije al Pindo
Por entre riesgos mil, dificil senda,
A las Musas mostrando en lontananza,
Que alli se gozan en alegre fiesta.
¡Quién lográra pisar la verde cumbre!

Mas el destino con desdén me aleja,
Rechazando cruel la planta mia,
Que penetrar en Helicon intenta.
¡Dichoso yo, si veo algun alumno
Por mí guiado en la montaña escelsa,
Animando á sus fieles compañeros,
Que por ganar la cúspide se esfuerzan!
Mas un dia tal vez reciba ufano
De mi penoso afan la recompensa,
Cual padre rodeado de sus hijos,
Viendo á la juventud oirme atenta.
Así completaré mi ministerio,
Si el cielo tal ventura no me niega,
Y la muerte con mano despiadada
No corta en flor mi fragil existencia.
Aunque entonces el hielo de los años
El ardor amortigüe de mis venas,
Mi vacilante pie jóvenes ciento
Apoyarán con vigorosa diestra.
De gratitud y de placer henchidos
Me llevarán á las floridas vegas,
Donde repetiré divinos versos,
Que piadosos cantaron los Poetas.
¡Quién mas digno que el Cisne Mantuano,
Delicias y blason y gloria nuestra,
A cuyos metros inmortales debo
Mi poético númen y mi vena!
Lo ensalzaré como al primer Latino,
Que siguió de Teócrito las huellas
Con dulce caramillo en sus abriles,
Atrayendo los montes y las selvas.
Cantó despues la gala de los campos,
Y de la gente se apiadó labriega,
En el carro veloz de Triptolemo
Remontándose áudaz á las estrellas.
En cantares, por fin, de Apolo dignos,

Celebró del Romano las proezas,
Dando el grito de alarma al feroz Lacio,
Que pugnó con el Frigio en lid sangrienta.
A ti, ó Virgilio, nuestro honor debemos:
Tú la Romana Poesía creas,
Y por ti nuestros vates en las aras
Suspenden los trofeos de la Grecia.
La noble patria del cantor de Esmirna
En los Elíseos Campos te contempla,
Muda de admiracion y de respeto,
Cuando blanda tu cítara resuena,
El Italiano á ti vuelve sus ojos
Cual á fuente de gracias y bellezas,
Y sirves de caudillo á nuestros vates,
Que siguen denodados tus banderas.
Es nuestro apoyo tu virtud hermosa,
Que nutre á la niñez y adolescencia
Con sublimes lecciones. ¡Quién la palma
A disputarte necio se atreviera!
Los venideros siglos te respeten,
Dándote la debida preferencia,
Ya que tu nombre, ¡ó Genio sobrehumano!
Entre los otros colosal descuella.
  Es del cielo tu voz armoniösa,
Que arrebata magnética, hechicera,
Al dios que de sus dones te ha colmado,
Acreciendo el encanto de su ciencia.
Las que yo doy poéticas lecciones,
Cuanto del arte y de invencion yo tenga,
Te debemos alumnos y maëstro,
Que tú, digno Mentor, es quien me enseña.
Cuando bondoso al Pindo me guiasté,
Yo seguí tus ejemplos y tus huellas:
Recibe, pues, mi gratitud ardiente,
Honor de Roma, prez de sus Poetas.
Salve, divino vate: en nuestros himnos

La gloria de tu nombre será eterna,
Aunque brillo añadir á tu aureóla
Nuestros cantos y voces nunca puedan.
Con entrañable amor mira á tus hijos,
Inclina á la virtud las almas tiernas,
Y nuestro corazon, querido padre,
Por tu morada elije predilecta.



NOTAS.

1.ª Don José Mor de Fuentes ha sido uno de los literatos mas desventurados de nuestro siglo. Su probidad nunca desmentida, su patriotismo y servicios militares lo hacian acreedor á mejor suerte. El cultivo de las letras, dominante pasion de su larga y azarosa existencia, fué el esteril consuelo en tantos infortunios como le aquejaron hasta el sepulcro. Sus versos á la memoria del Manco de Lepanto, su elegía á la muerte de Abenamar, y otras composiciones que escribió en edad ya octogenaria, recordando la deplorable situacion en que vivia, desgarran el corazon y preocupan la mente con las mas graves y dolorosas reflexiones. A pesar del renombre que logró adquirirse con sus escritos, no solo en España, sino tambien en las Naciones estrangeras, falleció en la pobreza y abandono en que terminaron sus infortunados dias Cervantes, Ercilla, Camoens y tantos otros ingenios. Sensible es que la historia literaria nos ofrezca ejemplos tan repetidos de la indiferencia y desden con que el poder y la opulencia acostumbran mirar las virtudes, la aplicacion y el talento.

Nació de familia distinguida en Monzon el 11 de junio de 1762. Estudió la lengua latina en su pueblo, filosofía en Zaragoza, francés y griego en Tolosa, humanidades, química y matemáticas en el Seminario de Vergara, dedicándose á la lengua inglesa por via de descanso y distraccion. En edad mas adulta aprendió el árabe, el aleman y el toscano.

Nombrado Alferez de navío en clase de ingeniero hidráulico, se halló en el sitio de Tolon, tan célebre por haberse dado en él á conocer al mundo el Capitan del siglo. Solicitada y conseguida su licencia absoluta, volvió á su pais, donde años despues combatió briosamente por la independencia de su patria en la memorable defensa de la ciudad siempre heróica.

Publicó la *Serafina*, novela original, de que se hicieron tres

ediciones en breve tiempo, y no poco recomendable por sus afectos, por su naturalidad y sencillez, y sobre todo por el puro y castizo lenguaje en que está escrita. No ha faltado novelista posterior, que la ha colocado al nivel de las *ejemplares* de Cervantes. El autor la completó en el último período de su vida con setenta y tres cartas mas, escritas con su característica facilidad y ligereza, con la frescura de pincel con que supo dibujar tan diestramente en sus juveniles años aquel hermoso cuadro de costumbres españolas.

Su poema descriptivo de las cuatro *Estaciones* en doce cantos, era la obra en que cifraba todo su renombre poético, aspirando al honroso lauro que tan dignameute ciñen Thompson y Saint-Lambert en Inglaterra y en Francia. Pero desgraciadamente el poeta español no pudo publicar mas que la descripcion de la primavera. De todos modos, estos tres primeros cantos le dieron un lugar envidiable entre los alumnos de Garcilaso y Rioja. El españolismo que en todos sus versos campea, es una verdadera gloria del autor, que ha sabido describir las ricas producciones de nuestro pais, presentando cuadros y paisages pintorescos de España y sus colonias. Tampoco ha olvidado nuestras instituciones, usos y costumbres, que procura enlazar oportunamente con la pintura de la fecunda naturaleza, que caracteriza á nuestra patria.

Admirador entusiasta de las proezas y blasones de nuestros marinos, á cuyo Real cuerpo habia pertenecido no sin gloria, consagró una composicion histórico-poética al heróico desastre de Trafalgar, y un elogio al digno Almirante Gravina, en que describia circunstanciadamente la retirada de nuestra escuadra de las aguas de Tolon.

Tambien publicó las odas de Horacio con un comentario crítico en castellano, muy estimado de nuestros humanistas, y señaladamente de D. Javier de Burgos, que lo ha citado mas de una vez con encomio en sus juiciosas notas á la version del poeta latino. Mor de Fuentes tradujo igualmente varias odas del Cantor de Glicera, así como tambien los fragmentos mas notables de Tucídides, Salustio y Tácito.

Su elogio histórico de Cervantes, que se lee con interés á pesar de tantos como han aparecido en la república literaria en loor del príncipe de los ingenios españoles, fue reimpreso en París en vida del autor, así como lo habia sido años antes su

oda á Bonaparte, en que celebraba su feliz arribo á las orillas del Sena despues de sus trofeos en Oriente. Por esta circunstancia, y por haberse publicado en Burdeos y Bañeras algunas de sus Poesías en varios idiomas, que encomió la prensa francesa, mereció Mor de Fuentes distinguidas consideraciones al ilustrado Duque de Montmorenci y al erudito Wolf, bibliotecario y catedrático de Viena, que le pidieron noticias referentes á su vida, para publicar su biografía en Francia y Alemania. Tambien la Academia de Nobles Artes de París le nombró por aclamacion socio de mérito, apellidándole *poeta polígloto* en el ostentoso diploma que le entregó, imprimiendo en las actas de la corporacion algunas poesías francesas de nuestro compatriota, y dispensándole otras demostraciones de respeto y deferencia. Finalmente, la sociedad de Humanidades de Tolosa le inscribió en el número de sus individuos, á instancias de su digno Presidente Monsieur Abadie.

Su *Cotejo* del Gran Capitan con Napoleon; su *Parangon heróico* entre los blasones de Aragon, Estremadura y Asturias; su poema de Gibraltar; su oda, en fin, á la Carolina Coronado, animando á la inspirada cantora del Guadiana á celebrar el imperecedero nombre del vencedor de Motezuma, son producciones que honran la memoria del escritor, recordando las virtudes del caballeroso patricio, cuyo ingenio se esforzó constantemente en realzar las glorias inmarcesibles del pais que le vió nacer. ¡Pesa decirlo! No recibió la recompensa que merecian su civismo y escelentes cualidades. Bien digno era, ciertamente, de ser mas considerado y atendido en su patria, el que debió á gentes estrañas pruebas nada equívocas de benevolencia y entusiasmo.

En sus últimos años establecióse en Barcelona, y habiendo colocado en una casa de comercio sus módicos intereses, fruto de sus tareas literarias y restos de su patrimonio, con los que tenia mas que suficiente para subsistir y cubrir sus necesidades todas, que eran bien cortas, atendida la frugalidad y filosófica moderacion en que vivia, quebró el comerciante, dejando arruinado y en la indigencia mas espantosa con su bancarrota al infeliz anciano. En tan aflictiva situacion, quebrantada su salud además por los achaques inseparables de la vejez, se vió precisado á restituirse á su pueblo, al que entre angustias y dificultades pudo llegar, pobre y desvalido, y casi moribundo de resultas de una fatal caida en su largo y malhadado

viaje. Allí fue el verdadero peregrino en su patria, sin encontrar una mano benéfica que le asistiese y cerrase blandamente sus ojos, oscurecidos por las sombras del sepulcro. Víctima del infortunio y de la miseria mas humillante, falleció á la edad de ochenta y seis años cumplidos el 4 de diciembre de 1848. Ocioso es añadir ninguna reflexion, pues el silencio en esta ocasion como tantas otras veces, es mas elocuente que las palabras.

2.ª Lo que mas ennoblece á la ciudad de Alcañiz es el haber sido cuna de no pocos varones ilustres que se han distinguido por sus virtudes y talento. El mas eminente de sus hijos es Don Domingo Ram, del nobilísimo linage de los Condes de Samitier. Siendo Obispo de Huesca y despues Cardenal y Arzobispo de Tarragona, prestó grandes servicios á la Iglesia y al Estado, ya en el concilio de Basilea como embajador del Rey de Aragon, ya cuando fue virey en Sicilia, ya como plenipotenciario en las Cortes de Castilla y Nápoles, y sobre todo en la eleccion de Don Fernando el Honesto, verificada en el Compromiso de Caspe. El fue el que ungió al dicho monarca en la Seo de Zaragoza. En suma, como advierte un grave historiador, apenas se ofreció asunto de importancia en su tiempo, que no manejase este sábio y virtuoso Prelado.

Andrés Vives fue médico de familia de los Papas Julio II y Leon X, Protonotario eclesiástico, Canónigo de Barcelona, y finalmente Prior de la Colegiata de Alcañiz. Por haber curado una grave dolencia á Soliman el Magnífico, recibió de este generoso Príncipe cuantiosas riquezas, con las que en 1528 fundó y dotó Vives un establecimiento en Bolonia en beneficio de los hijos de Alcañiz, y un colegio en su pátria llamado de Valero. Dejó tambien un Monte de Piedad para el socorro de familias menesterosas, siete dotes para otras tantas doncellas, un pósito de granos para labradores necesitados, y finalmente otras obras pias. Tambien fundó en Alcañiz el magnífico Convento de San Francisco.

Siglos antes que estos dos dignísimos eclesiásticos vivia el Capitan Diego de la Torre, que tanto brilló por su heroismo en el ejército de D. Jaime el Conquistador. Sobresalieron igualmente en la carrera de las armas el Vizconde de Montoro, D. Pedro Ram

de Viu, D. Juan Royo, D. Fernando Palau, D. Francisco Buendía y D. Pedro Amigo, que acompañó á Felipe IV en su viaje á Cataluña, agitada por la guerra civil, porque el monarca apreciaba mucho á tan valiente soldado.

El venerable sacerdote Juan Santiago Samper murió víctima de su apostólico celo á manos de los secuaces del Corán, á quienes anunciaba el Evangelio con la constancia y abnegacion propias de los primeros siglos de la Iglesia.

Tambien es muy grata la memoria que á principios del siglo pasado dejó de su inocencia y piedad cristiana Sor Francisca de San Antonio, hija de los Barones de Salillas. Murió en olor de santidad en su Convento de la Concepcion de las Cuevas.

Fœcunda ingeniorum mater fue apellidada Alcañiz por un elegante escritor. El mas antiguo y no el menos notable de sus hombres de letras es Juan Sobrarias, poeta laureado del siglo XVI. En 1504 fue armado Caballero por Fernando el Católico, y el Emperador Carlos V presidió sus funerales. Tuvo íntima amistad y correspondencia con Lucio Marineo Sículo, Lebrija y otros literatos. Hacen honrosa mencion de él el famoso Gaspar Sciopio, Nicolás Antonio, el cronista Andrés, Agustin Netuci, Pellicer en sus notas al Quijote, y Latassa en su Biblioteca de escritores aragoneses.

El Profesor de Latinidad y retórica Juan Lorenzo Palmireno, *es una de nuestras glorias españolas, y de los que mas contribuyeron al renacimiento de las letras,* como dice oportunamente en su célebre catálogo mi ilustre amigo el Señor Marqués de Morante. El P. Andrés Scoto encomia el ingenio, juicio y erudicion de Palmireno. Baltasar Gracian lo apellida discreto, erudito, y mucho mas que gramático. El Dean Martí lo cuenta entre nuestros grandes filólogos, y Rodriguez Moedano lo llama *eminente aragonés*.

El Obispo de Albarracin D. Bernardino Gomez Miedes publicó, ademas de otras obras apreciables, la historia latina de Don Jaime el Conquistador. Sus escritos, dice un biógrafo, recuerdan la elocuencia de Ciceron, la sublimidad de las sagradas Escrituras y la profundidad de los Santos Padres. Don Nicolás Antonio y Capmani hablan con elogio de este sábio Prelado.

Pedro Ruiz de Moros enseñó jurisprudencia muchos años en la Universidad de Cracovia. Fué Arcipreste de Vilna, Canónigo de la Catedral de Samogicia, Conde Palatino y Consejero del Supremo de Lituania. Dió á luz varias poesías latinas, y las *decisiones*

lituánicas, que se reimprimieron en Venecia y en Francfort. D. Antonio Agustin compuso en su elogio una elegante oda latina.

Domingo Andrés fué tan correcto como fecundo poeta. Despues de haber militado en Italia murió en Alcañiz de Profesor de humanidades. Aso en sus *Monumentos de ilustres Aragoneses*, publicó algunas obras suyas. *Auro cedroque digna* las llama un juicioso crítico. *Omnia suaviter, ingeniose copioseque excogitata et formata*, dice al hablar de ellas D. Nicolás Antonio.

Don Gabriel Casellas, Monje de San Gerónimo en Santa Engracia de Zaragoza, despues de ser Catedrático de derecho en la Universidad de Huesca, fué General de su orden, cuya eleccion celebró el Papa Adriano VI. Escribió diferentes tratados canónicos y legales, que fueron *trabajos bien acabados*, segun la espresion del sábio P. Sigüenza.

Micer Gerónimo Ardid fue consejero en Zaragoza, asesor, dos veces jurado, y diputado por Aragon en las Cortes de Calatayud el año 1626. Además de sus *Memorias de Alcañiz*, publicó la *restauracion de la Agricultura*, el *Comentario del Fuero*, varios alegatos y tratados de derecho, y algunos discursos.

Pedro Juan Zapater fue escribano de número y Secretario del Ayuntamiento. Vivió en el reinado de Felipe IV. Escribió una curiosa y erudita obra titulada la *Tesorera descubierta y vengada de las injurias del tiempo*. Es un tratado de las antigüedades y escelencias de su pueblo natal. Existe actualmente en la Academia de la Historia una copia, que perteneció al sábio D. Joaquin Traggia.

El P. José Jerico de la Concepcion fue provincial de las Escuelas Pias de Aragon, y murió en Roma, de Asistente general en 1786. Su saber y sus virtudes realzaron el esplendor de su cuna. En la elocuencia del púlpito descolló de manera que llegó á ser uno de los primeros oradores de su tiempo. Fue maestro del Duque del Infantado, y Teólogo de Cámara del Infante Duque de Parma. Las obras mas notables que publicó son las *Vidas de los varones insignes* de las Escuelas Pias, la *Instruccion á los nuevos predicadores*, y un *Tratado de oracion*. Perteneció á la Real Academia de la Historia. El Sr. Climent, sábio Obispo de Barcelona, hizo el mas alto aprecio de este respetable sacerdote.

Don Francisco Mariano Nifo fue el que planteó en España el periodismo. Publicó la traduccion de muchas obras religiosas y morales, como las del Marqués de Caracciolo, las del P. Montar-

gon y Mr. Mesangui. Tambien dió á luz otros escritos originales.

El Excmo. Sr. General Baron de Andilla, Caballero de la Orden de Malta, nació en 1764 y murió en Madrid en 1833. Cual digno descendiente de los antiguos Reyes de Pamplona y Sobrarbe, y de D. Diego Garcés de Marcilla, el tan valiente soldado en las Navas de Tolosa, como infortunado amante de Teruel, peleó denodadamente contra los enemigos de su pátria, primero en el sitio y defensa de Oran, despues en la heróica y larga campaña del Rosellon, y finalmente en el ejército de Cataluña, distinguiéndose en los combates de Vals y Figueras, y sobre todo en la batalla de Tolosa, en que mandaba una division. Por su bizarría en tan gloriosa jornada mereció que lo recomendase al Gobierno el Duque de Welington, general en gefe de los ejércitos aliados.

Terminaré esta breve reseña de ilustres alcagnicienses con los nombres de dos escritores contemporáneos, que con sus doctas producciones han acrecentado la gloria del pueblo en que nacieron.

El Presbitero D. Nicolás Sancho y Moreno, hablista elegante y fácil, y orador elocuente, además de otros opúsculos que acreditan su buen gusto, su erudicion y talento, ha impreso últimamente la *Descripcion histórica y artística de Alcañiz*. Este importante y curioso libro ha merecido la aprobacion y no escasos elogios de nuestros primeros críticos y escritores.

Don Vicente Alcober y Largo, individuo de la sociedad Asiática de lenguas establecida en París, es considerado aún en las naciones estrangeras como el *Mezzofante español* por sus vastos conocimientos en varios idiomas antiguos y modernos.

3.ª *Es V. uno de los oficiales mas valientes del ejército del Norte, Señor Barona.* Tales palabras dirigió á este bizarro Capitan el General Espartero al frente de su Estado Mayor la tarde del 27 de noviembre de 1836, en las inmediaciones de Castrejana, donde, por servirme de una espresion árabe, *ardia el horno del combate*, en una de las mas terribles y sangrientas acciones de guerra para levantar el sitio de Bilbao. El puente se hallaba casi obstruido de cadáveres y moribundos, el fuego continuabasin interrupcion, y

Barona, al frente de la compañía de cazadores del 2.° batallon *del inmemorial del Rey*, infantería, 1.° de línea; era á pecho descubierto el blanco de los hábiles tiradores contrarios. Su admirable sangre fria, el tranquilo continente con que se fumó un cigarro puro en medio de las balas que silbaban á su lado, las enérgicas espresiones con que alentaba á sus soldados, la tierna solicitud con que hacia retirar á los heridos, hasta la negra y prolongada barba, que daba á su animada fisonomia y aventajada estatura el aspecto noble y marcial de los antiguos guerreros, llamaron la atencion de ambos ejércitos, que con tanto brio y decision se disputaban la victoria. Apenas fue relevado, el General en gefe se apresuró á llamarle por medio de un ayudante. Llegado á su presencia le habló el caudillo en los términos referidos, al mismo tiempo que estrechaba con su diestra la mano de Barona con señales manifiestas de entusiasmo y paternal cariño. Muy justo es decir dos palabras, que den á conocer á tan distinguido Capitan. Don José María Barona era hijo del coronel D. Francisco, que murió de Gobernador de Tarifa. Fue cadete en la Academia militar de San Fernando, de la que salió con la plaza de Subteniente, siendo destinado en 9 de enero de 1820 al regimiento infantería de la Corona. Sitiada la Isla de Leon por las tropas francesas en 1823, se distinguió notablemente por su arrojo, especialmente en dos salidas que hizo de la plaza parte de la guarnicion. Poco despues quedó indefinido.

Por aquel tiempo peleaban heróicamente los griegos contra la opresion de los turcos. El ilustre Lord Byron acababa de llegar al Peloponeso deseoso de combatir por tan santa causa. Honrado con el título de ciudadano de Missolonghi, y secundado por la actividad y celo infatigable del Coronel Stanhope, organizó un respetable cuerpo de estrangeros con su correspondiente artillería.

Barona determinó dirigirse á Grecia para defender la independencia de aquel noble y desgraciado pueblo. Con este objeto procuró adquirirse una carta de recomendacion, que le facilitó en Cádiz un amigo de su difunto padre para el inmortal cantor de los viajes de Childe-Harold, que despues de visitar los vergeles del Guadalquivir y los floridos cármenes del Darro, habia manifestado tanta deferencia y entusiasmo por los españoles al ensalzar dignamente los laureles de la Albuera.

Armado Barona con su acero toledano y aquel importante es-

crito se embarcó para Lóndres. Aqui se reunió á varios jóvenes ingleses, con los cuales llegó á principios del año 24 á la Grecia Occidental, donde fueron recibidos con la mayor cordialidad por el célebre Maurocordatos, Comandante general á la sazon de aquel distrito. Habiéndose Barona presentado á Byron debióle particulares muestras de distincion, agregándole al batallon de estrangeros, en el que el mancebo español supo en mas de una ocasion atraer hácia sí las miradas de sus dignos compañeros.

Tuvo parte el 18 de julio de 1824 en el triunfo conseguido por los Griegos, auxiliados por la hueste del General Saphacas, que vencieron en Musoninitza, así como tambien en la derrota del ejército albanés de Derwich Bajá, tan superior en fuerzas á los cristianos, acaudillados por el Suliota Tzavellas. En 25 de agosto estuvo en la refriega de Mavrylla contra Omer, y poco despues en el combate de Mylli, en que fué arrollada una columna egipcia por el General Demetrio Ipsilantis. Pero su mayor gloria es haberse encontrado en el memorable sitio de Missolonghi, y en la heróica defensa del fuerte de la Trinidad, asi como tambien haber peleado posteriormente al lado de los hijos de Maina, descendientes de los antiguos Espartanos, mandados por Mauromichalis, cuando rechazaron nueve veces á los mamelucos de Ibrahim en los parapetos llamados *tabores*. Vencidos los infieles en Navarino y terminada la guerra de Grecia, Barona regresó á su pais, estableciéndose en Barcelona en 1829.

Poco tiempo despues el Conde de España dió orden de prenderlo y cerrarlo en la ciudadela. Pero avisado Barona con oportunidad, y disfrazándose de estudiante, pudo llegar sin obstáculo al Monasterio de Santa Susana de la Trapa, situado en el Bajo Aragon. Este respetable asilo de la virtud y del arrepentimiento era quizá el único refugio inaccesible á las pesquisas y poder sin límites del Capitan General de Cataluña. Siempre la religion ha sido un puerto de salud para los perseguidos y desgraciados. Curioso y edificante era oir algunos años despues al bizarro militar, en las noches y vigilias de los campamentos, ó en medio de penosas y eternas marchas por las fragosidades y riscos de la antigua Cantabria, cuando hablaba de aquel retiro, de sus ejercicios cristianos y pacíficas ocupaciones al lado de los piadosos hijos de San Bernardo, que reformados por el Abad Armando de Rancé, renuevan en nuestros dias las austeridades de la Tebaida. Allí permaneció oculto no poco tiempo, hasta que calmada

la tempestad que tan de cerca le habia amenazado, se despidió no sin sentimiento de los Venerables Monjes, que le facilitaron los mas ingeniosos y adecuados medios para refugiarse en Valencia.

En la ciudad del Cid vivió tranquilamente dando lecciones de matemáticas, geografía y lengua francesa, hasta el mes de abril de 1835, en que fue colocado en el citado 2.º batallon del *inmemorial del Rey*, que desde los principios de la guerra civil estaba operando en las provincias Vascongadas y Navarra. Como Teniente de cazadores mostró su natural denuedo en las acciones de Murguía, de las Estacas de Trueba y de los Arcos, y muy especialmente en Arroniz y monte Jurra, donde recibió el grado de capitan. Concurrió despues al levantamiento del sitio de Bilbao, asistiendo á los combates de Castrejana y Baracaldo, de Azua, Arriaga, puente de Luchana y alturas de Banderas. Por su comportamiento heróico en aquella ocasion, fué nombrado capitan efectivo de su propia compañía. Como gefe interino de dos compañias de preferencia, se encontró el año siguiente 1837 en la accion de las Rozas, en la de Nebrero, en Aranzueque, Aranda de Duero y Retuerta.

Incorporado á su batallon, asistió á las acciones de Medianas y Villasuso en el valle de Mena. Posteriormente coadyuvó á la persecucion de las tropas del Conde Negri, manifestando su arrojo en las refriegas de Baranda, Saelices y Bendejo, y sufriendo con admirable constancia las crueles privaciones y espantosos padecimientos de aquella espedicion, en que tantas víctimas sucumbieron, quedando yertas de frio en el puerto de Sanglorio, desfiladero el mas importante de la asperísima Liébana, y en la collada de Carmona, montaña inaccesible del valle de Cabuérniga.

Destinado posteriormente el batallon de Barona á la provincia de Alava, asistió en junio de 1838 al sitio y ocupacion de Peñacerrada y su avanzado castillo de Ulizarra. En diciembre de aquel año se halló á las órdenes del General Castañeda en el valle de Soba, donde los defensores de Isabel II se apoderaron del fuerte de Quintana, despues de una vigorosa resistencia por parte de la guarnicion, asi como tambien en las acciones de Limpias y Ampuero. Finalmente, concurrió al sangriento cerco y disputada ocupacion de Guardamino y Ramales. Entonces fué agraciado con el grado de Comandante.

Despues del convenio de Vergara partió para la campaña de Aragon, y en marzo de 1840 manifestó sus brios en Castellote, que tan heróicamente defendieron los soldados de D. Carlos. Pasando empero al reino de Valencia á sitiar el fuerte de Arés, pueblo inmediato á la plaza de Morella, el intrépido guerrero terminó sus gloriosos dias, sucumbiendo herido por una bala de fusil que le atravesó el corazon, disparada desde las aspilleras de aquel baluarte. Era el 27 de abril, natalicio de la Reina Gobernadora, que el Duque de la Victoria quiso solemnizar con un hecho de armas brillante.

Compañero inseparable el que esto escribe del ilustre Barona en el 2.º batallon del *inmemorial del Rey*, testigo de su valor y serenidad á toda prueba, admirador de sus dotes morales (pues en él valia tanto el hombre como el militar), habiendo tenido el triste deber por su sagrado ministerio de dar en el humilde cementerio de Arés, eclesiástica sepultura á su cadáver, no sin bañarlo con lágrimas de dolor, ha querido conceder un justo desahogo á su corazon, lastimado todavía despues de mas de veinte años que presenció la heróica muerte de su amigo. Sobre todo, cree cumplir con una obligacion sagrada escribiendo esta desaliñada página á la memoria de un guerrero, que fue el honor de Sevilla, donde nació en 22 de febrero de 1803, la admiracion del ejército de Doña Isabel II, y el orgullo, en fin, de la nacion española, que en la edad presente sabe producir héroes no menos esclarecidos, que los que asombraron al mundo con sus hazañas en los siglos de su grandeza y sus glorias.

ÍNDICE.

ROMANCES.

ODAS.

EGLOGAS.

EPIGRAMAS.

EPISTOLAS.

NOTAS.

ERRATAS.

PÁG.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
IX	10	tritutar	triturar
XI	35	muestrae	muestra
61	23	El Garona.	Al Garona·
154	4	el ocaso	al ocaso
166	27	Debordado	Desbordado
236	32	á luz	á la luz
256	11	veneradas	venerandas
263	32	escuchó	escuche
330	12	lu	la
362	10	oscureee	oscurece
378	2	habla	hablo
442	1	Canto II.	Canto III.
451	24	al piadoso	el piadoso
465	8	Cantor de Esmirna	Cantor de Aquiles


D
50.34

